SAN BEDA EL VENERABLE

Exposición del Evangelio de Marcos

In Marci Evangelium Expositio

SABBATISMUS

San Beda el Venerable (672–735)
In Marci Evangelium Expositio · Exposición del Evangelio de Marcos

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

EXPOSICIÓN SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN MARCOS. (C,S)

EPÍSTOLA A ACCA.

Estando por escribir, con el auxilio de esa misma gracia evangélica, una exposición del Evangelio según Marcos, consideramos que primero se debía sugerir brevemente cuál fue la causa para que este mismo Marcos escribiera el Evangelio. Habiendo surgido en la ciudad de Roma la clara luz del verdadero Dios por la predicación del bienaventurado apóstol Pedro, de tal modo la palabra de la verdad iluminaba las mentes de todos con una agradable audición, que nunca se producía saciedad alguna en quienes lo oían diariamente. Por lo cual, no les bastó solo la audición, sino que suplicando con todos sus ruegos a su discípulo Marcos, le piden que entregara a la Escritura para su perpetua amonestación aquellas cosas que aquel predicaba de palabra, para que en casa y fuera de ella permanecieran en meditaciones de tal palabra. Y no desistieron de su súplica hasta que alcanzaron lo que habían pedido. Pero Pedro, cuando supo por el Espíritu Santo que había sido despojado de un robo religioso, se deleitó; y considerando la fe y devoción de ellos a través de esto, confirmó el hecho y entregó la Escritura a las Iglesias para que fuera leída perpetuamente. Clemente, en el sexto libro de las Disposiciones (Hipotiposis), describe que estas cosas sucedieron así. De lo cual da un testimonio similar también el obispo de Hierápolis, llamado Papías, quien también dice esto: que Pedro, en

su primera epístola que escribió desde la ciudad de Roma, se acordó de Marcos, en la cual llamó a Roma figuradamente Babilonia, cuando dice: La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, os saluda; y Marcos mi hijo. Tomado, pues, el Evangelio que él mismo había compuesto, se dirigió a Egipto, y anunciando primero a Cristo en Alejandría, estableció la Iglesia con tanta doctrina y continencia de vida, que obligó a todos los seguidores de Cristo a su propio ejemplo. Finalmente, Filón, el más elocuente de los judíos, viendo que la primera Iglesia de Alejandría todavía judaizaba, escribió un libro sobre su conversación, como en alabanza de su propia nación. Y del mismo modo que Lucas relata que los creyentes en Jerusalén tenían todas las cosas en común, así también él entregó a la memoria lo que veía que sucedía en Alejandría bajo el magisterio de Marcos. Transmiten, además, que este era de nación israelita y de linaje sacerdotal, y que después de la pasión y resurrección del Señor Salvador, fue imbuido de la fe evangélica y de los sacramentos por la predicación de los apóstoles, y que fue de aquel número de los cuales escribe Lucas: porque también una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe (Hechos VI). Por lo cual, como alguien instruido en los edictos legales, mostró de antemano el mejor orden de vida en todo a la nación que llamaba a la fe. Pero también mostró la observancia canónica de la Pascua, la cual sería imitable para todas las Iglesias de Cristo. En cuyo Evangelio, habiendo sido amonestado por tu exhortación, queridísimo obispo

Acca, y también por la de otros muchos hermanos, procuraremos poner, según el Señor lo diere, cosas recogidas de aquí y de allá, especialmente las que hemos encontrado en los ejemplos de los venerables Padres. Pero también interpondremos algunas cosas propias a imitación del sentido de ellos, donde parezca oportuno; y ruego suplicante al lector que, si juzgara estos opúsculos nuestros dignos de transcripción, una escritura diligente conserve la anotación de sus nombres que arriba se han puesto, como consta que se ha hecho habitualmente en la exposición del Evangelio del bienaventurado Lucas, que compusimos hace muchos años con el auxilio de la gracia de Dios. Que la gracia celestial proteja siempre a tu santidad orando por nosotros. Pero también esto antes de todas las cosas ruego en el Señor a todos los que por casualidad lean estas cosas: que por las fragilidades de mi cuerpo y de mi alma, se dignen existir como intercesores ante el piadoso Juez.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principio del Evangelio de Jesucristo, etc. Como está escrito en el profeta Isaías.

Se debe comparar este principio del Evangelio de Marcos con el principio de Mateo, donde dice: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, etc. Y por ambos se debe entender que nuestro único Señor Jesucristo es el Hijo de Dios y del hombre. Y acertadamente el primer evange-

lista lo llama Hijo del hombre, y el segundo Hijo de Dios, para que nuestro sentido se eleve poco a poco de las cosas menores a las mayores, y a través de la fe y los sacramentos de la humanidad asumida, ascienda al conocimiento de la eternidad divina. Acertadamente, quien iba a describir la generación humana comenzó por el Hijo del hombre, a saber, de David o de Abraham, de cuya estirpe asumió la sustancia de la carne. Acertadamente, aquel que iniciaba su libro desde el principio de la predicación evangélica quiso llamar a nuestro Señor Jesucristo más bien Hijo de Dios, porque ciertamente era propio de la naturaleza humana recibir la verdad de la carne de la progenie de los patriarcas o de los reyes, y fue propio del poder divino predicar el Evangelio al mundo. Pues el Evangelio se llama buena nueva. Pero, ¿qué noticia es mejor que: Haced penitencia, porque se acercará el reino de los cielos (Mat. III)? Es propio del hombre, por tanto, nacer humanamente; pero de Dios, predicar la entrada al reino celestial a los penitentes. Y por eso Mateo lo llama rectamente Hijo de David, a quien afirma que viene en la carne. Rectamente Marcos lo llama Hijo de Dios, a quien designa en la primera frente de su volumen como autor del Evangelio y fiador del reino eterno. Donde se debe notar que los santos evangelistas, que nos dejaron escrita la dispensación de la encarnación del Señor, se acercaron al oficio de escribir encendidos ciertamente por un solo espíritu, pero cada uno estableció un comienzo diferente de su narración y un término diferente. Pues Mateo, tomando su

inicio desde la natividad del Señor, condujo la serie de su narración hasta el tiempo de la resurrección del Señor. Marcos, comenzando desde el inicio de la predicación evangélica, llegó hasta el tiempo de la ascensión del Señor y de la predicación de sus discípulos a todas las naciones por el mundo. Lucas, iniciando el Evangelio desde la natividad del precursor, terminó en la ascensión del Señor, cuando los discípulos que regresaban a Jerusalén esperaban la llegada del Espíritu Santo en alabanzas divinas. Juan, tomando su principio desde la eternidad del Verbo de Dios, por el cual todas las cosas fueron hechas, llega también él evangelizando hasta el tiempo de la resurrección del Señor. Estando, pues, por escribir el Evangelio, Marcos pone convenientemente ante todo los testimonios de los profetas con los cuales ya antiguamente vaticinaban que esto sucedería. Para que de ese modo diera a entender a todos que lo que escribiría debía ser recibido como verdadero y sin ningún escrúpulo de duda, al mostrar que estas cosas habían sido antes preconocidas y predichas por los profetas llenos del Espíritu Santo; y al mismo tiempo, por un solo y mismo principio de su Evangelio, instruyó tanto a los judíos, que habían recibido la ley y los profetas, para recibir también los sacramentos del Evangelio que sus propios profetas habían predicho, como provocó a los gentiles, que por todos los anuncios del Evangelio habían venido al Señor, a recibir y venerar también la autoridad de la ley y de los profetas, no fuera que si alguien, al modo de los herejes, hubiera recibido o solamente el Antiguo

Testamento o solamente el Nuevo, permaneciera ajeno al testamento de Dios.

He aquí, yo envío a mi ángel, etc.

Se llama ángel a Juan, no por una asociación de naturaleza según la herejía de Orígenes, sino por la dignidad del oficio. Pues Ángel se dice en griego, y mensajero (nuntius) en latín. Con cuyo nombre rectamente pudo ser llamado aquel hombre que fue enviado por Dios para dar testimonio de la luz (Juan I), y anunciar al mundo al Señor que venía en la carne. Ni es de admirar que místicamente se llame Ángel a aquel de quien consta que entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor (Mat. XI), puesto que consta que todos los que desempeñan rectamente el grado del sacerdocio pueden ser llamados ángeles por el oficio de evangelizar, diciendo el profeta: Los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y buscarán la ley de su boca, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Malaquías II).

Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, etc.

Consta que el Hijo unigénito es llamado el Verbo del Padre, atestiguándolo Juan, quien dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Juan I). Y por nuestra propia habla conocemos que primero suena la voz, para que el verbo pueda después ser oído. Juan, por tanto, es llamado voz por el profeta, porque precede al verbo. Siendo el precursor de la venida del Señor, se llama voz, porque a través de su ministerio el Verbo del Padre es oído por los hombres. Él clama también en el desierto,

porque anuncia el consuelo de la redención a una Judea abandonada y desvalida. Pero qué es lo que clamaba se abre cuando se añade: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿qué otra cosa hace sino preparar el camino al Señor que viene a los corazones de los oyentes, para que esta fuerza de la gracia penetre, para que la luz de la verdad ilumine, y hace rectas las sendas para Dios, mientras forma pensamientos limpios en el alma a través del sermón de la buena predicación?

Ciertamente se debe notar que de los testimonios proféticos que puso Marcos, uno solo se encuentra en Isaías, pero el otro se encuentra en Malaquías. No se debe pensar, sin embargo, que el evangelista se engaña o engaña, al decir que esto está escrito en Isaías lo que Isaías no escribió, sino que más bien se debe entender que, aunque estas palabras que puso de Malaquías no se encuentran en Isaías, sin embargo su sentido se encuentra en Isaías, y en algunos otros lugares, y más manifiestamente en aquello que él mismo subentregó: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. Pues, ¿quién no verá cuán grande es la concordia en ambas sentencias? Pues lo que dijo Malaquías, que se enviaría un ángel (mensajero) ante la faz del Señor que prepararía su camino, esto es ciertamente lo que dijo Isaías, que se oiría la voz del que clama en el desierto, que diría: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. Porque así como Juan rectamente

pudo ser llamado ángel (mensajero), por el hecho de que previno la faz del Señor evangelizando, así rectamente pudo ser llamado también voz, porque precedía al Verbo de Dios sonando, como también se ha dicho arriba. En ambas sentencias, además, se predica similarmente que se debe preparar el camino del Señor. Y por lo tanto no se engaña el evangelista, que escribe que esto fue dicho por Isaías: porque, aunque no con las mismas palabras, lo encontró escrito por él con el mismo sentido. Pudo suceder, sin embargo, que en la mente de Marcos al escribir el Evangelio, Isaías se le ocurriera por Malaquías, como suele suceder. Lo cual, sin embargo, enmendaría sin duda alguna, al menos amonestado por otros que, viviendo él aún en la carne, pudieron leer esto, a no ser que pensara que a su memoria, que era regida por el Espíritu Santo, no en vano se le había ocurrido un nombre de profeta por otro, porque el Señor así dispuso que esto se escribiera. Pero por qué el Señor lo dispuso así, aquella primera causa utilísima debe pensarse muy fácilmente: que así fue sugerido, que todos los santos profetas hablaron con un mismo espíritu, y consta que concuerdan entre sí con un maravilloso consentimiento, de modo que esto es mucho más que si todas las cosas de todos los profetas fueran dichas por la sola boca de un solo hombre. Y por eso indudablemente debe aceptarse cualquier cosa que el Espíritu Santo dijo a través de ellos, y las cosas individuales son de todos, y todas las cosas son de cada uno. Puesto que, por tanto, tanto lo que se dijo por Isaías es tanto de Malaquías como de

Isaías, y lo que se dijo por Malaquías es tanto de Isaías como de Malaquías, ¿qué necesidad había de que Marcos lo enmendara, cuando había leído otro nombre que se le ocurría por otro escrito por él mismo? ¿Y no más bien, siguiendo la autoridad del Espíritu Santo, por quien sentía que su mente era regida más que nosotros, dejó esto así escrito? Pues así el Señor, amonestándolo, había dispuesto para informarnos que hay tanta concordia de sus palabras entre los profetas, que no absurdamente, sino muy congruentemente, incluso imputaríamos a Isaías lo que encontramos dicho a través de Malaquías.

Juan estaba en el desierto bautizando, etc.

Es evidente para todas las naciones que Juan no solo predicó el bautismo de penitencia, sino que también lo dio a algunos, pero sin embargo no pudo dar el bautismo para la remisión de los pecados. Pues la remisión de los pecados se nos otorga únicamente en el bautismo de Cristo. Se debe notar, por tanto, lo que se dice: predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, ya que predicaba el bautismo que disolvería los pecados, porque él no podía darlo, para que así como el Verbo encarnado del Padre fue precedido por la palabra de la predicación, así el bautismo de penitencia por el cual se disuelven los pecados fuera precedido por su bautismo, por el cual los pecados no pueden ser disueltos. Y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Se da un ejemplo de confesar los pecados y de prometer una vida mejor a aquellos que desean recibir el bautismo, del mismo modo

que también, predicando Pablo en Éfeso, venían muchos de los creyentes confesando y anunciando sus actos, para que, habiendo renunciado a la vida vieja, merecieran ser renovados en Cristo.

Por lo cual también al bienaventurado Pedro, habiéndosele mostrado diversos géneros de animales en un lienzo celestial, se le dijo: Levántate, Pedro, mata y come (Hechos X). Lo cual es decir abiertamente: Mata a los infieles de aquello que eran antes, mediante la renuncia a los crímenes y la promesa de una religión piadosa, y así imbúyelos de los sacramentos de la fe cristiana y transfórmalos en miembros de la santa Iglesia.

Y Juan estaba vestido de pelos de camello, etc.

Vestido, dice, de pelos, no de lana. Lo uno es indicio de una vestimenta austera; lo otro, de una lujuria más blanda. Por su parte, el cinturón de piel con el cual también fue ceñido Elías, es indicio de mortificación. Además, lo que sigue: Y comía langostas y miel silvestre, es congruente para un habitante de la soledad, para que no satisficiera las delicias de las comidas, sino la necesidad de la carne humana.

Su hábito y alimento pueden, a través de la significación, expresar no inconvenientemente incluso la calidad de su conversación interna. Pues usaba vestiduras más austeras, tal como también el Señor protestó en sus alabanzas diciendo a los judíos: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿A un hombre vestido con vestiduras blandas? He aquí, los que se visten con vestiduras blandas están en las casas de los reyes (Mat. XI), porque no fomentó la vida de los que pecaban con halagos, sino que

los reprendió con el vigor de una áspera invectiva diciendo: Generación de víboras, quién os mostró huir de la ira venidera (Mat. XXIII). Tenía un cinturón de piel alrededor de sus lomos, porque crucificó su carne con sus vicios y concupiscencias, lo cual hemos aprendido que es propio de los que son de Jesucristo, atestiguándolo el Apóstol. Comía langostas y miel silvestre, porque su predicación ciertamente sabía dulce a las turbas, pensando el pueblo y considerando todos en sus corazones acerca de él si por casualidad él mismo fuera el Cristo. Pero aquella opinión alcanzó más rápidamente su fin, entendiendo sus oyentes que él no era el Cristo mismo, sino el precursor y profeta de Cristo. Pues en la miel hay dulzura, en las langostas hay un vuelo ágil, pero que pronto decae.

Y predicaba diciendo: Vendrá uno más fuerte, etc. Hubo entre los antiguos la costumbre de que, si alguien no quisiera tomar por esposa a la que le correspondía, aquel que viniera a ella como esposo por derecho de parentesco le desataría el calzado. ¿Qué otra cosa, pues, apareció Cristo entre los hombres, sino el esposo de la santa Iglesia? Del cual también el mismo Juan dice: El que tiene la esposa es el esposo (Jn. III). Pero porque los hombres pensaron que Juan era el Cristo, lo cual el mismo Juan niega, con razón declara que es indigno de desatar la correa de su calzado. Como si dijera abiertamente: Yo no soy capaz de desnudar las huellas del Redentor, porque, siendo indigno, no usurpo para mí el nombre de esposo. Esto, sin embargo, también puede enten-

derse de otro modo. Pues ¿quién ignora que el calzado se hace de animales muertos? Pero el Señor, viniendo encarnado, apareció como calzado, él que en su divinidad asumió la mortandad de nuestra corrupción. Pero el ojo humano no basta para penetrar el misterio de esta encarnación. Pues de ningún modo se puede investigar cómo se hace cuerpo el Verbo, cómo el sumo y vivificador Espíritu se anima dentro del vientre de la madre, cómo aquel que no tiene principio, y existe, es concebido. La correa del calzado, pues, es el vínculo del misterio. Juan, por tanto, no puede desatar la correa de su calzado, porque tampoco él mismo, que reconoció esto por el espíritu de profecía, basta para investigar el misterio de la encarnación. Yo os he bautizado con agua, mas él os bautizará con el Espíritu Santo. Juan no predica todavía abiertamente que el Señor sea Dios o Hijo de Dios, sino tan solo proclama que es un varón más fuerte que él. Pues sus oyentes, todavía rudos, no captaban aún los arcanos de tan gran sacramento, que el Hijo de Dios eterno, habiendo asumido al hombre, había nacido de nuevo en el mundo de la Virgen, sino que debían ser introducidos poco a poco, mediante el conocimiento de su humanidad glorificada, a la fe de la eternidad divina. Sin embargo, a ellos, de un modo como oculto y con palabra velada, declara que este es Dios verdadero, mientras afirma que él bautizará con el Espíritu Santo. Pues ¿quién duda que nadie más que Dios puede dar la gracia del Espíritu Santo? Pero avanzando el tiempo, viendo ya a sus mismos oyentes más capaces de

entender, predicó también abiertamente que él era el Hijo de Dios, diciendo: Pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien vieres descender al Espíritu y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y di testimonio, de que este es el Hijo de Dios. Pero somos bautizados por el Señor en el Espíritu Santo, no solo cuando en el día del bautismo somos lavados en la fuente de la vida para la remisión de los pecados, sino también cada día, cuando por la gracia del mismo Espíritu somos encendidos para hacer lo que agrada a Dios.

Y sucedió en aquellos días, etc. Por una triple causa el Salvador recibió el bautismo de Juan. Primero, para que, puesto que había nacido hombre, cumpliese toda la justicia y humildad de la ley. Segundo, para que con su propio bautismo aprobara el bautismo de Juan. Tercero, para que, santificando el agua del Jordán, mostrara, mediante el descenso de la paloma, la venida del Espíritu Santo en el lavatorio de los creyentes.

Y en seguida, saliendo del agua, vio los cielos abiertos, etc. En el bautismo del Señor se muestra el misterio de la Trinidad. El Señor es bautizado, el Espíritu desciende en forma de paloma, se oye la voz del Padre que da testimonio al Hijo. Los cielos se abren, no por una apertura de los elementos, sino a los ojos espirituales, por los cuales también Ezequiel, al principio de su libro, refiere que fueron abiertos. La paloma se posó también sobre la cabeza de Jesús, para que nadie pensara que la voz del Padre había sido dirigida a Juan, y no al Señor. Y con acierto, habiendo di-

cho: «Y al Espíritu descendiendo como paloma», añadió: «y permaneciendo sobre él». Pues este don especial fue conferido al Mediador de Dios y de los hombres: que el Espíritu Santo, después de llenarlo una vez, nunca se apartara, sino que permaneciera perpetuamente en él. Pues a sus fieles la gracia del Espíritu se les confiere a veces para realizar prodigios de virtudes y milagros, y a veces se les retira. Sin embargo, la gracia del Espíritu nunca les falta para la práctica de la piedad y de la justicia, para conservar el amor de Dios y del prójimo. Por lo cual se promete acerca de aquel Espíritu, diciéndoles el Señor: «Vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros» (Juan XIV). Pero el Espíritu permanece en el Señor siempre de un modo especial, no como en sus elegidos según la medida de la fe, sino como dice Juan: «Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan I). Y el Espíritu permanece en él no solo desde el tiempo en que fue bautizado en el Jordán, sino más bien desde aquel en que fue concebido en el vientre virginal. Pues el que el Espíritu fuera visto descender sobre el que era bautizado era señal de la gracia espiritual que había de conferírsenos en el bautismo, a nosotros que, regenerados por el agua y el Espíritu para la remisión de los pecados, solemos recibir del cielo una gracia más plena de ese mismo Espíritu mediante la imposición de la mano del obispo. Así también el que viera los cielos abiertos después del bautismo se hizo ciertamente por gracia nuestra, para quienes, por el lavacro del agua

regeneradora, se abre la puerta del reino celestial, la cual, al pecar en otro tiempo los primeros padres y ser expulsados del paraíso, quedó cerrada para todo el género humano, interpuestos el querubín y la espada llameante. Pues esta llama se extingue para cada uno de los fieles cuando es sumergido en las aguas vivificantes. Se reconcilia con los espíritus angélicos cuando vuelve a la paz de su Creador, hasta tal punto que, si guarda con corazón y cuerpo puros los sacramentos de la fe recibidos, tan pronto como sea liberado de la carne pueda entrar en los reinos celestiales. De otro modo, ¿cómo se abrirían entonces los cielos para el Señor, que, al hacerse hombre y habitar con nosotros en la tierra, contenía igualmente el cielo y la tierra por su poder divino? Pero también esto, que la voz paterna dio a conocer desde los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido», no se enseña al Hijo mismo algo que él ignorase, sino que se nos muestra a nosotros lo que debemos creer: a saber, que aquel que, como hombre, vino junto con los demás a Juan para ser bautizado, es verdaderamente el Hijo de Dios; Señor no solo del mismo Juan, sino de todo el mundo, y por eso capaz de bautizar verdaderamente en el Espíritu Santo. Esa misma voz nos enseñó también a nosotros que, por el agua del lavado y el espíritu de santificación, podemos ser hechos hijos de Dios. Pues a cuantos lo recibieron, les dio potestad de hacerse hijos de Dios (Juan I). Y con razón el Espíritu Santo descendió en forma de paloma, animal en extremo sencillo y ajeno a la malicia de la hiel, para insinuarnos figurada-

mente que busca corazones sencillos, y no se digna habitar en mentes impuras, cual fue aquel Simón a quien decía Pedro: «No tienes parte ni suerte en este asunto, pues veo que estás en hiel de amargura y en atadura de iniquidad» (Hech. VIII).

Y al instante el Espíritu lo expulsó al desierto, etc. Mateo, del mismo modo, expuesto el bautismo del Señor y la voz hecha desde el cielo, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido, añadió a continuación: Entonces Jesús fue conducido al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo (Mat. IV). Pero para que a nadie le viniera la duda sobre por qué espíritu decían que había sido conducido o expulsado al desierto, Lucas puso deliberadamente primero que Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán, y luego añadió: Y era conducido por el Espíritu al desierto, para que no se pensara que un espíritu inmundo había prevalecido en algo contra él, quien, lleno del Espíritu Santo, yendo adonde quería, hacía lo que quería. Los cuarenta días y noches, en los que lo tienta, insinúan todo el tiempo de este siglo, en el cual nunca cesa de tentar a sus miembros, es decir, a la santa Iglesia. Porque, en efecto, el mundo, en el cual servimos al Señor, es cuádruple. Y son diez los preceptos, por cuya observancia, sirviendo al Señor, luchamos contra la malicia del enemigo incansable. Y diez multiplicado cuatro veces hace cuarenta. Y por eso todo el tiempo de nuestra milicia se comprende aptamente en el número cuadragenario de días y noches. El Señor, por tanto, bautizado, es

expulsado por el Espíritu al desierto, y es tentado por Satanás, para dar a sus fieles un ejemplo de vida, quienes, después de recibida en el bautismo la remisión de los pecados, deben ceñirse no solo para ejercitar las obras de las virtudes, sino también para soportar la persecución por causa de la justicia. Pues se retira al desierto para enseñarnos que, abandonados los atractivos del mundo y la compañía de los perversos, debemos servir en todo a los mandatos divinos. Es tentado en soledad por el diablo, para insinuarnos que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo padecen persecución, y que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios (Hech. XIV). Es tentado cuarenta días y cuarenta noches, para indicar que mientras vivimos aquí sirviendo al Señor, ya nos halague la prosperidad (lo cual pertenece al día), ya nos hieran las adversidades (lo cual conviene a la figura de la noche), siempre está presente en todo el orbe, para quienes caminan en la ley del Señor, el adversario, que no cesa de impedir tentando nuestro camino. Y estaba con las fieras, y los ángeles le servían. Habita entre las fieras como hombre, pero se sirve del ministerio angélico como Dios. Y nosotros, cuando en el desierto de la santa conducta soportamos con mente impoluta las costumbres bestiales de los hombres, merecemos el ministerio de los ángeles, por quienes, liberados del cuerpo, seamos trasladados a los gozos eternos en los cielos.

Después de que Juan fue entregado, vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios, etc. Entregado Juan, rectamente comienza

él mismo a predicar. Al cesar la Ley, surge consecuentemente el Evangelio. Pero si el Salvador predica las mismas cosas que Juan el Bautista había dicho antes, muestra que él es el Hijo del mismo Dios del cual aquel es profeta. Pero que nadie piense que la entrega de Juan a la cárcel ocurrió inmediatamente después del ayuno de cuarenta días y de la tentación del Señor. Pues quienquiera que lea el Evangelio de Juan encontrará que el Señor, antes de la entrega de aquel, tanto enseñó muchas cosas como hizo milagros. Finalmente, tienes en su propio Evangelio: Este principio de los signos hizo Jesús en Caná de Galilea (Juan 2). Y de nuevo: Pues Juan aún no había sido enviado a la cárcel (Juan 3). Refieren, además, que cuando Juan había leído los volúmenes de Mateo, Marcos y Lucas, aprobó ciertamente el texto de la historia y confirmó que habían dicho la verdad, pero que habían tejido la narración de un solo año, en el cual también padeció, después de la cárcel de Juan. Omitido, pues, el año cuyos hechos habían sido expuestos por los tres, narró los hechos del tiempo anterior, antes de que Juan fuera encerrado en la cárcel, como podrá ser manifiesto a quienes lean diligentemente los cuatro volúmenes de los Evangelios. Esta circunstancia también elimina la discordancia que parecía haber entre Juan y los demás. Habiendo dicho, pues, Marcos que Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios, añadió y dijo: Y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y se ha acercado el reino de Dios. Arrepentíos, y creed en el Evangelio. Se ha cumplido el tiempo, dice. Aquel, sin duda, del

cual dice el Apóstol: Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley (Gálatas IV). Por tanto, se han cumplido los tiempos; arrepentíos. Cuánto tiempo hace ya que esto se proclama, y ojalá se oyera alguna vez: ¡Se han cumplido los tiempos, y se ha acercado el reino de Dios! Arrepentíos y creed en el Evangelio. Renunciad a las obras muertas, creed en el Dios vivo. ¿De qué aprovecha creer sin buenas obras? No fue el mérito de las buenas obras lo que te condujo a la fe, sino que la fe comienza, para que las buenas obras la sigan.

Y pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, etc. Estos fueron los primeros llamados, para que siguieran al Señor. Se envía a pescadores e iletrados a predicar, para que no se pensara que la fe de los creyentes descansaba no en el poder de Dios, sino en la elocuencia y la doctrina. Puede preguntarse, sin embargo, cómo llamó de dos en dos a los pescadores desde las barcas: primero a Pedro y a Andrés, luego, habiendo avanzado un poco, a los otros dos hijos de Zebedeo, como narran Mateo y Marcos, mientras que Lucas dice que ambas barcas de ellos se llenaron con aquella gran pesca de peces, y menciona que los compañeros de Pedro, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, fueron llamados para ayudar, pues no podían sacar las redes llenas, y que a la vez se maravillaron de la gran multitud de peces que había sido capturada, y que a Pedro solamente le dijo: No temas, desde ahora serás pescador de hombres (Luc. V), y que, sin embargo, una vez

llevadas las barcas a tierra, lo siguieron juntos. De donde también debe entenderse que sucedió primero lo que Lucas insinúa, y que entonces no fueron llamados por el Señor, sino que solamente a Pedro le fue predicho que sería pescador de hombres. Esto no fue dicho como si ya nunca más fuera a pescar peces. Pues también después de la resurrección del Señor leemos que pescaron. Se dijo, pues, que en adelante sería pescador de hombres; no se dijo que ya no fuera a pescar peces. De donde se da a entender, según Lucas, que ellos volvieron a la pesca de peces según su costumbre, para que después sucediera lo que narran Mateo y Marcos, cuando los llamó de dos en dos, y él mismo mandó que lo siguieran, primero a los dos, Pedro y Andrés, luego a los otros dos hijos de Zebedeo. Pues entonces lo siguieron no habiendo llevado las barcas a tierra como con la intención de volver, sino que lo siguieron como a quien los llamaba y les mandaba que lo siguieran. Y entran en Cafarnaúm, y de inmediato, en el sábado, habiendo entrado en la sinagoga, les enseñaba. Que prodigue especialmente en los sábados los dones de su curación y de su doctrina enseña que él no está bajo la ley, sino sobre la ley, él que había venido tanto a cumplir esa misma ley como a no disolverla; y que no elige el sábado judío, en el cual no es lícito ni encender fuego ni mover la mano o el pie, sino el verdadero sábado, y que el reposo amado por el Señor consiste en esto: que, atentos a la salvación de las almas, nos abstengamos de la obra servil, esto es, de todo lo ilícito.

Y se asombraban de su doctrina, etc. Pues ellos enseñaban a los pueblos aquellas cosas que están escritas en Moisés y en los profetas; Jesús, en cambio, como Dios y Señor del mismo Moisés, según la libertad de su propia voluntad, o añadía a la ley aquello que parecía faltar, o, cambiándola, predicaba a los pueblos, como leemos en Mateo: Se dijo a los antiguos, mas yo os digo (Mateo V).

Y había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, etc. Esta no es confesión de voluntad, a la que sigue recompensa por confesar, sino extorsión de necesidad, que obliga a confesar a los que no quieren. Y así como si unos siervos fugitivos, después de mucho tiempo, vieran a su señor, no suplican otra cosa sino acerca de los azotes, así también los demonios, al percibir que el Señor moraba de repente en la tierra, creían que había venido para juzgarlos. La presencia del Salvador es tormento para los demonios. Y Jesús lo increpó diciendo: Enmudece, y sal del hombre. Puesto que por envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra (Sap. XII), por eso contra el mismo autor de la muerte debía obrar primero la medicina de la salvación: primero, la lengua serpentina, para que no esparciera más su veneno, debía ser cerrada; después, la mujer, que fue seducida primero, debía ser curada de la fiebre de la concupiscencia carnal; tercero, el varón, que escuchó las palabras de la esposa que mal le aconsejaba, debía ser purificado de la lepra de su error, de modo que fuese el mismo orden de la restauración en el Señor el que había sido también el de la caída en los primeros padres: Y

el espíritu inmundo, desgarrándolo y clamando a gran voz, salió de él. Lucas dice del espíritu inmundo que salió del hombre de tal manera que no le hizo ningún daño. Puede, pues, parecer contradictorio cómo, según Marcos, lo desgarraba, o, como tienen algunos códices, lo convulsionaba, a quien según Lucas en nada dañó. Pero también el mismo Lucas dice: Y cuando el demonio lo hubo arrojado en medio, salió de él, y no le hizo ningún daño (Luc. IV). De donde se entiende que lo que dijo Marcos, convulsionándolo, o desgarrándolo, es lo que dijo Lucas cuando lo hubo arrojado en medio, de modo que lo que añade a continuación, y no le hizo ningún daño, se entienda en el sentido de que aquella agitación de los miembros y aquella convulsión no lo debilitaron, como suelen salir los demonios incluso con algunos miembros amputados o arrancados.

Y todos se maravillaron, de tal manera que se preguntaban entre sí, etc. Vista la virtud del milagro, admiran la novedad de la doctrina del Señor, y son excitados a la indagación de lo que habían oído por medio de lo que habían visto. Porque sin duda para esto se hacían los signos que el mismo Señor obraba en el hombre asumido, o que dio a los discípulos para que obraran, a fin de que por ellos se creyera con mayor certeza el Evangelio del reino de Dios que se predicaba, mientras aquellos que prometían a los nacidos de la tierra gozos celestiales futuros mostraban en la tierra obras celestiales y divinas. Pero los discípulos, en cuanto meros hombres, hacían todo por don del Señor. Pero el Señor mismo, con la singular virtud

de su poder, obraba tanto las curaciones como los milagros, y hablaba en el mundo lo que oía del Padre. Pues también antes (como atestigua el Evangelio) enseñaba como quien tiene potestad, y no como los escribas (Matth. VII). Y ahora, atestiguándolo la multitud, manda con potestad a los espíritus inmundos, y le obedecen (Marc. I).

Y saliendo enseguida de la sinagoga, vinieron a la casa de Simón, etc. Si dijéramos que el varón liberado del demonio significa moralmente el ánimo purgado del pensamiento inmundo, correspondientemente la mujer atacada por las fiebres, pero curada por mandato del Señor, muestra la carne refrenada del fervor de su concupiscencia mediante los preceptos de la continencia. Pues toda amargura, e ira, e indignación, y clamor, y blasfemia (Ephes. IV) es el furor del espíritu inmundo. Pero entiende la fornicación, la inmundicia, la lujuria, la mala concupiscencia y la avaricia (que es servidumbre de los ídolos [Ephes. V]) como la fiebre de la carne seductora. Y enseguida le hablan de ella, y acercándose, la levantó tomándola de la mano. En el Evangelio de Lucas está escrito que le rogaron por ella, y, puesto de pie sobre ella, mandó a la fiebre. Pues unas veces rogado, otras veces por sí mismo, el Salvador cura a los enfermos, mostrando que también contra las pasiones de los vicios siempre asiente a las súplicas de los fieles, y a veces da a entender aquello que ellos mismos apenas entienden en sí, o, a los que piden con piedad, perdona incluso lo que no han entendido, conforme a lo que pide

el Salmista: ¿Quién entiende sus delitos? De mis pecados ocultos límpiame, Señor (Psal. XVIII).

«Y al instante la fiebre la dejó, y les servía.» Es natural que los que padecen fiebre, al comenzar la salud, se sientan fatigados y sientan la molestia de la enfermedad. Pero la salud que se otorga por mandato del Señor vuelve entera de una sola vez. Y no solo vuelve ella, sino acompañada de tanto vigor que puede al instante servir a quienes la habían ayudado, y, según las leyes de la tropología, los miembros que habían servido a la inmundicia para la iniquidad, a fin de dar fruto para la muerte, sirvan a la justicia para la vida eterna.

«Y al atardecer, cuando se puso el sol, le traían, etc.» La puesta del sol significa la pasión y muerte de aquel que dijo: Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo (Jn. IX). Y al ponerse el sol, se curan más endemoniados que antes, más enfermos. Porque quien, viviendo temporalmente en la carne, enseñó a pocos de los judíos, tras haber hollado el reino de la muerte, transmitió los dones de la fe y de la salvación a todas las naciones por todo el orbe. «A cuyos ministros, como heraldos de la vida y de la luz, canta el salmista: Preparad el camino a quien asciende sobre el ocaso (Sal. LXVII).» Pues el Señor asciende sobre el ocaso, porque desde donde cayó en la pasión, desde allí manifestó su mayor gloria al resucitar.

«Y expulsaba muchos demonios, etc.» Lucas escribe de esto más abiertamente: «Salían también los demonios de muchos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios.» «Y reprendiéndolos, no les permitía hablar, porque sabían que

él era el Cristo (Lc. IV).» Los demonios, por tanto, confesaban al Hijo de Dios; y sabían que él era el Cristo, porque a aquel a quien el diablo había conocido como hombre fatigado por un ayuno de cuarenta días, sin poder averiguar tentándolo si era también Hijo de Dios, ahora, por el poder de sus signos, o bien entendió, o más bien sospechó, que era el Hijo de Dios. No persuadió, pues, a los judíos a crucificarlo porque pensara que no era el Cristo o el Hijo de Dios, sino porque no previó que él mismo habría de ser condenado por aquella muerte. Pues en verdad, sobre este misterio escondido desde los siglos, dice el Apóstol que ninguno de los príncipes de este siglo lo conoció. «Porque si lo hubieran conocido, jamás habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor. II).» Pero por qué el Señor prohíbe hablar a los demonios lo manifiesta el salmista, que dice: Mas al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras tú mis justicias y tomas mi pacto en tu boca? «Pero tú aborreciste la disciplina (Sal. XLIX), etcétera.» No sea que alguien, al oírlo predicar, siga a quien anda errado. Pues el diablo es un maestro perverso, que a menudo mezcla lo falso con lo verdadero, para encubrir el testimonio de su fraude bajo apariencia de verdad.

«Y levantándose muy de madrugada, salió y se fue a un lugar desierto, etc.» Si con la puesta del sol se expresa la muerte del Salvador, ¿por qué no habría de indicarse su resurrección con el regreso del amanecer? Manifestada cuya luz, se fue al desierto de las gentes, y allí oraba en sus fieles, porque excitaba sus corazones a la virtud

de la oración mediante la gracia de su Espíritu. «Y estaba predicando en las sinagogas de ellos y en toda Galilea, y expulsando demonios.» En esta predicación que dice que él tuvo en toda Galilea se entiende también aquel sermón pronunciado en el monte, del cual hace mención Mateo. Pues Marcos prosigue así:

Y vino a él un leproso rogándole, etc. Enlaza el relato de este leproso purificado, para que se entienda que es el mismo que Mateo menciona haber sido purificado entonces, cuando después de aquel sermón el Señor descendió del monte. Pues así dice Mateo: «Y cuando hubo descendido del monte, le siguieron muchas muchedumbres» (Matth. VIII). «Y he aquí que un leproso venía y lo adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme», etc. Y porque el Señor dice: «No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla» (Matth. V), aquel que era excluido por la ley, presumiendo que podía ser purificado por el poder del Señor, juzgaba que la gracia capaz de lavar la mancha del leproso no procedía de la ley, sino que estaba por encima de la ley. Mas así como en el Señor se declara la autoridad del poder, así en él se declara la constancia de la fe. Aquel cayó sobre su rostro, lo cual es propio de la humildad y del pudor, para que cada cual se avergüence de las manchas de su vida; pero la vergüenza no reprimió su confesión. Mostró la herida, pidió el remedio, y esto mismo es una plena confesión de religión y de fe. «Si quieres», dice, «puedes limpiarme». En la voluntad del Señor atribuye el poder. Pero acerca de la voluntad del Señor no dudó como incrédulo de

su misericordia, sino que, consciente de su propia inmundicia, no se atrevió a presumir. «Mas Jesús, compadecido de él, extendió su mano, y tocándolo le dijo: Quiero, queda limpio». «Y en cuanto lo dijo, al instante se apartó de él la lepra, y quedó limpio». No hay nada intermedio entre la obra de Dios y su mandato, porque en el mandato está la obra. En fin, «dijo, y fueron hechas» (Psal. XXXII). ¿Ves, pues, que no se puede dudar de que la voluntad de Dios es poder? Si, pues, su voluntad es poder, quienes afirman que hay una sola voluntad, afirman ciertamente también que hay un solo poder. Así pues, como quien tiene el poder de sanar y la autoridad de mandar, no rehusó el testimonio de obrar. Pues dice «quiero» por causa de Fotino, manda por causa de Arrio, toca por causa de Manes. Y la ley, en verdad, prohíbe tocar a los leprosos; pero porque él es Señor de la ley, no obedece a la ley, sino que hace la ley. No lo tocó, pues, porque sin el tacto no pudiera ser limpiado, sino para probar que él no estaba sujeto a la ley. Ni temía el contagio como los hombres, sino que, porque no podía ser contaminado quien libraba a otros, la lepra, que solía contaminar al que la tocaba, es puesta en fuga por el tacto del Señor. Y al mismo tiempo es admirable que lo sanó del mismo modo en que había sido suplicado. «Si quieres, puedes limpiarme». «Quiero», dice, «queda limpio». Tienes la voluntad, tienes también el efecto de la misericordia. No debe, pues (como piensan la mayoría de los latinos), unirse y leerse «Quiero limpiar», sino separadamente, de

modo que primero diga «quiero» y luego mande: «queda limpio».

«Y le amonestó severamente, y al instante lo despidió», etc. Por lo cual le manda no decir a nadie, para enseñar que nuestros beneficios no deben divulgarse, sino guardarse en silencio, de modo que nos abstengamos no solo de la recompensa del dinero, sino también de la del favor.

Pero ve y muéstrate al príncipe de los sacerdotes, etc. Se le manda mostrarse al sacerdote, para que el sacerdote entendiera que había sido curado no por el orden de la ley, sino por la gracia de Dios, por encima de la ley. Y le mandó ofrecer el sacrificio, para que el Señor mostrara que no disolvía la ley, sino que la cumplía, él que, caminando según la ley, sanaba por encima de la ley a aquellos a quienes los remedios de la ley no habían sanado. Y añadió acertadamente: Para testimonio de ellos, esto es, si creen en Dios, si la lepra de la impiedad se aparta. Pero si a alguien le inquieta cómo el Señor parece aprobar el sacrificio mosaico, siendo que la Iglesia no lo recibió, recuerde que aún no había comenzado el sacrificio santo de los santos, que es su cuerpo. Pues todavía no había ofrecido su holocausto en la pasión. No convenía, sin embargo, que se suprimieran los sacrificios significantes antes de que aquello que era significado se confirmara por el testimonio de los apóstoles predicantes y la fe de los pueblos creyentes. Pero puesto que este hombre designa tipológicamente al género humano languideciente por los pecados, con razón se describe no sólo como leproso, sino también,

según el Evangelio de Lucas, como lleno de lepra. Pues todos pecaron y carecen de la gloria de Dios (Rom. III). Es decir, que, extendida la mano del Salvador —esto es, el Verbo de Dios encarnado— tocando la naturaleza humana, sean purificados de la variedad del antiguo error, y puedan oír con los apóstoles: Ya vosotros estáis limpios a causa de la palabra que os he hablado (Juan XV); y que aquellos que durante tanto tiempo, siendo abominables, estaban apartados del pueblo de Dios fuera del campamento, sean por fin restituidos al templo, y puedan ser ofrecidos al sacerdote —a aquel, en efecto, a quien se dice: Tú eres sacerdote para siempre (Sal. CIX)—, oyendo del Apóstol: Pues el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (1 Cor. III); y que ofrezcan por su purificación, según lo mandó Moisés, esto es, que presenten sus cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios (Rom. XII).

Pero él, saliendo, comenzó a predicar y a divulgar la palabra, de tal manera que ya no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que permanecía fuera, en lugares desiertos; y acudían a él de todas partes. Pues para mostrar, tanto interior como exteriormente, que había sido sanado, de ningún modo calla el beneficio recibido, aunque había sido mandado a callarlo por aquel mismo de quien lo había recibido; antes bien, cumpliendo el oficio de evangelista, luego, saliendo, comenzó a predicar y a divulgar la palabra. Por lo cual se pregunta con razón qué es esto, que el Señor mandó ocultar algunas de las cosas que hizo, y sin embargo no pudieron ocul-

tarse ni siquiera por una hora. Pues ¿acaso el Hijo unigénito, coeterno al Padre y al Espíritu Santo, quiso en este asunto algo que no pudo cumplir? Pero ha de notarse que nuestro Redentor, por medio del cuerpo mortal, nos ofreció todo lo que hizo como ejemplo de acción. Pues, obrando el milagro, tanto mandó que se callara, como sin embargo no pudo callarse. Es decir, para que sus elegidos, siguiendo el ejemplo de aquella doctrina, tengan ciertamente en su voluntad ocultarse en las grandes obras que realizan, pero, para que aprovechen a otros, sean descubiertos contra su voluntad; de modo que sea a la vez señal de gran humildad el que deseen que sus obras se callen, y señal de gran sublimidad el que sus obras no puedan callarse. Por tanto, el Señor no quiso que se hiciera algo y no pudo lograrlo, sino que, con el magisterio de su doctrina, dio ejemplo de lo que sus miembros deben querer, y de lo que sucede respecto de ellos incluso contra su voluntad.

CAPÍTULO II.

Y entró de nuevo en Cafarnaún, etc. El Salvador de todos, Dios, recorre todas las cosas con su venida saludable. Y ahora en los desiertos, ahora en la ciudad, ahora junto al mar, ministra a las turbas los dones de la doctrina celestial y de las virtudes. Ahora ora solo en el monte, ahora ayuda a los que se esfuerzan en el mar, para que no perezcan. En todas partes reparte los dones de la salvación, para mostrar que todos los grados y condiciones pertenecen a su gracia. Mas según el sentido místico, después del mila-

gro obrado en la ciudad, se retira al desierto, y allí recibe con benigna piedad a las turbas que acuden a él, para mostrar que ama más una vida tranquila y apartada de los cuidados del siglo, y que, por el deseo de esta, aplica su cuidado a sanar los cuerpos. Y en efecto, a la manera humana, como evitando la multitud de los que le buscaban, no quería entrar manifiestamente en la ciudad. Pero enseñaba alegóricamente que la verdad no muestra a las mentes tumultuosas de los carnales una manifestación abierta de sí misma, sino que, a cuantos ve apartados de los halagos de las cosas temporales, a esos derrama más abundantemente la luz de sus dones. Mas porque la piedad celestial no abandona ni siquiera a los carnales, sino que también les concede la gracia de su visitación, por la cual también ellos puedan llegar a hacerse espirituales, después del desierto el Señor vuelve a la ciudad; y a muchos que allí se reúnen les habla la palabra; y, sanado el paralítico, ofrece a muchos la ocasión de la sanación interior que está en la fe. El hecho de que, enseñando el Señor, tantos se reunieran en la casa que no cabían, ni siquiera junto a la puerta, designa propiamente nuestra salvación, nosotros que de entre los gentiles llegamos a la fe, porque, predicando el Señor en Judea, todavía no pudimos entrar a oírle. Sin embargo, a estos, aunque colocados fuera, hizo llegar las palabras de su doctrina, porque él mismo nos reunió por boca de los santos predicadores, y aunque nos hallábamos fuera de la sinagoga en la que él mismo predicaba, nos hizo partícipes de su Evangelio. Y

vinieron trayéndole un paralítico, que era llevado por cuatro. La curación de este paralítico designa la salvación del alma que, tras una prolongada inercia por el halago carnal, suspira por Cristo, y que necesita, ante todo, ministros que la levanten y la lleven a Cristo, es decir, buenos maestros que le sugieran la esperanza de la sanación y el auxilio de la intercesión. Estos son mencionados como cuatro con razón, ya sea porque toda la virtud y todo el discurso de los que predican se confirma por los cuatro libros del santo Evangelio, ya sea porque son cuatro las virtudes por las que se eleva la confianza del ánimo para alcanzar la salud. De estas se dice en alabanza de la eterna sabiduría: Enseña, en efecto, la sobriedad y la sabiduría, y la justicia y la virtud, cosas más útiles que nada en la vida de los hombres (Sap. VIII). A estas algunos las llaman con nombres diversos: prudencia, fortaleza, templanza y justicia. Y como no pudieran presentárselo a causa de la multitud, descubrieron el techo donde él estaba. Desean ofrecer el paralítico a Cristo, pero, interpuesta la multitud, quedan bloqueados por todas partes, porque a menudo el alma, que vuelve en sí hacia Dios después de la indolencia de un cuerpo enfermo, y desea renovarse con el remedio de la gracia celestial, es retardada por el obstáculo de la antigua costumbre. Con frecuencia, en medio de las dulzuras mismas de la oración secreta, y como en un suave coloquio con el Señor, una multitud de pensamientos que se interpone impide la mirada del alma, de modo que no se vea a Cristo. ¿Y qué se ha de hacer entre estas cosas? No se debe,

ciertamente, permanecer afuera en lo más bajo, donde la multitud alborota, sino subir al techo de la casa en la que Cristo enseña, es decir, hay que buscar la sublimidad de la sagrada Escritura, y meditar día y noche la ley del Señor junto con el Salmista. ¿Pues en qué corrige el joven su camino? En guardar, dice, tus palabras (Psal. CXVIII). Y, abriéndolo, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Abierto el techo, el enfermo es bajado ante Jesús, porque, descubiertos los misterios de las Escrituras, se llega al conocimiento de Cristo, esto es, se desciende a su humildad mediante la piedad de la fe. Y con razón se halla, según la narración del otro Evangelista, que la casa de Jesús estaba cubierta de tejas, porque bajo el despreciable velo de la letra, si hay quien desvele las cosas divinas, se encontrará la fuerza de la gracia espiritual. Pues el descubrimiento de las tejas en la casa de Jesús es la apertura, en la vileza de la letra, del sentido espiritual y de los arcanos celestiales. Pero el hecho de que el enfermo sea bajado junto con su lecho significa que Cristo debe ser conocido por el hombre todavía constituido en esta carne.

Y cuando Jesús vio la fe de ellos, etc. El Señor, que iba a curar al hombre de la parálisis, primero disolvió las ataduras de los pecados, para mostrar que él había sido condenado a la disolución de sus miembros a causa de los lazos de las culpas, y que no podía ser sanado por la recuperación de sus miembros a menos que estas ataduras fuesen antes desatadas. Así también a aquel paralítico, que junto a la piscina Probática esperaba en vano

desde hacía tiempo el movimiento del agua, una vez sanado por el Señor, se le dice: He aquí que has sido sanado; ya no peques, para que no te suceda algo peor. (Joan. XIV).

Hijo, dice, tus pecados te son perdonados. ¡Oh admirable humildad! Llama hijo a quien era despreciado y débil, y estaba disuelto en todas las junturas de sus miembros, a quien los sacerdotes no se dignarían tocar. O con razón lo llama hijo por esto, porque le son perdonados sus pecados. Ha de considerarse en verdad cuánto vale ante Dios la fe propia de cada uno, cuando tanto valió la ajena, que el hombre entero se levantó de repente, esto es, ya salvado exterior e interiormente, y por el mérito de unos se soltaron las culpas de otros.

Y había allí algunos de los escribas sentados y pensando en sus corazones, etc. Verdad dicen los escribas, que nadie puede perdonar los pecados sino Dios, quien también perdona por medio de aquellos a quienes ha concedido el poder de perdonar. Y por eso se prueba que Cristo es verdaderamente Dios, porque puede perdonar los pecados como Dios. Verdadero testimonio dan a Dios, pero se engañan negando la persona de Cristo. Yerran, pues, los judíos, que aunque creen que el Cristo es Dios y puede perdonar los pecados, sin embargo no creen que Jesús sea el Cristo. Pero mucho más insensatamente yerran los arrianos, que, aunque vencidos por las palabras del Evangelio no se atreven a negar que Jesús es el Cristo y que puede perdonar los pecados, no obstante no temen negar que es Dios. Mas él, deseando salvar

a los pérfidos, manifiesta que es Dios tanto por el conocimiento de las cosas ocultas como por el poder de sus obras. Pues sigue: Y en seguida, conociendo Jesús en su espíritu que así pensaban entre sí, les dijo: ¿Por qué pensáis estas cosas en vuestros corazones? Muestra que es Dios, quien puede conocer los secretos del corazón. Y de cierto modo, callando, habla: Con la misma majestad y poder con que veo vuestros pensamientos, puedo también perdonar a los hombres sus delitos. Entended por vosotros mismos lo que el paralítico consigue. ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate, toma tu camilla y anda? Entre decir y hacer hay mucha distancia. Si al paralítico le habían sido perdonados los pecados, solo lo sabía quien los perdonaba. Pero «levántate y anda», tanto el que se levantaba como los que veían al que se levantaba podían comprobarlo. Se da, pues, un signo carnal, para que se pruebe el espiritual, aunque sea de la misma virtud remitir los males tanto del cuerpo como del alma. Y se nos da a entender que la mayor parte de las debilidades de los cuerpos suceden a causa de los pecados. Y por eso quizás se perdonan primero los pecados, para que, quitadas las causas de la debilidad, se restituya la salud. Cinco son, en efecto, las diferencias de causas por las cuales en esta vida somos afligidos con molestias corporales. Pues o somos agravados con la infirmidad del cuerpo para aumentar los méritos de los justos por la paciencia, como los bienaventurados padres Job y Tobías y los innumerables mártires en ambos

Testamentos. O para la custodia de las virtudes recibidas, para que no perezcan tentadas por la soberbia, como el apóstol Pablo, a quien, para que no se ensoberbeciera por la grandeza de las revelaciones, se le dio un aguijón de su carne, un ángel de Satanás, que le abofeteara. O para entender y corregir nuestros pecados, como María, hermana de Aarón, en el desierto fue herida de lepra por palabras de temeridad y soberbia. O como el paralítico de quien tratamos, que solo pudo ser curado de su enfermedad después de haberle sido perdonados primero los pecados. O para la gloria de Dios que salva, ya sea por sí mismo, ya por sus siervos, como el ciego de nacimiento en el Evangelio, que ni él pecó ni sus padres, sino para que se manifestaran en él las obras de Dios. Como Lázaro, cuya enfermedad no fue para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuese glorificado por ella. O para el comienzo de la condenación eterna, que es propio y particular de los réprobos, como Antíoco y Herodes, quienes, luchando ambos en su tiempo contra Dios, mostraban a todos con la miseria de sus aflicciones presentes qué tormentos habrían de padecer perpetuamente en el infierno. A quienes conviene aquello del Profeta: Y quebrántalos con doble quebrantamiento. Por lo cual es necesario que en todas las adversidades que padecemos temporalmente, demos gracias al Señor con humildad, y, conscientes de nuestra debilidad, nos alegremos de los remedios que se nos han concedido. Es necesario que, volviendo a nuestra conciencia, examinemos diligentemente

a la vez nuestras obras y nuestros pensamientos, y purguemos con digno castigo todo aquello en que descubrimos haber pecado; y todo aquello de lo que creíamos haber obrado rectamente, que descubrimos haberse malogrado en nosotros por vicio de vanagloria, lo castiguemos también con humilde satisfacción. Pues esto se convierte muchas veces para nosotros en causa de azotes. Pero que los inocentes y justos sean azotados para el aumento de sus premios es propio de los perfectos, y un don especial de tales varones. Pero ser impulsado por azotes temporales hacia los tormentos eternos es el castigo de los réprobos impenitentes.

Mas para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad, etc. Si, según el Salmista, él es también Dios, que alejó de nosotros nuestras iniquidades cuanto dista el Oriente del Occidente, y el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados, luego el mismo es Dios y es Hijo del hombre, de modo que Cristo hombre pudiera perdonar los pecados por el poder de su divinidad, y el mismo Cristo Dios pudiera morir por los pecadores por la fragilidad de su humanidad. Mas levantarse espiritualmente del lecho es que el alma se aparte de los deseos carnales, allí donde yacía enferma. Pero tomar el lecho es que también la carne misma, refrenada por los frenos de la continencia, se aparte de las delicias terrenas por la esperanza de los premios celestiales. Pero ir a casa después de levantar el lecho es volver al paraíso. Pues esta es verdaderamente nuestra casa, que recibió primero al

hombre, perdida no por derecho sino por fraude, y al fin restituida por aquel que nada debía al enemigo fraudulento. De otro modo, el que había estado enfermo, ya sano, lleva el lecho a casa, cuando el alma, recibida la remisión de los pecados, se recoge, junto con el mismo cuerpo, a la custodia interior de sí misma, para que después del perdón no cometa nada por lo cual pueda ser justamente herida de nuevo. Y al instante se levantó, y tomando el lecho, salió delante de todos, de modo que todos se maravillaban y glorificaban a Dios, diciendo: Nunca vimos cosa semejante. ¡Cuán admirable es el poder de la divina potencia, donde, sin mediar demora alguna de tiempo, al mandato del Salvador sigue la salud presurosa! Con razón los que estaban presentes, condenados los dardos de la blasfemia, vuelven sus corazones atónitos a la alabanza de tan gran majestad. Y salió de nuevo hacia el mar, y toda la multitud venía a él, y los enseñaba. Enseñando el Señor en Cafarnaún, recomendaba el poder celestial de su doctrina con la curación del paralítico. Hecho esto, salió hacia el mar, para instruir no solo la vida civil de los hombres en el camino de la verdad, sino también predicar el Evangelio del reino a los habitantes del mar, y enseñarles a despreciar los movimientos ondulantes de las cosas fugaces y a vencerlos con la firmeza de la fe. Finalmente, enseña allí a la muchísima multitud que acudía a él. Allí convierte en apóstol y evangelista al publicano llamado desde el telonio. Allí hace a muchos pecadores, corregidos por la penitencia, dignos de su cena, mediante la audiencia de sus

secretos, y, apartándolos de las olas hinchadas y de los cetáceos de los deseos engañosos, los atrae a la solidez de una vida tranquila, que consiste en la esperanza de los bienes celestiales. Pues sigue:

Y al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, etc. Dice «al telonio» por el cargo y la administración de los tributos; pues τέλος en griego se llama en latín «vectigal»: y este mismo Leví es también Mateo. Pero Lucas y Marcos, por pudor y en honor del evangelista, no quisieron poner su nombre conocido. Mas el mismo Mateo, conforme a lo que está escrito, es justo acusador de sí mismo: al comienzo de su relato se nombra a sí mismo Mateo y publicano; para mostrar a los lectores que ningún convertido debe desconfiar de la salvación, puesto que él mismo, de publicano, fue repentinamente cambiado en apóstol, y de recaudador de impuestos, en evangelista.

Y levantándose, lo siguió. En el Evangelio de Lucas está escrito más plenamente: Y dejándolo todo, levantándose, lo siguió (Luc. V). Entendiendo, pues, Mateo lo que verdaderamente es seguir al Señor, lo sigue habiéndolo dejado todo. Pues seguir es imitar. Y por eso, para poder seguir al Cristo pobre no tanto con el paso como con el afecto, dejó lo propio quien solía arrebatar lo ajeno. Y dándonos una forma perfecta de renuncia al siglo, no solo dejó las ganancias de los tributos, sino que despreció el peligro que podía sobrevenirle de parte de los príncipes del siglo, por haber dejado las cuentas de los tributos imperfectas y desordenadas. Pues fue llevado por tan gran deseo de seguir al Señor, que no se

reservó absolutamente ninguna consideración ni pensamiento para esta vida. Puesto que el mismo Señor, que exteriormente lo llamó con humana alocución a que lo siguiera, interiormente lo encendió con divina inspiración a que siguiera cuanto antes al que lo llamaba, él mismo le enseñó invisiblemente de qué modo debía seguirlo. Por lo cual, él, por el mérito de la obediencia, mientras despreciando los negocios humanos los abandona, se hizo fiel dispensador de los talentos del Señor.

Y sucedió que, mientras estaba recostado a la mesa en su casa, muchos publicanos, etc. Escribe el evangelista Lucas que Leví le hizo un gran banquete en su casa, lo cual concuerda aptamente con las figuras de los misterios. Pues quien ha recibido a Cristo en la morada de su interior es alimentado con los mayores deleites de placeres desbordantes. Por eso el Señor entra de buen grado, y reposa en el afecto de aquel que ha creído. Y este es el banquete espiritual de las buenas obras, del cual el pueblo rico carece, y el pobre se sacia. Y son llamados publicanos, como su mismo nombre lo demuestra, aquellos que exigen los tributos públicos, o que son arrendatarios de las rentas del fisco o de los bienes públicos; y también aquellos que persiguen las ganancias de este siglo mediante los negocios son designados bajo el mismo vocablo. Habían visto, pues, que un publicano, convertido de los pecados a cosas mejores, había hallado lugar de penitencia, y por ello tampoco ellos desesperaban de la salvación. Y no es que los publicanos vengan a Jesús permaneciendo en

sus antiguos vicios, como suponen los fariseos y escribas murmurando, sino haciendo penitencia, como significa el texto siguiente del Evangelista, que dice: Pues eran muchos los que también le seguían. Iba, pues, el Señor a los banquetes de los pecadores, para tener ocasión de enseñar, y para ofrecer alimentos espirituales a quienes lo invitaban. En fin, aunque describen que iba con frecuencia a un banquete, no se refiere otra cosa sino lo que allí hizo, lo que enseñó, para que se mostrase tanto la humildad del Señor al ir hacia los pecadores, como el poder de su doctrina en la conversión de los penitentes.

Y los escribas y fariseos, viendo que comía con los pecadores, etc. Si por la elección de Mateo y el llamamiento de los publicanos se expresa la fe de los gentiles, que antes ansiaban ávidamente la ganancia del mundo, pero que ahora son reconfortados junto al Señor en los banquetes de la caridad y de las buenas obras con asidua devoción, sin duda la arrogancia de los escribas y fariseos insinúa la envidia de los judíos, por la cual son atormentados a causa de la salvación de los gentiles. A quienes él mismo dice: En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios.---Oído esto, Jesús les dijo: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están enfermos. Pues no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores. Reprende a los escribas y fariseos, quienes, creyéndose justos, rehuían la compañía de los pecadores. Se llama a sí mismo médico, quien, por un admirable modo de curar, fue herido a causa de nuestras iniquida-

des, y por su cardenal fuimos sanados (Isai. LIII). Y llama sanos y justos a aquellos que, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no están sujetos a la justicia de Dios (Rom. X); quienes, confiados en la ley, no buscan la gracia del Evangelio. Además, llama enfermos y pecadores a aquellos que, vencidos por la conciencia de su propia fragilidad, y viendo que no pueden ser justificados por la ley, someten su cuello en penitencia a la gracia de Cristo.

Y los discípulos de Juan estaban, etc. Otros refieren, siguiendo al Evangelista, que los mismos fariseos y los discípulos de Juan asediaron al Señor con esta pregunta. Pero aquí el discurso evangélico parece sonar como si algunos otros, a quienes movía el cuidado de este asunto, le hubiesen planteado esta pregunta. De donde se ha de colegir que esta pregunta fue planteada al Señor por muchos, a saber, por los fariseos y por los discípulos de Juan, y por los comensales, o por cualesquiera otros a quienes esto inquietaba: por qué ayunaban los discípulos de Juan y los fariseos, mientras que los discípulos del Salvador no ayunaban. Pero en sentido místico puede exponerse así: que los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan, mientras que los de Cristo no ayunan, porque todo el que, o bien se gloría de las obras de la ley sin fe, o, lo que es más grave, sigue las tradiciones de los hombres, o ciertamente percibe el mismo anuncio de Cristo solo con el oído del cuerpo y no también con la fe del corazón, absteniéndose de los bienes espirituales, se consume con el corazón en ayuno. Pero el que se

incorpora a los miembros de Cristo por un amor fiel no puede ayunar, pues se sacia de su carne y de su sangre. De otro modo, Juan no bebió vino ni sidra; el Señor come y bebe con publicanos y pecadores, porque aquel aumenta el mérito con la abstinencia, él a quien no asiste ningún poder de la naturaleza. Pero el Señor, a quien naturalmente le era dado perdonar los delitos, ¿por qué habría de rehuir a aquellos a quienes podía hacer más puros que a los que se abstienen? Pero también Cristo ayunó, para que no rechazaras el precepto; comió con los pecadores, para que percibieras la gracia, para que reconocieras el poder. Y Jesús les dijo: ¿Acaso pueden ayunar los hijos de las bodas, mientras el esposo está con ellos? Mientras tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. Pero vendrán días en que el esposo les será quitado; y entonces ayunarán en aquel día. En Mateo está puesto así: ¿Acaso pueden los hijos del esposo llorar, mientras el esposo está con ellos (Mat. IX)? El esposo, pues, es Cristo; la esposa es la Iglesia. De este santo y espiritual connubio nacieron los apóstoles. Estos no pueden llorar ni ayunar mientras ven al esposo en el tálamo, y saben que el esposo está con la esposa. Pero cuando hayan pasado las bodas y llegue el tiempo de la pasión y de la resurrección, entonces ayunarán los hijos del esposo. Según las leyes de la tropología, sin embargo, ha de saberse que mientras el esposo está con nosotros y estamos en alegría, no podemos ni ayunar ni llorar. Pero cuando él, a causa de nuestros pecados, se haya apartado de nosotros y haya volado lejos, entonces ha de proclamarse

el ayuno, entonces ha de asumirse el luto. Nadie cose un remiendo de paño crudo a un vestido viejo. De lo contrario, el remiendo nuevo quita del viejo, y se produce una rotura mayor. Cuando el Señor fue interrogado por qué sus discípulos no ayunaban, respondió que aquellos que todavía eran carnales y aún no estaban consolidados en la fe de su pasión y resurrección, no podían soportar ayunos más severos ni preceptos de continencia, no fuese que, por excesiva austeridad, perdiesen también la creencia que parecían tener. Llama, pues, a los discípulos, tales como todavía eran, vestidos viejos, a los cuales se cose inconvenientemente un paño nuevo, es decir, alguna pequeña porción de la doctrina que pertenece a la templanza de la vida nueva, porque si esto se hiciera, la doctrina misma se rasgaría en cierto modo, ya que una porción de ella, la que atañe al ayuno de alimentos, se transmitiría inoportunamente, siendo que aquella enseña un ayuno general no solo de la concupiscencia de los alimentos, sino de toda alegría de los deleites temporales. De esta doctrina dice que, como un remiendo, es decir, alguna parte que pertenece a los alimentos, no conviene impartirla a hombres todavía entregados a la vieja costumbre, porque también de allí parece producirse una especie de desgarro, y no conviene a esa misma vejez.

«Y nadie echa vino…», etc. Compara también a estos mismos con odres viejos, de los cuales dice que se rompen más fácilmente con el vino nuevo, esto es, con los preceptos espirituales, de lo que pueden contenerlo. Pero ya eran odres nuevos,

cuando después de la ascensión del Señor eran renovados orando y esperando con el deseo de su consuelo. Pues entonces recibieron el Espíritu Santo, llenos del cual, al hablar en todas las lenguas, fue dicho por los judíos, que no lo sabían pero sin embargo daban verdadero testimonio: «Porque estos están llenos de mosto» (Hech. II). En efecto, el vino nuevo había venido ya a odres nuevos, esto es, el fervor del Espíritu Santo había llenado los corazones de los espirituales. De otro modo. El maestro debe cuidarse de no confiar los secretos de los nuevos misterios a un alma todavía no renovada, sino que persiste en la vejez de la malicia. Pero si alguien pregunta qué diferencia hay, místicamente, entre el vino nuevo y el vestido nuevo, resulta fácil de ver, porque con el vino nos reconfortamos y embriagamos por dentro, mientras que con el vestido nos revestimos por fuera. Y como ambos pertenecen a la significación de la vida espiritual, el vestido significa ciertamente nuestras buenas obras, que realizamos exteriormente, y por las cuales resplandecemos ante los hombres. Por el vino nuevo, en cambio, se expresa el fervor de la fe, de la esperanza y de la caridad, por el cual, a la vista de nuestro Creador, nosotros mismos somos interiormente reformados en la novedad de nuestro sentir.

Y sucedió de nuevo en los sábados, etc. Leemos en lo que sigue que había muchos que iban y venían, y ni siquiera tenían tiempo para comer, y por eso tenían hambre como hombres. Pero el hecho de que froten con las manos las espigas de las mieses, y consuelen su hambre, es indicio de una

vida más austera, propia de quienes buscan no manjares preparados, sino alimentos sencillos. Pero los fariseos le decían: He aquí, ¿qué hacen tus discípulos en los sábados que no es lícito? Nótese que los primeros apóstoles del Salvador destruyen la letra del sábado contra los ebionitas, quienes, aunque reciben a los demás apóstoles, rechazan a Pablo como transgresor de la ley. Pero místicamente los discípulos pasan por los sembrados, a saber, aquellos de los que el Señor dice: Levantad vuestros ojos y ved las regiones, porque ya están blancas para la siega. Y el que siega recibe recompensa (Juan IV), cuando los santos doctores observan con el cuidado de una piadosa solicitud a aquellos a quienes buscan instruir en la fe de la verdad, y ponderan con atenta consideración de qué manera y en qué orden deben atraer a cada uno a la salvación. Y por eso se entiende que no ansían nada mejor que la salvación de los hombres, como aquel mismo primero de los segadores, que, sintiendo hambre en cierta ocasión mientras oraba, oyó al poco, ofrecidos los manjares que deseaba: Levántate, Pedro, mata y come (Hech. X). Y es una admirable concordancia de misterio, que allí se manda matar y comer animales enviados del cielo, y aquí se dice que los discípulos arrancaron las espigas consagradas por el paso del Señor, y que, según la narración de los otros evangelistas, las frotaron con las manos y las comieron. Pues esto es lo que dice el Apóstol: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, y despojaos del hombre viejo con sus obras (Col. III). Porque nadie pasa al cuerpo de Cristo,

ni alimenta a su maestro con los frutos de su aprovechamiento, sino en la medida en que, renunciadas las antiguas concupiscencias, se haya hecho hombre nuevo por el nuevo mandamiento del amor. Así pues, arrancar las espigas es desarraigar a los hombres de la intención terrena con la que habían fijado como una raíz en el suelo de la mente; frotarlas, en cambio, con las manos es, mediante ejemplos de virtudes, despojar la pureza de la mente de la misma concupiscencia de la carne, como de las cáscaras y envolturas de las aristas. Comer los granos, en cambio, es que cada uno, purificado de la inmundicia de los vicios, sea incorporado a los miembros de la Iglesia por boca de los predicadores. Y con razón se recuerda que los discípulos hicieron esto yendo delante del Señor, porque es necesario que preceda la palabra del maestro, y así la gracia de la visitación celestial, siguiendo después, ilumine el corazón del oyente. Con razón en los sábados, porque también los santos doctores trabajan al predicar por la esperanza del reposo futuro, y de igual modo amonestan a sus oyentes a no dedicarse a negocios superfluos por amor del siglo, sino más bien a fatigarse en buenos trabajos por el reposo eterno. Asimismo, andan por los sembrados con el Señor quienes, esforzándose por obedecer los mandatos divinos, se deleitan en meditar con diligencia los sagrados oráculos. Tienen hambre en los sembrados cuando en esos mismos sagrados oráculos que recorren leyendo desean hallar el pan de vida, esto es, se preocupan por llegar a aquellas palabras con las que puedan

encender en sí un amor más pleno de su Creador. Y esto en los sábados, cuando, adormecida la mente respecto de los pensamientos turbulentos, se alegran de tener sosiego, y de ver cuán dulce es el Señor, y cuán bienaventurado el varón que espera en él (Sal. XXXIII). Y, tomado el hábito de piedad y humildad, se esfuerzan por alcanzar el reposo de sus almas. Arrancan las espigas que por azar encuentran, y las revuelven en las manos y, trituradas, las limpian, hasta llegar al alimento, cuando toman meditando los testimonios de las Escrituras a los que llegan leyendo, y los examinan con atenta indagación, hasta que, hallando en ellos la médula del amor que parecía estar oculta, la extraen. Pues así como los granos de trigo que alimentan están velados por la aspereza de las erizadas aristas, así muchas veces bajo lo que parecía la utilidad de la letra se ocultan los dones del amor divino, que alimentan con los manjares de la dulzura interior a las mentes de los fieles que tienen hambre y sed de justicia. Pero esta refección de las mentes desagrada ciertamente a los necios defensores del sábado, mas es aprobada por el Señor del sábado, porque los que siguen sólo la superficie de la letra no saben conocer la verdadera refección de las mentes, ni llegar al reposo interior de las almas. Por lo cual su temeridad es merecidamente confundida por boca de la Verdad, cuando se añade:

Y les dijo: ¿Nunca leísteis, etc.? Para refutar la calumnia de los fariseos recuerda una antigua historia, cuando David, huyendo de Saúl, llegó a Nobe, y recibido por el sacerdote Abimelec,

pidió alimentos (I Reg. XXI). El cual, como no tuviera panes comunes, le dio los consagrados, de los cuales no era lícito comer sino solo a los sacerdotes y a los levitas. Y esto solo preguntó, si los jóvenes estaban limpios de mujeres: y respondiendo él que lo estaban desde ayer y anteayer, no dudó en darle los panes, juzgando mejor (diciendo el profeta: Misericordia quiero, y no sacrificio [Ose. VI]) librar a los hombres del peligro del hambre, que ofrecer a Dios un sacrificio. Pues la hostia agradable a Dios es la salvación de los hombres. Opone, pues, el Señor y dice: Si David es santo, y el pontífice Abimelec no es reprendido por vosotros, sino que ambos transgredieron el mandato de la ley con una excusa aceptable, y el hambre es la causa, ¿por qué no aprobáis la misma hambre en los apóstoles que aprobáis en los demás? Aunque también en esto hay mucha diferencia. Estos frotan con la mano espigas en sábado, aquellos comieron panes levíticos. Allí también se añadían a la solemnidad del sábado los días de las neomenias, en los cuales, siendo requerido en los convites, huyó de la corte real. Pero lo que dice figuradamente, que David y sus muchachos recibieron panes santificados, muestra que el alimento sacerdotal había de pasar al uso de los pueblos, ya sea porque todos debemos imitar la vida sacerdotal, ya sea porque todos los hijos de la Iglesia son sacerdotes. Pues somos ungidos para el sacerdocio santo, ofreciéndonos a nosotros mismos a Dios como hostias espirituales. Sobre toda esta historia hemos hablado más plenamente, según nuestra capacidad, en

la exposición del libro de los Reyes, y sobre la mesa y los panes de la proposición, en el libro de la exposición del tabernáculo y sus vasos. Pero el que el Señor llame a Abiatar príncipe de los sacerdotes en lugar de Abimelec, no tiene ninguna discordancia. Pues ambos estaban allí cuando David, al llegar, pidió y recibió los panes, a saber, Abimelec, príncipe de los sacerdotes, y Abiatar, su hijo. Pero muerto Abimelec por Saúl, junto con ochenta y cinco varones de su casa de linaje sacerdotal, Abiatar huyó a David y se hizo compañero de todo su destierro. Después, reinando él, recibió también el grado del sumo sacerdocio, y perseverando en el pontificado durante todo el tiempo de su reinado, llegó a ser de mucha mayor excelencia que su padre. Y por eso fue digno de que el Señor hiciera memoria de él, aun viviendo su padre, como del sumo sacerdote. Y les decía: El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Mayor cuidado se ha de tener de la salud y la vida del hombre, que de la observancia del sábado. Pues así fue mandado también guardar el sábado, de modo que, sin embargo, si hubiera necesidad, no sería culpable quien hubiese violado el sábado. Por eso no fue prohibido circuncidar en sábado, porque era necesario que se hiciera. Pues también Josué rodeó con su ejército los muros de Jericó durante siete días. Y los Macabeos, urgiendo la necesidad, combatían en sábado. De donde, teniendo hambre los discípulos, lo que no era lícito por la ley se hizo lícito por la necesidad del hambre. Tal es esta causa, cual es hoy en los ayunos legítimos: donde, si algún

enfermo quebrantare el ayuno, no se le tiene por reo por ninguna razón. Así pues, el Hijo del hombre es Señor también del sábado. Si, dice, el rey David, alimentado con el manjar sacerdotal, es excusable, y según la narración de otro evangelista los sacerdotes que violan el sábado por el ministerio del templo carecen de culpa, ¿cuánto más el Hijo del hombre, que es verdadero rey y verdadero sacerdote, y por eso Señor del sábado, no es tenido por culpable del daño de las espigas arrancadas en sábado?

CAPÍTULO III.

Y entró de nuevo en la sinagoga, etc. El hombre que tiene la mano seca significa al género humano, marchito en la fecundidad de la buena obra, pero curado por la misericordia del Señor. Cuya mano derecha, que se había secado en el primer padre al arrancar los frutos del árbol prohibido, fue restituida, por la gracia del Redentor al extender sus manos inocentes en el árbol de la cruz, a la salud de los jugos de las buenas obras. Y con razón la mano estaba seca en la sinagoga, porque donde el don de la ciencia es mayor, allí es más grave el peligro de la culpa inexcusable. Y ellos lo observaban para ver si sanaba en los sábados, a fin de acusarlo. Porque el Maestro había excusado con un ejemplo verosímil la violación del sábado que reprochaban a los discípulos, ahora, observando al Maestro mismo, quieren calumniarlo, para que, si sana en sábado, lo acusen de transgresión; si no sana, de crueldad o de debilidad. Y dijo al hombre que tenía la mano seca:

Levántate en medio. Y les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien, o hacer el mal? Adelantándose a la calumnia de los judíos, que habían preparado contra él con ánimo pérfido, el Señor los acusa de violar los preceptos de la ley con una interpretación depravada, al estimar que en el sábado se debía también cesar de las buenas obras, siendo así que la ley manda abstenerse de las malas, diciendo: No haréis en él obra servil alguna, esto es, pecado. Porque todo el que comete pecado, es siervo del pecado. Con este precepto prefigura también, en las cosas presentes, la forma del siglo futuro: donde aquellos que a lo largo de las seis edades de este siglo hicieron el bien, en la séptima edad tendrán reposo solamente de los males, pero no también de los bienes. Pues aunque cesen las obras seculares, no es sin embargo ociosa la actividad de la buena obra que descansa en las alabanzas de Dios. ¿Salvar el alma, o perderla? Esto es, ¿curar a un hombre, o no? Es lo mismo que había expresado antes: ¿Hacer el bien, o el mal? No porque Dios, sumamente bueno, pueda ser autor del mal o de la perdición para nosotros, sino porque su no salvar se llama, según el uso de la Escritura, perder. Así se dice que endureció el corazón del Faraón, no porque endureciera lo que era blando, sino porque, por méritos precedentes, no quiso ablandar misericordiosamente lo que ya estaba endurecido. Y cuando nosotros pedimos: No nos dejes caer en la tentación (Matth. VI), añadiendo enseguida: mas líbranos del mal, se nos enseña claramente que su llevarnos a la tentación no es otra cosa que no librarnos del mal, y que su

perder el alma es no salvarla de la perdición. Mas si a alguien le inquieta por qué el Señor, habiendo de curar el cuerpo, preguntó sobre la salvación del alma, entienda que, o bien «alma» está puesta por «hombre», según el uso de las Escrituras, como se dice: Estas son las almas que salieron del muslo de Jacob (Exod. I), o bien que hacía aquellos milagros por la salvación del alma, o bien que la sanación misma de la mano significaba la salvación del alma, la cual, cesando (como dije antes) de las buenas obras, parecía tener de algún modo seca la mano derecha. Mas ellos callaban. Y mirándolos alrededor con ira, entristecido por la ceguera de su corazón, dice al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió; y le fue restituida la mano. La mano seca, para ser sanada, recibe la orden de extenderse, porque la infructuosa debilidad del alma no se cura por ningún medio mejor que por la generosidad de las limosnas. Por lo cual Juan Bautista, cuando las multitudes le preguntaban qué debían hacer para no ser arrojadas al fuego como árboles secos, sólo prescribió esto: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene. Y el que tiene alimentos, haga lo mismo (Luc. III). Y en el Eclesiástico se dice: Hijo, no sea tu mano extendida para recibir, y encogida para dar (Eccli. IV). En vano, en efecto, extiende las manos hacia Dios para pedir por sus pecados quien no las extendió hacia la viuda que suplicaba, para otorgarle un beneficio.

Pero los fariseos, al salir, inmediatamente con los herodianos tomaban consejo contra él, sobre cómo destruirlo. Llama herodianos a los minis-

tros de Herodes el tetrarca, quienes, a causa de las enemistades que su señor ejercía contra Juan, perseguían también con asechanzas y odios al Salvador que Juan predicaba. Fue, pues, gran insensatez que aquellos que más necesitaban de la salvación tomaran consejo sobre la muerte del Salvador. Se muestra cuánto se entregaban a la maldad, pues reputan como crimen incluso esto, que a su palabra el que estaba paralítico extendiera su diestra ya sanada, como si cada uno de ellos no hubiera hecho cosas mayores en los sábados, llevando alimentos, ofreciendo la copa, y ejecutando las demás cosas necesarias para el sustento. Pues aquel que dijo, y las cosas fueron hechas, no podía ser convencido de haber trabajado en sábado.

Y Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar. Se retiró como un hombre que huye de las asechanzas de sus perseguidores, porque aún no había llegado la hora de su pasión, ni el lugar de su pasión estaba fuera de Jerusalén. Se retiró huyendo de quienes lo perseguían con odio; pero se acercó allí donde encontró a más que lo seguían por amor. Pues se añade: Y una gran multitud de Galilea y de Judea lo siguió, y de Jerusalén y de Idumea, y de más allá del Jordán, y los de alrededor de Tiro y Sidón, una gran multitud, oyendo lo que hacía, vinieron a él. He aquí que los fariseos y los herodianos, es decir, los maestros del pueblo y los ministros del rey, buscan con unánime consejo destruir al Señor. Pero la turba indocta y el vulgo reunido de todas partes lo siguen con unánime amor. Aquellos, viendo las obras de sus

poderes y oyendo las palabras de su doctrina, no querían aprender nada más que cómo perseguirlo. Estos, guiados solo por la fama de sus poderes, vienen en una muy gran multitud reunida a oírlo y a implorar el auxilio de la salvación. De donde pronto merecen alcanzar el efecto de su voluntad y deseo, sanados muchísimos por el Señor, como se lee en lo que sigue. Aquí también dio a los suyos el ejemplo de que, si padecieran persecución en una ciudad, huyeran a otra. Finalmente Pablo, instruido a la vez por el ejemplo y por el precepto del Señor, huyó de Damasco, donde era acosado por las asechanzas de los malvados. Pero, partido de allí, encontró en otro lugar pueblos innumerables que lo seguían hacia la piedad. Mas según las leyes de la alegoría, el Señor, en cuanto que, salido de la sinagoga, se retiró hacia el mar, y en todas partes recibió a la gran multitud del pueblo que venía a él, dispuesto a sanarla y enseñarla, prefiguró claramente nuestra salvación, a la cual, abandonada Judea a causa de su incredulidad, se dignó venir por medio de la fe. Pues con razón las naciones, incrédulas durante largo tiempo y agitadas por los diversos rodeos de los errores, se comparan a la inestabilidad, amargura y oscuridad del mar agitado. Pero el Señor vino al mar con sus discípulos, y una gran multitud de diversas provincias lo siguió, porque, predicando los apóstoles, se acercó a los corazones de los gentiles. Y después de haber consagrado propicio en ellos una morada amada para sí, ya recibió benignamente a muchos que venían a él, y concedió que fueran partícipes de la salvación deseada. A lo

cual conviene aptamente lo que sigue: Y dijo a sus discípulos que le tuvieran preparada una barca a causa de la multitud, para que no lo oprimieran. Pues sanaba a muchos, de tal modo que se precipitaban sobre él para tocarlo. Pues la barca que sirve al Señor en el mar es la Iglesia, congregada de entre los gentiles, y que ha atravesado las olas del siglo que pasa con la virtud de una mente libre.

La cual, cuanto más dilata el seno de su corazón para recibir la gracia de su creador, tanto más sublimemente se eleva sobre todos los remolinos de las cosas pasajeras, como una barca, agitada por vientos favorables, que se burla de las olas de un mar agitado. Hay, pues, diferencia entre oprimir al Señor y tocarlo. Pues lo toca quien recibe su fe y su amor con corazón verdadero.

Lo oprimen quienes, con pensamientos carnales, o incluso con hechos, turban la paz de aquellos en quienes la verdad solía habitar. Por lo cual, aptamente, se declara que los que lo tocaron fueron salvados, porque sin duda la verdadera fe y el amor suelen engendrar la salvación eterna.

Mas a causa de la multitud, para que no lo oprimiera, el Señor subió a la barca, porque, huyendo de las turbias mentes de los carnales, se complace más bien en venir a aquellos que aprendieron a despreciar igualmente la fugaz gloria del siglo y su abyección, y en hacer morada junto a ellos.

Pero cuantos tenían enfermedades, los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él. Ambos ciertamente se postraban ante el Señor,

es decir, tanto los que tenían las dolencias de las enfermedades corporales, como los que eran atormentados por espíritus inmundos: pero los enfermos con la sencilla intención de obtener la salud, mientras que los endemoniados, o más bien los demonios que habitaban en ellos, forzados por la fuerza del temor divino, eran compelidos no solo a postrarse ante él, sino también a confesar su majestad. Pues heridos por la presencia de su poder, y sobremanera aterrorizados, de ningún modo se atrevían a ocultar a aquel a quien ya reconocían ser el Hijo de Dios. En lo cual es más que suficiente para admirar, o más bien para lamentar, la ceguera de los arrianos, quienes, después de la gloria de su resurrección y ascensión, después de haberse difundido por todo el orbe la fe del Evangelio, después de edificadas iglesias en todas las naciones, y alabado en ellas el nombre del Señor Salvador, desde el oriente hasta el occidente, de repente niegan que sea el Hijo de Dios, a quien los demonios, cuando aún estaba revestido del hábito mortal de la carne, con voz manifiesta confesaban ser el Hijo de Dios. Pues así sigue: Y clamaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y les amenazaba severamente, para que no lo manifestasen. Pero por qué prohíbe a los espíritus inmundos hablar de sí, lo manifiesta el Salmista, que dice: Mas al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras tú mis justicias, y tomas mi pacto por tu boca? Pero tú aborreciste la disciplina, y arrojaste mis palabras detrás de ti (Sal. XLIX).

Se prohíbe, pues, al pecador predicar al Señor, no sea que alguien, mientras sigue al que predica,

siga a quien yerra. Pues el diablo es un maestro perverso, que con frecuencia mezcla lo falso con lo verdadero, para encubrir con apariencia de verdad el testimonio de su engaño. Por lo demás, no solo los demonios, que confesaban contra su voluntad, debían callar de buen grado acerca de Cristo, sino también aquellos que, sanados por él, querían confesar espontáneamente. Es más, los mismos apóstoles, que después de la resurrección habían de predicarlo por todo el orbe, reciben la orden, antes de su pasión, de callar del todo acerca de él, para que, en efecto, no se retardase, por predicarse su divina majestad, la dispensación de la pasión, y, retardada la pasión, se negase la salvación del mundo que por ella había de venir.

Y subiendo al monte, llamó a sí a los que él quiso, y vinieron a él, y dispuso que hubiese doce con él. Aquel monte en el que el Señor eligió a los apóstoles designa la altura de la justicia en la cual habían de ser instruidos, y que habían de predicar a los hombres. Pues, como había de enviarlos a predicar el Evangelio del reino celestial, quiso oportunamente, por la sublimidad del lugar en que fueron elegidos, amonestarlos de que no debían disolver el ánimo en los deseos más bajos, sino elevarlo siempre a desear y buscar las cosas de arriba. Así también, cuando había de dar la ley a su antiguo pueblo, se apareció en un monte: desde el monte tronó lo que había de hacerse. Pero como aún no era el tiempo en que se dijese: Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos (Mat. IV), sino que solo se

decía: Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largo tiempo sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará (Éxod. XX) —aunque estas mismas palabras nos prometen tipológicamente el reino eterno, que está en la tierra de los vivientes—, de ningún modo pudo el pueblo acercarse al Señor que hablaba en el monte; sino que oyó las cosas más bajas que se decían, porque todavía no sabía elevarse, con mente capaz, a entender los misterios que se decían; y solo Moisés, porque había aprendido a oír la ley espiritualmente, subió a la cumbre del monte en que estaba Dios. Y se dice bien que el Señor, subiendo al monte, llamó a sí a los que él quiso. Pues no fue por elección y empeño de ellos, sino por dignación y gracia divina, que fueron llamados al apostolado. Por lo cual también les dice en otro lugar: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV).

E hizo que doce estuviesen con él. Ciertamente determinados en razón de un misterio, a saber, para que también con su número recomendasen la salvación del mundo que predicarían con la palabra. Pues tres veces cuatro hacen doce. Y tres veces cuatro apóstoles fueron enviados a predicar, para que por todas las regiones del orbe cuadrado bautizasen a las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Por lo cual también, acerca de la ciudad santa Jerusalén que desciende del cielo de parte de Dios, está escrito que tenía tres puertas por el oriente, y tres puertas por el norte, y tres puertas por el sur, y tres puertas por el occidente (Apoc.

XXI). En lo cual se muestra figuradamente que, predicando los apóstoles y los sucesores de los apóstoles, todas las naciones por el orbe habrían de entrar en la Iglesia en la fe de la santa Trinidad. En cuyo misterio también antiguamente los hijos de Israel acampaban en torno al tabernáculo, de modo que por todas partes, en cuadro, permanecían tres tribus (Núm. I). Porque sin duda la Iglesia primitiva, que estaba en Judea, habiendo de creer en torno suyo, por todas partes, las naciones de todo el orbe, había de fijar para Dios un campamento espiritual en la fe y confesión de la santa Trinidad.

Y para enviarlos a predicar el Evangelio. Y les dio potestad de curar las enfermedades, y de expulsar los demonios. Después que prohibió que los espíritus nefandos lo predicasen, eligió a los santos, para que ellos expulsasen los espíritus inmundos, y ellos mismos predicasen el Evangelio con mente y lengua pura. A los cuales confirió también la facultad de curar las demás enfermedades, y también de resucitar a los muertos (como escribe el evangelista Mateo), para que a la grandeza de las promesas celestiales atestiguase también la grandeza de las obras, y la virtud mostrada diese fe a las palabras, y para que hiciesen cosas nuevas los que predicaban cosas nuevas. Por lo cual también ahora, habiendo crecido la muchedumbre de los fieles, hay muchos dentro de la santa Iglesia que mantienen el camino de las virtudes, y no tienen los signos de las virtudes.

Porque en vano se muestra el milagro por fuera, si falta lo que ha de obrar por dentro. Pues,

según la voz del maestro de las gentes, las lenguas son señal, no para los fieles, sino para los infieles (I Cor. XIV).

Y a Simón le impuso el nombre de Pedro. No fue ahora la primera vez que dio a Simón el nombre de Pedro, sino mucho antes, cuando, habiéndolo mirado traído a él por su hermano Andrés, dijo: Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro (Juan I). Pero como el Evangelista, queriendo enumerar los nombres de los doce apóstoles, tuviese necesidad de decir Pedro, procuró indicar brevemente que no se llamaba así antes, sino que así lo apellidó el Señor —aunque no entonces, sino cuando Juan puso las mismas palabras del Señor—, haciendo, a saber, atentos a los oyentes.

Pues si se hubiese llamado así antes, no verías así el misterio de la piedra, pensando que fue llamado así por casualidad, y no por la providencia de Dios. Por eso quiso que primero fuese llamado con otro nombre, para que del mismo cambio del nombre se recomendase la vivacidad del misterio. Lo mismo, pues, en griego o en latín es Pedro, que en siríaco Cefas. Y en ambas lenguas el nombre está derivado de «piedra»: sin duda de aquella de la que dice Pablo: Y la piedra era Cristo (I Cor. X). Pues así como Cristo, que es la luz verdadera, otorgó a los apóstoles que fuesen llamados luz del mundo, así también a Simón, que creía en Cristo piedra, le concedió el nombre de Pedro. Aludiendo en otro lugar a esta etimología, dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI). Pero que Simón se

interprete como «el que deja el dolor», o «el que oye tristeza», conviene a aquel tiempo en que, después de la resurrección, al ver al Señor, dejó el dolor ya de su muerte, ya de su propia negación: pero inmediatamente oyó la tristeza de su propia muerte, diciendo el Señor: Y cuando envejezcas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará adonde no quieras (Juan XXI).

Y a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan, hermano de Jacobo (Se sobreentiende de lo anterior: los llamó a sí, cuando subió al monte). Y les impuso el nombre de Boanerges, que quiere decir hijos del trueno. Con razón fueron apellidados hijos del trueno, de los cuales uno, tronando desde las cosas celestiales, profirió aquella palabra teológica que nadie antes había sabido proferir: En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios, etc. (Jn 1). La cual dejó cargada de tan gran peso de virtud, que si alguna vez hubiera querido tronar más, ni el mundo mismo podría contenerla. Pero ambos también merecieron ser llevados muchas veces aparte y al monte por el Señor, y en cierta ocasión percibir un sonido terrible que venía de la nube: Este es mi Hijo amado, a él escuchad (Mc 9).

Llevaban también sus antiguos nombres, aptísimos para sus méritos. Pues Jacobo significa suplantador. Juan se dice «en quien hay gracia», o «gracia del Señor». En efecto, aquel, al llamado del Señor, suplantó el cuidado de la carne, y se alegró de despreciar la carne misma cuando Herodes lo mató; este, por la gracia de un amor singular que había merecido por su gloria virgi-

nal, se reclinó sobre el pecho de su Redentor en la cena.

Y a Andrés, y a Felipe, y a Bartolomé, y a Mateo, y a Tomás. Andrés es nombre griego, y se interpreta «varonil», por cuanto en griego el varón se llama Ἀνήρ. Con este nombre aptísimo es adornado aquel que, a la predicación de Juan, se cuidó de seguir, ver y oír al punto al Cordero de Dios, y después, cuando él mismo lo llamaba, no tardó en seguirlo, dejadas todas las cosas, y en adherirse a él perpetuamente. Felipe se interpreta «boca de la lámpara» o «de las lámparas». Y con razón, porque, llamado por el Señor, se esforzó al punto, por el oficio de su boca, en propinar a su hermano, una vez hallado, la luz de la gracia con que él mismo había sido encendido e ilustrado en el corazón, diciendo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, a Jesús, hijo de José, de Nazaret (Jn 1). Bartolomé es nombre sirio, no hebreo, y se interpreta «hijo del que suspende las aguas», lo cual evidentemente significa al Hijo de Dios, que suspende las mentes de sus predicadores para la contemplación de las cosas celestiales, a fin de que, cuanto más libremente vuelan por las alturas, tanto más fecundamente embriaguen los corazones de los hombres terrenos con las gotas de sus palabras. Mateo se dice «dado», es decir, porque por un gran don del Señor, de recaudador de impuestos y publicano, fue destinado al oficio de apóstol y evangelista. Tomás significa «abismo» o «gemelo», que en griego es Δίδυμος; y ambas interpretaciones convienen a su condición. En efecto, pudo llamarse

con razón Dídimo, por su corazón dudoso al creer en la realidad de la resurrección del Señor. Igualmente pudo con razón llamarse «abismo», puesto que con fe cierta penetró la profundidad del poder del Señor celebrado en la resurrección. Ha de notarse ciertamente que el evangelista Mateo, al describir el nombre de los apóstoles, lo pone así: Felipe y Bartolomé, Tomás, y Mateo el publicano. Los demás evangelistas, pues, en la conjunción de los nombres, ponen primero a Mateo, y después a Tomás, y no le añaden lo de publicano, no sea que, al recordar su antigua manera de vivir, parecieran menospreciar al evangelista. Él mismo, en cambio, antepone a Tomás y se llama a sí mismo publicano, para que donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia (Rm 5). Y a Jacobo de Alfeo, y a Tadeo. Puso «Jacobo de Alfeo» con este añadido, para distinguirlo de Jacobo de Zebedeo. Este es el que en los evangelios se llama hermano del Señor, y en la Epístola a los Gálatas; porque María, esposa de Alfeo, fue hermana de María, madre del Señor, a quien el evangelista Juan llama María de Cleofás, quizá porque el mismo Alfeo también fue llamado Cleofás, o porque la misma María, muerto Alfeo después de nacer Jacobo, se casó con Cleofás. Y que Jacobo fue apellidado con razón hijo de Alfeo, esto es, del docto, lo atestiguan los mismos apóstoles, que, inmediatamente después de la pasión del Señor, lo ordenaron para regir la Iglesia de Jerusalén. Tadeo, por su parte, es el mismo a quien Lucas, tanto en su Evangelio como en los Hechos de los apóstoles, llama Judas de Jacobo. Pues era

hermano de Jacobo, hermano del Señor, como él mismo escribe en su Epístola. Por lo cual también él mismo era llamado hermano del Señor, atestiguándolo sus propios conciudadanos, que, asombrados de sus virtudes, decían: ¿No es este el hijo del carpintero y de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón (Mt 13)?

Y a Simón el Cananeo, y a Judas Iscariote, que también lo entregó. Y los puso con un añadido, para distinguirlos de Simón Pedro y de Judas de Santiago. Simón el Cananeo, en cambio, recibió su sobrenombre de Caná, aldea de Galilea, lo cual el evangelista Lucas puso con su interpretación: Simón el Celote. En efecto, Caná significa «celo». El Cananeo se llama Celote, esto es, émulo. Judas Iscariote, en cambio, tomó su nombre, ya sea de la aldea en la que nació, ya de la tribu de Isacar, presagio de su propia condenación. En efecto, Isacar, que se traduce «recompensa», insinúa el precio de la traición. Iscariote, en cambio, que se interpreta «memoria de la muerte», demuestra que él no fue persuadido de repente, sino que, tras larga meditación, perpetró el crimen de la traición del Señor. Él fue elegido entre los apóstoles no por imprudencia, sino por providencia. ¡Cuán grande es la verdad, que ni siquiera un ministro adversario debilita! ¡Cuán grande es la enseñanza moral del Señor, que prefirió que se pusiera en peligro entre nosotros su juicio antes que su afecto! Pues había asumido la fragilidad del hombre, y por eso no rehusó tampoco estas facetas de la debilidad humana. Quiso ser abandonado, quiso ser traicionado, quiso ser entregado por su propio

apóstol, para que tú, abandonado por un compañero, traicionado por un compañero, sobrelleves con moderación que tu juicio erró, que se malogró tu favor. Habiendo sido ordenados en el monte los apóstoles, que habían de ser enviados a predicar el Evangelio, se añade oportunamente:

Y vienen a la casa. En efecto, hace volver a casa a los apóstoles elegidos en el monte, como amonestándolos tácitamente para que, tras recibir el grado del apostolado, vuelvan a su propia conciencia, y para que, cuanto mayor cuidado de enseñar a los pueblos hayan asumido, tanto más diligentemente penetren ellos mismos, considerándolas, en las moradas de sus propias mentes, y para que, no sea que se encuentre allí acaso algo que ofenda los ojos del observador oculto, lo indaguen con cuidadoso examen. Pues así, en efecto, cada uno gobierna rectamente a su prójimo, si primero purga de su propio corazón, mediante un examen aplicado, cualquier maldad que hubiera en él.

Y se reunió de nuevo la muchedumbre, de modo que no podían ni siquiera comer pan. ¡Oh, cuán feliz ocupación la del Salvador, cuán bienaventurada la afluencia de la muchedumbre que acudía, para quien fue tan grande el celo de oír la palabra de Dios, tan grande el cuidado de alcanzar la salvación, que ni siquiera la hora de comer quedó libre para el autor de la salvación y para los que estaban con él, sin dedicarla a dar consuelo de vida a los desdichados! Ojalá, Señor Jesús, también en los tiempos de nuestra época concedieras tanta gracia a tus fieles, que con

su asiduidad en aprender impidieran a sus maestros, no solo el apetito de los placeres carnales, sino también, algunas veces, incluso la misma toma del pan cotidiano. Pero veamos cuánto pesaba la estima de sus parientes hacia aquel a quien frecuentaba la muchedumbre de fuera. Sigue:

Y cuando lo oyeron los suyos, salieron a sujetarlo, pues decían que se había vuelto loco. Verdaderamente, como él mismo dice en otro lugar: «No hay profeta sin honor, sino en su propia patria y en su propia casa». Pues a aquel a quien los demás desean acercarse, ver y oír como al autor de la vida y a la sabiduría de Dios, sus parientes deciden que hay que atarlo, como a un demente. Pues como no podían captar la altura de la sabiduría que oían, creían que él había hablado como con una mente ajena: a semejanza de aquellos que, no soportando el misterio de comer su carne y beber su sangre, decían: «Duro es este discurso». «¿Quién puede oírlo?» Y por eso se volvieron atrás, y ya no caminaban con él. Alegóricamente, sin embargo, en esto de que, acudiendo a él una multitud frecuente, es despreciado por los suyos como loco, se aprueba la salvación de los creyentes de entre los gentiles, y se señala la envidia y perfidia de los judíos. De ellos dice Juan: «Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Juan I). En verdad hay una gran diferencia entre los que no entienden la palabra de Dios por lentitud de mente, y los que blasfeman y persiguen deliberadamente lo que entienden. Pues para estos queda todavía esperanza de salvación, si acaso llegaran a entender; pero para aquellos que, no queriendo

entender para obrar bien, meditan la iniquidad en su lecho, ¿qué esperanza de salvarse queda ya, puesto que incluso aquello que percibieron entendiendo rectamente para la salvación de su alma, se esfuerzan por rechazarlo, detestándolo y persiguiéndolo con odio? Pues mira lo que sigue.

Y los escribas que habían descendido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebub, y que por el príncipe de los demonios expulsaba los demonios. No sin motivo se dice que descendieron de Jerusalén quienes proferían contra el Señor tan grande blasfemia; antes bien, presagiaban ciertamente que él habría de ser perseguido hasta la muerte por los ciudadanos de aquella región. Leemos, en efecto, más arriba que una gran multitud de Galilea lo siguió, y de Jerusalén, y de Idumea y de más allá del Jordán, y los que vivían en torno a Tiro y a Sidón, una gran multitud, al oír lo que hacía, vinieron a él. La multitud, pues, que venía de Jerusalén siguió al Señor, así como también la de las demás regiones de los judíos, o incluso de los gentiles. Pues ¿quién ignora que Idumea, Tiro y Sidón fueron provincias o ciudades de los gentiles? Mas los escribas que descendían de Jerusalén lo perseguían con espantosas blasfemias, porque sin duda había de suceder así en el tiempo de la pasión: que la multitud del pueblo judío lo condujera a Jerusalén con palmas y alabanzas, que los gentiles desearan verlo, pero que los escribas y los ancianos del pueblo tramaran su muerte. Así pues, mientras las multitudes, que parecían menos instruidas, se maravillaban siempre de las obras del Señor, ellos, por el con-

trario, se esforzaban ya en negarlas, ya, cuando no habían podido negarlas, en tergiversarlas con una interpretación malintencionada, como si no fueran obras de la Divinidad, sino de un espíritu inmundísimo, es decir, de Beelzebub, que era el dios de Accarón. Pues Beel es en realidad lo mismo que Baal, mientras que Zebub significa «mosca». Tampoco ha de leerse al final del nombre, según algunos ejemplares defectuosos, la letra k, o la d, sino la b. Beelzebub, pues, se interpreta «Baal de las moscas», esto es, «varón de las moscas», o «el que tiene moscas», a causa, sin duda, de la inmundicia de la sangre de los sacrificios, de cuyo rito o nombre inmundísimo daban ese sobrenombre al príncipe de los demonios.

Y habiéndolos convocado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Y si un reino se divide contra sí mismo, ese reino no puede subsistir. Y si una casa se divide contra sí misma, esa casa no podrá subsistir. Un reino y una ciudad divididos contra sí mismos no pueden perdurar. Pero así como las cosas pequeñas crecen por la concordia, así las más grandes se derrumban por la discordia (Salustio). Si, pues, Satanás lucha contra sí mismo, y un demonio es enemigo de otro demonio, ya habría debido llegar la consumación del mundo, para que las potestades adversarias no tuvieran lugar en él, cuya guerra entre sí es la paz de los hombres. Pero si pensáis, oh escribas y fariseos, que la retirada de los demonios es una obediencia a su príncipe, para engañar con fraudulenta simulación a los hombres ignorantes, ¿qué podéis decir acerca

de las sanaciones corporales que el Señor llevó a cabo? Otra cosa es si también atribuís a los demonios las debilidades de los miembros y los signos de las virtudes espirituales. Y si Satanás se ha levantado contra sí mismo, está dividido, y no podrá subsistir, sino que tiene su fin. Diciendo esto quería que se entendiera, por su propia confesión, que al no creer en él habían escogido estar en el reino del diablo, el cual, sin duda, dividido contra sí mismo, no podría subsistir. Escojan, pues, los fariseos lo que quisieren. Si Satanás no puede expulsar a Satanás, nada habrán podido hallar que decir contra el Señor. Pero si puede, provean mucho más por sí mismos, y se aparten de su reino, el cual, dividido contra sí mismo, no puede subsistir.

Nadie, entrando en la casa del fuerte, puede saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte, y entonces saqueará su casa. Por el fuerte entiende al diablo; por sus bienes, a los hombres engañados por él; por su casa, al mundo, que está puesto en el maligno. En el cual, hasta la venida del Salvador, poseía un imperio malamente pacificado, porque descansaba en los corazones de los infieles sin contradicción alguna. Pero el Señor ató al fuerte, esto es, contuvo al diablo de la seducción de los elegidos, y entonces saqueó su casa, porque a aquellos que previó que eran suyos, arrancados de los lazos del diablo, los unió a los miembros de su Iglesia, y los ordenó en ella mediante las distintas dignidades de diversos grados. O ciertamente saqueó su casa, porque distribuyó todas las partes del mundo, sobre las

que antaño dominaba el antiguo enemigo, a los sucesores de los apóstoles, para que cada uno, en su propia provincia, convirtiera al camino de la vida a los pueblos llamados a apartarse del error. Mostró, pues, el Señor mediante una parábola, ya harto manifiesta, que no libraba a los hombres de los demonios por una operación falaz concertada con los demonios, como calumniosamente afirmaban, sino por un poder de la divinidad del todo diverso y contrario a ellos; y por eso cometían un gran crimen los que proclamaban ser del diablo lo que sabían que era de Dios.

En verdad os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias con que blasfemaren. No se perdonan indiscriminadamente a todos los hombres todos los pecados y blasfemias, sino a aquellos que hubieren hecho digna penitencia en esta vida por sus errores. Tampoco tiene lugar aquí la depravada aserción de Novaciano, según la cual habría de negarse el perdón a quienes hacen penitencia después de haber caído en el martirio; ni la de Orígenes, al afirmar que, después del juicio universal, aunque hayan transcurrido innumerables ciclos de siglos, todos los pecadores y blasfemos obtendrán el perdón de sus pecados y serán conducidos al reino celestial. Cuyo error refutan también las palabras siguientes del Señor, cuando se añade:

Pero el que blasfemare contra el Espíritu Santo no tendrá remisión jamás, sino que será reo de delito eterno. Así pues, el que, entendiendo con claridad las obras de Dios, no pudiendo negar su

poder, sin embargo, aguijoneado por la envidia, las calumnia, y dice que Cristo, y el Verbo de Dios, y las obras del Espíritu Santo son de Beelzebú, a este no le será perdonado, ni en el siglo presente ni en el futuro. No porque neguemos que también a él, si quisiera hacer penitencia, pueda serle perdonado por aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; sino porque, creyendo en ese mismo juez y dador del perdón, que a la vez dice que siempre acogerá la penitencia y afirma que esta blasfemia nunca ha de ser remitida, creamos que este blasfemo, según sus merecimientos, así como jamás llegará a la remisión, tampoco llegará a los frutos de una digna penitencia. Conforme a esto que el evangelista Juan escribió con toda verdad acerca de algunos cegados por mérito de su blasfemia: Por eso no podían creer, porque de nuevo dijo Isaías: Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que no vean con los ojos ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y yo los sane (Juan XII). Solamente, pues, la blasfemia contra el Espíritu Santo, por la que alguien, a semejanza del diablo y de sus ángeles, no teme combatir contra su propia conciencia la majestad de la Deidad, no tiene remisión jamás, sino que será reo de delito eterno, como claramente declara el evangelista, quien, expuesto este testimonio del Señor, añadió y dijo:

Porque decían: Tiene un espíritu inmundo. En efecto, ni quienes creen y confiesan que el Espíritu Santo no existe, ni quienes creen que existe pero no es Dios, ni quienes creen que es ciertamente Dios pero menor que el Padre y el Hijo —

puesto que hacen esto llevados no por la envidia diabólica, sino por la ignorancia humana—, están sujetos al crimen de la blasfemia irremisible; crimen por el cual propiamente los príncipes de los judíos, y cuantos están corrompidos por una peste semejante de envidia, blasfeman la majestad, y perecerán sin fin. Mas en cuanto a lo que se dice según Mateo, que quien blasfemare contra el Espíritu Santo, o dijere palabra contra el Espíritu Santo, no tendrá remisión ni en este siglo ni en el futuro, se da a entender que algunas culpas se perdonan en este siglo, y otras en el futuro. Pues lo que se niega de uno, es evidente por comprensión consecuente que se concede de algunos otros. Pero, sin embargo, ha de creerse que esto puede suceder respecto de los pecados mínimos y pequeños, como es la conversación ociosa continua, la risa desmedida, o el pecado del cuidado de los asuntos domésticos, que apenas se lleva a cabo sin culpa incluso por quienes saben de qué modo deben evitar la culpa, o en las culpas no graves por error de ignorancia; todo lo cual pesa incluso después de la muerte, si no ha sido perdonado mientras se estaba todavía puesto en esta vida. Esto, sin embargo, ha de saberse: que allí nadie obtendrá purgación alguna, al menos de los pecados mínimos, a no ser que, estando todavía puesto en esta vida, lo merezca mediante buenas obras, para obtenerlo allí.

Y vienen su madre y sus hermanos, y, estando fuera, enviaron a él llamándole. Y la multitud estaba sentada en torno a él, etc. Los hermanos del Señor no han de considerarse hijos de la bien-

aventurada siempre virgen María, según Helvidio, ni hijos de José habidos de otra esposa, según algunos, sino que más bien han de entenderse como parientes suyos. Ciertamente, el hecho de que el Señor, rogado en favor de su madre y de sus hermanos, disimule apartarse del oficio de la palabra, no rechaza los deberes de la piedad materna, cuyo precepto es: Honra a tu padre y a tu madre, sino que muestra que se debe más a los misterios paternos que a los afectos maternos: encomendándonos con el ejemplo lo mismo que encomienda con la palabra, cuando dice: Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí (Mat. X). No desprecia injuriosamente a sus hermanos, sino que, prefiriendo la obra espiritual al parentesco de la carne, enseña que la unión de los corazones es más sagrada que la de los cuerpos. Pero místicamente, la madre y los hermanos de Jesús son la Sinagoga, de cuya carne fue engendrado, y el pueblo de los judíos, los cuales, enseñando el Salvador en el interior, vienen pero no pueden entrar: porque descuidan entender espiritualmente sus palabras. Pues la multitud, adelantándose, entra en su casa, dispuesta a escuchar sus discursos, como declara el evangelista Mateo: porque, mientras Judea se demoraba, la gentilidad acudió en masa a Cristo, y absorbió los misterios internos de la vida tanto más ampliamente con la mente cuanto más cercana estaba por la fe. Según lo que dice el Salmista: Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII).

Y le dicen: He aquí que tu madre y tus hermanos te buscan fuera. Y respondiéndoles, dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Dentro está la palabra, dentro está la luz. Por lo cual dice en otro lugar: Para que los que entran, dice, vean la luz (Luc. VIII). Si, por tanto, estando fuera, ni siquiera ellos mismos son reconocidos como parientes, y quizás no son reconocidos a causa de nuestro ejemplo, ¿de qué modo seremos nosotros reconocidos, si estamos fuera? Pues, estando fuera, sus parientes no quieren ver al Señor, ya que los judíos, no buscando el sentido espiritual en la ley, se fijaron fuera en la observancia de la letra, y, por así decirlo, obligan más bien a Cristo a salir a enseñar cosas carnales, que consienten en entrar ellos mismos para aprender las espirituales.

Y mirando alrededor a los que estaban sentados en torno a él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Pues quien hiciere la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Que quien hiciere la voluntad de Dios sea llamado hermana y hermano del Señor, a causa de ambos sexos que son congregados a la fe, no es de extrañar. Mas es en verdad muy de admirar cómo también se le llama madre. Pues se dignó llamar hermanos a los fieles discípulos, diciendo: Id, anunciad a mis hermanos. Por tanto, ha de preguntarse cómo quien pudo hacerse hermano del Señor viniendo a la fe, pueda también ser madre. Mas hemos de saber que quien es hermano y hermana de Jesús por creer, se hace madre por predicar. Pues como que da a luz al Señor, a quien ha infundido en el corazón del que oye. Y se hace

madre suya si, por su voz, se engendra el amor del Señor en la mente del prójimo.

CAPÍTULO IV.

Y de nuevo comenzó a enseñar junto al mar. Si examinamos el Evangelio de Mateo, resulta ciertamente claro que esta enseñanza del Señor junto al mar se celebró el mismo día en que se pronunció el sermón anterior en la casa. Pues terminado aquel sermón, Mateo añadió de inmediato diciendo: Aquel día, saliendo de la casa, se sentó junto al mar, y se congregaron a él grandes multitudes, etc. (Mat. XIII). Pero no solo los hechos y las palabras del Señor, sino también los caminos y los lugares en que obra sus prodigios y predica, están llenos de misterios celestiales. En efecto, después del sermón pronunciado en la casa, donde por nefanda blasfemia se dijo que tenía un demonio, saliendo enseñaba junto al mar, para mostrar que, abandonada Judea a causa de la culpa de su perfidia, iba a pasar a salvar a los gentiles. Pues los corazones soberbios e incrédulos de los gentiles, por largo tiempo, se comparan con razón a las hinchadas y amargas olas del mar. Y ¿quién ignora que la casa pérfida del Señor fue Judea? Pero, dejada la casa en la que padeció las blasfemias de los impíos, comenzó a enseñar junto al mar, porque, abandonada la Sinagoga a causa de su incredulidad, vino a reunir, por medio de los apóstoles, la multitud del pueblo gentil. Por lo cual se antepone oportunamente que, mientras él predicaba en la casa, su madre y sus hermanos se quedaron fuera y, como

que no fueron reconocidos por él, y así, saliendo de la casa, pasó a enseñar junto al mar, porque, después que la Sinagoga se fijó fuera en la observancia de la letra, y prefirió anteponer las figuras de la ley a los íntimos arcanos de la fe del Señor, el Señor confirió a las naciones de fuera, por todo el orbe, los sacramentos de salvación que aquella había despreciado.

Y se congregó junto a él una gran multitud, de modo que, subiendo a una barca, se sentó en el mar, y toda la multitud estaba en tierra alrededor del mar; y les enseñaba muchas cosas en parábolas. Que una gran multitud se congregara junto al Señor que enseñaba junto al mar, significa la afluencia de los pueblos que, predicando los apóstoles, acudían a la fe de la verdad. Pero el que él mismo, subiendo a la barca, se sentara en el mar, prefiguraba la Iglesia que había de edificarse en medio de las naciones incrédulas y contradictoras. Pues el Señor, como que se sienta en la barca colocada en medio del mar, cuando ilumina con la gracia de su visita las mentes de los fieles que moran entre los fieles, y consagra para sí una amada morada en ellos. Además, la multitud que, situada en tierra alrededor del mar, escuchaba las palabras del Señor, de tal modo que ni era tocada por las olas del mar ni se sentaba con él en la barca tras cruzar las olas, lleva aptísimamente la figura de los que recientemente se habían reunido para oír la palabra. Y ciertamente, por la piedad del ánimo, están separados de la amargura, la oscuridad y la inestabilidad de los

réprobos, pero todavía no están imbuidos de los misterios celestiales que desean.

Y les decía en su enseñanza: Oíd; he aquí que salió el sembrador a sembrar. El mismo Señor, exponiendo esta parábola más adelante, afirma que la semilla es la palabra de Dios, y que el sembrador es él mismo. Pero el hecho de decir que el sembrador salió a sembrar, nos lo dejó para que lo indaguemos. Salió, pues, el sembrador a sembrar, porque el Señor, saliendo del seno del Padre, vino al mundo, y sembró en el género humano, ya por sí mismo, ya por medio de aquellos a quienes él mismo instituyó, la palabra de verdad que vio junto al Padre, según lo que dice Habacuc en sus alabanzas: Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos (Hab. III), es decir, a aquellos a quienes te dignas consagrar con la unción de tu Espíritu, y hacer partícipes de tu santo nombre. O ciertamente salió a sembrar, cuando, después de haber llamado a su fe a la parte escogida de la Sinagoga, difundió también los dones de su gracia para la reunión de los gentiles. Esto mismo lo significó también con su propio itinerario, cuando, después de la predicación pronunciada en la casa, salió a enseñar junto al mar. En efecto, predicando en la casa, abandonó a algunos a causa del crimen irremisible de su blasfemia; a otros, a causa de la devoción de su piedad, los llamó su madre y sus hermanos. Esto expresa claramente la diferencia dentro del pueblo judío, en el cual muchos fueron rebeldes al Señor, mientras que algunos fueron dignos de la adopción divina.

Y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron. En el Evangelio de Lucas está escrito así acerca de esta semilla: Otra cayó junto al camino, y fue pisoteada, y las aves del cielo la comieron. Por tanto, cuanto el Señor se dignó exponer en esta parábola ha de recibirse con piadosa fe. Pero lo que dejó callado a nuestra inteligencia debe igualmente indagarse con piadosa intención y tratarse brevemente. La semilla que cayó junto al camino pereció por un doble daño: pisoteada, en efecto, por los caminantes, y arrebatada por las aves. El camino, pues, es la mente desgastada y reseca por el continuo tránsito de malos pensamientos, de modo que no basta para recibir la semilla de la palabra y hacerla germinar; y así, cualquier buena semilla que caiga en la vecindad de tal camino perece, porque, pisoteada por el vil tránsito del pésimo pensamiento, es arrebatada por los demonios. Los cuales son llamados con razón aves del cielo, ya sea porque son de naturaleza celestial y espiritual, ya sea porque vuelan por el aire.

Y otra cayó sobre pedregales, donde no tenía mucha tierra, y brotó al instante, porque no tenía profundidad de tierra. Y cuando salió el sol, se abrasó, y por no tener raíz, se secó. Y el Señor expone el misterio de esta semilla. En cuya exposición aprendemos, en efecto, que las mismas cosas no siempre se ponen alegóricamente con una y la misma significación. Pues llama roca a la dureza de la mente obstinada, tierra a la mansedumbre del alma obediente, sol al ardor de la

persecución que se ensaña; siendo que él mismo en otro lugar toma el sol en sentido bueno, diciendo que los justos brillarán en el futuro como el sol en el reino de su Padre; y en la construcción de la casa espiritual enseña que hay que cavar hondo, que la tierra debe ser desechada, y la roca colocada como fundamento, esto es, amonesta que los pensamientos terrenos han de purgarse del seno más íntimo del corazón, y que la fortaleza de la fe invicta ha de ponerse en su lugar como fundamento de las buenas obras. En este lugar, pues, la profundidad de tierra que, debidamente cultivada, debía recibir la semilla de la palabra, es la rectitud del ánimo ejercitado en las disciplinas celestiales, e instruido con regularidad para escuchar y obedecer los divinos oráculos. Pero los lugares pedregosos, que, cubiertos de un tenue césped, pueden hacer germinar pronto la semilla recibida, pero no tienen fuerza para fijar la raíz, son sin duda aquellos corazones que, no instruidos por ningún estudio de disciplina, no ablandados por ninguna prueba de tentaciones, se deleitan sólo por un momento con la dulzura del sermón oído y con las promesas celestiales, pero se retiran en tiempo de tentación; porque, al presentar la dulzura momentánea del oráculo celestial ante su propia aspereza innata, como si fuera un lugar destinado a la semilla santa, un poco de tierra en la superficie cubre un gran cúmulo de piedras. Estos, por ello, no pueden llegar al fruto de la justicia, porque hay en ellos poco deseo saludable que conciba la semilla de vida, y

mucha dureza dañina que se opone al fruto de la salvación.

Y decía: El que tiene oídos para oír, oiga. Cuantas veces se intercala esta pequeña amonestación, ya en el Evangelio, ya en el Apocalipsis de Juan, se da a entender que lo que se dice es místico, y saludable para ser oído y aprendido. Pues los oídos de oír son los oídos del corazón, y los sentidos interiores, oídos de obedecer y de hacer lo que se ha mandado.

Mas a los que están fuera, todo se hace en parábolas: para que viendo vean, y no vean; y oyendo oigan, y no entiendan; no sea que en algún momento se conviertan, y les sean perdonados los pecados. Ha de notarse en estas palabras del Señor que no solo lo que decía, sino también lo que hacía, fueron parábolas, esto es, signos de realidades místicas, puesto que se dice de aquellos para quienes todo sucedía en parábolas que no pudieron llevar a la inteligencia ni lo que veían ni lo que oían. Pues ¿qué impediría a quienes lo contemplaban entender lo que veían de sus obras o de sus caminos, si él no quisiera que algo más de lo que se manifestaba a los ojos de la carne fuese entendido espiritualmente en ellas? A aquellos, pues, que están fuera y no se acercan a los pies del Señor para recibir de su doctrina, todo les sucede en parábolas, esto es, tanto los hechos como las palabras del Salvador, porque ni en los milagros que obraba ni en los misterios que predicaba son capaces de reconocerlo como Dios. Y por ello no merecen alcanzar la remisión de los pecados, que ha de obtenerse por la gracia de la fe en él. Estos

son, pues, los que están junto al camino, donde se siembra la palabra. Y cuando hayan oído, al punto viene Satanás, y arrebata la palabra sembrada en sus corazones, etc. En esta exposición del Señor se comprende toda la diversidad de aquellos que ciertamente pudieron oír las palabras de salvación, pero no pueden llegar a la salvación. Hay, en efecto, quienes se dignan recibir la palabra que oyen sin fe alguna, sin entendimiento alguno, ni siquiera con ocasión de probar su utilidad. De sus corazones indisciplinados y duros, los espíritus inmundos arrebatan al punto la palabra que les fue confiada, como aves que arrebatan la semilla de un camino trillado. Hay quienes tanto aprueban la utilidad de la palabra oída como gustan el deseo de ella, pero, para que no lleguen a lo que aprueban, a unos los aterran las adversidades de este camino, y a otros los retienen, halagándolos, las prosperidades. A los primeros de estos, el Señor los compara a la tierra pedregosa, y a los segundos, a la espinosa. Se exceptúan, por supuesto, los gentiles, que ni siquiera merecen oír las palabras de vida. Ni debe parecer extraño por qué el Señor comparó las riquezas a las espinas, pues aquellas hieren, mientras que estas deleitan. Con razón, en efecto, se llaman espinas, porque laceran la mente con las punzadas de sus pensamientos. Y cuando arrastran hasta el pecado, ensangrientan como con una herida infligida. Pero, aun aparte de las punzadas de los vicios, el deseo de las riquezas devasta grandemente la mente y no permite que esté segura. Pues cuando alguien vela solícito por con qué orden

o arte adquirir lo que aún no tiene, con qué previsión conservar de nuevo lo que ya adquirió, y finalmente con qué gloria y dignidad disfrutar de la abundancia de lo adquirido, ¿por cuántos aguijones de preocupaciones es necesario que la mísera mente sea ulcerada a cada hora? Por lo cual el Señor, oportunamente, al ir a nombrar las riquezas en la exposición de las espinas, antepuso los cuidados diciendo: Y otros son los que son sembrados entre espinas: estos son los que oyen la palabra; y los cuidados del siglo, y el engaño de las riquezas, y los deseos de las demás cosas, entrando, ahogan la palabra, y queda sin fruto. «Los cuidados» (dice), «del siglo, y el engaño de las riquezas». Pues a quien engaña el apetito superfluo de las riquezas, es necesario que pronto lo aflija la aflicción de cuidados continuos, ya acompañándolo, ya incluso precediéndolo. Pues ¿qué hay más penoso que aquellos que, cuanto más tienen, tanto más carecen, y tanto menos les parece a sí mismos poseer? Conforme a esto, uno de los poetas, burlándose de los avaros, dijo: «Crece el amor del dinero tanto cuanto crece el dinero mismo». (Juvenal.) ¿Y cuánto más felices son aquellos que, no solo por el apetito de las riquezas verdaderas, sino también por el desprecio mismo de las falsas, confiesan verazmente ser como quienes nada tienen, y todo lo poseen? Y con razón, habiendo dicho: «Y los cuidados del siglo, y el engaño de las riquezas», añadió: «y los deseos de las demás cosas». Pues manda la Escritura: «Deseando la sabiduría, guarda los mandamientos, y Dios te la dará». Y de nuevo dice: «Bienaventurado el

varón que teme al Señor, que desea grandemente sus mandamientos» (Sal. CXI). Frente a esto, quien, descuidada la sabiduría y despreciados los mandamientos del Señor, se extravía deseando las demás cosas, no puede ni recibir el fruto de la sabiduría, ni alcanzar el gozo de la verdadera bienaventuranza. En efecto, tales deseos ahogan la palabra, porque con sus pensamientos importunos estrangulan la garganta de la mente. Y mientras no permiten que el buen deseo entre en el corazón, matan, por así decir, el paso del aliento vital. Por justo juicio le sucede que, cuanto más desea las demás cosas, tanto más lejos está de aquel espíritu de los pobres y del deseo con que anhelan disolverse y estar con Cristo (Filip. I). Antes bien, el desdichado teme lo que en verdad le ha de suceder: disolverse de esta vida, y estar con el diablo.

Y estos son los que fueron sembrados sobre la tierra buena, los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto, uno treinta, y uno sesenta, y uno ciento. La tierra buena, esto es, la conciencia fiel de los elegidos, obra de manera contraria a todos los frutos de la tierra mala, porque tanto recibe con gusto la semilla de la palabra que le es confiada, como, una vez recibida, la conserva constantemente entre las adversidades y las prosperidades hasta el tiempo de dar fruto. Da fruto, además, y produce uno treinta, y uno sesenta, y uno ciento. Treinta, a saber, cuando infunde la fe en la santa Trinidad en los corazones de los elegidos. Sesenta, cuando enseña la perfección de la buena obra. Pues como el adorno del mundo fue completado

en el número seis, con razón se designa por este número la buena obra. Ciento, cuando muestra que en todo lo que hacemos hemos de buscar las recompensas en el reino celestial. En efecto, el ciento, que al contar se traslada a la mano derecha, se pone con razón como significación de la perpetua bienaventuranza. Pues el treinta y el sesenta se mantienen todavía en la mano izquierda, mientras que el ciento pasa a la derecha. Pues aunque grande es la fe que nos revela el conocimiento de nuestro Creador, y grandes son las obras con las que la fe, para que no sea ociosa, se consuma, sin embargo ambas cosas son necesarias en esta vida, mientras que la recompensa de la fe y de la obra, que se ejercen mediante el amor, ha de esperarse en la vida futura.

Y les decía: ¿Acaso viene la lámpara para ser puesta bajo un celemín o bajo una cama? ¿No es más bien para que sea puesta sobre el candelero? Porque había dicho antes a los apóstoles y a los que estaban con ellos: A vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, todo se hace en parábolas, ahora muestra por medio de ellos que este mismo misterio había de ser revelado alguna vez también a los demás, y que el pecho de todos los que habían de entrar en la casa de Dios había de ser iluminado con las llamas de la fe. Con estas mismas palabras enseña también de manera figurada la confianza para predicar, no sea que alguien, por temor a los inconvenientes carnales, oculte la luz de la ciencia que posee. Pues con el nombre de celemín y de cama designa esta vida presente y la

carne en que vivimos; y con el término lámpara, la palabra por la que somos iluminados. Pues como el tiempo de nuestra vida se contiene bajo una cierta medida de la providencia divina, con razón se compara al celemín. En cuanto a la cama del alma, ¿quién no ve que puede llamarse con razón así el cuerpo, en el cual habita temporalmente y descansa? Por eso a cierto hombre curado se le dice: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa (Matth. IX). Lo cual es decir abiertamente: Levántate del cuerpo de la negligencia; y levanta con diligencia el cuerpo, en cuyos deseos yacías por largo tiempo, hacia el ejercicio de las buenas obras; y así entra en la casa de la habitación eterna, para recibir las recompensas de las buenas obras. Así pues, quien por amor a esta vida temporal y a las seducciones carnales oculta la palabra de Dios, cubre la lámpara como con un celemín o una cama, porque antepone las concupiscencias de la carne a la manifestación de la verdad, que teme predicar. En cambio, pone la lámpara sobre el candelero quien somete su cuerpo al servicio de Dios, de modo que la predicación de la verdad sea superior y la servidumbre del cuerpo inferior: sin embargo, mediante esa misma servidumbre del cuerpo brille la doctrina más excelsa, que a través de los oficios corporales, es decir, de la voz, la lengua y los demás movimientos del cuerpo, se infunde en obras buenas a los que aprenden. Pone, pues, la lámpara sobre el candelero cuando dice el Apóstol: No lucho así, como quien golpea el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo someto a

servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea hallado réprobo (I Cor. IX).

Pues no hay nada escondido que no haya de manifestarse; ni se hizo oculto, sino para que saliera a la luz. No os avergoncéis, dice, del Evangelio de Dios, sino que, en medio de las tinieblas de los perseguidores, alzad la luz de la palabra sobre el candelero de vuestro cuerpo, reteniendo con mente firme aquel día postrero de la retribución, en el cual el Señor iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los pensamientos de los corazones. Pues entonces os aguarda a vosotros la alabanza de Dios, y a los adversarios de la verdad, la pena eterna.

Si alguno tiene oídos para oír, que oiga. Si alguno tiene el sentido para entender la palabra de Dios, no se sustraiga, no vuelva el oído a las fábulas, sino que aplique diligentemente el oído a escrutar lo que la verdad dijo, aplique diligentemente las manos a cumplir lo que ya entendió, someta diligentemente la lengua a predicarlo oportuna e importunamente.

Y les decía: Mirad lo que oís. Con la medida con que midiereis, se os medirá a vosotros, y se os añadirá. Si diligentemente, dice, os esforzáis en hacer todo el bien que podéis y en darlo a conocer a vuestros prójimos, estará presente la divina piedad, la cual en el presente os conferirá el efecto de captar cosas más altas y de realizar cosas mejores; y en el futuro, por encima de lo que sabéis esperar, os añadirá verdaderamente los dones de la retribución eterna.

Porque al que tiene, se le dará. Y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Con toda la intención, dice, dedicaos, recordando y escrutando, a la palabra que oís; porque quien tiene amor de la palabra, se le dará también el sentido para entender lo que ama. Pero quien no tiene amor de oír la palabra, aunque le parezca a sí mismo ser hábil ya sea por ingenio natural, ya por el ejercicio de las letras, no gozará de ninguna dulzura de la verdadera sabiduría. Y aunque esto parece haber sido dicho especialmente de los apóstoles, a quienes por la caridad y la fe se les dio más bien conocer el misterio del reino de Dios, y de los pérfidos judíos, que viendo en parábolas, no veían, y oyendo, no entendían, es decir, que habían de perder la letra de la ley en la que se gloriaban, puede, sin embargo, tomarse también de modo general, que a veces el lector ingenioso se priva por negligencia de la sabiduría que el tardo de ingenio, pero estudioso, gusta a fuerza de trabajo.

Y les decía: Así es el reino de Dios, como si un hombre echase semilla en la tierra, y durmiese, y se levantase de noche y de día, y la semilla germinase y creciese sin que él lo supiera. Porque la tierra por sí misma fructifica, primero la hierba, después la espiga, después el grano lleno en la espiga. Y cuando el fruto se hubiere producido, al instante mete la hoz, porque llega el tiempo de la siega. El hombre echa la semilla en la tierra cuando inserta en su corazón una buena intención. Y después de haber echado la semilla, duerme, porque ya descansa en la esperanza de la buena obra. Mas se levanta de noche y de

día, porque progresa entre las adversidades y las prosperidades. Y la semilla germina y crece mientras él lo ignora, porque aun cuando todavía no es capaz de medir sus incrementos, la virtud una vez concebida es conducida hacia el progreso. Y la tierra por sí misma fructifica, porque, precediéndola la gracia, la mente del hombre se eleva espontáneamente al fruto de la buena obra. Pero esta misma tierra produce primero la hierba, después la espiga, después el grano lleno en la espiga. Porque producir la hierba es tener todavía la ternura de un buen comienzo. Pero la hierba llega a la espiga cuando la virtud concebida en el ánimo se conduce hacia el progreso de la buena obra. Pero el grano lleno fructifica en la espiga cuando la virtud progresa ya tanto que puede ser de una obra robusta y perfecta. Y cuando el fruto se hubiere producido, al instante mete la hoz, porque llega el tiempo de la siega. Porque Dios omnipotente, producido el fruto, mete la hoz y siega su mies, porque cuando ha conducido a cada uno a las obras perfectas, corta su vida temporal mediante la sentencia pronunciada, para llevar su grano a los graneros celestiales. Cuando, pues, concebimos buenos deseos, echamos la semilla en la tierra. Mas cuando comenzamos a obrar rectamente, somos la hierba. Cuando, en cambio, crecemos hasta la perfección de la buena obra, llegamos a la espiga. Cuando somos consolidados en la perfección de esa misma obra, ya producimos el grano lleno en la espiga. Nadie, por tanto, ha de ser despreciado por hallarse todavía en la ternura de ánimo respecto de un buen pro-

pósito, porque el grano de Dios comienza por la hierba para llegar a ser grano.

Y decía: ¿A qué asemejaremos el reino de Dios, o con qué parábola lo compararemos? Como un grano de mostaza, que, cuando se siembra en la tierra, es menor que todas las semillas que hay en la tierra. El reino de Dios es la predicación del Evangelio, y el conocimiento de las Escrituras que conduce a la vida, y del cual se dice a los judíos: Os será quitado el reino de Dios, y será dado a una nación que produzca sus frutos. Semejante es, pues, este reino a un grano de mostaza, que, según el Evangelio de Mateo, un hombre tomó y sembró en su campo (Mateo XIII). El hombre que siembra es entendido por la mayoría como el Salvador, en cuanto siembra en las almas de los creyentes. Por otros, se entiende que el hombre mismo siembra en la tierra o en su propio campo, esto es, en sí mismo y en su corazón. ¿Quién es este que siembra, sino nuestro sentido y nuestra mente? El cual, recibiendo el grano de la predicación, y fomentando la simiente con la humedad de la fe, la hace germinar en el campo de su propio pecho.

El cual, dice, cuando ha sido sembrado en la tierra, es menor que todas las semillas que hay en la tierra. Y cuando ha sido sembrado, crece y se hace mayor que todas las hortalizas, y produce grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden habitar bajo su sombra. La predicación del Evangelio es la más pequeña de todas las disciplinas.

Pues a primera vista no tiene credibilidad de verdad, al predicar a un hombre, el Señor Dios, muerto, y el escándalo de la cruz. Compara esta doctrina con los dogmas de los filósofos, y con sus libros, y con el esplendor de la elocuencia y la composición de sus discursos, y verás cuánto menor es la semilla del Evangelio que las demás semillas. Pero aquellas, cuando han crecido, no muestran nada mordaz, nada vivo, nada vital. Todo brota flácido y marchito en hortalizas y en hierbas, que se secan y caen. Pero esta predicación, que parecía pequeña al principio, ya sea sembrada en el alma del creyente, ya en el mundo entero, no se levanta en hortalizas, sino que crece en árbol, como se dice clarísimamente en los otros evangelistas. Sube, pues, el grano de mostaza sembrado en la tierra o en el campo del Señor, y de hortaliza se transforma en árbol, cuya naturaleza consiste en superar la naturaleza de todas las hierbas en altura, amplitud y duración. Grande es, en efecto, la altura de este árbol, porque la predicación del Evangelio eleva las mentes de sus oyentes al deseo de los bienes celestiales. Está extendida en ramas, porque, por medio de predicadores nacidos de ella misma, ocupó los confines del mundo entero. Sobresale en duración, porque la verdad que predica jamás será destruida por ningún fin. Bajo su sombra habitan las aves del cielo, puesto que las almas de los fieles suelen volar por el deseo hacia lo celestial y, despreciando los apetitos de las cosas temporales, mantener el corazón elevado hacia lo alto, según la palabra del Salmista: Esperarán

en la protección de las alas del Señor (Sal. XC). Por lo cual también la esposa en el Cantar de los Cantares, esto es, la Iglesia de los santos reunida de muchas almas, se gloría y dice: Bajo la sombra de aquel a quien deseaba me senté, y su fruto fue dulce a mi garganta (Cant. II). Lo cual es decir abiertamente: Bajo la protección de aquel a quien deseaba ver me puse, privada del consuelo de todo lo demás, y el gozo de su vista y presencia, dulce a mi corazón, me obligó a despreciar, más aún, a rechazar todo lo que está fuera de él.

Y con muchas parábolas semejantes les hablaba la palabra, según podían oírla. Pero sin parábola no les hablaba. Pero aparte, explicaba todo a sus discípulos. Esto no se dice como si él no hubiera hecho ningún discurso claro a las multitudes, sino que les hubiera hablado solo por parábolas; sino más bien en este sentido, que difícilmente se encuentra un discurso suyo en el que no haya algo de parábolas entremezclado.

LIBRO SEGUNDO.

Y les dijo aquel día, al atardecer: Pasemos a la otra orilla. Y dejando a la multitud, lo tomaron consigo tal como estaba en la barca, y había otras barcas con él. En esta navegación el Señor se digna mostrar ambas naturalezas de su única y misma persona, pues él, que como hombre duerme en la barca, apacigua con su palabra el furor del mar como Dios. Además, según la alegoría, el mar que desea atravesar con los suyos se entiende como el tenebroso y amargo hervor del siglo presente. La barquilla en la que sube no se entiende mejor que como el madero de su santísima pasión. Por cuyo beneficio, ayudados todos los fieles, tras atravesar las olas del mundo, llegan a la morada de la patria celestial, como a la seguridad de una orilla firme. Pero las otras barcas que se dice que estaban con el Señor, sin que se narre que fueron llevadas a alta mar ni que padecieran tempestad alguna, sin duda significan a aquellos que están tan imbuidos de la fe en la cruz del Señor que, no habiendo sido aún golpeados por el torbellino de las tribulaciones, conservan los misterios de la fe recibidos tan solo en la paz de la Iglesia; o bien ciertamente a aquellos que, tras frecuentes tempestades de tentaciones, gozan por algún tiempo de una cierta serenidad de la paz concedida. Pues es incierto si aquellas barcas,

recién hechas, fueron conducidas al puerto, o si fueron devueltas al puerto tras haber experimentado los peligros del mar. Por lo cual pueden designar rectamente a ambos: es decir, a aquellos que aún no han sido probados por las tentaciones, y a aquellos que, tras el examen frecuente de las tribulaciones por Cristo, con las tentaciones algo aletargadas, han alcanzado por un tiempo la tranquilidad de las cosas.

Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas se arrojaban sobre la barca, de modo que la barca se llenaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal. Mientras los discípulos navegaban, Cristo se durmió: porque, mientras los fieles pisotean el siglo y meditan en su ánimo el reposo del reino futuro, y, ya sea por el soplo favorable del Espíritu Santo, ya por el remo de su propio esfuerzo, arrojan a porfía tras sus espaldas la infiel soberbia del mundo, sobrevino de pronto el tiempo de la pasión del Señor. Por lo cual con razón se refiere que esto sucedió al atardecer, para que no solo el sueño del Señor, sino también la misma hora de la luz que declina, significara el ocaso del verdadero sol. Pero al subir él a la popa de la cruz, donde había de tomar el sueño de la muerte, se levantan las olas de los perseguidores blasfemos, excitadas por tempestades diabólicas. Sin embargo, por ellas no se turba su paciencia, sino que se sacude, tiembla y peligra la debilidad de los discípulos.

Y lo despiertan, y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perecemos? Y los discípulos despiertan al Señor, para que, mientras él dormía, no

perecieran por la ferocidad de las olas, porque, habiendo visto su muerte, buscaban con los mayores anhelos su resurrección, no fuera que, si él mismo se adormecía por más tiempo en la muerte de la carne, su mente pereciera para siempre en la muerte espiritual. Por lo cual sigue con razón:

Y levantándose, increpó al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo una gran bonanza. En efecto, levantándose increpó al viento, porque, celebrada la resurrección, abatió la soberbia del diablo, cuando por la muerte destruyó a aquel que tenía el imperio de la muerte. También mandó callar al mar, y devolvió la bonanza, porque abatió la rabia furiosa de los judíos, que, sacudiendo la cabeza, había clamado: Si es el Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz, y creemos en él (Matth. XXVII), venciendo la muerte y resucitando del sepulcro. Aquí ha de notarse, según la letra, que todas las criaturas perciben al Creador. Pues aquellas cosas a las que se increpa y se ordena, perciben a quien manda. No por el error de los herejes, que piensan que todas las cosas son animadas, sino por la majestad del Hacedor. Pues las cosas que para nosotros son insensibles, para él son sensibles.

Y les dijo: ¿Por qué estáis temerosos? Aún no tenéis fe. Con razón son reprendidos quienes temían estando Cristo presente, puesto que quien se ha adherido a él no puede en modo alguno perecer. Semejante a esto es lo que, apareciendo a los discípulos después del sueño de la muerte, les reprochó: su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a los que le habían visto

resucitado (Marcos, último capítulo). Y de nuevo les dijo: Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que hablaron los profetas. ¿No era necesario que Cristo padeciera esto, y así entrara en su gloria (Lucas, último capítulo)? Como si dijera, mediante la metáfora de la nave: ¿No era necesario que Cristo se adormeciera, mientras las olas azotaban por todas partes la nave en que dormía, y que así, despierto, apaciguadas al instante las hinchadas olas del piélago, manifestara a todos el poder de su divinidad? Y temieron con gran temor, y se decían unos a otros: ¿Quién crees que es este? Porque el viento y el mar le obedecen. Mateo escribe así: Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué clase de hombre es este? etc. No eran, pues, los discípulos, sino los marineros y los demás que estaban en la nave los que se maravillaban, y dudaban acerca de la persona de aquel a quien el viento y el mar obedecían. Pero si alguien quisiera sostener contenciosamente que los que se maravillaban eran los discípulos, responderemos que con razón fueron llamados hombres, porque aún no conocían el poder del Salvador. Y también nosotros, cada uno marcado con el signo de la cruz del Señor, nos disponemos a dejar el siglo; ciertamente subimos a la nave con Jesús, y nos esforzamos por atravesar el mar. Pero aquel que no dormitará, ni se dormirá, que guarda siempre a Israel, sin embargo, para nosotros que navegamos con frecuencia, se ha dormido, por así decirlo, entre el fragor del mar, cuando, arreciando en medio el esfuerzo de las potencias, ya de los espíritus inmundos, ya de unos pocos hombres,

ya del mismo ímpetu de nuestros propios pensamientos, el esplendor de la fe se oscurece, la altura de la esperanza se consume, la llama del amor se enfría. Mas en medio de tales tempestades es necesario que corramos a aquel piloto, que le despertemos con diligencia, a él, que no sirve a los vientos sino que les manda. Pronto calmará las tempestades, restablecerá la tranquilidad, y otorgará el puerto de la salvación.

CAPÍTULO V.

Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos. Gerasa es una ciudad insigne de Arabia, al otro lado del Jordán, unida al monte Galaad, que poseyó la tribu de Manasés, no lejos del lago de Tiberíades, en el cual fueron precipitados los cerdos. Significa, pues, la nación de los gentiles, a la cual el Salvador, después del sueño de su pasión y de la gloria de su resurrección, se dignó visitar enviando predicadores. Por lo cual Gerasa, o Gergesa (como leen algunos), se interpreta con razón «expulsando al colono», o «el forastero que se acerca»; insinuando, a saber, que el pueblo de los gentiles arrojó de su corazón al enemigo por quien inicuamente era habitado, y que, estando lejos, fue hecho cercano en la sangre de Cristo.

Y al salir él de la barca, al punto le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros. Este hombre, atormentado por espíritu inmundo, que corrió enloquecido al encuentro del Señor, pero que pronto había de ser curado,

tiene la figura del pueblo gentil, que hasta los tiempos de la encarnación del Señor, engañado por doctrinas demoníacas, adoraba ídolos en lugar de Dios. Tenía su morada en los sepulcros, porque se deleitaba en las obras muertas, esto es, en los pecados. Pues ¿qué son los cuerpos de los infieles sino unos sepulcros de difuntos, en los cuales no habita la palabra de Dios, sino que está encerrada un alma muerta por los pecados?

Y ya nadie podía atarlo con cadenas, porque, atado muchas veces con grillos y cadenas, había roto las cadenas y despedazado los grillos. Y nadie podía domarlo. Por las cadenas y los grillos se significan las leyes graves y duras de los gentiles, con las cuales también en su república eran refrenados los pecados. Y rotas las cadenas (como escribe Lucas), era llevado por el demonio al desierto, pues él, transgredidas también aquellas mismas leyes, era arrastrado por el deseo hacia aquellos crímenes que ya excedían la costumbre común.

Y siempre, de noche y de día, estaba entre los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Siempre, de noche y de día, se enfurecía el endemoniado, porque la gentilidad, ya sufriera adversos sucesos de las cosas, ya le sonriera alguna paz y prosperidad del mundo halagador, de ningún modo sabía sacudir el cuello de su mente de la servidumbre de los espíritus malignos, sino que por la fealdad de sus obras yacía como entre sepulcros, por el hecho de la soberbia erraba por las crestas de los montes, y por las palabras de la más dura infidelidad,

como arrebatando piedras furibunda, se hería a sí misma. Pero, según da testimonio Juan Bautista, el Señor suscitó de las piedras hijos de Abraham, cuando convirtió los duros corazones de los infieles a la gracia de la piedad.

Pero al ver a Jesús desde lejos, corrió y lo adoró, y, clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? ¡Cuán grande es la demencia de Arrio al creer que Jesús es criatura y no Dios, a quien los demonios creen Hijo del Dios altísimo y ante quien tiemblan! ¡Qué impiedad la de los judíos, decir que él expulsaba a los demonios por el príncipe de los demonios, a quien los mismos demonios confiesan no tener nada en común con ellos! Pues esto mismo, que entonces gritaban por el furor del endemoniado, después no cesaron de decirlo y confesarlo en los santuarios de los ídolos, a saber, que Jesús es el Cristo, Hijo del Dios altísimo, y que ellos nada tienen de paz o de comunión con él.

Te conjuro por Dios que no me atormentes. Pues le decía: Sal del hombre, espíritu inmundo. El enemigo de la salvación humana considera que es para sí un tormento no pequeño cesar de dañar al hombre, y cuanto más tiempo solía poseerlo, tanto más difícilmente consiente en dejarlo.

Por lo cual se ha de procurar sumamente que, si alguna vez, como hombres, somos vencidos por el diablo, nos esforcemos de inmediato en evitar sus lazos, no sea que, si se resiste algo más tarde a sus fuerzas, alguna vez sea expulsado con mayor trabajo.

Y le preguntaba: ¿Cuál es tu nombre? Y le dice: Legión es mi nombre, porque somos muchos. No pregunta el nombre como ignorante, sino para que, confesada públicamente la plaga que sufría el furioso, resplandeciese más grata la virtud del que sanaba. Pero también los sacerdotes de nuestro tiempo, que saben expulsar demonios por la gracia del exorcismo, suelen decir que los pacientes no se curan de otro modo, sino en la medida en que puedan comprender, exponiendo abiertamente por confesión todo lo que, despiertos o dormidos, hayan padecido de los espíritus inmundos por la vista, el oído, el gusto, el tacto o cualquier otro sentido del cuerpo o del alma.

Mas el que el espíritu dijera: «Legión es mi nombre, porque somos muchos», significa que el pueblo de las naciones estaba sometido no a un solo culto cualquiera, sino a innumerables y diversos cultos de idolatría.

Contra lo cual está escrito que la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma (Act. IV). De donde con razón, así como en la construcción de Babel la unidad de las lenguas fue desgarrada por el espíritu de soberbia, así en Jerusalén la variedad de las lenguas fue unida por la gracia del Espíritu Santo. Y aquello se interpreta como confusión, esto como visión de paz, porque, en efecto, una sola fe y piedad, pacificando todo el orbe, confirma a los elegidos en múltiples lenguas y naciones, mientras que confunde a los réprobos disociándolos en más sectas que lenguas.

Y le rogaba con insistencia que no lo expulsara fuera de la región. En el Evangelio de Lucas está escrito así: «Y le rogaban que no les mandara ir al abismo». Sabían, pues, los demonios que en algún momento habría de suceder que por la venida del Señor serían enviados al abismo, no porque ellos mismos previeran el futuro, sino porque recordaban lo que los profetas habían dicho acerca de ellos. Y por ello temían que la gloria de la venida del Señor, que admiraban, se dirigiera hacia su propia condenación.

Había allí, junto al monte, una gran piara de cerdos que pacía. Y los espíritus le rogaban, diciendo: «Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos». Y Jesús se lo concedió de inmediato. Permitió, por tanto, a los demonios lo que pedían, para que por la muerte de los cerdos se ofreciera a los hombres ocasión de salvación. Pues los pastores, al ver esto, lo anunciaron enseguida a la ciudad. Avergüéncese el maniqueo. Si las almas de los hombres y de las bestias son de la misma sustancia y proceden del mismo autor, ¿cómo es que por la salvación de un solo hombre se ahogan dos mil cerdos? Sin embargo, en su exterminio se significa figuradamente a los hombres inmundos, carentes de voz y razón, que, apacentándose en el monte de la soberbia, se deleitan en actos cenagosos. Pues sobre tales hombres pueden los demonios dominar por medio de los cultos idolátricos. Pues a no ser que alguien viva a la manera de un cerdo, el diablo no recibirá potestad sobre él, o la recibirá solo para probarlo, mas no también para perderlo.

Y los espíritus inmundos, saliendo, entraron en los cerdos, y la piara, unos dos mil, se precipitó con gran ímpetu al mar, y se ahogaron en el mar. Significa que, glorificada ya la Iglesia y liberado el pueblo de las naciones del dominio de los demonios, quienes no quisieron creer en Cristo practican en lo oculto sus ritos sacrílegos, sumergidos en una curiosidad ciega y profunda. Y ha de notarse que los espíritus inmundos no habrían entrado en los cerdos, si el mismo Salvador, benignamente, no se lo hubiera concedido a ellos que se lo pedían, siendo él quien ciertamente podía relegarlos al abismo. queriendo enseñarnos algo necesario, a saber, que sepamos que ellos pueden mucho menos dañar a los hombres con su propio poder, pues ni siquiera pudieron dañar a las bestias, cualesquiera que fuesen. Pero este poder puede el Dios bueno dárselo contra nosotros por una justicia oculta; por una injusta, no puede.

Los que los apacentaban, sin embargo, huyeron y lo anunciaron en la ciudad y en los campos. El que los pastores de los cerdos, huyendo, anuncien estas cosas, significa que también algunos príncipes de los impíos, aunque huyan de la ley cristiana, sin embargo predican su poder entre las naciones al asombrarse y admirarse.

Y salieron a ver qué era lo que había sucedido. Y vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado por el demonio sentado, vestido y en su sano juicio, y tuvieron miedo, etc. En el Evangelio de Lucas está escrito: «Sentado a sus pies». Significa, pues, a la multitud que, deleitada con su

antigua vida, honra ciertamente la ley cristiana, pero no quiere soportarla, mientras dice que no puede cumplirla, admirando sin embargo al pueblo fiel sanado de su anterior y perdida conducta. Sentarse, en efecto, a los pies del Señor, es que aquellos que hayan sido corregidos de sus pecados contemplen, con fija atención de la mente, las huellas de su Salvador —de quien los demonios habían salido— para seguirlas. Recobrar el vestido es recibir de nuevo, ya con mente sana, las prácticas de las virtudes que habían perdido estando enloquecidos. Con esta figura concuerda oportunamente aquella parábola del Señor, en la cual el hijo lujurioso y pródigo, al volver a su padre, es al punto vestido con la túnica primera junto con el anillo, insinuando claramente que quienquiera que se arrepienta de corazón sincero de lo que perdió, puede, por don de la gracia de Cristo, recuperar las primeras obras de justicia de las que había caído, junto con el anillo de la fe inviolada.

Y comenzaron a rogarle que se marchara de sus territorios. Conscientes de su propia fragilidad, los gerasenos se juzgan indignos de la presencia del Señor, pues no comprenden la palabra de Dios, ni son capaces aún, con la mente débil, de soportar el peso de la sabiduría. Se lee que esto mismo le sucedió a Pedro cuando vio el milagro de los peces; y la viuda de Sarepta, que se sintió bendecida por la hospitalidad del bienaventurado Elías, pensó no obstante sentirse agobiada por su presencia, diciendo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, varón de Dios? Has entrado a

mí para que se recordaran mis iniquidades, y para matar a mi hijo (III Reyes XVII).

Y cuando subía a la barca, el que había sido atormentado por el demonio comenzó a rogarle que le permitiera estar con él; pero no lo admitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y anúnciales cuán grandes cosas te ha hecho el Señor, y cómo se ha compadecido de ti. Esto puede entenderse rectamente a partir de aquella sentencia del Apóstol, cuando dice: Ser disuelto y estar con Cristo es por mucho lo mejor; pero permanecer en la carne es necesario por vosotros (Filip. I); de modo que cada cual entienda así que, después de la remisión de los pecados, debe volver a la buena conciencia y servir al Evangelio, también por la salvación de los demás, para descansar después con Cristo, no sea que, queriendo ya prematuramente estar con Cristo, descuide el ministerio de la predicación acomodado a la redención de los hermanos. En cuanto a que Mateo diga que fueron curados dos de la legión de los demonios, mientras que Marcos y Lucas mencionan a uno solo, has de entender que uno de ellos era una persona de condición más ilustre y famosa, por quien aquella región se dolía sobre todo, y por cuya salud se afanaba en gran medida. Queriendo significar esto, los dos Evangelistas juzgaron que solo debía mencionarse aquel de quien la fama de este hecho se había difundido más ampliamente y con mayor gloria.

Pero también la suma de la alegoría concuerda, porque así como uno estaba poseído por el demonio, así también dos expresan no inconve-

nientemente el tipo del pueblo gentil. Pues, habiendo engendrado Noé tres hijos, solo la familia de uno fue admitida en posesión de Dios, mientras que de los otros dos fueron engendrados los pueblos de las diversas naciones que habrían de ser entregadas a los ídolos.

Y vino uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, cayó a sus pies, etc. En esta lectura, donde el jefe de la sinagoga pide que se salve a su hija, pero mientras el Señor se dirigía a su casa, la mujer que padecía flujo de sangre, adelantándose, arrebata la salud para sí, y después la hija del jefe de la sinagoga alcanza la salud deseada —más aún, es llamada de la muerte a la vida—, se muestra la salvación del género humano, la cual, al venir el Señor en la carne, fue así dispensada, que primero algunos de Israel viniesen a la fe, luego entrase la plenitud de los gentiles, y así todo Israel se salvase.

¿Quién, pues, se entiende mejor que el propio Moisés en este jefe de sinagoga, que vino al Señor a rogarle por su hija? Por eso Jairo es llamado con razón, esto es, «el que ilumina» o «el iluminado», porque recibió las palabras de vida para dárnoslas, y por medio de ellas ilumina a los demás, y él mismo fue iluminado por el Espíritu Santo, por quien pudo escribir o enseñar avisos vitales.

Este, al ver a Jesús, cayó a sus pies, porque, previendo en espíritu que el Señor había de venir en la carne, con humilde corazón se sometió a su poder: pues conocía que él había de encarnarse como hombre hacia el fin de los siglos, de tal modo que no dudaba que existía como Dios eterno

antes de todo siglo. Pues si la cabeza de Cristo es Dios, ¿qué es más apropiado tomar por sus pies sino la humanidad asumida, por la cual tocó la tierra de nuestra mortalidad? Y que el jefe de la sinagoga cayera a los pies de Jesús significa que el legislador, junto con toda la progenie de los padres, reconoció que el Mediador de Dios y de los hombres debía ser preferido a él con mucho en la gloria de la dignidad, y confesó con el Apóstol que lo que es débil de Dios es más fuerte que los hombres (I Cor. I).

Y le rogaba insistentemente, diciendo: Mi hija está agonizando; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva. En el Evangelio de Lucas está escrito así, que él tenía una hija única, de casi doce años, y ella se estaba muriendo. La hija del jefe de la sinagoga, pues, es la Sinagoga misma, la cual, formada únicamente por la institución legal, había nacido como hija única de Moisés. Y ella se estaba muriendo, como en el año duodécimo de su edad, esto es, al acercarse el tiempo de la pubertad, porque, habiendo sido noblemente educada por los profetas, después de haber llegado a la edad de la comprensión, después de que debía engendrar para Dios una descendencia espiritual, súbitamente abatida por el languidecimiento de los errores, desesperadamente dejó de entrar en los caminos de la vida espiritual, y si no fuera socorrida por Cristo, habría caído del todo en una muerte espantosa.

Y fue con él, y le seguía una gran muchedumbre, y le apretaban. Al dirigirse el Señor a sanar a la niña, es apretado por la muchedumbre,

porque, al ofrecer al pueblo de Judea saludables advertencias con las que pudiera levantar su conciencia enferma por los vicios, era agobiado por la nociva costumbre de los pueblos carnales.

Y una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años. La mujer que padecía flujo de sangre, pero curada por el Señor, es la Iglesia congregada de los gentiles, la cual, contaminada por el flujo innato de los deleites carnales, había sido ya separada de la asamblea de los fieles; pero mientras el Verbo de Dios determinaba salvar a Judea, ella, con esperanza cierta, arrebató la salvación ya preparada y prometida a otros. Y ha de notarse que la hija del jefe de la sinagoga tenía doce años, y esta mujer había padecido flujo de sangre durante doce años, esto es, en el mismo tiempo en que esta nació, aquella comenzó a enfermar.

Pues fue casi en la misma edad de este mundo cuando la Sinagoga comenzó a nacer en los patriarcas, y la nación de los pueblos extranjeros por todo el orbe comenzó a mancharse con la inmundicia de la idolatría. Pues también el flujo de sangre puede entenderse rectamente de dos maneras, esto es, tanto respecto de la contaminación de la idolatría como de aquello que se realiza por el deleite de la carne y la sangre.

Y había padecido mucho de parte de muchos médicos, y había gastado todos sus bienes, y no había obtenido provecho alguno, sino que más bien empeoraba. Entiende por médicos ya sea a los falsos teólogos, ya a los filósofos y maestros de las leyes seculares, quienes, disputando muy

sutilmente sobre muchas cosas acerca de las virtudes y los vicios, prometían dar a los mortales preceptos útiles para vivir y creer; o ciertamente a los mismos espíritus inmundos, que, como aconsejando a los hombres, se ofrecían para ser adorados en lugar de Dios. Cuanto más había gastado la gentilidad las fuerzas de su industria natural en escucharlos con empeño, tanto menos pudo purificarse de la inmundicia de su propia iniquidad. Pero cuando ella supo que el pueblo de los judíos había enfermado, y que el verdadero médico venido del cielo estaba presente, comenzó también ella misma a esperar y a buscar remedio para su languidez.

Cuando oyó hablar de Jesús, vino entre la muchedumbre por detrás, y tocó su vestido. Pues decía: Si tocare siquiera su vestido, seré salva. Y al instante se secó la fuente de su sangre. La Iglesia viene y toca al Señor, cuando se acerca a él por la verdad de la fe. Y vino por detrás, ya sea según lo que él mismo dice: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII). Y en otro lugar se manda: Caminarás en pos del Señor tu Dios. O bien porque, no viendo al Señor presente en la carne, ya consumados los misterios de su encarnación, llegó a la gracia de la fe y del conocimiento de él. Y así, mientras por la participación de sus sacramentos mereció ser salvada de los pecados, secó, como por el tacto de sus vestiduras, la fuente de su sangre.

Pues la fuente de la sangre es el origen del pecado. Y la fuente de la sangre de cada uno es el comienzo de un pensamiento inmundo, del cual nace todo pecado. Pero el Señor, ya que con las

palabras evangélicas cuidó no solo de reprimir las obras y palabras malas, sino también de extirpar la raíz de los pensamientos perversos, al conceder que una y otra cosa fuesen purificadas por los sacramentos evangélicos, puso como en sus propias vestiduras el poder de secar la fuente inmunda.

Y al instante Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que había salido de él, vuelto hacia la muchedumbre, decía: ¿Quién tocó mis vestidos? Pregunta, no para que él mismo sea instruido en lo que ignora, sino para que la virtud que bien conocía, más aún, que él mismo había dado, se manifestara en la mujer, y para que, manifestada y reconocida la virtud de su fe, muchos llegaran a la salvación.

Y le decían sus discípulos: Ves que la multitud te oprime, y dices, ¿Quién me tocó? A quien la multitud, que por doquier lo acompaña, oprime, lo toca una mujer creyente —el Señor—, porque quien está agobiado por las diversas herejías de los que se aglomeran desordenadamente, o por costumbres perversas, venera a la Iglesia católica solo con corazón fiel. Pues así como algunos, viendo, no ven, y oyendo, no oyen, así también, tocando, no tocan, los que tocan a Cristo no con corazón sencillo, sino dudoso o fingido. Por lo cual a una que ciertamente lo amaba, pero que aún no creía plenamente, él mismo le dice: No me toques. Pues aún no he subido a mi Padre (Jn. XX). Diciendo abiertamente qué es tocarlo verdaderamente, a saber, creerlo igual al Padre.

Y miraba en derredor para ver a la que había hecho esto. El Señor no olvida a sus fieles, ni deja

de mirar a los que esperan en él, sino que juzga dignos de su mirada y de su misericordia a todos los que merecen ser salvados. Mas este pobre clamó, y el Señor lo escuchó.

Mas la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que se había hecho en ella, vino y se postró ante él, y le dijo toda la verdad. He aquí a qué tendía la pregunta del Señor: a saber, que confesando la mujer públicamente la verdad de su prolongada enfermedad, de su repentina fe, de la divina propiciación y de la sanación que se le había concedido, ella misma fuese confirmada más ciertamente en la fe, y se ofreciese a muchos un ejemplo de salvación y de vida. Finalmente, sigue.

Mas él dijo: Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda sana de tu azote. Y no dijo: Tu fe te hará salva, sino que te ha hecho salva. Pues por el hecho mismo de haber creído, ya has sido hecha salva. Estando él todavía hablando, vienen donde el jefe de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro? Curada la mujer del flujo de sangre, en seguida se anuncia muerta la hija del jefe de la sinagoga, porque mientras la Iglesia, purificada de la mancha de los vicios, era llamada hija por el mérito de la fe, al instante la Sinagoga quedó deshecha por un luto a la vez de infidelidad y de envidia. De infidelidad, en verdad, porque no quiso creer en Cristo. Mas de envidia, porque le dolió que la Iglesia creyera. Pues está escrito en los Hechos de los Apóstoles: Y el sábado siguiente, casi toda la ciudad se reunió para oír la palabra del Señor. Mas los judíos,

viendo las muchedumbres, se llenaron de celo, y contradecían lo que decía Pablo, blasfemando (Hech. XIII). Y lo que decían los mensajeros al jefe de la sinagoga, ¿Para qué molestas más al Maestro?, lo dicen también hoy los que ven el estado de la sinagoga tan destituido que no creen que pueda restaurarse; y por eso no consideran que se deba suplicar por su resurrección. Pero lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mc. X); por lo cual sigue oportunamente:

Mas Jesús, oída la palabra que se decía, dijo al jefe de la sinagoga: No temas, solamente cree. Por el jefe de la sinagoga se entiende la asamblea de los doctores de la ley, de la cual dice el Señor: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos (Mt. XXIII). Si él mismo quisiere creer, también la Sinagoga a él sujeta será salva.

Y llegan a la casa del jefe de la sinagoga, y ven el tumulto, y a los que lloraban y se lamentaban mucho. Y alégrense, dice, todos los que esperan en ti; se regocijarán para siempre, y habitarás en ellos. Mas porque la Sinagoga perdió este gozo de la inhabitación del Señor por el mérito de su infidelidad, yace como muerta entre los que lloran y se lamentan. Sin embargo, la piedad celestial no permite que perezca totalmente; antes bien, hacia el fin del siglo restituye sus reliquias a la salvación y a la vida según la elección de la gracia. Por lo cual se añade oportunamente:

Y entrando, les dijo: ¿Por qué os turbáis y lloráis? La niña no ha muerto, sino que duerme. Para los hombres, que no habían podido resucitarla, estaba muerta; para Dios dormía, en cuya dispo-

sición vivía el alma ya recibida, y descansaba la carne que había de ser resucitada. De donde prevaleció la costumbre cristiana de que a los muertos, de quienes no se duda que han de resucitar, se los llame durmientes; como dice el Apóstol: No queremos, dice, que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza (I Tes. IV). Pero también, en cuanto al sentido alegórico, aunque el alma que ha pecado muere ella misma, sin embargo de aquella que el Señor previó que había de ser resucitada y de venir a la vida eterna, no impropiamente puede decirse que estuvo muerta para nosotros, pero que se durmió para él.

Y se burlaban de él. Mas él, echados todos fuera, toma al padre y a la madre de la niña, etc. Porque prefirieron burlarse de la palabra del que resucitaba antes que creerla, con razón son excluidos afuera, como indignos de ver el poder del que resucitaba y el misterio del que resurgía. Asimismo la turba es echada fuera, para que la niña sea resucitada, porque si no es expulsada antes de los lugares más secretos del corazón la importuna multitud de los cuidados seculares, el alma que yace muerta interiormente no resucitará. Pues mientras se dispersa por medio de innumerables pensamientos de deseos terrenos, de ningún modo se recoge a la consideración de sí misma.

Y tomando la mano de la niña, le dijo: Tabatha cumi, que se interpreta: Niña, a ti te digo, levántate. Pregúntese el lector diligente por qué el veraz Evangelista, al exponer la palabra del Salvador,

interpuso de suyo: te digo, siendo que en el habla siria que él consignó no se dijo más que: Niña, levántate.

A no ser que quizá, para expresar la fuerza del mandato del Señor, pensó que debía hacerse esto, cuidando de dar a conocer a sus lectores más el sentido del que hablaba que las palabras mismas.

Pues consta también que es familiar a los Evangelistas y a los apóstoles, cuando toman testimonios del Antiguo Testamento, cuidar de poner más el sentido profético que las palabras. Y el Señor, tomando la mano de la niña, la resucitó, porque si antes no son limpiadas las manos de los judíos, que están llenas de sangre, su sinagoga muerta no se levantará.

Y al instante se levantó la niña, y andaba. Bien se levantó y andaba. Pues a cualquiera que, muerto por los pecados, toque la mano de la misericordia celestial que ha de resucitarlo, no solo debe levantarse de la suciedad y del inveterado hábito de los crímenes, sino también progresar continuamente en las buenas obras, es decir, según el salmista, andando sin mancha, y ejercitando obras de justicia.

Y quedaron atónitos con grandísimo estupor. Y les ordenó vehementemente que nadie lo supiera. Y mandó que se le diera de comer. Mandó, en efecto, que se diera de comer a la niña como testimonio de la verdadera resurrección, para que los incrédulos no pensaran que lo que aparecía era, no la verdad, sino un fantasma. Pero también, si alguno resucitare de la muerte espiritual, es necesario que enseguida sea saciado con pan celestial,

hecho partícipe, a saber, de la palabra divina y del sacrosanto altar. Pues según el sentido moral, aquellos tres muertos que el Salvador resucitó en sus cuerpos significan tres géneros de resurrección de las almas. En efecto, algunos, dando su consentimiento a un mal deleite, se procuran la muerte solo mediante el pensamiento oculto del pecado. Pero el Salvador, significando que vivifica a tales personas, resucitó a la hija del jefe de la sinagoga, no llevada todavía afuera, sino muerta en casa, como quien guarda el vicio secretamente en el corazón. Otros, no solo consintiendo al deleite dañino, sino también realizando el mismo mal en que se deleitan, llevan a su muerto como fuera de las puertas. Y mostrando que estos, si se arrepienten, son resucitados, resucitó al joven hijo de la viuda, llevado fuera de las puertas de la ciudad, y lo devolvió a su madre, porque restituye a la unidad de la Iglesia el alma que vuelve en sí desde las tinieblas del pecado. Algunos, en cambio, se corrompen, como sepultándose a sí mismos, no solo pensando o haciendo cosas ilícitas, sino también por la misma costumbre de pecar. Pero ni siquiera para levantar a estos se hace menor la virtud y la gracia del Salvador, con tal de que estén presentes pensamientos solícitos que velen por su salvación como hermanas devotas de Cristo. Pues para dar a entender esto, resucitó a Lázaro, que llevaba cuatro días en el sepulcro, y que, según atestiguaba su hermana, ya hedía, porque sin duda una pésima fama suele acompañar a los actos nocivos. Ha de notarse, además, que cuanto más grave sea la muerte

que ha asaltado al alma, tanto más agudamente es necesario que insista el fervor del penitente, para que merezca resucitar. Pues las faltas más leves y cotidianas pueden curarse con el remedio de una penitencia más leve. Queriendo mostrar esto de manera oculta, el Señor resucita con una palabra facilísima y brevísima a la niña que yacía muerta en la alcoba, diciendo: Niña, levántate. A quien, por la facilidad de resucitarla, incluso había negado que ya estuviera muerta. Pero al joven muerto que había sido llevado afuera, lo fortalece con más palabras para que deba revivir, cuando dice: Joven, a ti te digo, levántate. Pero el que llevaba cuatro días muerto, para que pudiera escapar de los prolongados cerrojos del sepulcro que lo oprimía. Se estremeció Jesús en su espíritu, se turbó a sí mismo, derramó lágrimas, se estremeció de nuevo, y clamó con gran voz: Lázaro, sal fuera. Y así, por fin, el que había sido desahuciado, sacudido el peso de las tinieblas, es restituido a la vida y a la luz. Pero también ha de notarse esto: que, porque la falta pública necesita remedio público, mientras que los pecados leves pueden borrarse con una penitencia más leve y secreta, la niña que yacía en casa se levanta ante pocos testigos, y a esos mismos se les ordena vehementemente que no lo manifiesten a nadie. El joven es resucitado fuera de la puerta, acompañándolo y contemplándolo una gran multitud. Lázaro, llamado desde el sepulcro, se dio a conocer a los pueblos hasta tal punto que, por el testimonio de los que lo vieron, muchísimas multitudes salieron al encuentro del Señor con palmas, y muchos

de los judíos se apartaron por causa de él y creyeron en Jesús. Pero el Señor oyó del cuarto muerto por el anuncio de un discípulo; mas porque faltaban vivos que rogasen por su resurrección, dijo: «Deja que los muertos sepulten a sus muertos» (Lc IX), es decir, que los malos agraven a los malos con alabanzas nocivas; y porque no hay justo que corrija en misericordia, que el aceite del pecador engrase su cabeza.

CAPÍTULO VI.

Y saliendo de allí, se fue a su propia tierra, y sus discípulos lo seguían; y llegado el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga. Y muchos, al oírlo, se admiraban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde le vienen a este todas estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le ha sido dada, y qué prodigios son estos que se realizan por sus manos? Llama su propia tierra a Nazaret, en la cual había sido criado. Pero cuán grande era la ceguera de los nazarenos, que despreciaban, por el mero conocimiento de su linaje, a aquel a quien, por sus palabras y sus obras, si su mente no hubiera estado torcida, habrían podido reconocer como el Cristo. Refieren la sabiduría a la doctrina, y la virtud a las sanaciones y los milagros que hacía. Lo cual recuerda el Apóstol con hábil y hermosa distinción, diciendo: Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y necedad para los gentiles. Mas para los mismos llamados, ya sean judíos o griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I). En

esta sentencia, sin duda, refirió el poder a las señales por causa de los judíos, y la sabiduría a la doctrina por causa de los griegos, esto es, de los gentiles.

¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón? ¿Y no están aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. El escándalo y el error de los judíos es nuestra salvación y la condenación de los herejes. Pues veían al hombre Jesucristo hasta tal punto que lo llamaban este carpintero, y, según otro Evangelista, hijo del carpintero; y también atestiguaban que sus hermanos y hermanas estaban con ellos. Los cuales, sin embargo, no deben tenerse por hijos de José o de María, como pretenden los herejes, sino más bien, según el uso de la sagrada Escritura, deben entenderse como parientes suyos, del mismo modo que Abraham y Lot son llamados hermanos, siendo Lot hijo del hermano de Abraham. Y de este género tienes muchos ejemplos.

No sin la providencia de un determinado misterio quiso el Señor, apareciendo en la carne, ser tenido y llamado carpintero e hijo de carpintero: antes bien, incluso por esto enseñó que era, antes de los siglos, el Hijo de aquel que, hacedor de todas las cosas, creó en el principio el cielo y la tierra (Jn. I). Pues aunque las cosas humanas no han de compararse con las divinas, el tipo es sin embargo íntegro, porque el padre de Cristo obra con fuego y con espíritu. Por lo cual también su precursor dijo de él, como de hijo de carpintero: Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego

(Mt. III). El cual, en la casa grande de este mundo, fabrica vasos de diverso género, y más aún, ablandando con el fuego de su espíritu los vasos de ira, los convierte en vasos de misericordia: mas los judíos, ignorantes de este misterio, desprecian las obras del poder divino por atender al linaje carnal.

Y les decía Jesús que no hay profeta sin honor, sino en su propia tierra, y entre los suyos, y en su propia casa. Se dice en las Escrituras que el Señor Jesucristo es llamado Profeta, y de ello es testigo Moisés, quien, prediciendo a los hijos de Israel su futura encarnación, dice: El Señor vuestro Dios os suscitará un Profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él escucharéis. Y no solo él, que es cabeza y Señor de los profetas, sino también Elías y Jeremías, y los demás profetas, fueron tenidos en menos en su propia tierra que en ciudades extranjeras, porque es casi natural que los conciudadanos envidien siempre a sus conciudadanos. Pues no consideran las obras presentes del hombre, sino que recuerdan su frágil infancia, como si ellos mismos no hubieran llegado también por los mismos grados de edad a la madurez.

Y no podía hacer allí ningún milagro, salvo que, imponiendo las manos, sanó a unos pocos enfermos. Y se maravillaba a causa de la incredulidad de ellos. No porque no hubiera podido obrar muchos prodigios incluso para aquellos incrédulos, sino para que, al no obrar muchos, no condenase a sus conciudadanos incrédulos. Puede entenderse también de otro modo: que Jesús es despreciado en su casa y en su tierra, esto es, en

el pueblo de los judíos, y por ello obró allí pocas señales, para que no quedasen del todo inexcusables.

Pero obra mayores señales cada día entre las naciones por medio de los apóstoles, no tanto en la curación de los cuerpos cuanto en la salvación de las almas. Pero en cuanto a que se dice que el Señor se admira de la incredulidad de ellos, no se admira como de algo inesperado e imprevisto, él que conoce todas las cosas antes de que sucedan; como tampoco comenzó entonces a admirarse de la fe del Centurión como de algo nuevo y antes desconocido, cuando, al oír las palabras de su piadosa confesión, dijo: Ni siquiera en Israel he hallado tanta fe (Luc. VII); sino que quien conoce lo oculto del corazón, queriendo dar a conocer a los hombres lo que es digno de admiración, se muestra admirándose delante de los hombres. Admirable era, en efecto, la fe del Centurión, quien, sin maestro humano, sin las palabras de las Escrituras, sin los oráculos de los ángeles, solo con el sentido natural divinamente iluminado, conoció por los milagros que era verdadero Dios a quien, por las debilidades de la fragilidad humana, había conocido que era verdadero hombre. Por el contrario, no menos admirable era la incredulidad de los nazarenos, quienes, abundando en maestros y en las palabras divinas en las que se predicaba la venida de Cristo, teniendo también a Cristo mismo presente, que les infundía el conocimiento de sí tanto con palabras como con señales, no obstante permanecían incrédulos. Pero en uno de estos casos se advierte la admira-

ble ceguera de los judíos, quienes no quisieron creer ni a sus propios profetas acerca de Cristo, ni a Cristo mismo, nacido entre ellos. En el otro caso se corona la fe de las naciones, que merecieron recibir como mediador entre Dios y los hombres al hombre Jesucristo, nacido entre los judíos, pero expulsado por ellos junto con los oráculos sagrados.

Y recorría las aldeas de alrededor enseñando; y llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, y les daba potestad sobre los espíritus inmundos. El Señor y maestro, benigno y clemente, no envidia a sus siervos y discípulos la participación en sus propias virtudes; y así como él mismo había curado toda dolencia y toda enfermedad, dio también a sus apóstoles la potestad de curar toda enfermedad y toda dolencia. Pero hay una gran distancia entre tener y conceder, entre dar y recibir. Aquel, cualquier cosa que hace, la hace por la potestad del Señor; estos, si hacen algo, confiesan su propia debilidad y la virtud del Señor, diciendo, como Pedro: En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda (Act. III).

Y les mandó que no tomasen nada para el camino, sino solo un bastón. Ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino calzados con sandalias, y que no vistiesen dos túnicas. Tan grande debe ser en Dios la confianza del predicador, que aunque no provea los gastos de la vida presente, sepa sin embargo con toda certeza que estos no le han de faltar. No sea que, mientras su mente se ocupa en las cosas temporales, provea menos a los demás las cosas eternas. Suele preguntarse,

en efecto, cómo Mateo y Lucas recordaron que el Señor dijo a los discípulos que no llevasen ni siquiera un bastón, siendo que Marcos dice: Y les mandó que no tomasen nada para el camino, sino solo un bastón. Esto se resuelve de tal modo que entendamos que el bastón que, según Marcos, ha de llevarse, se dice bajo una significación, y aquel que, según Mateo y Lucas, no ha de llevarse, bajo otra: así como bajo una significación se entiende la tentación de la que se dijo, Dios a nadie tienta, y bajo otra se dijo, El Señor vuestro Dios os tienta, para saber si le amáis. Aquella es de seducción, esta de prueba. Por tanto, ha de aceptarse que ambas cosas fueron dichas por el Señor a los apóstoles: tanto que no llevasen ni siquiera un bastón, como que no llevasen sino un bastón. Pues cuando, según Mateo, les decía: No poseáis oro, ni plata, etc.; añadió enseguida: Porque el obrero es digno de su alimento. De donde muestra suficientemente por qué no quiso que poseyesen y llevasen estas cosas. No porque no sean necesarias para el sustento de esta vida, sino porque los enviaba de tal modo que mostrase que estas cosas les eran debidas por aquellos a quienes, creyendo, anunciasen el Evangelio. Es claro, sin embargo, que el Señor no mandó esto como si los Evangelistas no debieran vivir de otra fuente que de lo que les proveyeran aquellos a quienes anuncian el Evangelio. De otro modo, el apóstol habría obrado contra este precepto, él que se procuraba el sustento con el trabajo de sus manos, para no ser gravoso a nadie; sino que había dado una potestad, por la cual supiesen que

estas cosas les eran debidas. Mas cuando algo es mandado por el Señor, si no se hace, es culpa de desobediencia. Pero cuando se da una potestad, es lícito a cada uno no usarla, y ceder de ella como de su propio derecho. El Señor, ordenando pues esto — lo cual el apóstol dice que él ordenó —, a saber, que quienes anuncian el Evangelio vivan del Evangelio, decía aquellas palabras a los apóstoles para que, seguros, no poseyesen ni llevasen las cosas necesarias para esta vida, ni grandes ni pequeñas. Por eso añadió, Ni bastón, mostrando que todo era debido por sus fieles a sus ministros, que no requieren nada superfluo. Y al añadir esto, Porque el obrero es digno de su alimento, reveló e ilustró plenamente de dónde procedía todo lo que decía. Esta potestad, pues, la significó bajo el nombre del bastón, cuando dijo que no tomasen nada para el camino sino solo un bastón, de modo que se entienda que, por la potestad recibida del Señor (significada bajo el nombre del bastón), tampoco faltarán las cosas que no se llevan. Esto ha de entenderse también de las dos túnicas, para que ninguno pensase que, además de la que llevaba puesta, debía llevar otra, preocupado por si le hiciese falta, ya que podía recibirla en virtud de aquella potestad. Por tanto, Marcos, al decir que se calzaran con sandalias o suelas, advierte que este calzado tiene alguna significación mística, de modo que el pie no esté ni cubierto ni desnudo respecto de la tierra, esto es, que el Evangelio ni se oculte, ni se apoye en las conveniencias terrenas.

Y en cuanto que prohíbe, no llevar o tener dos túnicas, sino más expresamente vestirlas, dicien-

do: y que no vistiesen dos túnicas, ¿qué otra cosa les advierte, sino que anden no dobladamente, sino con sencillez? De otro modo. Me parece que en las dos túnicas muestra un vestido doble, no porque en las regiones de Escitia, entumecidas por la nieve helada, uno deba contentarse con una sola túnica; sino porque entendamos por túnica el vestido, para que, vestidos con uno, no guardemos otro para nosotros por temor del futuro. Alegóricamente, empero, por la alforja se designan las cargas del siglo, por el pan las delicias temporales, y por el dinero en el cinto la ocultación de la sabiduría.

Pues quien tiene la palabra de la sabiduría, pero descuida darla al prójimo, la retiene como dinero encerrado en una bolsa: y está escrito: «Sabiduría escondida y tesoro oculto, ¿de qué utilidad son ambos?» (Eclo. XLI). Por tanto, no deben llevar los apóstoles alforja, ni pan, ni dinero en la bolsa, porque quien ha recibido el oficio de maestro no debe ser oprimido por las cargas de los negocios seculares, ni disolverse en deseos carnales, ni ocultar bajo la ociosidad de un lento sopor el talento de la palabra que le ha sido confiado.

Y les decía: En cualquier casa donde entréis, permaneced allí hasta que salgáis de ella. En Mateo está escrito así: En cualquier ciudad o aldea en que entréis, preguntad quién en ella es digno, y permaneced allí hasta que salgáis (Mat. X). Da un mandato general de constancia, para que guarden los derechos de la relación hospitalaria, afirmando que es ajeno al predicador del reino

celestial andar corriendo de casa en casa, y perder los derechos de la hospitalidad inviolable. Y no en vano se establece, según Mateo, que la casa en la que han de entrar los apóstoles sea elegida, para que no haya ocasión de cambiar de hospedaje y de violar la relación.

Y a cuantos no os recibieren, ni os oyeren, al salir de allí, sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos. El polvo se sacude de los pies en testimonio de su trabajo, es decir, que entraron en la ciudad y que la predicación apostólica llegó hasta ellos. O bien el polvo se sacude para que nada reciban de aquellos que despreciaron el Evangelio, ni siquiera lo necesario para el sustento.

Y saliendo predicaban que hicieran Penitencia, y expulsaban muchos demonios, etc. Dice el apóstol Santiago: ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Haga venir a los presbíteros de la Iglesia, y oren sobre él, ungiéndolo con óleo en el nombre del Señor. Y si estuviere en pecados, le serán perdonados (Sant. V). De donde queda claro que esta costumbre de la santa Iglesia fue transmitida por los mismos apóstoles: que los energúmenos, o cualesquiera otros enfermos, sean ungidos con óleo consagrado por la bendición pontifical.

Y oyó el rey Herodes (pues su nombre se había hecho manifiesto) y decían que Juan el Bautista había resucitado. Cuánta fue la envidia de los judíos, qué furor de malicia se levantó contra el Señor, lo aprendemos de casi todos los pasajes del Evangelio; pues he aquí que creían, sin que nadie lo atestiguara, que Juan, de quien se dice que no

hizo ningún signo, pudo resucitar de entre los muertos. Pero de Jesús, varón acreditado por Dios con virtudes y signos (Hech. II), en cuya muerte, en verdad, temblaron los elementos, y cuya resurrección y ascensión los ángeles, los apóstoles, los hombres y las mujeres predicaban a porfía, prefirieron creer que no había resucitado, sino que había sido arrebatado furtivamente.

Al decir que Juan había resucitado de entre los muertos, y que por ello se obraban en él prodigios inesperados, pensaron bien en todo sentido acerca del poder de la resurrección: que los santos serán de mayor poder cuando hayan resucitado de entre los muertos, que cuando aún estaban agobiados por la debilidad de la carne.

Pero también enseñaron que el mismo milagro de la resurrección no es increíble, pues, sin que nadie se lo enseñara, lo creyeron espontáneamente; quienes, sin embargo, demostraron, por el merecido castigo de su propia ceguera y envidia, que ellos mismos no habían creído una cosa creíble respecto del Señor.

Al oír esto, Herodes dijo: Juan, a quien yo decapité, este ha resucitado de entre los muertos. Lucas escribió de esto así: Oyó Herodes el tetrarca todo lo que él hacía, y estaba perplejo, porque algunos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, en cambio, que Elías había aparecido, etc. (Luc. IX). Se debe entender, pues, que o bien, después de esta duda, confirmó en su ánimo lo que otros decían, al decir: Juan, a quien yo decapité, este ha resucitado de entre los muertos. O bien estas palabras se han de pronunciar de

tal manera que indiquen que él todavía dudaba. Pues si dijera: ¿No es acaso este, o no es acaso este Juan el Bautista? no habría necesidad de advertir nada sobre la pronunciación, porque se entendería que dudaba y vacilaba. Pero ahora, puesto que faltan aquellas palabras, puede pronunciarse de ambos modos, de suerte que entendamos que dijo esto ya confirmado en la creencia por las palabras de otros, o que todavía dudaba (como recuerda Lucas).

Pues el mismo Herodes envió y prendió a Juan, y lo encadenó en la cárcel a causa de Herodías. La antigua historia narra que Filipo, hijo de Herodes el mayor, bajo quien el Señor huyó a Egipto, hermano de aquel Herodes bajo quien padeció Cristo, había tomado por esposa a Herodías, hija del rey Aretas. Pero después, habiendo surgido ciertas disputas de su suegro contra su yerno, este se llevó a su hija, y, para dolor del primer marido, la unió en matrimonio con su enemigo. Mas, ¿quién sea este Filipo, lo enseña más plenamente el Evangelista Lucas? En el año decimoquinto del imperio del César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide (Lc. III). Por tanto, Juan el Bautista, que vino en el espíritu y el poder de Elías, con la misma autoridad con que aquel había reprendido a Acab y a Jezabel, reprendió a Herodes y a Herodías porque habían contraído un matrimonio ilícito, y no era lícito, viviendo el hermano carnal, tomar a su esposa, prefiriendo

arriesgarse ante el rey antes que, por adulación, olvidar los preceptos de Dios.

«Y llegado un día oportuno, Herodes hizo una cena en su cumpleaños para los príncipes», etc. Solo de entre los mortales se lee que Herodes y el Faraón celebraron el día de su nacimiento con gozos festivos; pero ambos reyes, bajo un funesto auspicio, mancharon su festividad con sangre. Mas Herodes obró con tanto mayor impiedad, cuanto que mató a un santo e inocente maestro de la verdad y heraldo de la vida y del reino celestial, y esto por el deseo y petición de una bailarina, y no se avergonzó de llevar la cabeza del muerto ante los convidados. Pues no se lee que el Faraón haya cometido tal locura, sino que solo mandó privar de la vida a un eunuco que había pecado contra él; cuanto más se apartaba del culto de la verdadera religión, tanto más levemente pecó en la violación de su propia festividad. Sin embargo, por el ejemplo de ambos se prueba que nos es más útil, temiendo y viviendo castamente, traer con frecuencia a la memoria el día de la muerte futura, que celebrar el día del nacimiento entregándonos a la lujuria. Pues el hombre nace para el trabajo en el mundo (Job. V), y los elegidos pasan del mundo al descanso por medio de la muerte.

«Y habiendo entrado la hija de la misma Herodías, y bailado, y agradado a Herodes...» No se excusa a Herodes porque haya cometido el homicidio contra su voluntad y sin quererlo a causa del juramento, porque quizás juró precisamente para preparar los medios de una futura muerte.

De otro modo, si dice que lo hizo por razón del juramento, si ella hubiera pedido la muerte de su padre, o de su madre, ¿lo habría hecho, o no? Por tanto, lo que en su propio caso habría de rechazar, debió también despreciarlo en el caso del profeta.

Y habiendo salido, dijo a su madre: «¿Qué pediré?» «Y ella dijo: "La cabeza de Juan el Bautista"», etc. Herodías, temiendo que Herodes recobrara alguna vez el juicio, o se hiciera amigo de su hermano Filipo, y se disolviera por repudio el matrimonio ilícito, aconseja a su hija que pida en el mismo banquete la cabeza de Juan, ¡digna recompensa de sangre para una digna obra de danza!

«Y el rey se entristeció»; mas, a causa del juramento y de los que estaban recostados juntamente con él, no quiso que ella fuera entristecida, sino que, enviado un verdugo, mandó traer su cabeza en un plato, etc. Es costumbre de las Escrituras que el historiador narre la opinión de muchos tal como en aquel tiempo era creída por todos. Así como José es llamado padre de Jesús incluso por la misma María, así también aquí se dice que Herodes se entristeció, porque esto era lo que pensaban los que estaban recostados. Pues, disimulador de su propio ánimo y artífice homicida, mostraba tristeza en el rostro, cuando tenía alegría en la mente. Y excusa su crimen con el juramento, para que, bajo pretexto de piedad, se hiciera impío. Pero lo que añade: «y a causa de los que estaban recostados juntamente con él», quiere que todos sean cómplices de su crimen,

para que en un banquete lujurioso e impuro se sirviera un festín sangriento.

Y trajo su cabeza en un plato, y la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre. Sea esto lo que sucedió según la letra, nosotros sin embargo discernimos hasta hoy, en la cabeza de Juan el profeta, que los judíos destruyeron a Cristo, que es la cabeza de los profetas. De otro modo: la decapitación de Juan insinúa la disminución de aquella fama por la cual el pueblo creía en Cristo, así como la exaltación en la cruz del Señor Salvador designaba el progreso de la fe, porque él, que era el Señor de los profetas, fue al principio tenido por las turbas por profeta, y después Cristo, Hijo de Dios, fue reconocido por todos los fieles. Disminuido, pues, Juan en la cabeza, el Señor fue exaltado en la cruz, porque, como el mismo Juan dice, era necesario que él creciese, y que Juan menguase. Convenía, en cambio, que aquel que era estimado profeta fuese reconocido como Cristo, y que aquel que, por la sublimidad de sus virtudes, era tenido por Cristo, fuese entendido como profeta y precursor de Cristo. Esto mismo está también bastante claramente significado por la distinción del tiempo en que cada uno de ellos nació, pues Juan, que debía menguar, nació cuando la luz divina comienza a decrecer. El Señor, en cambio, que es la verdadera luz del mundo, nos mostró los dones luminosos de su nacimiento en aquel tiempo del año en que el día comienza a crecer.

Al oír esto, sus discípulos vinieron, y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro. Refiere

Josefo que Juan, atado, fue conducido a la fortaleza de Maqueronte, y allí decapitado. Refiere la Historia eclesiástica que fue sepultado en Sebaste, ciudad de Palestina, que antiguamente se llamó Samaria. Mas en tiempo del emperador Juliano, envidiosos los paganos de los cristianos que frecuentaban su sepulcro con piadosa solicitud, invadieron el monumento, esparcieron los huesos por los campos, y, recogiéndolos de nuevo, los quemaron con fuego, y otra vez los esparcieron por los campos. Se dice que en aquel tiempo se hallaban allí monjes de Jerusalén, que, mezclados con los paganos que recogían los huesos, reunieron la mayor parte de ellos, y los llevaron a su padre Felipe, a Jerusalén. Y él los envió al bienaventurado Atanasio, obispo de Alejandría, y allí fueron guardados hasta los tiempos de Teófilo, obispo de la misma ciudad, cuando, por mandato del emperador Teodosio, fueron destruidos todos los templos de los gentiles. Entonces, purificado de sus inmundicias el templo de Serapis, allí fueron llevados los huesos, y se consagró una basílica en honor de san Juan en lugar de la capilla de Serapis. Lee el libro undécimo de la Historia eclesiástica.

Y los apóstoles, reunidos con Jesús, le refirieron todo lo que habían hecho y enseñado. Los apóstoles no solo refieren al Señor lo que ellos mismos habían hecho y enseñado, sino que también le refieren lo que Juan padeció mientras ellos estaban ocupados en enseñar, ya sea sus propios discípulos, ya los del mismo Juan, como describe Mateo. De donde lo que sigue:

Y les dijo: Venid aparte a un lugar desierto, y descansad un poco, etc. Esto lo hace no solo por causa del descanso de ellos, sino también por la gracia de una significación mística, a saber, que, abandonada Judea —que, al no creer, se había quitado a sí misma la cabeza de la profecía—, en el desierto de la Iglesia, que no había tenido varón, iba a otorgar a los creyentes el alimento de la palabra, como quien había de dar un banquete de panes y peces. Pues allí los santos predicadores, que entre la Judea incrédula y contradictora habían sido oprimidos durante algún tiempo por una pesada carga de tribulaciones, hallaron descanso a causa de la gracia de la fe concedida a los gentiles. Mas cuál fue la necesidad de conceder descanso a los discípulos se muestra a continuación, cuando se dice:

Porque eran muchos los que venían y los que iban, y no tenían tiempo ni siquiera para comer. Aquí se demuestra la gran felicidad de aquel tiempo, tanto por el trabajo de los que enseñaban como por el celo de los que aprendían; ojalá volviera en nuestra época, de modo que tan gran multitud de fieles oyentes acompañara a los ministros de la palabra que no les dejara ni siquiera tiempo libre para cuidar el cuerpo. Pues a quienes se les niega la hora necesaria para cuidar el cuerpo, ¿cuánto menos les queda la facultad de dedicarse a las seducciones del alma o de la carne? Antes bien, aquellos de quienes se exige oportuna e inoportunamente la palabra de la fe y el ministerio saludable, su ánimo se enciende consecuentemente para hacer y pensar siempre

las cosas celestiales, no sea que impugnen con los hechos lo que enseñan con las palabras.

Y subiendo a la barca, se fueron aparte a un lugar desierto. No los discípulos solos, sino que, habiendo tomado consigo al Señor, subieron a la barca y buscaron un lugar desierto, como lo demuestra claramente el evangelista Mateo.

Y los vieron marcharse, y muchos los reconocieron, y a pie desde todas partes a él, etc. Al decirse que los que iban a pie se les adelantaron, se muestra que los discípulos no llegaron con el Señor en la barca a otra orilla del mar o del Jordán, sino que, atravesado en la barca algún estrecho o lago, se dirigieron a lugares cercanos de esa misma región, adonde también los naturales del lugar podían llegar a pie.

Y saliendo, Jesús vio una gran multitud y se compadeció de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas. De qué manera se compadeció de ellos, Mateo lo expone más plenamente diciendo: Y se compadeció de ellos, y curó a sus enfermos. Pues esto es verdaderamente compadecerse de los pobres y de los que no tienen pastor: abrirles el camino de la verdad enseñándoles, y quitarles las molestias corporales curándolos, pero también, saciando a los hambrientos, animarlos a la alabanza de la liberalidad celestial. Que hizo esto también lo recuerdan las palabras siguientes de esta lectura. Pero pone a prueba la fe de las multitudes, y, una vez comprobada, la retribuye con digna recompensa. Pues buscando la soledad, explora si se preocupan de seguirlo. Ellas, siguién-

dolo, y no en bestias de carga ni en diversos vehículos, sino emprendiendo el camino del desierto con el propio trabajo de sus pies, muestran cuánto cuidado tienen de su propia salvación. A su vez, él mismo, como poderoso y piadoso salvador y médico, al recibir a los fatigados, enseñar a los ignorantes, sanar a los enfermos y reconfortar a los hambrientos, insinúa cuánto se deleita en la devoción de los creyentes. Pero según las leyes de la alegoría, a Cristo, que busca los desiertos de los gentiles, lo siguen muchas multitudes de fieles, dejadas atrás las murallas de su antigua conducta y despreciado el amparo de las diversas doctrinas. Y aquel que fue primero conocido como Dios en Judea, después que los dientes de los judíos se hicieron armas y saetas, y su lengua espada afilada (Sal. LVI), Dios es exaltado sobre los cielos, y su gloria sobre toda la tierra.

Y cuando ya se hacía tarde, se acercaron a él sus discípulos diciendo: El lugar es desierto, y ya ha pasado la hora. Despídelos, para que, yendo a las granjas y aldeas cercanas, se compren alimentos para comer. Por «hora avanzada» se refiere al tiempo del atardecer, como atestigua Lucas, que dice: Y el día comenzaba a declinar, y acercándose los doce le dijeron: Despide a las multitudes, etc. (Lc. IX). Y con el día declinando, el Salvador reconforta a las multitudes, porque, ya sea acercándose el fin de los siglos, ya cuando el sol de justicia se puso por nosotros, fuimos salvados de la larga consunción del hambre espiritual.

Y respondiendo, les dijo: Dadles de comer, etc. Provoca a los apóstoles a la fracción del pan,

para que, testificando ellos que no lo tienen, se haga más notoria la grandeza del signo; insinuando al mismo tiempo que nuestros corazones hambrientos deben ser alimentados cada día por medio de ellos, esto es, cuando por sus ejemplos o sus escritos somos incitados a amar las cosas celestiales. Ha de notarse, además, que el evangelista Juan, al escribir este milagro de los panes, puso antes que estaba próxima la Pascua, día festivo de los judíos. Mateo y Marcos, en cambio, recuerdan que esto sucedió inmediatamente después de que Juan fue muerto. De donde se colige que Juan fue decapitado estando inminente esa misma festividad pascual, y que al año siguiente, cuando volvió de nuevo el tiempo pascual, se cumplió el misterio de la pasión del Señor. Y por eso en el libro de los Sacramentos su natalicio está señalado en el cuarto día antes de las calendas de septiembre, y en el Martirologio, que está distinguido con los nombres de Eusebio y Jerónimo, se lee, en el cuarto día antes de las calendas de septiembre, en Edesa, ciudad de la provincia de Fenicia, el natalicio de Juan Bautista, el día en que fue decapitado: no designa propiamente el día de su decapitación, sino más bien el día en que su cabeza fue hallada en esa misma ciudad de Edesa, y depositada en una iglesia. Pues bien, como testifica la Crónica del conde Marcelino, en tiempos del emperador Marciano, dos monjes orientales habían venido a adorar a Jerusalén y a ver los lugares santos; a ellos, presentándose por revelación, el mismo Precursor del Señor les mandó que, yendo a la antigua morada del rey

Herodes, buscaran allí su cabeza, y, hallada, la depositaran con la debida honra. Esto, hallado y tomado por ellos allí, pero perdido no mucho después por culpa de la negligencia, fue llevado a Edesa por otros, y escondido ignominiosamente por no poco tiempo en cierta cueva, en una urna bajo tierra, hasta que de nuevo el mismo Juan se mostró a sí mismo y su cabeza a cierto piadoso abad y presbítero, Marcelo, mientras habitaba en esa misma cueva. Consta que esta cabeza fue hallada para Julioramo, obispo de esa misma ciudad, por medio del mencionado presbítero. Desde ese tiempo comenzó a celebrarse en esa misma ciudad la decapitación del bienaventurado Precursor, en ese mismo día (según creemos) en que la cabeza fue hallada o elevada. Acerca de estas cosas hallarás escrito más ampliamente en el mencionado libro de las Crónicas.

Y les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Id y ved. Y cuando lo hubieron averiguado, dicen: Cinco, y dos peces. Por los cinco panes de los Apóstoles, y los dos peces, se significa toda la escritura del Antiguo Testamento. Por los cinco panes, en efecto, se entienden los cinco libros de la ley mosaica, por los cuales llegó a conocer el género humano el conocimiento de la eternidad divina, la creación del mundo, el curso del siglo que pasa, y la verdadera religión de servir a Dios. Por los dos peces, en cambio, se figuran los salmos y los profetas, que alimentaban al pueblo ya instruido en la ley de Dios con la nueva dulzura de la gracia acerca de la promesa de la encarnación del Señor. Por esta triple división de la Sagrada Escritura, se nos

enseña, por autoridad del Señor, que se comprende toda la serie del antiguo instrumento. Pues apareciendo después de la resurrección a los discípulos, dijo el Señor mismo que era preciso que se cumplieran todas las cosas que están escritas en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los Salmos acerca de mí (Lc. XXIV). Y cuando les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y, entendidas, las transmitiesen espiritualmente a los oyentes fieles, como bendiciendo los panes y peces apostólicos, y multiplicándolos con el don de la interior suavidad, mandó que fuesen repartidos a las multitudes. Y con razón, según el Evangelio de Juan, se refiere que los panes que designan la ley fueron de cebada, que es sobre todo alimento de bestias de carga y de siervos rústicos, porque a los oyentes principiantes y aún no perfectos han de confiarse preceptos más ásperos y, por así decir, más groseros. Pues el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Cor. II). Y por eso el Señor, otorgando dones a cada uno según sus propias fuerzas, y llamando siempre a cosas más perfectas, primero sacia a cinco mil con cinco panes, segundo sacia a cuatro mil hombres con siete panes, tercero confía a los discípulos el misterio de su carne y de su sangre: por último, con un gran don, concede a los elegidos que coman y beban sobre su mesa en su reino.

Y les mandó que hicieran recostarse a todos, por grupos, sobre la hierba verde. Y se recostaron en grupos, de cien en cien, y de cincuenta en cincuenta. Los diversos modos de recostarse de

los comensales designan las distintas asambleas de las Iglesias por todo el orbe, las cuales forman una sola Iglesia católica. Bien mandó el Señor que estos se recostasen por grupos de cincuenta o de cien, a saber, para que la muchedumbre de los fieles recibiera su alimento distinta en los lugares, pero unida en las costumbres. Pues el descanso del Jubileo se contiene en el misterio del número cincuenta, y el cincuenta se duplica para llegar al ciento. Puesto que primero se descansa de la obra mala, para que después el alma descanse más plenamente en el pensamiento, unos se recuestan de cincuenta en cincuenta, otros de ciento en ciento, porque hay algunos que tienen reposo de la obra respecto de los actos malvados, y hay algunos que ya tienen reposo de la mente respecto de los pensamientos perversos. Bien también se recostaron sobre la hierba verde. Pues está escrito: Toda carne es heno (Isa. XL). Y se recuestan sobre la hierba verde y se alimentan de los manjares del Señor aquellos que, mediante el celo de la continencia, pisoteadas las incitaciones de las concupiscencias carnales, emplean su esfuerzo en oír y cumplir las palabras de Dios.

Y tomados los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo, bendijo, y partió, y dio a sus discípulos para que los pusieran delante de ellos, y repartió los dos peces entre todos. Para las muchedumbres hambrientas, el Salvador no crea nuevos alimentos, sino que bendice lo que tenían los discípulos; porque, viniendo en carne, no predicaba cosas distintas de las ya anunciadas, sino que mostraba cuán preñadas de los misterios de

la gracia estaban las escrituras de la ley y de los profetas. Mira al cielo, para enseñar que allí debe dirigirse la mirada de la mente, y que allí ha de buscarse la luz de la ciencia. Lo parte, y lo distribuye a los discípulos para que lo pongan delante de las muchedumbres, porque reveló los misterios de la profecía a los santos doctores que habían de predicarlos por todo el orbe.

Y comieron todos y se saciaron, y recogieron de las sobras de los pedazos doce canastos llenos, y también de los peces. Lo que sobra a las muchedumbres es recogido por los discípulos, porque los misterios más sagrados, que no pueden ser captados por los rudos, no han de omitirse por negligencia, sino que han de ser investigados por los perfectos. Pues por los doce canastos se figuran los apóstoles, y por los apóstoles todos los coros de los doctores que les siguieron, despreciados exteriormente por los hombres, pero colmados interiormente de los restos del alimento saludable para nutrir los corazones humildes. Consta, en efecto, que los canastos suelen servir para trabajos serviles, pero él mismo llenó los canastos con los fragmentos de los panes, él que eligió lo débil de este mundo para confundir lo fuerte.

Y los que comieron eran cinco mil hombres. Puesto que son cinco los sentidos del hombre exterior, los cinco mil hombres que siguieron al Señor designan a aquellos que, colocados todavía en condición secular, saben usar bien de los bienes exteriores que poseen. Estos son alimentados con razón con cinco panes, porque tales personas

es necesario que sean instruidas todavía con los preceptos de la ley. Pues los que renuncian por entero al mundo son los cuatro mil, y reparados con siete panes, esto es, tanto elevados por la perfección evangélica, como instruidos interiormente por la gracia espiritual.

Y enseguida obligó a sus discípulos a subir a la barca, para que se le adelantaran al otro lado, hacia Betsaida, mientras él despedía a la multitud, etc. Por qué obligó a los discípulos a subir a la barca, y él mismo, despedida enseguida la multitud, se retiró al monte a orar, Juan lo declara manifiestamente, quien, terminada aquella refección celestial, añadió al punto: Jesús, pues, al conocer que iban a venir para arrebatarlo y hacerlo rey, huyó de nuevo al monte, él solo (Jn. VI). En esto nos muestra un ejemplo necesario para vivir, a saber, que en los bienes que hacemos evitemos la retribución del favor humano, y que la operación de las virtudes espirituales no nos vuelva a la concupiscencia de los placeres temporales. Pues a algunos les sucedió que, mientras por el mérito de una vida más sublime eran admirables y loables en sus costumbres, y se los juzgaba dignos de honor, al recibir dinero o posesiones perdieron los rudimentos de la justicia que habían comenzado, y, corrompiéndose incautamente con las incitaciones carnales y con la avaricia, llegaron, por sus malas acciones, no solo al fastidio, sino incluso al odio de aquellos mismos por quienes eran honrados por sus buenas obras. Y es mucho menos peligroso, en lo que hacemos rectamente, ser fatigados por la

maldad de quienes se nos oponen, que ser halagados por el favor de quienes nos honran. Pues el favor de quienes honran corrompe muchas veces al alma haciéndola demasiado segura, mientras que la maldad de los adversarios la hace siempre circunspecta y cauta. Por lo cual el Señor, iniciando para nosotros el camino de vida que debemos seguir, cuando quienes admiraban sus virtudes quisieron hacerlo rey, huyó al monte a orar. Pero cuando aquellos que envidiaban sus virtudes resolvieron entregarlo a la muerte, salió al encuentro pronto, y se ofreció a los enfurecidos para ser atado y crucificado, instruyéndonos con evidente ejemplo, para que estemos dispuestos a soportar las adversidades del siglo, y cautos para rechazar las lisonjas cuando por ventura nos hayan sonreído; y para que, a fin de que las prosperidades del mundo, al afluir, no nos engañen ablandándonos, se lo imploremos al Señor con frecuentes oraciones. Los discípulos, pues, se adelantaban al Señor al otro lado del estrecho, hacia Betsaida, ciudad de Galilea de los apóstoles Andrés, Pedro y Felipe, cerca del lago de Genesaret, como hallamos en los libros sobre los lugares. Aquí conviene advertir con razón cómo dice Marcos que, realizado el milagro de los panes, los discípulos llegaron al otro lado hacia Betsaida, mientras que Lucas parece decir que aquel memorable milagro y refección celestial se realizó en los lugares de Betsaida. Pues dice: Tomándolos consigo, se retiró aparte a un lugar desierto, que también es Betsaida. Y cuando lo supieron las multitudes, lo siguieron, y él las acogió (Lc. IX). Y lo demás que sigue,

hasta el relato completo de la sagrada refección. A no ser que quizá entendamos que, al decir Lucas «a un lugar desierto, que es Betsaida», no se designó la vecindad de la misma ciudad, sino los lugares desiertos pertenecientes a ella. Pues Marcos dice abiertamente que se le adelantaron hacia Betsaida, donde consta que se señalan los mismos confines de la ciudad. Pero Lucas, que no dice «en un lugar desierto, quae est Bethsaida», sino «qui est Bethsaida», puede, si no me engaño, entenderse rectamente en el sentido de que no quiso significar la misma ciudad, sino su lugar desierto, es decir, el perteneciente a sus confines. El Evangelista Juan narra, en cambio, que las multitudes comieron pan junto a Tiberíades, y que los discípulos, subiendo a la barca, llegaron al otro lado del mar a Cafarnaún, siendo ambas ciudades de Galilea junto al lago de Genesaret, que también se llama de Tiberíades, por la ciudad de Tiberíades.

Y habiéndolos despedido, subió al monte a orar. No todo el que ora sube al monte; pues hay una oración que produce pecado. Pero quien ora bien, quien orando busca a Dios, este, avanzando de las cosas terrenas a las superiores, asciende a la cumbre de un cuidado más sublime. Pero quien, solícito por las riquezas, o por el honor del siglo, o ciertamente por la muerte del enemigo, suplica, yaciendo él mismo en lo más bajo, envía a Dios preces viles. Pero el Señor ora, no para suplicar por sí mismo, sino para impetrar por mí. Pues aunque haya puesto todas las cosas en poder del Hijo, el Hijo, sin embargo, para cumplir la

forma del hombre, considera que ha de suplicar al Padre por nosotros, porque es nuestro abogado. Pues, dice el Apóstol, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo (I Juan II). Si es abogado, debe interceder por mis pecados. No suplica, por tanto, como débil, sino como piadoso. ¿Quieres saber que puede todo lo que quiere? Es a la vez abogado y juez. En uno está el oficio de la piedad, en el otro el distintivo del poder.

Y al hacerse tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y viéndolos fatigarse remando, pues el viento les era contrario. El trabajo de los discípulos en el remar, y el viento contrario a ellos, designa los diversos trabajos de la santa Iglesia, que entre las olas del siglo adverso y los soplos de los espíritus inmundos se esfuerza por llegar al reposo de la patria celestial como a un puerto seguro en la costa. Donde bien se dice que la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Porque a veces la Iglesia, por tan grandes opresiones de los gentiles, no solo ha sido afligida, sino también desfigurada, de modo que (si esto pudiera ser) su Redentor parecería haberla abandonado del todo por un tiempo. De donde procede aquella voz suya, sorprendida entre las olas y tempestades de las tentaciones que la azotan, y que busca con clamor gemebundo el auxilio de su protección. De donde: ¿Por qué, Señor, te has alejado, nos desprecias en las oportunidades, en la tribulación (Sal. IX)? La cual asimismo expone la voz del enemigo perseguidor, añadiendo en las palabras siguientes del salmo: Pues dijo en su corazón: Dios se ha olvidado; ha apartado

su rostro para no ver hasta el fin (Ibíd.). Pero él no olvida la oración de los pobres, ni aparta su rostro de los que en él esperan; antes bien, ayuda a los que combaten contra los enemigos para que venzan, y corona a los vencedores para siempre. De donde también aquí se dice abiertamente que los vio fatigarse remando. Pues el Señor vio a los que se fatigaban en el mar, aunque él mismo estaba en tierra, porque aunque parezca diferir por un tiempo el prestar auxilio a los afligidos, no obstante los fortalece, por consideración a su piedad, para que no desfallezcan en las tribulaciones, y a veces incluso, con auxilio manifiesto, los libra una vez vencidas las adversidades, como pisoteadas, y aplacados los embates de las olas, como también aquí a continuación se insinúa cuando se dice:

Y hacia la cuarta vigilia de la noche vino a ellos caminando sobre el mar. Las estaciones y vigilias militares se dividen en espacios de tres horas cada una. Cuando, pues, dice que el Señor vino a ellos en la cuarta vigilia de la noche, muestra que estuvieron en peligro toda la noche, y que en el último tiempo de la noche se les prestó auxilio.

Se fatigan, pues, durante todo el tiempo de la noche oscura, pero al acercarse el amanecer, y prometiendo el lucero el nacimiento del sol y del día, viene el Señor y, caminando por encima, aplaca las hinchadas espaldas del mar. Porque cuando la fragilidad humana, cercada de opresiones, considera la pequeñez de sus propias fuerzas, no percibe en torno a sí otra cosa que las tinieblas de las angustias y el oleaje de los

enemigos que combaten. Pero cuando ha elevado su mente a la luz del auxilio celestial y a los dones de la retribución perpetua, contempla, como entre las sombras de la noche, la súbita salida del lucero, que anuncia el día próximo. Pues se dice que el lucero ilumina, a lo sumo, tres horas de la noche, es decir, toda la vigilia matutina.

Y estará presente el Señor, quien, adormecidos los peligros de las tentaciones, otorgue la plena confianza de la libertad mediante su protección. Sigue:

Y quería pasar de largo junto a ellos. Pero ellos, al verlo caminar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron. Pues todos lo vieron, y se turbaron. Todavía hoy los herejes piensan que el Señor fue un fantasma, y que no asumió verdadera carne de la virgen. En efecto, Teodoro de Fárán, en otro tiempo obispo, escribió así: que el Señor no tenía peso corporal según la carne, sino que caminó sobre el mar sin peso ni cuerpo. Pero, por el contrario, la fe católica proclama que él tenía peso según la carne, y carga corporal, y que caminaba sobre las aguas con peso y carga corporal, sin que se le sumergieran los pies. Pues Dionisio, insigne entre los escritores eclesiásticos, en sus opúsculos Sobre los Nombres Divinos, habla así: En efecto, ignoramos de qué manera fue formado de la sangre virginal por una ley distinta de la natural, y de qué manera, con los pies sumergidos y teniendo peso corporal y carga material, caminaba sobre una sustancia húmeda e inestable. Mas ¿cómo quería el Señor pasarlos de largo, como si fueran extraños, a quienes había venido a librar

del peligro del naufragio, sino para que, turbados y atemorizados por un momento, pero liberados enseguida, se admirasen más del milagro de su liberación, y diesen mayores gracias a su libertador? Porque también en las tempestades de los sufrimientos que los infieles suscitan por la constancia de la fe, a veces se manifiesta divinamente semejante providencia. Pues muchas veces la piedad celestial ha parecido abandonar así a los fieles puestos en la tribulación, que se pensara que Jesús había querido pasar de largo junto a los discípulos que se afanaban como en el mar. De donde procede también aquello del salmista, referido a la Iglesia que suda en el combate del martirio: ¿Por qué te has olvidado de mí, por qué me has rechazado, y por qué ando triste mientras el enemigo me aflige? Mientras se quiebran todos mis huesos, etc. Pero dicen los enemigos, aterrando: ¿Dónde está el Dios de ellos (Sal. XLII)? como amenazando de naufragio a los fatigados apóstoles. Dice el mismo Dios de ellos: Cuando pases por las aguas, estaré contigo, y los ríos no te cubrirán. Cuando caminares por el fuego, no te quemarás, y la llama no arderá en ti (Is. XLIII). Por lo cual también aquí se añade con razón:

Y al punto les habló, y les dijo: Tened confianza, yo soy, no temáis. Y subió a ellos a la barca, y cesó el viento. El primer socorro para los que tiemblan y están en peligro es expulsar de sus corazones el temor infundido. El segundo, reprimir con el poder de su presencia el furor de las tempestades. Y no es de admirar que, al subir el Señor a la barquilla, cesara el viento. Pues en cualquier

corazón en que Dios esté presente por la gracia de su amor, pronto se calman y aquietan todas las guerras de los vicios, y del mundo adversario, o de los espíritus malignos.

Y se asombraban más aún dentro de sí. Pues no habían entendido lo de los panes. Porque su corazón estaba cegado. El Señor, en efecto, mostró en el milagro de los panes que era el creador de las cosas; y enseñó, al caminar sobre las olas, que tenía un cuerpo libre de todo peso de los pecados; y demostró, al aplacar los vientos y calmar la furia de las olas, que dominaba sobre los elementos. Pero los discípulos principales todavía no reconocían que él fuese Dios. Y ciertamente se asombraban de la grandeza de los milagros; sin embargo, todavía no podían reconocer en él la verdad de la majestad divina.

Cuando salieron de la barca, al punto lo reconocieron; y recorriendo toda aquella región, comenzaron a llevar de un lado a otro en camillas a los que estaban enfermos, dondequiera que oían que él estaba. Lo reconocieron por la fama, no por el rostro; o al menos, a causa de la grandeza de los signos que obraba entre los pueblos, era conocido de rostro también por muchísimos. Y mira cuán grande era la fe de los hombres de la tierra de Genesaret, que no se contentaban solo con la salud de los presentes, sino que enviaban a otras ciudades de los alrededores, para que todos corrieran al médico.

Y dondequiera que entraba, en las aldeas, en las villas o en las ciudades, colocaban a los enfermos en las plazas y le suplicaban que pudieran

tocar siquiera el fleco de su vestido. Y cuantos lo tocaban, quedaban sanos. Los que están enfermos no toquen el cuerpo de Jesús, ni todo su vestido, sino el fleco extremo. Y cuantos lo hubieren tocado, serán sanados. Entiende por el fleco de su vestido el mínimo mandamiento, pues quien lo transgrediere será llamado el más pequeño en el reino de los cielos: o bien la asunción de la carne, por la cual llegamos al Verbo de Dios, y gozamos después de su majestad.

CAPÍTULO VII.

Y se reúnen junto a él los fariseos, y algunos de los escribas venidos de Jerusalén. Y habiendo visto que algunos de sus discípulos comían panes con manos comunes (esto es, sin lavar), los vituperaron. ¡Oh cuán verdadera es aquella confesión del Señor al Padre, porque «ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños»! Los hombres de la tierra de Genesaret, que parecían menos instruidos, no solo vienen ellos mismos, sino que también traen a sus enfermos: es más, los llevan al Señor, para que merezcan tocar siquiera la orla de su vestido, por la cual pudieran salvarse. Y por ello al punto alcanzan los méritos de la recompensa de la salud deseada. Mas en verdad los fariseos y los escribas, que debían ser maestros del pueblo, no acuden al Señor para oír la palabra, ni para buscar la medicina, sino solo para suscitar contiendas de cuestiones: y los vituperan por las manos del cuerpo no lavadas, en cuyas obras —las que se hacen por las manos o por los demás miembros del cuerpo

— no podían hallar ninguna suciedad de inmundicia; siendo así que debían más bien culparse a sí mismos, quienes, teniendo las manos lavadas con agua, llevaban la conciencia manchada de rencor. Pues los fariseos y todos los judíos, si no se lavan frecuentemente las manos, no comen, guardando la tradición de los mayores, y si no se bautizan al volver del mercado, no comen.

Es supersticiosa la tradición de los hombres, lavar más frecuentemente las manos ya una vez lavadas para comer el pan, y no comer al volver del mercado sin bautizarse. Pero es necesaria la doctrina de la verdad, que manda a aquellos que desean participar del pan de vida que desciende del cielo, purificar frecuentemente sus obras con el lavado de las limosnas, de las lágrimas y de los demás frutos de la justicia, para que con corazón y cuerpo castos puedan comunicar con los misterios celestiales. Es necesario que cada uno purifique del todo, con la diligencia subsiguiente de buenos pensamientos y actos, las manchas que hubiere contraído por los cuidados de los negocios temporales, si desea disfrutar de los manjares de la refección interior. Pero los fariseos, tomando carnalmente las palabras espirituales de los profetas, que ellos preceptuaban acerca de la castigación del corazón y de la obra, diciendo: «Lavaos, sed limpios y purificaos, los que lleváis los vasos del Señor» (Isa. I), esos guardaban esto lavándose solamente el cuerpo.

En vano, pues, los fariseos, en vano todos los judíos lavan sus manos, y se bautizan al volver del mercado, mientras desprecian lavarse en la fuen-

te del Salvador. En vano guardan los baños de los vasos, quienes descuidan lavar las suciedades de sus corazones y de sus cuerpos: siendo cierto que Moisés y los profetas, que por cualquier causa mandaron que los vasos del pueblo de Dios fuesen lavados con aguas, o purgados con fuego, o santificados con óleo, nos mandaron en esto no la limpieza de las cosas materiales, sino más bien la castigación y santidad de las mentes y de las obras, y la salvación de las almas.

Y le preguntaban los fariseos y los escribas: «¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los mayores, sino que comen el pan con manos comunes?» Admirable es la necedad de los fariseos y de los escribas. Acusan al Hijo de Dios porque no guarda las tradiciones y preceptos de los hombres. Mas las manos, esto es, las obras —no ciertamente las manos del cuerpo, sino las del alma— son las que deben lavarse, para que en ellas se cumpla la palabra de Dios.

Y les decía: «Bien anuláis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición.» Refuta la falsa calumnia con una verdadera respuesta. Puesto que, dice, vosotros por la tradición de los hombres descuidáis los preceptos del Señor, ¿por qué creéis que mis discípulos deben ser acusados porque tienen en poco los mandatos de los mayores, a fin de guardar los decretos de Dios?

Pues Moisés dijo: «Honra a tu padre y a tu madre.» «Y quien maldijere a su padre o a su madre, muera de muerte.» El honor en las Escrituras se entiende no tanto en los saludos y en el

rendimiento de deberes, cuanto en la limosna y en la colación de dones.

«Honra» (dice el Apóstol) «a las viudas que son verdaderamente viudas» (I Tim. V). Aquí se entiende «honor» como don. Y en otro lugar: «Los presbíteros deben ser honrados con doble honor, sobre todo los que trabajan en la palabra y en la doctrina del Señor» (Ibíd.). Y por este mandamiento se nos ordena «no poner bozal al buey que trilla, para que el obrero sea digno de su salario» (Ibíd.).

Pero vosotros decís: Si un hombre dijere a su padre o a su madre: Corbán (esto es, don), todo lo que de mí proceda, te aprovechará. Y ya no le dejáis hacer nada por su padre o por su madre, etc. El Señor había mandado esto, considerando ya las debilidades, ya las edades, ya la penuria de los padres, para que los hijos honrasen a sus padres también sirviéndoles en las necesidades de la vida. Queriendo los escribas y fariseos subvertir esta ley providentísima de Dios, para introducir la impiedad bajo el nombre de piedad, enseñaron a los hijos más malvados que, si alguien quisiera votar a Dios —que es el verdadero padre— aquello que debía ofrecerse a los padres, la ofrenda al Señor debía preferirse a los dones de los padres. O ciertamente los mismos padres, evitando lo consagrado a Dios para no incurrir en el crimen del sacrilegio, se consumían por la indigencia; y así sucedía que la ofrenda de los hijos, so pretexto del templo y de Dios, se convertía en ganancia de los sacerdotes. Esta pésima costumbre de los fariseos procedía de tal ocasión. Teniendo a muchos obli-

gados por deuda, y no queriendo que el préstamo les fuese devuelto a sí mismos, lo delegaban a los sacerdotes, para que, exigido el dinero, sirviese a los ministerios del templo y a sus propios usos. Puede también tener brevemente este sentido: Cualquier don que proceda de mí, te aprovechará. Obligáis, dice, a los hijos a decir a sus padres: Cualquier don que iba a ofrecer a Dios, lo gasto en tu alimento, y te aprovecha a ti, oh padre y madre; de modo que ellos, temiendo aceptar lo que veían entregado a Dios, preferían llevar una vida indigente antes que comer de lo consagrado.

Y llamando de nuevo a la multitud, les decía: Oídme todos, y entended: nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarlo. Pero las cosas que salen del hombre, esas son las que contaminan al hombre. La palabra «communicat» es propia de las Escrituras, y se desgasta por el habla común. El pueblo judío, jactándose de ser parte de Dios, llama «comunes» a los alimentos de que usan todos los hombres. Por ejemplo: la carne de cerdo, las ostras, las liebres, y animales de este tipo, que no tienen la pezuña hendida, ni rumian, ni tienen escamas entre los peces. De donde también está escrito en los Hechos de los Apóstoles: Lo que Dios ha santificado, no lo llames tú común (Hech. X). Por tanto, lo que está abierto a los demás hombres, y como que no es de la parte de Dios, se llama común en lugar de inmundo. Nada hay, dice, fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarlo. Pero las cosas que proceden del hombre, esas son las que contaminan al hombre. Objete el lector prudente

y diga: Si lo que entra en la boca no contamina al hombre, ¿por qué no comemos de lo sacrificado a los ídolos? Y el Apóstol escribe: No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios (I Cor. X). Ha de saberse, pues, que los alimentos mismos, en cuanto criatura de Dios, son de por sí limpios, pero la invocación de los ídolos y de los demonios los hace inmundos.

Y cuando hubo entrado en la casa, apartado de la multitud, sus discípulos le preguntaban acerca de la parábola. Y les dijo: ¿Así también vosotros carecéis de entendimiento? Lo que había sido dicho abiertamente, y era evidente al oído, los apóstoles pensaron que había sido dicho en parábola, y en una cosa manifiesta buscaban una inteligencia mística. Y son reprendidos por el Señor porque piensan que se dijo en parábola lo que él había hablado con claridad. De donde advertimos que es un oyente defectuoso quien quiere entender oscuramente las cosas manifiestas, o manifiestamente las dichas oscuramente.

¿No entendéis que todo lo que entra de fuera en el hombre no puede contaminarlo, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y es expulsado a la letrina, purgando todos los alimentos? Todos los pasajes de los Evangelios están llenos de escándalos entre los herejes y los perversos. Y a partir de esta breve sentencia algunos calumnian, diciendo que el Señor, ignorante de la disputa física, piensa que todos los alimentos van al vientre y se digieren en la letrina, cuando, en realidad, los alimentos, una vez ingeridos, se difunden de inmediato por los miembros, las venas,

las médulas y los nervios. Por lo cual vemos también a muchos que, por un vicio del estómago, sufren un vómito continuo, que inmediatamente después de las cenas y de las comidas vomitan lo que habían ingerido, y sin embargo son corpulentos, porque, al primer contacto, el alimento y la bebida más líquidos se difunden por los miembros. Pero hombres de esta clase, mientras quieren reprender la impericia ajena, muestran la suya propia. Pues aunque la humedad más tenue y el alimento licuado, una vez cocido y digerido en las venas y los miembros, resbala por los conductos ocultos del cuerpo, que los griegos llaman πόρους, hacia las partes inferiores, y va a la letrina. Decía, pues, que las cosas que salen del hombre, esas contaminan al hombre. Pues de dentro, del corazón de los hombres, proceden los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias y las demás cosas. Del corazón, dice, salen los malos pensamientos. Por tanto, la parte principal del alma no está, según Platón, en el cerebro, sino, según Cristo, en el corazón. Y con esta sentencia han de ser refutados los que piensan que los pensamientos son inyectados por el diablo, y que no nacen de la propia voluntad. El diablo puede ser ayudante e instigador de los malos pensamientos, pero no puede ser autor. Pero si, puesto siempre al acecho, inflama con su yesca alguna leve chispa de nuestros pensamientos, no debemos suponer que él escudriña también los secretos del corazón, sino que estima, por la disposición y los gestos del cuerpo, lo que revol-

vemos interiormente. Por ejemplo, si nos ve mirar con frecuencia a una mujer hermosa, comprende que el corazón ha sido herido por el dardo del amor.

Y levantándose de allí, se fue a las fronteras de Tiro y Sidón. Dejando atrás a los escribas y fariseos, sus calumniadores, pasa a las regiones de Tiro y Sidón, para curar a los tirios y a los sidonios.

Y habiendo entrado en una casa, no quiso que nadie lo supiera, y no pudo ocultarse. Con razón se pregunta cómo se dice que el Señor no quiso que nadie supiera de su viaje, y sin embargo no pudo ocultarse. Pues ¿qué es lo que él no pudo, siendo así que, aun situado temporalmente entre los hombres, disponía invisiblemente en su interior, junto con el Padre, todo lo que se hacía exteriormente? ¿O por qué motivo ha de pensarse que entró en las fronteras de Tiro y Sidón, sino para librar del demonio a la hija de la sirofenicia, y para, por la fe de una mujer gentil, poner en evidencia la perfidia de los escribas y fariseos? Pero se ha de sostener fiel y piadosamente que en este asunto nada se hizo respecto de él en contra de lo que él quiso, sino que a los fieles que siguen su camino se les mostró qué deben querer principalmente en los bienes que hacen. En efecto, habiendo entrado en la casa, mandó a los discípulos que no revelaran a nadie, en aquella región desconocida, quién era él. Con todo, él mismo dio a conocer aquella su entrada a la mujer gentil, a cuantos prudentes él mismo quiso, y él mismo inflamó su corazón con un instinto invisible para buscar de él la salud, a fin de que por su ejemplo

aprendieran aquellos a quienes concediera la gracia de sanar a los enfermos, a evitar en cuanto pudieran, en la manifestación de los milagros, la gloria del favor humano, y sin embargo no cesar de la obra piadosa de la virtud, cuando ello mereciera hacerse justamente por la fe de los buenos, o lo exigiera necesariamente la incredulidad de los perversos.

«Y no pudo», dice, «permanecer oculto». Pues la mujer, tan pronto como oyó hablar de él, cuya hija tenía un espíritu inmundo, entró y se postró a sus pies. Era, pues, la mujer gentil, de raza sirofenicia. Típicamente, sin embargo, esta mujer gentil, pero que viene al Señor con fe, designa a la Iglesia congregada de entre los gentiles. Esta ruega al Señor por su hija endemoniada, ya que suplica a la piedad celestial por sus pueblos que todavía no creen, para que también ellos sean liberados de los engaños del diablo. Esta, que según Mateo salió con razón de sus territorios, pero en este Evangelista se refiere que entró hacia el Señor y se postró a sus pies, de modo que de la afirmación de ambos se colija que solo oran fiel y rectamente por los que yerran aquellos que abandonan las antiguas moradas de su infidelidad, y se trasladan con piadosa devoción a la casa del Señor, es decir, a la Iglesia.

«Y le rogaba», dice, «que expulsara el demonio de su hija». Él le dijo: «Deja primero que se sacien los hijos». Como si dijera más abiertamente: Queda para el futuro que también vosotros, que sois de los gentiles, alcancéis la salvación; pero primero es necesario que los judíos, que por

derecho de la antigua elección suelen ser llamados con el nombre de hijos de Dios, sean saciados con el pan celestial, y así por fin se ministre a los gentiles el alimento de la vida.

Pues no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Pero ella respondió y le dijo: «Sí, ciertamente, Señor». «Pues también los perrillos comen de las migajas de los niños». Bajo la persona de la mujer cananea se proclama la admirable fe, paciencia y humildad de la Iglesia. Fe, por la cual creyó que su hija podía ser sanada. Paciencia, por la cual, despreciada tantas veces (como escribe Mateo), persevera en sus oraciones. Humildad, por la cual se compara no a los perros, sino a los cachorros. «Sé», dice, «que no merezco el pan de los hijos, ni puedo recibir alimentos enteros, ni sentarme a la mesa con el padre; pero me contento con las sobras de los cachorros, para que por la humildad de las migajas llegue a la grandeza del pan entero». Admirable inversión de las cosas: Israel, antes hijo, no los perros — según la diversidad de la fe, se cambia el orden de los nombres. De ellos se dice después: «Me rodearon muchos perros» (Sal. XXI). Y: «Mirad los perros, mirad a los malos obreros, mirad la concisión» (Filip. III). Acerca de nosotros, convertidos del ladrido de la blasfemia de la contradicción a la gracia de la piedad, él mismo dice en otro lugar: «Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y es necesario que las traiga, y oirán mi voz» (Juan X). Ha de notarse ciertamente que la mujer, creyente de entre los gentiles, habla místicamente, en cuanto que los

perrillos bajo la mesa comen de las migajas de los niños. La mesa es en efecto la sagrada Escritura, que nos ministra el pan de la vida. Pues por eso dice la Iglesia: «Preparaste ante mí una mesa contra los que me afligen» (Sal. XXII). Las migajas de los niños son los misterios internos de las Escrituras, con las cuales suelen reconfortarse los corazones de los humildes. Acerca de las cuales se promete en otro lugar a la santa Iglesia, diciendo el Profeta del Señor: «Quien puso la paz como tus confines, y te sacia con la flor del trigo» (Sal. CXLVII). No comen, pues, los perrillos las cortezas, sino las migajas del pan de los niños, porque los convertidos a la fe, que eran despreciados entre los gentiles, no buscan en las Escrituras la superficie de la letra, sino la médula de los sentidos espirituales, por la cual puedan progresar en las buenas obras. Y esto bajo la mesa de sus señores, mientras, humildemente sometidos a la palabra del sagrado discurso, someten todos los deberes de su corazón y de su cuerpo al cumplimiento de lo que se ha mandado, para que por el mérito de la debida humildad se yergan a esperar los premios que fueron prometidos por el Señor en los cielos.

Y le dijo: «Por esta palabra, vete». «Ha salido el demonio de tu hija». Por la humilde y fiel palabra de la madre, el demonio abandonó a la hija. Aquí se da un ejemplo para catequizar y bautizar a los niños, porque en efecto, por la fe y la confesión de los padres en el bautismo, los pequeños son liberados del diablo, quienes todavía no pueden por sí mismos saber ni hacer nada, ni bueno ni malo.

Y saliendo de nuevo de los confines de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, por medio de los confines de Decápolis. Decápolis es (como se prueba por el mismo nombre) una región de diez ciudades más allá del Jordán, hacia Oriente, en torno a Hipos, Pela y Gadara, frente a Galilea. Que se diga, por tanto, que el Señor vino al mar de Galilea, por medio de los confines de Decápolis, no significa que hubiera entrado en los mismos confines de Decápolis. Pues no se dice que haya navegado a través del mar, sino más bien que llegó hasta el mar, y que arribó a ese mismo lugar que miraba hacia el medio de los confines de Decápolis, situados muy lejos, al otro lado del mar.

Y le traen a un sordomudo; y le rogaban que le impusiera la mano. Sordo y mudo es aquel que ni abre los oídos para oír las palabras de Dios, ni la boca para pronunciarlas; a tales es necesario que los que ya aprendieron por largo ejercicio a hablar y a oír los divinos oráculos los ofrezcan al Señor para que los sane, a fin de que él mismo, con la diestra de su gracia, salve a los que la fragilidad humana no puede.

Y tomándolo aparte de la multitud, puso sus dedos en sus oídos. La primera puerta de la salvación es que el enfermo sea llevado aparte de la multitud por el Señor, que lo toma. Pues toma al enfermo y lo lleva aparte de la multitud, cuando, iluminando con la visita de su piedad la mente lánguida por los pecados, la aparta de las costumbres habituales del trato humano y la invita a seguir los caminos de sus preceptos. Pone sus dedos en los oídos, cuando, mediante

los dones del Espíritu Santo, abre los oídos del corazón para entender y recibir las palabras de la salvación. Pues que el Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios lo atestigua el mismo Señor, cuando dice a los judíos: «Si, pues, yo expulso los demonios por el dedo de Dios, ¿por quién los expulsan vuestros hijos?» (Luc. II) Explicando esto, otro Evangelista dice: «Si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios» (Matth. XII). Por este mismo dedo, en efecto, también los magos en Egipto, vencidos, dijeron a Moisés: «Este es el dedo de Dios» (Exod. VIII); y la ley fue escrita en tablas de piedra, porque por el don del Espíritu Santo somos defendidos de las asechanzas de los hombres, o de los espíritus malignos, y somos instruidos en el conocimiento de la voluntad divina. Los dedos de Dios, por tanto, puestos en los oídos de aquel que había de ser sanado, son los dones del Espíritu Santo, con los cuales revela a los corazones que se habían desviado del camino de la verdad el conocimiento de la salvación que ha de oírse y aprenderse. Y porque a la luz de la verdad conocida debe seguir la confesión, se añade oportunamente:

Y escupiendo, tocó su lengua. Pues el Señor, escupiendo, toca la lengua del enfermo, cuando instruye las bocas de los catecúmenos para la confesión de la fe. Pues la saliva del Señor designa el sabor de la sabiduría, la cual, como atestigua el varón sabio, dice: «Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita» (Eccli. XXIV). De donde también en otro lugar, mezclada su saliva con tierra, es iluminado un ciego de nacimiento. Pues la saliva

que descendió de la cabeza del Señor designa su naturaleza divina, que es de Dios; la porción de tierra con la que mezcló esa misma saliva designa la naturaleza humana, asumida de los hombres. Y mediante la medicina compuesta de su saliva y tierra abrió los ojos del ciego de nacimiento, porque por la confesión de su doble naturaleza rescató al género humano de las tinieblas innatas de sus errores. Escupiendo, pues, el Señor toca la lengua del mudo para que pueda hablar, cuando con el contacto de su piedad forma las bocas largo tiempo mudas para proferir las palabras de la sabiduría. Y oportunamente se añade:

Y mirando al cielo, gimió; y le dijo: «Effetá», que quiere decir «Ábrete». Miró, en efecto, al cielo, para enseñar que de allí había de buscarse el habla para los mudos, de allí el oído para los sordos, de allí el remedio para todas las enfermedades. Gimió, sin embargo, no porque él mismo necesitara pedir algo al Padre con gemido, pues junto con el Padre concede todo a los que lo piden, sino para darnos ejemplo de gemir, cuando invocamos el auxilio de la piedad celestial, ya sea por nuestros propios errores, ya sea por los de nuestro prójimo. Pero lo que dice: «Effetá», es decir, «Ábrete», pertenece propiamente a los oídos. Pues los oídos debían abrirse para oír, mientras que la lengua, para que pudiera hablar, debía ser desatada de las ataduras de su torpeza; de donde también se añade:

Y al instante se abrieron sus oídos, y se soltó la atadura de su lengua, y hablaba correctamente. Aquí quedan manifiestamente distinguidas

ambas naturalezas del uno y mismo mediador de Dios y de los hombres. Pues, alzando los ojos al cielo como hombre que va a orar a Dios, gimió; pero luego, con una sola palabra, sanó como quien es poderoso con la majestad divina. Bien se dice de aquel, cuyos oídos abrió el Señor, y cuya atadura de la lengua desató, que hablaba correctamente. Pues sólo habla correctamente aquel, ya sea confesando a Dios, ya predicando a los demás, cuyo oído la gracia divina abre para que pueda escuchar y obedecer los mandatos celestiales, y cuya lengua el Señor instruye para hablar mediante el toque de la Sabiduría, que es él mismo. Tal persona con razón puede decir con el Salmista: Señor, abrirás mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza (Sal. L). Y con Isaías: El Señor me ha dado lengua erudita, para que sepa sostener con la palabra al que está cansado. Despierta de mañana, de mañana despierta mi oído, para que oiga como maestro (Isaías L).

Y les mandó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo predicaban, y tanto más se admiraban, diciendo: Bien lo ha hecho todo, e hizo oír a los sordos y hablar a los mudos. Si sabía que ellos, cuanto más les mandaba que no predicasen, tanto más habrían de predicar —puesto que él, como quien conocía las voluntades presentes y futuras de los hombres, lo sabía—, ¿por qué daba este mandato, sino porque quería mostrar a los perezosos cuánto más solícita y fervorosamente deben predicarlo aquellos a quienes él manda que prediquen, ya que

aquellos a quienes se prohibía callar no podían callar?

CAPÍTULO VIII.

En aquellos días, habiendo de nuevo una gran multitud, y no teniendo qué comer, convocando a sus discípulos, les dijo: Me compadezco de la multitud, porque he aquí que ya hace tres días que permanecen conmigo, y no tienen qué comer, etc. Y en esta lectura debe considerarse en uno y el mismo Redentor nuestro la distinta operación de la divinidad y de la humanidad; y el error de Eutiques, que presume enseñar que en Cristo hay una sola operación, debe ser expulsado lejos de los confines cristianos. Pues ¿quién no ve que esto, que el Señor se compadezca de la multitud, para que no desfallezca ni por el hambre ni por el trabajo de un camino más largo, es afecto y compasión de la fragilidad humana? Pero que con siete panes y unos pocos pececillos saciara a cuatro mil hombres, ¿no es esto obra del poder divino? Místicamente, sin embargo, por este milagro se significa que no podemos atravesar de otro modo, sanos y salvos, el camino del siglo presente, si la gracia de nuestro Redentor no nos reconforta con el alimento de su palabra. Esto, sin embargo, es lo que típicamente distingue esta refección de aquella de los cinco panes y dos peces: que allí la letra del Antiguo Instrumento fue significada como llena de gracia espiritual, mientras que aquí se mostró la verdad y la gracia del Nuevo Testamento, que había de ser administrada a los fieles. Ciertamente, ambas reficiones

se celebraron en un monte, como declara el relato de los demás evangelistas, porque la Escritura de uno y otro Testamento, rectamente entendida, nos manda la altura tanto de los preceptos como de los premios celestiales: una y otra, con voz concorde, predican la altura de Cristo, que es el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes. En efecto, el que eleva a lo alto, mediante buenas obras, la ciudad o casa del Señor edificada sobre sí mismo, es decir, la Iglesia, y la muestra manifiesta a todas las gentes, él mismo la reconforta, apartada de los deleites más bajos, con el pan del cielo, y la enciende, mediante la prenda dada del alimento espiritual, hacia el deseo de la suavidad celestial.

Me compadezco, dice, de la multitud, porque he aquí que ya hace tres días que permanecen conmigo, y no tienen qué comer. Y si los enviare en ayunas a su casa, desfallecerán en el camino. Por qué la multitud permaneció tres días con el Señor, Mateo lo expone más plenamente, diciendo: Y subiendo al monte, se sentó allí. Y se acercaron a él grandes multitudes que tenían consigo mudos, ciegos, cojos, débiles y otros muchos, y los echaron a sus pies, y los curó (Mat. XV). La multitud, pues, permanece tres días con el Señor a causa de la curación de sus enfermos, cuando todos los elegidos, resplandecientes por la fe en la santa Trinidad, suplican al Señor con perseverante instancia por sus propios pecados y los de los suyos, es decir, por las languideces del alma. Asimismo, la multitud permanece tres días con el Señor cuando la muchedumbre de los fieles,

apartándose por la penitencia de los pecados que cometió, se convierte al Señor en la obra, en la palabra y en el pensamiento. El Señor no quiere enviarlos en ayunas a su casa, para que no desfallezcan en el camino, porque, en efecto, los pecadores convertidos desfallecen en el camino de la vida presente si se los deja en su propia conciencia sin el alimento de la santa doctrina. Para que, pues, no se fatiguen en el camino de esta peregrinación, deben ser alimentados con sagrada amonestación. Grandemente, además, ha de ponderarse la piadosa sentencia que salió de la boca de la Verdad, en la que se dice:

Pues algunos de ellos vinieron de lejos. Pues hay quien, sin haber experimentado ningún engaño ni ninguna corrupción carnal, se apresuró al servicio de Dios omnipotente. Este no vino de lejos, porque por la incorrupción y la inocencia estuvo cercano. Otro, no manchado por ninguna impudicia ni por ningún crimen vergonzoso, sino habiendo experimentado solo el matrimonio, se convirtió al ministerio espiritual. Tampoco este vino de lejos, porque, usando de una unión permitida, no erró por cosas ilícitas. Otros en cambio, después de los crímenes vergonzosos de la carne, otros después de falsos testimonios, otros después de hurtos cometidos, otros después de injurias y violencias infligidas, otros después de homicidios perpetrados, vuelven a la penitencia y se convierten al servicio de Dios omnipotente. Estos, en efecto, vienen al Señor de lejos. Pues cuanto más erró alguien en obras perversas, tanto más se alejó del Señor omnipotente. Dénseles,

pues, alimentos también a los que vienen de lejos, porque a los pecadores convertidos se les deben ofrecer los alimentos de la doctrina santa, para que recuperen para Dios las fuerzas que perdieron en los crímenes vergonzosos. Asimismo, cuantos judíos creyeron en Cristo, vinieron a él de cerca, porque habían sido instruidos acerca de él por las letras de la ley y de los profetas. Pero los creyentes de entre los gentiles vinieron ciertamente de lejos a Cristo, porque no habían sido advertidos por ningún testimonio de las páginas sagradas acerca de la fe en él.

Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Con razón se ponen siete panes en el misterio del Nuevo Testamento, en el cual la gracia séptiforme del Espíritu Santo se revela más plenamente a todos los fieles como algo que ha de creerse, y, una vez creída, se da. Tampoco se dice que hayan sido de cebada, como aquellos cinco, con los cuales fueron saciados cinco mil hombres, no sea que, como en la ley, el alimento vital del alma volviera a quedar cubierto por sacramentos corporales. Pues la médula de la cebada está cubierta por una cáscara muy tenaz.

Y mandó a la multitud recostarse sobre la tierra. Arriba, en el refrigerio de los cinco panes, la multitud se recostaba sobre la hierba verde; ahora, donde ha de ser refrigerada con siete panes, se le manda recostarse sobre la tierra, porque por la Escritura de la ley se nos ordena pisotear y reprimir los deseos de la carne. Porque toda carne es heno, y toda su gloria como flor del heno (I Pedro I). Pero en el Nuevo Testamento se nos manda

abandonar también la tierra misma y los bienes temporales. O ciertamente porque el monte en el que la multitud era refrigerada con los panes del Señor significa (como dijimos arriba) la altura de nuestro Redentor, allí es refrigerada sobre el heno, aquí sobre la tierra. Allí, en efecto, la sublimidad de Cristo, a causa de los hombres carnales y de la Jerusalén terrena, está cubierta por la esperanza y el deseo carnales; aquí, en cambio, apartado todo deseo carnal, la firmeza de una esperanza permanente, como la solidez del monte mismo, sin heno interpuesto, sostenía a los convidados del Nuevo Testamento.

Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y los daba a sus discípulos para que los pusieran delante; y los pusieron delante de la multitud. El Señor, tomando los panes, los daba a los discípulos, para que ellos, habiéndolos recibido, los pusieran delante de la multitud, porque, otorgando a los apóstoles los dones espirituales de la ciencia, quiso que los alimentos de vida fueran distribuidos a su Iglesia por todo el orbe mediante el ministerio de ellos. Pero el que partiera los panes que había de dar a los discípulos designa la apertura de los sacramentos, con los cuales el mundo había de ser nutrido para la salvación perpetua. Pues cuando el Señor mismo dice: Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo (Mateo II), ¿qué mostró sino que el pan de vida había de sernos abierto por sí mismo, a cuyo interior, para contemplarlo, no pudimos penetrar por nosotros mismos? Contra

esto el profeta, deplorando el miserable hambre de algunos, decía: Los pequeños pidieron pan, y no había quien lo partiese para ellos (Lament. IV). Lo cual es decir con otras palabras: los indoctos buscaron el pábulo de la palabra de Dios, con el cual, siendo refrigerados, pudieran fortalecerse para la virtud de la buena obra, y no había, faltando los maestros, quien les revelara los arcanos de las Escrituras y los instruyera en el camino de la verdad. Habiendo tomado, pues, los panes para partirlos, el Señor da gracias, para mostrar tanto cuánto se regocija por la salvación del género humano, cuanto para enseñarnos a dar gracias siempre a Dios, cuando refrigeramos ya sea la carne con pan terreno, ya sea el alma con la gracia celestial otorgada desde lo alto.

Y tenían unos pececillos, y los bendijo también y mandó que se sirvieran. Si por los siete panes se designa la Escritura del Nuevo Testamento, en cuya lectura hallamos, por la gracia del Espíritu Santo, el íntimo banquete de las mentes, ¿qué entendemos por los pececillos que el Señor, bendiciéndolos igualmente, mandó servir a la multitud, sino a los santos de aquel tiempo en que se compuso esa misma Escritura, o a aquellos cuya fe, vida y pasiones contiene la propia Escritura? Los cuales, arrebatados de las turbulentas olas de este siglo y consagrados por la bendición divina, nos ofrecieron un alimento interior, para que no desfallezcamos en el curso de este mundo pasajero, con el ejemplo ya de su vida, ya de su muerte.

Y comieron y quedaron saciados. Comen de los panes del Señor y de los peces, y quedan

saciados, quienes, oyendo las palabras de Dios y contemplando sus ejemplos, se apresuran a ser estimulados por ellos y a levantarse hacia el progreso de una vida más corregida. A los cuales conviene aptamente aquello del Salmista: «Comerán los pobres y se saciarán, y alabarán al Señor los que le buscan». Vivirá su corazón por los siglos de los siglos (Sal. XXI). Lo cual es decir claramente: los humildes oirán la palabra de Dios y la pondrán por obra, y referirán todo lo que hacen bien no a su propia alabanza, sino a la del dador celestial. Por lo cual, con razón, saciados como están con el pan de vida, llegarán a la vida eterna del hombre interior. En contraste con ellos, se reprocha a los oyentes tardos por medio del Profeta: «Comisteis y no os saciasteis». Pues comen y no se sacian quienes gustan el pan de la palabra de Dios al oírla, pero, al no poner por obra lo que oyen, no reciben en el vientre de la memoria nada de aquella dulzura interior con la que su corazón pudiera fortalecerse.

Y recogieron siete cestos de los fragmentos que habían sobrado. Lo que sobró después de que las multitudes se saciaron, los apóstoles lo recogen, y llenan siete cestos, porque hay preceptos más elevados de perfección, o más bien exhortaciones y consejos, que la generalidad de la multitud de los fieles no puede alcanzar guardándolos y cumpliéndolos. El cumplimiento de las cuales atañe propiamente a aquellos que, llenos de una mayor gracia del Espíritu Santo, trascienden la conversión general del pueblo de Dios por la sublimidad de su mente y de su obra. A tales se

les dice: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes» (Mt. XIX), etc. Por eso se recuerda con razón que los cestos en que se guardaron los fragmentos de la comida del Señor fueron siete, a causa de la gracia séptuple del Espíritu. Pues porque los cestos suelen tejerse de junco y de hojas de palma, con razón se ponen como significación de los santos. El junco, en efecto, suele nacer sobre las aguas, mientras que la palma adorna la mano victoriosa. Y los elegidos se comparan con razón a los vasos de junco, puesto que colocan la raíz de su corazón en la misma fuente de la vida, para que no se seque por falta del amor de la eternidad. Se asemejan también a lo que está tejido de hojas de palma, puesto que se retiene en corazón puro el recuerdo indeficiente de la retribución eterna. Y con razón se narra que la multitud, aunque no recogiera las sobras de la comida del Señor, sin embargo comió y quedó saciada. Porque hay algunos que, aunque no pueden dejar todos sus bienes, ni cumplir lo que se dice de las vírgenes: «El que pueda entender, entienda» (Mt. XIX), y demás cosas de este género, sin embargo, hambrientos y sedientos de justicia, quedan saciados, cuando, oyendo los mandamientos de la ley de Dios, llegan a la vida eterna.

Y los que comieron eran como cuatro mil, y los despidió. Con razón cuatro mil, para que también por ese mismo número mostraran que habían sido alimentados con manjares evangélicos.

Y enseguida, subiendo a la barca con sus discípulos, vino a las partes de Dalmanuta. En lugar de esto leemos en Mateo: «Y despedida la multitud,

subió a la barca y vino a los confines de Magedán» (Mt. XV). No se ha de dudar, sin embargo, que se trata del mismo lugar bajo ambos nombres. Pues la mayoría de los códices, aun según Marcos, no tienen sino Magedán.

Y salieron los fariseos, y comenzaron a disputar con él, pidiéndole una señal del cielo, tentándolo. Así piden una señal, como si lo que habían visto no hubiesen sido señales. Pero se muestra qué es lo que buscan, cuando se dice: Pidiéndole una señal del cielo. O bien deseaban que, a la manera de Elías, viniera fuego de lo alto, o, a semejanza de Samuel, que en tiempo estival bramaran los truenos, resplandecieran los relámpagos, se precipitaran las lluvias, como si no pudieran también calumniar estas cosas, y decir que sucedieron por ocultas y variadas alteraciones del aire. Pero tú, que calumnias aquello que ves con tus ojos, tocas con tu mano, sientes por su utilidad, ¿qué harás con aquello que venga del cielo? Sin duda responderás que también los magos en Egipto hicieron muchas señales del cielo. O ciertamente piden una señal del cielo, para que aquel que en dos ocasiones sació a muchos miles de hombres con pocos panes, ahora, a ejemplo de Moisés, alimente a todo el pueblo durante mucho tiempo con el maná enviado desde el cielo y esparcido por todas partes. Pues leemos en el Evangelio de Juan que, después del banquete de los panes, las multitudes le pidieron esto, diciendo: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos y te creamos? ¿Qué obras? Nuestros padres comie-

ron el maná en el desierto (Juan VI), como está escrito: Les dio a comer pan del cielo (Ibid.).

Y gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide esta generación una señal? En verdad os digo, si se dará señal a esta generación. Aquel que, a punto de alimentar con un beneficio celestial a la multitud que creía, daba gracias, ahora, a causa de la necia petición de los fariseos incrédulos y tentadores, gime y se entristece, porque, llevando consigo la verdadera naturaleza del hombre y los verdaderos afectos de la naturaleza humana, así como se alegra por la salvación de los hombres, así se duele y gime por sus errores. De donde también en otro lugar, cuando muchos habían sido llevados a la salvación por la predicación de los apóstoles, está escrito de él: En aquella misma hora se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños (Lc. X). Y cuando estaba por reprender la maldad de Judas, se turbó en su espíritu, como escribe Juan, y dio testimonio, y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará (Jn. XIII). Pero cuando dice: Si se dará señal a esta generación, significa que no se dará, según aquello del salmo: Una vez juré por mi santidad, si mintiere a David (Sal. LXXXVIII), esto es, no mentiré a David. En fin, san Agustín, tratando de la concordia de los evangelistas, testifica que así está escrito en Marcos: Y no se le dará señal. No se dará, pues, señal a aquella generación, esto es, a la de los que tientan al Señor y resisten a sus palabras. A

saber, una señal tal como la que buscaban los tentadores, es decir, del cielo. Sin embargo, a ellos les daba muchas señales celestiales en la tierra. Pero a la generación de los que buscan, de los que buscan el don, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob, les mostraba una señal del cielo, cuando, viéndolo los apóstoles, ascendió al cielo, cuando, enviado el Espíritu desde lo alto, llenó a la Iglesia primitiva, cuando, con la imposición de las manos de los apóstoles en Samaria, Cesarea, Éfeso, y en otras muchas ciudades y lugares, ministró desde el cielo la gracia del Espíritu Santo a los creyentes.

Y dejándolos, subió de nuevo a la barca y se fue al otro lado del mar. Y se olvidaron de tomar panes, y no tenían consigo en la barca sino un solo pan. Podría alguien preguntar y decir cómo no tenían panes quienes, apenas llenados siete cestos, subieron a la barca, y llegaron a los términos de Magedán, y allí, navegando, oyen que deben guardarse de la levadura de los fariseos y los saduceos. Pero la Escritura testifica que se olvidaron de llevarlos consigo. Pero que, estando a punto de navegar al otro lado del mar, se olvidaran de tomar provisiones consigo, es indicio de cuán poco cuidado tenían de la carne en lo demás, pues incluso la misma necesidad de reponer el cuerpo, que naturalmente existe en todos los mortales, se les había escapado de la mente por la atención puesta en la compañía del Señor. Pero el único pan que tenían consigo en la barca designa místicamente al mismo pan de vida, es decir, al Señor Salvador. Y porque siempre eran interior-

mente reconfortados en el corazón por el amor de él, se preocupaban menos por el pan terreno, con que suele alimentarse el cuerpo.

Y les ordenaba diciendo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes. La levadura de los fariseos consiste en posponer los decretos de la ley divina a las tradiciones de los hombres, o bien en predicar la ley con palabras e impugnarla con obras. Su levadura consiste en tentar al Señor, y no creer ni en su doctrina ni en sus obras, sino pedir insultantemente otras cosas por las cuales debieran creer. La levadura de Herodes es el adulterio, el homicidio, la temeridad en el juramento, la simulación de religión, y —lo que es cabeza y origen de todos los crímenes— el odio y la persecución contra Cristo y su precursor, primer heraldo del reino celestial. De esta levadura de ambas clases también el Apóstol, no sin prohibirla, dice: Por tanto, celebremos la fiesta no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con los ázimos de sinceridad y de verdad (I Cor. V).

Y pensaban entre sí, diciendo: Porque no tenemos panes. Al conocer esto, Jesús les dijo: ¿Por qué pensáis que no tenéis panes? ¿Todavía no conocéis ni entendéis? ¿Tenéis todavía ciego vuestro corazón? Teniendo ojos, ¿no veis?, y teniendo oídos, ¿no oís?, ¿ni recordáis cuando partí los cinco panes entre cinco mil, y cuántos cestos de fragmentos recogisteis? etc. Con ocasión del precepto en que el Salvador había mandado diciendo: Guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes, les enseña qué significan los

cinco panes y los siete, o los peces pequeños, o los cinco mil hombres y los cuatro mil que fueron alimentados en el desierto. Aunque la grandeza de los signos es manifiesta, sin embargo se muestra otra cosa mediante la inteligencia espiritual. Pues si la levadura de los fariseos y de los saduceos, y la levadura de Herodes, no significa pan corporal sino tradiciones perversas y dogmas heréticos, ¿por qué los alimentos con que fue nutrido el pueblo de Dios no habrían de significar también la doctrina verdadera e íntegra? Una levadura de esta clase, que ha de evitarse por todos los medios, la tuvieron Marción y Valentín, y todos los herejes. La levadura tiene esta fuerza: que si se mezcla con la harina, lo que parecía pequeño crece hasta hacerse mayor, y arrastra toda la masa a su propio sabor. Así también la doctrina herética, si arroja aunque sea una pequeña chispa en tu pecho, en breve crecerá hasta ser una llama inmensa, y arrastrará hacia sí toda la posesión del hombre. De esto habla también el Apóstol: Un poco de levadura corrompe toda la masa (Gál. V).

Y vienen a Betsaida, y le traen un ciego, y le rogaban que lo tocara. Todas las dolencias que son curadas por el Señor son signos de las dolencias espirituales por las cuales el alma, mediante el pecado, se acerca a la muerte eterna. Pues así como en el sordomudo sanado por el Señor se insinúa la sanación de la mente de aquellos que no sabían ni oír ni hablar la palabra de Dios, y luego en la refección de la multitud hambrienta que había seguido al Señor se figura aquella dulzura con que suele nutrir los corazones de quienes lo

aman y lo buscan, así en este ciego curado poco a poco por el Señor se designa la iluminación de los corazones de los necios, y de los que se apartan lejos del camino de la verdad. Le rogaban, pues, que lo tocara, sabiendo que el tacto del Señor, así como podía limpiar al leproso, así también podía iluminar al ciego. Nosotros tocamos al Señor cuando nos adherimos a él con fe íntegra y sincera. Que este contacto es en verdad sumamente saludable para nosotros lo aprendemos por el ejemplo de la mujer que, con feliz audacia, tocó el borde de su vestido. El Señor nos toca cuando ilumina nuestra mente con el soplo de su espíritu, y nos enciende al conocimiento de nuestra propia debilidad y al celo de la buena acción.

Y tomando la mano del ciego, lo sacó fuera de la aldea. Tomó la mano del ciego, para fortalecerlo hacia la ejecución de la buena obra que, por la prolongada oscuridad de su corazón, no había conocido. Lo sacó fuera de la aldea, para que, separado de la vida común, escrutara más libremente, con corazón diligente, la voluntad de su creador, por la cual mereciera ser iluminado. Pues quienquiera que desee ver la luz de la eternidad, necesario es que siga siempre, no los ejemplos de las multitudes, sino la guía de su Redentor.

Y escupiendo en sus ojos, e imponiéndole las manos, le preguntó si veía algo. Y mirando dijo: Veo a los hombres como árboles que caminan. Después le impuso de nuevo las manos sobre los ojos, y comenzó a ver, y quedó restablecido de tal modo que veía todas las cosas claramente. Por eso el Señor, en sí mismo, cura a este poco a

poco y no de repente al instante —a quien podía haber curado con una sola palabra en seguida, si hubiera querido—, para mostrar la magnitud de la ceguera humana, que suele llegar a la luz de la visión divina como paso a paso y por ciertos grados de progreso, o para darnos frecuentes indicios de su gracia, por la cual ayuda a cada uno de los incrementos de nuestra perfección, para que puedan progresar algo y no desfallecer. Acerca de la saliva de la boca del Señor, que designa la gracia de su espíritu, ya se ha dicho a menudo. Sobre el contacto de sus manos, que insinúa la fuerza de su auxilio, nadie lo duda. En efecto, la saliva procede de dentro, de la cabeza del Señor; en cambio, las manos son miembros del cuerpo colocados exteriormente. Por tanto, escupiendo en los ojos del ciego, el Señor le impone las manos para que vea, porque limpió la ceguera del género humano tanto por los dones invisibles de la divina piedad como por los sacramentos mostrados exteriormente de la humanidad asumida. Al principio, pues, aquel que estaba siendo curado veía a los hombres como árboles que caminan, esto es, viendo en verdad la forma de los cuerpos entre sombras, pero sin poder distinguir aún ningún contorno de los miembros, estando la vista todavía nublada, tal como suelen aparecer los árboles espesos a quienes miran desde lejos, o ciertamente a la luz de la noche, de modo que no se pueda discernir fácilmente si es árbol o si es hombre. Porque, sin duda, la primera entrada a la virtud para cada uno consiste en observar la vida y las costumbres de los demás hombres, de modo

que imite cualquier bien que vea en alguna parte, y evite y deteste cualquier mal. Pero quien está tan necio, y tan abatido por la oscuridad de un largo tiempo, que aún no sabe distinguir entre el bien y el mal, la fe y la perfidia, las obras sinceras de piedad y la simulación de justicia, percibe a los hombres que caminan como a modo de árboles, porque ve los hechos de la multitud sin la luz del discernimiento. ¿Y qué le queda a tales personas, sino que la divina condescendencia, que le concedió el cuidado de considerar al hombre, le otorgue también el don de discernir qué vida de los hombres se debe seguir principalmente, y cuya doctrina se debe escuchar? Por eso se dice apropiadamente que, por la segunda imposición de sus manos, el Señor le restituyó la luz de vivir claramente en todo. En efecto, ve todas las cosas claramente el que fue ciego, cuando aquel que mereció ser iluminado interiormente ha aprendido manifiestamente cómo se debe creer, cómo se debe vivir, y qué premios se deben esperar en el futuro por la fe de la verdad y la práctica de la justicia.

Y lo envió a su casa, diciendo: Ve a tu casa, y si entras en la aldea, no se lo digas a nadie. El que le mandara ir a su casa amonesta místicamente a todos los que son iluminados por el conocimiento de la verdad, para que vuelvan a su propio corazón, y consideren con mente solícita cuánto se les ha dado, y respondan a los beneficios conferidos con una digna ejecución de obras. Pero el que le mande, como también a muchos otros a quienes sanó, cubrir su curación con el silencio, da ejem-

plo a los suyos, para que no busquen el favor del vulgo por las cosas admirables que hacen, sino que se contenten con agradar solo a la mirada divina, donde también permanece la recompensa de las obras.

Y salió Jesús con sus discípulos hacia la aldea de Cesarea de Filipo. Este Filipo es hermano de Herodes, de quien hablamos más arriba, tetrarca de la región de Iturea y Traconítide, quien, en honor de Tiberio César, llamó Cesarea de Filipo —que ahora se llama Paneas— y está en la provincia de Fenicia; imitando a su padre Herodes, quien, en honor de César Augusto, llamó Cesarea a la que antes se llamaba Torre de Estratón, y construyó Livíade más allá del Jordán, a partir del nombre de su hija. Este es el lugar de Cesarea de Filipo, donde el Jordán nace al pie del Líbano, y tiene dos fuentes, una llamada Jor y otra Dan, que, mezcladas juntas, forman el nombre del Jordán.

Y en el camino interrogaba a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos le respondieron diciendo: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, como uno de los profetas. Con acierto el Señor, dispuesto a poner a prueba la fe de los discípulos, pregunta primero la opinión de los hombres, para que su confesión no parezca confirmada, no por el reconocimiento de la verdad, sino por la opinión del vulgo, y para que no se piense que creen lo que han conocido, sino que, a semejanza de Herodes, dudan sobre lo que han oído. Por lo cual también, a Pedro que lo confesaba Cristo, le dice según Mateo: Porque no

te lo reveló la carne y la sangre (Mat. XVI), esto es, la doctrina humana no te enseñó la verdad de la fe. Con acierto también, los que tienen una opinión distinta acerca del Señor son designados con el nombre de «hombres». Pues los que fielmente y con mente piadosa conocen la verdad de su poder merecen ser llamados no hombres, sino dioses. Que los apóstoles eran tales lo muestra el Señor con su segunda pregunta. Pues sigue:

Entonces les dice: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Advierte, lector prudente, que por lo que sigue y por el texto del discurso los apóstoles son llamados no hombres, sino dioses. Pues habiendo dicho: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?, añadió: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Puesto que aquellos, por ser hombres, opinan cosas humanas, vosotros, que sois dioses, ¿qué pensáis que soy yo?

Respondiendo Pedro dijo: Tú eres el Cristo. Aunque los demás apóstoles lo sabían, Pedro sin embargo respondió antes que los demás. Así pues abarcó todo, pues expresó tanto la naturaleza como el nombre, en lo cual está la suma de las virtudes. ¿Acaso nosotros disputamos cuestiones sobre la generación de Dios? Puesto que Pablo declaró que no sabía nada sino a Cristo Jesús, y a este crucificado, y Pedro pensó que nada más había que confesar sino que era el Cristo, el Hijo de Dios, nosotros, con la contemplación propia de la flaqueza humana, escudriñamos cuándo y cómo nació, y cuán grande es. El fin, por tanto, de mi fe es Cristo; el fin de la fe es el Hijo. No me es lícito

conocer el orden de la generación; no me sea, sin embargo, lícito ignorar la fe de la generación.

Y les amonestó severamente que a nadie dijesen esto de él. Y comenzó a enseñarles que era necesario que el Hijo del hombre padeciera mucho, y fuera reprobado por los ancianos y los sumos sacerdotes, etc. Por eso no quiso ser predicado antes de la pasión y la resurrección, para que, cumplido después el sacramento de su sangre, dijera más oportunamente a los apóstoles: Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Porque no habría convenido que fuera predicado públicamente, y que su majestad se divulgara entre los pueblos, a él a quien poco después habrían de ver azotado y crucificado, padeciendo mucho de parte de los ancianos y los escribas y los príncipes de los sacerdotes. Y ha de notarse que llama Hijo del hombre a quien debía padecer mucho, y ser muerto, y resucitar, porque, habiendo padecido Cristo en la carne, permaneció impasible según la divinidad.

Y Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprenderlo. Cómo lo reprendió lo explica más claramente Mateo, diciendo: Y Pedro, tomándolo, comenzó a reprenderlo diciendo: Lejos de ti, Señor, no te sucederá esto (Mat. XVI). Hemos dicho a menudo que Pedro fue de un fervor excesivo y de un amor grandísimo hacia el Señor Salvador. Puesto que, después de su confesión en la cual había dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y del premio del Salvador, que había oído según Mateo: Bienaventurado eres, Simón Bar

Jona, porque no te lo reveló la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mat. XVI), oye de repente del Señor que debía ir a Jerusalén, y allí padecer mucho de parte de los ancianos y los escribas y los príncipes de los sacerdotes, y ser muerto, y al tercer día resucitar: no quiere que se destruya su confesión, ni piensa que pueda suceder que el Hijo de Dios sea muerto; y lo toma aparte por su afecto hacia él, o lo lleva a un lado, para no parecer que reprende al Maestro en presencia de los demás condiscípulos. Y comenzó a reprenderlo con el afecto de quien ama, y de quien quiere decir: Lejos de ti, Señor, o (como se conserva mejor en el griego), Sé propicio contigo mismo, Señor, no será esto; esto es, no puede suceder, ni mis oídos admiten que el Hijo de Dios haya de ser muerto.

Él, volviéndose y viendo a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: Ponte detrás de mí, Satanás. Satanás se interpreta como adversario, o contrario. Porque (dice) hablas cosas contrarias a mi voluntad, debes ser llamado adversario. Muchos piensan que no fue Pedro quien fue reprendido, sino el espíritu adversario, que sugería al apóstol decir estas cosas. Pero a mí un error apostólico, que proviene de un afecto de piedad, nunca me parecerá una incitación del diablo. «Vete, Satanás», se dice al diablo: ponte detrás de mí. Pedro oye: Ponte detrás de mí, esto es, sigue mi sentencia.

Porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres. Es de mi voluntad, y de la del Padre, cuya voluntad vine a hacer,

que yo muera por la salvación de los hombres. Tú, considerando solamente tu voluntad, no quieres que el grano de trigo caiga en la tierra, para que produzca muchos frutos.

Y habiendo convocado a la multitud con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, etc. Después de haber mostrado a los discípulos el misterio de su pasión y resurrección, los exhorta, junto con la multitud, a seguir el ejemplo de su pasión. Y a todos, en verdad, los que padecen tribulación por su causa, promete la salvación de las almas en el futuro; no a todos, sin embargo, sino a los más perfectos: reveló cuánto él mismo había de padecer, y que resucitaría de entre los muertos. En esto estableció para los ministros de la palabra una norma de enseñar, para que, considerando la capacidad de los oyentes, recuerden instruir a cada uno según su propia medida, y no confíen a los oyentes débiles misterios más elevados de los que pueden captar. Si alguno quiere (dice) seguirme, niéguese a sí mismo. Nos negamos entonces a nosotros mismos, cuando evitamos lo que fuimos por la vetustad, y nos esforzamos hacia aquello a lo que somos llamados por la novedad. Consideremos de qué modo Pablo se había negado a sí mismo, quien decía: Mas ya no vivo yo (Gál. II). Pues aquel feroz perseguidor había sido extinguido, y había comenzado a vivir el piadoso predicador. Pues si él mismo fuera el mismo, ciertamente no sería piadoso. Pero que quien niega que vive diga de dónde proviene el que proclame palabras santas mediante la doctrina de la verdad. Inme-

diatamente añade: Mas Cristo vive en mí (Ibid.). Como si dijera abiertamente: Yo, en verdad, he sido extinguido por mí mismo, porque no vivo carnalmente; pero, sin embargo, no estoy muerto en cuanto a la esencia, pues vivo espiritualmente en Cristo. Diga, pues, la Verdad, diga: Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo. Porque a menos que alguien decaiga de sí mismo, no se aproxima a aquel que está por encima de él. Ni puede aprehender lo que está más allá de sí, si no sabe inmolar lo que es. Pero quien ya se niega a sí mismo apartándose de los vicios, debe buscar las virtudes en las cuales crecer. Pues cuando se dijo: Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, inmediatamente se añade:

Y tome su cruz, y me siga. Pues la cruz se toma de dos maneras: cuando el cuerpo es afligido por la abstinencia, o cuando el ánimo es afligido por la compasión del prójimo. Consideremos de qué modo, en ambas maneras, Pablo había llevado su cruz, quien decía: Castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre, no sea que, predicando a otros, yo mismo sea hallado réprobo (1 Cor. IX). He aquí que en la aflicción del cuerpo hemos oído la cruz de la carne; ahora, en la compasión del prójimo, oigamos la cruz de la mente. Dice: ¿Quién está enfermo, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo (2 Cor. XI)? Pues el predicador perfecto, para dar ejemplo de abstinencia, llevaba la cruz en el cuerpo. Y porque atraía sobre sí los daños de la enfermedad ajena, llevaba la cruz en el corazón.

Porque quien quisiere salvar su alma, la perderá. Pero quien perdiere su alma por mí y por el Evangelio, la salvará. Así se dice al fiel: Quien quisiere salvar su alma, la perderá. Pero quien perdiere su alma por mí y por el Evangelio, la salvará. Como si se dijera al labrador: Si guardas el trigo, lo pierdes; si lo siembras, lo renuevas. Pues ¿quién ignora que el trigo, cuando se echa como semilla, perece a los ojos y se pierde en la tierra? Pero de donde se pudre en el polvo, de ahí reverdece en la renovación. Mas puesto que la santa Iglesia tiene un tiempo de persecución y otro de paz, nuestro Redentor designó estos mismos tiempos en sus preceptos. Pues en tiempo de persecución, ha de ponerse el alma. Pero en tiempo de paz, han de quebrantarse los deseos terrenos que más pueden dominar. Por lo cual también ahora se dice:

Pues ¿qué aprovechará al hombre si ganare el mundo entero y padeciere detrimento de su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? Cuando falta la persecución de los adversarios, con mucha más vigilancia ha de custodiarse el corazón. Pues en tiempo de paz, porque es lícito vivir, también es lícito ambicionar. Sin embargo, la mayor parte de las veces vencemos también la avaricia, pero todavía se opone a la perfección el que guardamos los caminos de la rectitud con menor cuidado. Pues a menudo despreciamos el poseer todas las cosas, pero sin embargo todavía estamos impedidos por el hábito del pudor humano, de modo que aún no podemos expresar con la voz la rectitud que guardamos en la mente.

Y descuidamos tanto el rostro de Dios en defensa de la justicia, cuanto tememos los rostros humanos contra la justicia. Pero también a esta herida se añade un remedio conveniente, cuando el Señor dice:

Pues quien me confesare a mí y a mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre lo confesará a él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. Pero he aquí que ahora los hombres dicen entre sí: Ya no nos avergonzamos del Señor ni de sus palabras, porque lo confesamos con voz abierta. A los cuales yo respondo que en este pueblo cristiano hay algunos que confiesan a Cristo por esto, porque ven que todos son cristianos. No basta, pues, para la prueba de la fe, la voz de la profesión, a la que defiende de la vergüenza la profesión de la generalidad. Y sin embargo, que cada uno se interrogue a sí mismo, para probarse verazmente en la confesión de Cristo, si ya no se avergüenza de su nombre, si sometió plenamente el pudor humano a la virtud de la mente. Pues ciertamente en tiempo de persecución los fieles podían avergonzarse de ser despojados de sus bienes, derribados de sus dignidades, afligidos con azotes. Pero en tiempo de paz, puesto que estas cosas faltan a nuestras persecuciones, hay otro modo en que se nos muestre a nosotros mismos. Tememos a menudo ser despreciados por los prójimos, desdeñamos soportar las injurias de palabra. Si acaso ocurriere una disputa con el prójimo, nos avergonzamos de ser los primeros en dar satis-

facción. Pues el corazón carnal, mientras busca la gloria de esta vida, rechaza la humildad.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO VIII.

Y les decía: En verdad os digo, que hay algunos de los que aquí están, que no gustarán la muerte hasta, etc. Aquí el reino de Dios se llama la Iglesia presente. Y porque algunos de los discípulos habían de vivir todavía en el cuerpo hasta el punto de ver edificada la Iglesia de Dios, y erguida contra la gloria de este mundo, se dice ahora, a modo de promesa consoladora: Hay algunos de los que aquí están, que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios venir con poder. Pero, dando el Señor preceptos tan grandes sobre el padecer la muerte, ¿qué necesidad hubo de que llegara de improviso a esta promesa? Y si atendemos a esto con sutileza, reconoceremos con cuánta disposición de piedad se obra. Pues a los discípulos, aún rudos, era necesario prometerles algo también acerca de la vida presente, para que pudieran ser confirmados con más firmeza para la futura. Así al pueblo de Israel, que había de ser liberado de la tierra de Egipto, se le promete la tierra de la promesa, para que, mientras habían de ser llamados a los dones celestiales, fuesen persuadidos con promesas terrenas. Por lo cual también se dice con razón por el Salmista: Les dio las regiones de las gentes, y poseyeron los trabajos de los pueblos, para que guardasen sus justificaciones y buscasen su ley (Sal. CIV). Así, pues, en

este lugar la Verdad, hablando a los discípulos rudos, promete que ha de verse el reino de Dios en la tierra, para que este sea esperado por ellos con más fidelidad en el cielo. Y si por esta sentencia queremos entender el reino de Dios como la futura bienaventuranza en los cielos, también esto lo vieron algunos de los que allí estaban, no muchos días después, en el monte. Esto se hizo, en verdad, por piadosa providencia, para que, mediante la contemplación del gozo que permanece siempre, aunque saboreado fugazmente y por breve momento, soportasen con más firmeza las adversidades de la urgencia del siglo que pasa. Con palabra ciertamente muy apropiada testifica que los santos gustan la muerte, por quienes, sin duda, la muerte del cuerpo se gusta como al probar un sorbo, mientras que la vida del alma se retiene verdaderamente por posesión.

Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó aparte, solos, a un monte elevado, y se transfiguró delante de ellos. En el Evangelio de Lucas está escrito así: «Sucedió que, casi ocho días después de estas palabras, tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, y subió al monte a orar» (Luc. IX), etc.: al octavo día el Señor manifiesta a los discípulos la gloria prometida de la bienaventuranza futura, para que, mostrada la dulzura de la vida celestial, reconforte los corazones de todos los que puedan oír estas cosas, y enseñe, mediante el número ocho de los días, que ha de venir el gozo en el tiempo verdadero de la resurrección. Pues también él resucitó de entre los muertos al octavo día, es decir, después del

sexto día de la semana, en el cual subió a la cruz, y del séptimo día de la semana, en el cual descansó en el sepulcro; y nosotros, después de las seis edades de este siglo en las cuales nos alegramos de padecer y trabajar por el Señor, y del séptimo sábado de las almas, que entretanto se cumple en la otra vida, resucitaremos ciertamente en la octava edad. Pues en cuanto a que Mateo y Marcos dicen que el Señor fue transfigurado después de seis días, no discrepan de Lucas, que dice ocho días, ni en el orden del tiempo ni en la razón del misterio, porque ellos ponen solamente los días intermedios, y por eso recuerdan que sucedió simplemente después de seis días. Este añade el primer día en que el Señor prometió estas cosas y el último en que cumplió sus promesas. Y por eso pone más moderadamente «casi ocho días». Y en sentido místico, allí indica que, después de las seis edades del mundo, los santos deben descansar de toda labor, mientras que aquí designa que en el tiempo octavo han de resucitar. Por lo cual, hermosamente, también el salmo sexto... Se titula «Por el octavo», cuyo comienzo es: «Señor, no me reprendas en tu furor», porque, sin duda, durante las seis edades en que es lícito trabajar hay que perseverar en la oración, para que en el octavo tiempo de la retribución no seamos reprendidos por el juez airado. Esto mismo quiso el Señor enseñarnos también en este lugar, mostrando el ejemplo de su propia oración, acerca de lo cual se dice según Lucas que subió al monte a orar. En efecto, subió al monte para orar y transfigurarse de tal modo que mostrara que

aquellos que esperan el fruto de la resurrección, que desean ver al rey en su hermosura, deben habitar con la mente en las alturas y dedicarse a oraciones continuas. Lleva consigo solo a tres discípulos, ya sea porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos (Mat. XX), ya sea porque aquellos que ahora conservan con mente incorrupta la fe de la santa Trinidad de la cual han sido imbuidos merecerán entonces gozarse en su visión eterna.

«Y fue transfigurado» —dice— «delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, blanquísimos como la nieve». El Salvador transfigurado no perdió la sustancia de la verdadera carne, sino que mostró la gloria de la futura resurrección, tanto suya como nuestra. Tal como entonces apareció a los apóstoles, así aparecerá después del juicio a todos los elegidos. Pues en el mismo tiempo del juicio será visto, tanto por los buenos como por los malos, en forma de siervo, es decir, para que los impíos que lo despreciaron, los judíos que lo negaron, los soldados que lo crucificaron, y Pilato y Herodes que lo juzgaron, puedan reconocer al juez. Ahora bien, las vestiduras del Señor son entendidas con razón como sus santos, según testifica el Apóstol, que dice: «Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido» (Gál. III). Estas vestiduras, ciertamente, mientras el Señor moraba en la tierra, parecían despreciadas y semejantes a las de los demás; pero al subir él al monte, resplandecen con nuevo fulgor, porque ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo

que seremos. Pero sabemos que, cuando él apareciere, seremos semejantes a él. Porque lo veremos tal como es (1 Jn. III). Por lo cual se añade acertadamente acerca de las mismas vestiduras: «tales que ningún batanero sobre la tierra puede blanquear». Pues en este lugar ha de entenderse por batanero a aquel a quien el Salmista penitente suplica: «Lávame más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado» (Sal. L). No puede dar a sus fieles en la tierra la claridad que, reservada para ellos, permanece en los cielos.

Y se les apareció Elías con Moisés, y estaban hablando con Jesús. Moisés y Elías, de los cuales leemos que uno murió y el otro fue arrebatado al cielo, vistos en majestad con el Señor (como escribe Lucas), significan la futura gloria de todos los santos en él. Los cuales, a saber, en el tiempo del juicio, o serán hallados vivos en la carne, o, habiendo ya gustado la muerte, serán resucitados, y de igual modo reinarán con él. Pues lo atestigua el Apóstol: Los muertos que están en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (I Tes. IV). De otro modo. Moisés y Elías, esto es, el legislador y el más eminente de los profetas, aparecen y hablan con el Señor que viene en la carne, para mostrar que él es aquel a quien prometieron todos los oráculos de la ley y de los profetas. Y no aparecen en los lugares más bajos, sino en el monte con él, porque, sin duda, solo aquellos que trascienden con la mente los deseos terrenos

perciben la majestad de la sagrada Escritura, que se cumplió en el Señor. Finalmente, también los hijos de Israel vieron a Moisés, pero no merecieron seguirlo cuando subía al monte hacia Dios, y también, cuando volvía a ellos, lo veían no sin un velo. Conocieron a Elías, pero solo Eliseo, con los hijos de los profetas, contempla el triunfo de aquel que asciende. Porque muchos leemos por doquier las palabras de la Escritura; pero cuán sublime resplandece en los misterios de Cristo, lo entienden muy pocos, los más perfectos.

Y respondiendo Pedro, dijo: Rabí, bueno es que estemos aquí. Hagamos tres tabernáculos, uno para ti, uno para Moisés y uno para Elías. Pues no sabía lo que decía. Pues estaban aterrados de miedo. ¡Oh, cuánta felicidad será estar presente para siempre en la visión de la deidad entre los coros de los ángeles, si tan solo la humanidad transfigurada de Cristo, y la compañía de los dos santos, vista por un instante, deleita de tal modo que Pedro quiere, incluso con su obsequio, hacer que permanezcan para que no se marchen —él, que aunque por el estupor de la fragilidad humana no sepa qué dice, da sin embargo indicio del afecto arraigado en sí! Pues no sabía lo que decía, ya que había olvidado que el reino de Dios fue prometido por el Señor a los santos, no en algún lugar de la tierra, sino en los cielos. Ni recordó que él y sus coapóstoles, todavía rodeados de carne mortal, no podían someterse al estado de la vida inmortal; se le había escapado de la mente que en la casa del Padre que está en los cielos no puede haber necesariamente una casa hecha por mano.

Pero incluso hasta ahora se tacha de impericia a todo aquel que desea hacer tres tabernáculos para la ley, los profetas y los evangelios, puesto que estos de ningún modo pueden separarse entre sí, teniendo un solo tabernáculo, esto es, la Iglesia de Dios.

Y se formó una nube que los cubría con su sombra. El que buscó un tabernáculo material recibió el amparo de una nube, para que aprendiera que en la resurrección los santos han de ser protegidos no por el techo de las casas, sino por la gloria del Espíritu Santo. De la cual dice el Salmista: Mas los hijos de los hombres esperarán en la protección de tus alas (Sal. XXXV). Y Juan en su Apocalipsis: Y no vi, dice, templo en ella (Apoc. XXI); el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero.

Y vino una voz de la nube que decía: Este es mi Hijo carísimo, escuchadle. Porque habían preguntado imprudentemente, por eso no merecen la respuesta del Señor; pero el Padre responde en lugar del Hijo, para que se cumpliera la palabra del Señor. Yo no doy testimonio de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él da testimonio de mí (Juan V). También se oye del cielo la voz del Padre que habla, que da testimonio del Hijo, y, quitado el error, enseña la verdad a Pedro: más bien, en Pedro, a los demás apóstoles. Este es (dice) mi Hijo carísimo; a él debe fijarse el tabernáculo, a él se debe obedecer. Este es el Hijo; aquellos son siervos, Moisés y Elías. También ellos deben, con vosotros, preparar un tabernáculo para el Señor en lo más íntimo de su corazón.

Ciertamente, este pasaje del Evangelio concuerda con las palabras del propio Moisés, con las cuales, dando testimonio de la encarnación del Señor, decía: El Señor tu Dios te suscitará un Profeta de entre tus hermanos: a él escucharéis como a mí mismo, conforme a todo lo que os hubiere hablado. Y sucederá que toda alma que no escuchare a aquel profeta será exterminada de entre el pueblo (Deut. XVIII). A aquel, pues, a quien Moisés predijo que debía ser escuchado por toda alma que quisiera salvarse, cuando viniese en carne, a este, ya viniendo en carne, Dios Padre lo mostró a los discípulos como quien debía ser escuchado, y con voz celestial significó que era su Hijo. Y como insinuándoles más manifiestamente la fe en su venida, dice: Este varón, este es aquel, a quien este Moisés os prometió repetidas veces que había de nacer en el mundo. A las palabras de este, conforme al precepto del mismo Moisés, escuchad también vosotros, y mandad escuchar a todos los verdaderos amantes. Y ha de notarse que, así como cuando el Señor fue bautizado en el Jordán, así también cuando fue glorificado en el monte, se declara el misterio de toda la santa Trinidad. Porque sin duda, la gloria que, creyendo, confesamos en su bautismo, viéndola en la resurrección, la alabaremos juntamente. Y no fue sin razón que el Espíritu Santo apareciera aquí en una nube luminosa, como otro evangelista recuerda, allí en forma de paloma, porque quien ahora con sencillo corazón guarda la fe que recibió, entonces, en la luz de la visión abierta, contemplará lo que

había creído, y será protegido para siempre por la misma gracia con que será iluminado.

Y de inmediato, mirando en derredor, ya no vieron a nadie más, sino solamente a Jesús con ellos. En cuanto el Hijo comenzó a ser designado, al punto se retiraron los siervos, para que no se pensara que la voz paterna emitida se dirigía a ellos. De otro modo, cuando se produjo la voz sobre el Hijo, él fue hallado solo, porque cuando se haya manifestado a sí mismo a los elegidos, Dios será todo en todos; más aún, él mismo con los suyos, un solo Cristo en todo, es decir, la cabeza con el cuerpo, resplandecerá. Por razón de esta unidad decía él en otro lugar: Y nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III).

Y mientras bajaban del monte, les mandó que a nadie contaran lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. En el monte había sido mostrada la premeditación del reino futuro, y la gloria del que triunfa. No quiere, por tanto, que esto se predique entre los pueblos, para que ni fuese increíble por la grandeza del hecho, ni, después de tanta gloria, la cruz que seguía causara escándalo en los ánimos.

Y le preguntaban diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los fariseos y los escribas que Elías debe venir primero? Es tradición de los fariseos, según el profeta Malaquías, que es el último de los doce, que Elías ha de venir antes de la venida del Salvador, y volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el de los hijos hacia los padres, y restituir todas las cosas a su antiguo estado. Estiman,

pues, los discípulos que esta transformación de gloria es la que habían visto en el monte, y dicen: Si ya has venido en gloria, ¿cómo es que no aparece tu precursor? Sobre todo porque habían visto a Elías retirarse. Cuando, en efecto, los escribas añaden y dicen que Elías debe venir primero, al decir «primero» muestran que, a menos que Elías haya venido, no habrá segunda venida del Salvador.

Y respondiendo, les dijo: Elías, cuando venga, restaurará primero todas las cosas. Restaurará todas las cosas, ciertamente aquellas que el Profeta antes mencionado mostró diciendo: He aquí que yo os enviaré a Elías el Profeta, antes que venga el día del Señor grande y terrible, y convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia sus padres (Malaquías. IV). Restaurará también esto, que debe a la muerte, y que ha diferido viviendo largo tiempo. Esto también lo insinuó consecuentemente aquí el Señor, cuando enseguida añadió:

Y cómo está escrito acerca del Hijo del hombre, que padezca muchas cosas y sea despreciado. Es decir, así como los profetas escribieron mucho de muchas maneras acerca de la pasión de Cristo, así también Elías, cuando venga, ha de padecer muchas cosas, siendo despreciado por los impíos. Restaurará, pues, todas las cosas: primero, a saber, los corazones de los hombres de aquella época, instruyéndolos a creer en Cristo y a resistir a la perfidia del Anticristo; después, entregando él mismo su alma por el martirio de la fe de Cristo.

Acerca de él se narra más plenamente en el Apocalipsis en discurso místico.

Pero os digo que Elías también vino, y le hicieron cuanto quisieron, como está escrito de él. Aquel que ha de venir en la segunda venida del Salvador según la realidad del cuerpo, ahora vino por medio de Juan en virtud y espíritu. Le hicieron cuanto quisieron, esto es, lo despreciaron y lo decapitaron.

Y viniendo hacia sus discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y a los escribas disputando con ellos. Y al instante todo el pueblo, viéndolo, quedó estupefacto, y se atemorizaron. Y corriendo hacia él, lo saludaban. Hay que notar en todos estos pasajes la diferencia de disposición entre los escribas y la multitud. Pues había con los discípulos una multitud, y había también escribas; pero, al llegar el Señor, enseguida toda la multitud, estupefacta, se atemorizó, y corriendo hacia él lo saludó. Se narra que los escribas no le mostraron nada de devoción, fe, humildad y reverencia. Pero qué disputaban la multitud o los escribas con los discípulos del Señor, no lo dice el Evangelista. Puede en verdad (si no me equivoco) entenderse adecuadamente que se había suscitado una cuestión sobre esto: por qué ellos, siendo discípulos del Salvador, no podían sanar al endemoniado que estaba puesto en medio. Esto se puede conjeturar por las siguientes palabras del Evangelio, cuando se dice:

Y les preguntó: ¿Qué disputáis entre vosotros? Y uno de la muchedumbre, respondiendo, dijo: Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espí-

ritu mudo; el cual, dondequiera que lo agarra, lo derriba, y echa espuma, y rechina los dientes, y se queda rígido. Y dije a tus discípulos que lo expulsaran, y no pudieron. Ha de notarse, además, que los lugares corresponden siempre a las cosas. En el monte el Señor ora, se transfigura, y descubre a los discípulos los secretos de su majestad. Al descender a lo bajo, es recibido por el encuentro de la muchedumbre, y es asaltado por el llanto de los miserables. Arriba, revela a los discípulos los misterios del reino; abajo, reprocha a las muchedumbres los pecados de su infidelidad. Arriba, muestra la voz del Padre a los que podían seguirlo; abajo, expulsa a los espíritus malignos de los que eran atormentados. Y aun ahora, según la cualidad de los méritos, no cesa de ascender para unos, y de descender para otros. Pues, en cuanto a los todavía carnales y principiantes, buscando por así decirlo lo más bajo, los fortalece, los enseña, los corrige. Pero a los perfectos, cuya conversación está en los cielos, los glorifica elevándolos más alto, los instruye más libremente sobre las cosas eternas, y a menudo les enseña cosas que las muchedumbres ni siquiera pueden oír. A este endemoniado, a quien el Señor sanó al descender del monte, Marcos lo recuerda como sordo y mudo, mientras que Mateo dice que era lunático. Esto significa a aquellos de quienes está escrito: El necio cambia como la luna. Estos, sin permanecer nunca en el mismo estado, cambiados ora a estos vicios, ora a aquellos, crecen y decrecen. Son mudos, por no confesar la fe; sordos, por no oír en modo alguno la palabra de la verdad. Y

echan espuma cuando se consumen de necedad. Pues es propio de los necios, de los enfermos y de los torpes dejar caer de la boca espuma de saliva. Rechinan los dientes cuando se inflaman con el furor de la ira. Se quedan rígidos cuando languidecen en la ociosidad torpe, y, no fortalecidos por ningún esfuerzo de virtud, viven enervadamente. Pero cuando dice: Y dije a tus discípulos que lo expulsaran, y no pudieron, acusa veladamente a los apóstoles, puesto que la imposibilidad de curar a veces no se refiere a la flaqueza de los que curan, sino a la fe de los que han de ser curados, diciendo el Señor: Hágase contigo según tu fe (Matth. II).

El cual, respondiéndoles, dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? No porque él, manso y apacible, que no abrió su boca como un cordero delante del que lo trasquila, ni prorrumpió en palabras de furor, fuera vencido por el hastío; sino a la manera de un médico que, si ve que el enfermo obra en contra de sus prescripciones, dice: ¿Hasta cuándo vendré a tu casa? ¿Hasta cuándo malgastaré el esfuerzo de mi arte, mandando yo una cosa y haciendo tú otra? Y de tal manera no se irritó contra el hombre sino contra el vicio, y por medio de un solo hombre reprendió a los judíos por su infidelidad, que enseguida añadió:

Traédmelo. Y lo trajeron. Y en cuanto lo vio, al instante el espíritu lo agitó violentamente; y, derribado en tierra, se revolcaba echando espuma. El espíritu agita y derriba al muchacho llevado ante el Señor, porque a menudo, mientras intentamos convertirnos al Señor después de haber

pecado, somos acosados por asechanzas mayores y nuevas del antiguo enemigo. Y esto lo hace ciertamente el astuto adversario para infundir odio a la virtud, o para vengar la afrenta de su propia expulsión. De aquí es (para pasar de lo particular a lo general) que infligía tan gravísimos combates de persecuciones a los comienzos de la santa Iglesia, porque se dolía de que a su reino se le hubiesen infligido súbitas pérdidas de almas.

Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucedió esto? Y él dijo: Desde la infancia. Y frecuentemente lo arrojó tanto al fuego como al agua, para destruirlo. Avergüéncese Juliano, quien se atreve a decir que todos los hombres nacen en la carne sin ningún contagio de pecado, y tan inocentes en todo como fue Adán cuando fue creado. Pues ¿qué tenía este niño, para que desde la infancia fuera atormentado por un demonio tan acerbo, si no estaba retenido por vínculo alguno del pecado original, siendo cierto que aún no pudo haber tenido pecado propio alguno? Confiese el católico que nadie nace libre del daño de la primera prevaricación, e invoque la gracia de Dios, por la cual sea librado del cuerpo de esta muerte por Jesucristo nuestro Señor. Entienda el escriba instruido en el reino de los cielos que en este endemoniado sanado por el Señor está designada la salvación de todos los fieles, que vienen al mundo atados por la culpa del pecado original, y que no han de ser salvados sino por la fe y la gracia del único Redentor Jesucristo. Pero lo que se dice: Y frecuentemente lo arrojó tanto al fuego como al agua, designa los mayores

crímenes de la insensatez humana. Pues el ardor del fuego ha de referirse al fervor de la ira. El agua a los placeres de la carne, que suelen disolver la mente mediante las delicias. O ciertamente el endemoniado es arrojado al fuego con que se encienden los corazones de los adúlteros, y a las aguas que suelen extinguir la caridad.

Pero si algo puedes, ayúdanos, compadeciéndote de nosotros. Pero Jesús le dijo: Si puedes creer, todo es posible para el que cree. El Señor da una respuesta apta al que pide. Pues él mismo dijo: Si algo puedes, ayúdanos. Y el Señor dice: Si puedes creer, puedo, compadecido, ayudaros, porque la fe no fingida merece obtener todo lo que pide saludablemente. En contraste con él, el leproso que fielmente clamaba: Señor, si quieres, puedes limpiarme (Luc. V), recibió una respuesta congruente con su fe: Quiero, queda limpio (Ibid.).

Y al instante, exclamando con lágrimas, el padre del niño decía: Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad. Nadie llega de repente a lo sumo, sino que en la buena manera de vivir cada uno comienza por lo más pequeño, para llegar a lo grande. Pues una cosa son los comienzos de la virtud, otra el progreso, y otra la perfección. Pues si la fe misma no fuera llevada a su perfección por ciertos grados, este hombre, al ser preguntado si creía, no habría respondido: Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad. Pues si creía, ¿por qué hablaba de incredulidad? Pero si sabía que tenía incredulidad, ¿cómo creía? Pero como por la oculta inspiración de la gracia la fe crece por los grados de sus

propios méritos, al mismo tiempo aquel que aún no había creído perfectamente, a la vez creía y era incrédulo.

Y cuando Jesús vio que la multitud acudía, increpó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. La increpación del Señor es la fuerza de un mandato divino. Pero no increpó al niño que padecía la violencia, sino al demonio que la infligía. Porque quien desea corregir al que peca debe ciertamente exterminar el vicio increpándolo y execrándolo, pero reconfortar al hombre amándolo. El Señor, al expulsar al espíritu inmundo del hombre, oportunamente manda al mismo tiempo que no vuelva a entrar en él. Porque verdaderamente se libra del dominio demoníaco aquel que evita volver, viviendo mal, a los pecados de los cuales una vez fue purificado arrepintiéndose.

Y clamando y desgarrándolo mucho, salió de él. El espíritu inmundo, a punto de salir del hombre, lo desgarró, y aterrorizó con clamor furioso a los que miraban. Porque muchas veces el diablo, mientras es expulsado del corazón, engendra en él tentaciones más fieras que las que antes había suscitado, cuando lo poseía tranquilamente.

Y quedó como muerto, de tal manera que muchos decían: Ha muerto. Mas Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó, y él se puso en pie. A aquel a quien el enemigo impío, ya obligado a huir, había derribado y dejado semejante a un muerto, a este el piadoso Salvador lo levantó con el suave toque de su diestra. Así como enseñó, mediante el poder

de salvar, que era verdaderamente Dios, así también declaró, mediante la manera de un contacto humano, que tenía una verdadera naturaleza de carne. Pues el insensato maniqueo niega que él se hubiera revestido verdaderamente de carne; mas él mismo, al levantar, purificar e iluminar con su tacto a tantos enfermos, condenó la herejía de aquel aun antes de que naciera.

Y cuando hubo entrado en la casa, sus discípulos le preguntaban en secreto: ¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo? Y les dijo: Este género no puede salir por ningún medio, sino por la oración y el ayuno. Al enseñar a los apóstoles cómo debe expulsarse al demonio malvadísimo, instruye a todos para la vida, es decir, para que sepamos que las tentaciones más graves, ya sean de los espíritus inmundos, ya de los hombres, deben ser vencidas con ayunos y oraciones. Y también que la ira del Señor, cuando se haya encendido para la venganza de nuestros crímenes, puede aplacarse con este remedio singular. Pero el ayuno general consiste en abstenerse no solo de los alimentos, sino también de todas las seducciones carnales, más aún, en contenerse de todas las pasiones de los vicios. Así también la oración general no consiste solo en las palabras con que invocamos la clemencia divina, sino también en todo lo que hacemos en obsequio de nuestro creador con la devoción de la fe, como atestigua el apóstol, que dice: Gozándoos siempre, orad sin cesar (I Tes. V). Pues, ¿cómo puede alguien invocar a Dios con palabras en todas las horas y momentos, sin cesar? Pero oramos sin cesar cuando realizamos

únicamente aquellas obras que nos encomiendan a la piedad de nuestro autor. Con este ayuno, sin duda, y con esta oración, con la ayuda del Señor, venceremos y rechazaremos todas las asechanzas del antiguo enemigo.

CAPÍTULO IX.

Y partiendo de allí, pasaban por Galilea, y no quería que nadie lo supiese. Pues enseñaba a sus discípulos, y les decía: Que el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y lo matarán. Y una vez muerto, resucitará al tercer día. Siempre mezcla las tristezas con las cosas prósperas, para que, cuando lleguen de repente, no aterren a los apóstoles, sino que sean sobrellevadas con ánimos ya prevenidos. Pues si les entristece que haya de ser muerto, debe alegrarles que al tercer día haya de resucitar.

Mas ellos no entendían esta palabra, y temían preguntarle. Esta ignorancia de los discípulos nace no tanto de la torpeza de su ingenio cuanto del amor al Salvador, pues, siendo aún carnales e ignorantes del misterio de la cruz, no podían creer que había de morir aquel a quien habían conocido como Dios verdadero. Y porque solían oírlo hablar con frecuencia por medio de figuras, horrorizados ante el desenlace de su muerte, aun en aquello que hablaba abiertamente acerca de su entrega y pasión, querían que se significase figuradamente otra cosa.

Y llegaron a Cafarnaúm. Y estando en casa, les preguntaba. ¿Qué tratabais en el camino? Mas ellos callaban. Pues en el camino habían dispu-

tado entre sí quién de ellos era el mayor. De aquí parece haber surgido la disputa de los discípulos sobre el primado, porque habían visto que Pedro, Santiago y Juan fueron llevados aparte al monte, y que allí se les confió algún secreto. Pero además, anteriormente, según narra Mateo, a Pedro le habían sido prometidas las llaves del reino de los cielos, y que la Iglesia del Señor había de edificarse sobre la roca de la fe de la cual él mismo había recibido su nombre. Se quejaban, pues, de que aquellos tres habían sido antepuestos a los demás, o de que Pedro había sido preferido a todos los apóstoles.

Y sentándose, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero entre vosotros, será el último de todos y el servidor de todos. Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos. Y habiéndolo abrazado, les dijo: Quien reciba a uno de tales niños en mi nombre, a mí me recibe. Viendo los pensamientos de los discípulos, el Señor procura sanar el deseo de gloria mediante el esfuerzo de la humildad, enseñando que el primado no ha de buscarse: y primero los amonesta con el simple precepto de la humildad, y luego los instruye con el ejemplo de la inocencia infantil. En efecto, cuando dice: Quien reciba a uno de tales niños en mi nombre, a mí me recibe; muestra o bien simplemente que los pobres de Cristo han de ser recibidos, por honor a él, por quienes desean ser mayores, o bien exhorta a que ellos mismos sean niños en la malicia, para que, a semejanza de la edad tierna, conserven la sencillez sin arrogancia, la caridad sin envidia, la devoción sin ira. Y el

hecho de que abrace al niño significa que los humildes son dignos de su abrazo y de su amor, y que estos, cuando hayan cumplido lo que mandó: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt. XI), pueden con razón gloriarse y decir: Su mano izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cant. II). Y con razón, habiendo dicho: Quien reciba a uno de tales niños, añadió: en mi nombre, para que, en efecto, la forma de virtud que el niño observa guiado por la naturaleza, ellos la sigan por el nombre de Cristo, con la ayuda del esfuerzo de la razón. Pero como enseñaba que él mismo era recibido en los niños, a saber, como cabeza en sus miembros, para que no se pensase que esto era solamente lo que parecía, añadió y dijo:

Y quien me reciba, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió. Queriendo ciertamente ser creído tal y tan grande como es el Padre. Pues hasta tal punto, dice, no hay diferencia entre él y yo, que quien me haya recibido, recibe también a aquel que me envió.

Juan le respondió diciendo: «Maestro, vimos a uno que en tu nombre expulsaba demonios, quien no nos sigue, y se lo prohibimos.» Juan, que amaba al Señor con singular devoción, y por ello digno de ser amado a su vez, pensó que debía excluirse del beneficio a quien no ejercía ese oficio; pero se le enseña que a nadie se le ha de apartar del bien que posee en parte, sino que más bien ha de ser llamado a aquello que todavía no posee. Pues sigue: «Mas Jesús dijo: No se lo prohibáis; pues no hay nadie que haga un milagro

en mi nombre y pueda al punto hablar mal de mí.» Pues quien no está contra vosotros, está a favor vuestro. Instruido por esta sentencia, dice el Apóstol: «Mas ya sea por ocasión, ya sea por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, y aún me gozaré» (Philip. I). Pero aunque él se goce incluso de aquellos que anuncian a Cristo sin sinceridad, y aunque tales personas, obrando a veces signos en el nombre de Cristo para la salvación de otros, se juzgue que no deben ser impedidas, no por ello se les vuelve segura su conciencia mediante tales signos, sino que más bien, en aquel día, cuando digan: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» (Matth. VII) Recibirán la respuesta: «Nunca os conocí; apartaos de mí, todos los que obráis la iniquidad» (Ibid.). Por tanto, en los herejes y en los malos católicos no debemos detestar ni prohibir los sacramentos comunes, en los cuales están con nosotros y no están contra nosotros, sino las divisiones de la paz contrarias a la verdad, en las cuales están contra nosotros y no siguen al Señor con nosotros.

Pues quien os diere de beber un vaso de agua fría en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo, no perderá su recompensa (Psal. CXL). Leemos en el profeta David: «Para excusar excusas en los pecados», porque muchos alegaban, como si fueran justas, ocasiones para sus pecados, de modo que lo que cometen por voluntad, parezca que pecan por necesidad. El Señor, escrutador de los corazones y de los riño-

nes, que contempla los pensamientos futuros de cada uno, había dicho: «Quien reciba a un pequeñuelo en mi nombre, a mí me recibe.» Alguno podría alegar y decir: «Me lo impide la pobreza; mi escasez me retiene, de modo que no puedo ser hospitalario.» Y disuelve esta excusa con un precepto levísimo, a saber, que ofrezcamos un vaso de agua, y de agua fría, según Mateo, con todo el ánimo. De agua fría, dice, no caliente, para que ni siquiera en el agua caliente se buscase pretexto de pobreza y de falta de leña. Algo semejante prescribe también el Apóstol a los Gálatas: «El que es catequizado comparta con el que lo catequiza en todos los bienes» (Gal. VI). Y exhorta a los discípulos al alivio de sus maestros. Y porque cualquiera podía alegar pobreza y eludir el precepto, antes de proponerlo resuelve la cuestión inminente, diciendo: «No os engañéis; de Dios no se burla nadie.» Pues lo que sembrare el hombre, eso también segará (Ibid.).

Y quienquiera que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que se le colgase al cuello una muela de asno y fuese arrojado al mar. Aunque esta pueda ser una sentencia general contra todos los que escandalizan a alguien, sin embargo, según la secuencia del discurso, puede entenderse también dicha contra los apóstoles, quienes, disputando entre sí sobre cuál de ellos era el mayor, parecían contender mutuamente por la dignidad. Y si hubiesen permanecido en este vicio, podían, con su propio escándalo, perder a aquellos a quienes llamaban a la fe, al ver estos que los apóstoles luchaban en-

tre sí por el honor. Mas cuando dijo: Mejor le sería que se le colgase al cuello una muela de asno, habla según el rito de la provincia, según el cual entre los antiguos judíos el castigo de los delitos mayores consistía en sumergir en lo profundo, atado a una piedra. Y en verdad es mejor que el inocente, aunque con un castigo temporal por atroz que sea, termine su vida corporal, que, dañando al hermano, merecer la muerte perpetua del alma. Con razón, además, se llama pequeño a quien puede ser escandalizado. Pues el que es grande, cualesquiera cosas que viere, cualesquiera que padeciere, no se aparta de la fe. Pero el que es pequeño y de poco ánimo, busca ocasiones para escandalizarse. Por esta razón, en fin, debemos velar sobre todo por aquellos que son pequeños en la fe, no sea que por ocasión nuestra se ofendan, se aparten de la fe y decaigan de la salvación. Ha de notarse, en efecto, que en nuestra buena obra, a veces se debe evitar el escándalo del prójimo, y a veces, en cambio, ha de tenerse en nada y despreciarse. En efecto, en cuanto podamos evitar sin pecado el escándalo de los prójimos, debemos hacerlo. Pero si el escándalo nace de la verdad, más provechoso es permitir que nazca el escándalo, que abandonar la verdad. Asimismo, por la muela de asno se expresa el giro y el trabajo de la vida secular, y por lo profundo del mar se designa la última condenación. Aquel, pues, que llevado a una apariencia de santidad, destruye a los demás sea de palabra sea con el ejemplo, verdaderamente mejor le sería que actos terrenos, bajo un hábito exterior, lo ataran a la muerte, que

no que los oficios sagrados lo mostraran, en su culpa, como imitable para los demás. Porque, sin duda, si él solo cayese, de algún modo un castigo del infierno más tolerable lo atormentaría.

Y si tu mano te escandalizare, córtala. Mejor te es entrar débil en la vida, que, teniendo dos manos, ir a la gehena, al fuego inextinguible. Porque antes había enseñado que no escandalicemos a los que creen en él, ahora en consecuencia amonesta cuánto debemos precavernos de aquellos que se esfuerzan por escandalizarnos, esto es, por impulsarnos con su palabra o su ejemplo a la ruina del pecado. Llama, en efecto, mano nuestra al amigo necesario, de cuya obra y auxilio tenemos necesidad cotidiana. Pero si tal amigo quisiere dañarnos en causa del alma, ha de ser excluido de nuestra compañía, no sea que, si quisiéremos tener parte con el perdido en esta vida, perezcamos juntamente con él en la futura. Lo que además se añade:

Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se extingue. Por el gusano designa la putrefacción de la gehena, así como por el fuego el ardor; o bien el gusano significa el tardío arrepentimiento de los crímenes, que en los tormentos nunca cesará de roer la conciencia de los afligidos, de modo que el fuego sea la pena que se enfurece desde fuera, y el gusano el dolor que acusa desde dentro.

Y si tu pie te escandaliza, córtalo. Mejor te es entrar cojo en la vida eterna, que, teniendo dos pies, ser arrojado a la gehena del fuego inextinguible, etc. Por el pie, como también por

la mano, enseña que los seres queridos incorregibles deben ser apartados de nosotros, no sea que, por la inmundicia de aquellos a quienes no podemos corregir, perezcamos también nosotros mismos contaminados. Pero tales son llamados mano por la obra que nos es necesaria, y pie por el servicio y los desplazamientos acomodados a nuestros usos.

Pero si tu ojo te escandaliza, arráncalo. Mejor te es entrar tuerto en el reino de Dios, que, teniendo dos ojos, ser arrojado a la gehena del fuego. También en el ojo que se ha de arrancar a causa del escándalo se designan aquellos mismos que son amigos nuestros según la carne, pero adversarios según el espíritu. Pero como tenemos necesidad de su consejo y previsión, mientras que ellos buscan engañarnos con perverso consejo y desviarnos al camino del error, debemos renunciar por completo a su compañía. En efecto, «escándalo» es una palabra griega, que nosotros podemos traducir como «tropiezo», o «ruina y golpe del pie». Algunos dicen que «escándalo» en griego es «escrúpulo» en latín. Escandaliza, pues, a su hermano aquel que, con dicho o hecho no del todo recto, le da ocasión de ruina. También puede decirse sencillamente: si alguien nos parece tan necesario como la mano, el pie y el ojo, es decir, útil, solícito y agudo para percibir, pero nos causa escándalo y, por la discordancia de sus costumbres, nos arrastra a la gehena, ni aun así debemos servirnos de sus comodidades temporales ni reconfortarnos con ellas con peligro de nuestras almas. Mas puesto que el Señor hizo mención tres

veces del gusano y del fuego eterno, resta decir cómo podemos evitar el hedor del gusano y el tormento del fuego. Sigue:

Porque todo será salado con fuego, y toda víctima será salada con sal. Pues el hedor de los gusanos suele nacer de la corrupción de la carne y de la sangre. Y por eso la carne fresca se sazona con sal, para que, secado el humor sanguíneo, no pueda engendrar gusanos. Así pues, la carne y la sangre engendran gusanos, porque la delectación carnal, a la que no resiste el condimento de la continencia, engendra para los lujuriosos un castigo eterno. Quienquiera que desee evitar su hedor, procure sujetar tanto el cuerpo con la sal de la continencia como la mente con el condimento de la sabiduría, contra la mancha del error y de los vicios. Y admirablemente se dice: Porque todo será salado con fuego. Pues lo que se sala con sal aleja la putrefacción del gusano. Pero lo que se sala con fuego, es decir, lo que se sazona con fuegos sobre los que se ha esparcido sal, no solo aleja lejos todo contagio de gusanos, sino que además consume la misma carne que así se sala. Los estatutos de la ley divina declaran que esto solía hacerse con las víctimas que se quemaban en el altar, donde se mandó que se ofreciera sal en toda víctima y sacrificio. La sal, pues, designa la dulzura de la sabiduría, y el fuego, la gracia del Espíritu Santo. Y todo será salado con fuego, porque todo elegido debe ser purgado por la sabiduría espiritual de la corrupción de la concupiscencia carnal, a fin de poder llegar a ser una víctima apta para los altares divinos. Por lo cual, habiendo dicho

con razón: Porque todo será salado con fuego, añadió: Y toda víctima será salada con sal. Pues verdaderamente existe como víctima del Señor aquel que, purificando de los vicios su cuerpo y su alma por el amor del Espíritu Santo, los consagra a Dios. Y no solo se rocía tal víctima con sal, sino que además se consume con fuego, cuando no solo se expulsa el contagio del pecado, sino que también se quita de la mente de los elegidos la misma delectación de la vida presente que está en la carne, y se suspira con mente atenta más bien por el modo de vida futuro. ¿Acaso no era una víctima salada con fuego sagrado aquel que decía: Nuestra conversación, en cambio, está en los cielos (Filip. III)? De donde también aguardamos como Salvador al Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra humildad, configurándolo al cuerpo de su gloria (Ibíd.). Pues quienes, con la más cierta esperanza de la futura inmortalidad, contemplaban el cuerpo de su fragilidad como ya reformado a semejanza de la resurrección del Señor, vivían incluso en el presente como una víctima consagrada a Dios por el fuego espiritual, según aquello del mismo apóstol: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios (Rom. XV). También podemos entender rectamente de este modo lo que se dijo: Porque todo será salado con fuego. Y toda víctima será salada con sal (Marc. IX), es decir, que el altar de Dios es el corazón de los elegidos, y las víctimas sacrificiales que han de ofrecerse en este altar son las buenas obras de los fieles; y

en todos los sacrificios debe ofrecerse sal, porque no hay obra buena que la sal de la sabiduría no purgue de toda corrupción de vana alabanza y de los demás pensamientos depravados o superfluos. Pues el cuidado de la continencia castiga las seducciones carnales. Pero el fuego que consume los sacrificios en el altar es, sin duda, aquel del que dice Juan: Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego (Ibíd. III); por el cual nuestras buenas obras son ayudadas, para que puedan ser comenzadas o llevadas a la perfección, o bien es el fuego de la tribulación por el que se ejercita la paciencia de los fieles, para que puedan tener una obra perfecta. Por tanto, todo será salado con fuego, y toda víctima será salada con sal (Ibíd. IX), porque todo fiel que quiere evitar el gusano del eterno tormento debe ser castigado por el fuego, ya sea de la gracia espiritual, ya sea de las tribulaciones que le sobrevienen desde fuera, para que pueda llegar a ser un sacrificio digno de Dios. Este pasaje se refiere a lo anterior, donde se mandó que fueran arrancados los miembros que escandalizan: porque también esto es ser salado con fuego, es decir, ser ejercitado por tentaciones, negar por amor de Cristo a quienes nos son cercanos y queridos.

Buena es la sal. Pero si la sal se volviere insípida, ¿con qué la sazonaréis? Bueno es oír con frecuencia la palabra de Dios, sazonar los secretos del corazón con la sal de la sabiduría espiritual, más aún, llegar a ser, con los apóstoles, sal de la tierra, es decir, bastar para imbuir las mentes también de aquellos que aún gustan de

las cosas terrenas. Pero si alguien, restaurado una vez por el condimento de la verdad, volviere a la apostasía, ¿por qué otro maestro será corregido, quien rechazó la dulzura de la sabiduría que él mismo había gustado, ya aterrado ante el siglo, ya seducido por las prosperidades? A quien conviene aptamente aquello del varón sabio: ¿Quién curará al encantador mordido por la serpiente? Con esta sentencia se cree, no sin razón, que se designa especialmente a los compañeros de Judas Iscariote y a él mismo, quien, corrompido por la avaricia, no dudó en perder el grado del apostolado y en traicionar al Señor. Pero porque hay algunos a quienes, mientras el mayor conocimiento los enaltece, los separa de la compañía de los demás, y como si, cuanto más saben, tanto más neciamente se alejaran de la virtud de la concordia, rectamente se añade:

Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros. Pues por la sal se designa la sabiduría de la palabra. Quien, pues, se esfuerza por hablar sabiamente, tema en gran manera que por su elocuencia se confunda la unidad de los oyentes. Pues la sal sin paz no es don de virtud, sino aumento de condenación. Pues cuanto mejor sabe alguien, tanto peor delinque. Y por eso merecerá inexcusablemente el suplicio quien, si hubiera querido, pudo prudentemente evitar el pecado.

CAPÍTULO X.

Y levantándose de allí, vino a los confines de Judea, más allá del Jordán. Hasta aquí el evangelista Marcos ha narrado aquello que el Señor hizo

y enseñó en Galilea. Aquí comienza a narrar lo que hizo y enseñó, o padeció, en Judea. Y primero, en efecto, más allá del Jordán, hacia oriente; luego también a este lado del Jordán, cuando vino a Jericó, a Betania y a Jerusalén. Pues aunque toda la provincia de los judíos se llama generalmente Judea, para distinguirla de las demás naciones, más específicamente, sin embargo, se llama Judea a su región meridional, para distinguirla de Samaria, Galilea, la Decápolis y las demás regiones de la misma provincia.

Y de nuevo se reúnen las multitudes junto a él, y, como acostumbraba, de nuevo les enseñaba. Y acercándose los fariseos, le preguntaban, tentándolo, si era lícito al varón repudiar a su mujer. Y aquí ha de notarse la diferencia de disposiciones entre las multitudes y los fariseos. Estas se reúnen para ser instruidas y para que sus enfermos sean sanados, como claramente lo refiere el evangelista Mateo. Aquellos se acercan para engañar, poniéndolo a prueba, al Salvador y maestro de la verdad. Y no ha de extrañar esto. Pues a estos los condujo la devoción de la piedad, y a aquellos el aguijón de la envidia. Preguntan, pues, si es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa, para retenerlo como con un silogismo bicorne, de modo que cualquier cosa que respondiera quedara expuesta a la trampa. Si dijera que la esposa puede ser repudiada por cualquier causa, y tomarse otras, el predicador de la castidad parecería enseñar cosas contrarias a sí mismo. Pero si respondiera que no debe ser repudiada por cualquier causa, será tenido como reo

de sacrilegio, y como quien actúa contra la doctrina de Moisés y, por medio de Moisés, contra la de Dios. Por eso el Señor templa así su respuesta para pasar por alto la trampa, aduciendo la Sagrada Escritura como testimonio, y oponiendo a la segunda la ley natural y la primera sentencia de Dios, la cual no fue concedida por voluntad de Dios, sino por la necesidad de los pecadores.

¿Qué, dice, os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir un libelo de repudio y despedirla. Respondiéndoles, Jesús dijo: Por la dureza de vuestro corazón os escribió este precepto, etc. Lo que dice es de este tenor. ¿Acaso puede Dios ser contrario a sí mismo, de modo que hubiera mandado antes una cosa, y ahora quebrante su propia sentencia con un nuevo mandato? No ha de pensarse así. Pero Moisés, al ver que, por el deseo de segundas esposas, que fueran más ricas, más jóvenes o más hermosas, las primeras esposas eran asesinadas, o llevaban una vida desdichada, prefirió permitir la discordia antes que dejar que persistieran y se perpetraran los odios y los homicidios. Y considera al mismo tiempo que no dijo: «Por la dureza de vuestro corazón os lo permitió Dios», sino «Moisés»; para que, según el Apóstol, sea consejo de hombre, no mandato de Dios.

Pero desde el principio de la creación, Dios los hizo varón y hembra. Esto está escrito al comienzo del Génesis. Pero al decir varón y hembra, mostró que han de evitarse las segundas nupcias. Pues no dijo varón y hembras, que era lo que se buscaba con el repudio anterior, sino varón y

hembra, para que fueran unidos en la unión de un solo cónyuge.

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer. Del mismo modo dice: «Se unirá a su mujer», no a sus mujeres.

Y serán los dos en una sola carne. Así que ya no son dos, sino una sola carne. Es el premio del matrimonio que de dos se haga una sola carne. La castidad, unida al espíritu, se hace de un solo espíritu.

Lo que, pues, Dios unió, no lo separe el hombre. Lo que Dios unió, haciendo una sola carne del varón y de la mujer, esto no puede separarlo el hombre, salvo, quizás, Dios solo. El hombre separa, cuando por el deseo de una segunda esposa repudia a la primera. Dios separa lo que también había unido, cuando, de común acuerdo, por causa del servicio de Dios, dado que el tiempo es corto, tenemos esposas como si no las tuviéramos.

Y en la casa, sus discípulos le preguntaron de nuevo sobre lo mismo. Y les dijo: Cualquiera que repudiare a su mujer y se casare con otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudiare a su marido y se casare con otro, comete adulterio. En Mateo está escrito más plenamente: Cualquiera que repudiare a su mujer, salvo por fornicación, y se casare con otra, comete adulterio (Matth. V). Hay, pues, una sola causa carnal, la fornicación; y una espiritual, el temor de Dios, para que la mujer sea repudiada, como se lee que muchos hicieron por causa de la religión. Pero ninguna causa está

prescrita por la ley de Dios para que, viviendo aquella que fue dejada, se case con otra.

Y le presentaban niños para que los tocase. Pero los discípulos reprendían a los que los presentaban. No porque no quisieran que fuesen bendecidos por el Salvador con la voz y con la mano, sino porque, no teniendo todavía una fe plenísima, pensaban que él, a semejanza de los hombres, se fatigaría por la importunidad de quienes los presentaban.

Al verlos Jesús, se indignó, y les dijo. Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. Dijo significativamente: «de los tales es», no «de estos», para mostrar que no reina la edad, sino las costumbres; y que a los que tuviesen una inocencia y sencillez semejantes se les promete el premio. Concordando el Apóstol con la misma sentencia: Hermanos, no seáis niños en el sentido, sino sed niños en la malicia, mas en el sentido sed perfectos.

En verdad os digo: quienquiera que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Así como el niño no persevera en la ira, no recuerda haber sido ofendido, no se deleita al ver a una mujer hermosa, no piensa una cosa y dice otra; así también vosotros, si no tuviereis tal inocencia y pureza de ánimo, no podréis entrar en el reino de los cielos. De otro modo se nos manda recibir el reino de Dios, es decir, la doctrina del Evangelio, como los niños, porque así como el niño, al aprender, no contradice a sus maestros, ni compone razones y palabras resistiéndoles,

sino que acoge fielmente lo que se le enseña, y obedece con temor y se aquieta; así también nosotros debemos obedecer las palabras del Señor con sencillez y sin ninguna vacilación.

Y abrazándolos e imponiendo sobre ellos las manos, los bendecía. Los abraza y bendice a los niños, para significar que los humildes de espíritu son dignos de su bendición, gracia y amor.

Y cuando hubo salido al camino, uno que corría, arrodillándose ante él, le rogaba diciendo, etc. Había oído, creo, este buscador de la vida eterna, de labios del Señor, que solo aquellos que quisieran ser semejantes a los niños eran dignos de entrar en el reino de los cielos, y por ello, procurando una enseñanza más cierta, deseaba que se le explicase, no por parábolas, sino abiertamente, por qué méritos de obras podría alcanzar la vida eterna.

Pero Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios. Porque había llamado bueno al maestro, y no había confesado que él fuese Dios o el Hijo de Dios, aprende que, aunque un hombre sea santo, en comparación con Dios no es bueno, de quien se dice: Alabad al Señor porque es bueno (Psal. CV). Pero por el único Dios bueno no ha de entenderse solo al Padre, sino también al Hijo, que dice: Yo soy el buen pastor (Joan. X); pero también al Espíritu Santo, porque el Padre desde el cielo dará el buen Espíritu a quienes se lo pidan (Luc. XI); es decir, la misma Trinidad una e indivisa, Padre, Hijo y Espíritu Santo, único y solo Dios, es buena. El Señor, por tanto, no niega ser bueno, sino que significa

que es Dios; no niega ser buen maestro, sino que testifica que ningún maestro sin Dios es bueno.

Esta es la castidad de la inocencia infantil, que se nos propone para imitar, si queremos entrar en el reino de Dios. Ha de notarse, ciertamente, que la justicia de la ley, guardada en su tiempo, confería no solo los bienes de la tierra, sino también la vida eterna a quienes la observaban.

Y él, respondiendo, dijo: Maestro, todo esto lo he observado desde mi juventud, etc. No se ha de pensar que este hombre interrogó al Señor con la intención de tentarlo (como algunos supusieron), ni que mintió acerca de su vida cuando decía haber guardado los mandamientos de la ley, sino que simplemente confesó cómo había vivido. Porque si estuviera sujeto a la culpa de la mentira o de la simulación, de ningún modo se diría que Jesús, habiendo contemplado los secretos de su corazón, lo amaba. Pues el Señor ama a quienes guardan los mandamientos de la ley, aunque sean menores; pero no obstante muestra a los que desean ser perfectos lo que faltaba en la ley, porque no vino a destruir la Ley o los Profetas, sino a cumplirlos. A este cumplimiento, en efecto, pertenece lo que a continuación se añade aquí.

Ve, vende cuanto tienes, y da, etc. Todo el que quiera ser perfecto debe vender lo que tiene, y no venderlo en parte como Ananías y Safira, sino venderlo todo, y una vez vendido, darlo todo a los pobres, y así prepararse un tesoro en el reino de los cielos. Y esto no basta para la perfección, a menos que, tras despreciar las riquezas, siga al Salvador, es decir, que, dejando los males, haga

el bien. Pues más fácilmente se desprecia la bolsa que la voluntad. Muchos, dejando las riquezas, no siguen al Señor. Sigue, en cambio, al Señor quien es su imitador y camina por sus huellas. Pues quien dice que cree en Cristo, debe él mismo caminar como aquel caminó.

El cual, entristecido por la palabra, se fue afligido. Pues tenía muchas posesiones. Esta es la tristeza que conduce a la muerte. Y se da como causa de la tristeza el que tuviera muchas posesiones, es decir, espinas nacientes y abrojos, que ahogaron la semilla del Señor.

Y Jesús, mirando en torno, dijo a sus discípulos: Cuán difícil es que los que tienen dinero entren en el reino, etc. Es claro, en verdad, que quienes se dedican aquí a multiplicar las riquezas desdeñan buscar los gozos de la otra vida; pero entre tener dinero y amar el dinero hay una gran diferencia. Pues muchos que tienen no aman, y muchos que no tienen aman. Asimismo, otros a la vez las tienen y las aman. Otros se alegran de ni tener ni amar las riquezas del siglo, cuyo estado es más seguro, porque pueden decir con el Apóstol: Para nosotros el mundo está crucificado, y nosotros para el mundo (Gal. V). Por lo cual también Salomón no dice: quien tiene, sino: quien ama las riquezas no obtendrá fruto de ellas (Eccle. V). Y el mismo Señor, explicando a sus discípulos, que estaban atónitos ante las palabras de esta sentencia, añadió diciendo:

Hijitos, ¡qué difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios! Aquí ha de notarse que no dice «cuán imposible», sino

«cuán difícil es». Pues lo que es imposible, de ningún modo puede suceder. Lo que es difícil puede suceder con esfuerzo. Pues puede en efecto suceder, pero con sumo esfuerzo, ayudando la gracia de Dios, que los que tienen riquezas, o confían en las riquezas, despojados de las ataduras de la avaricia, entren por la puerta del reino celestial: Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, etc. (Mt XIX). Si es más fácil que un camello, enorme por sus inmensos miembros, penetre por el estrecho ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios, entonces ningún rico entrará en el reino de Dios. ¿Y cómo entonces, ya en el Evangelio Mateo, Zaqueo y José, ya en el Antiguo Testamento muchísimos ricos, entraron en el reino de Dios? A no ser quizá porque, por inspiración del Señor, aprendieron a tener las riquezas por nada, o a abandonarlas de todo corazón. Pues ¿acaso confiaba David en las riquezas de su reino? Él que tanto canta de sí mismo: Porque yo soy único y pobre (Sal XXIV), como exhorta a otros: Si abundaren las riquezas, no pongáis en ellas el corazón (Sal LXI). Creo que no se atrevió a decir: no las recibáis. ¿Acaso es creíble que Abraham prefiriese sus bienes al Señor, por quien no dudó en inmolar a su único heredero? Pero en un sentido más profundo, es más fácil que Cristo padezca por los amadores del siglo, que los amadores del siglo puedan convertirse a Cristo. Pues quiso ser entendido bajo el nombre del camello, él que voluntariamente, por humildad, cargó con el peso de nuestra debilidad. Pues ¿en quién se entiende esto más claramente

que en él mismo, lo que está escrito: Cuanto más grande eres, humíllate en todo (Eclo III)? Por la aguja, en efecto, significa los pinchazos, y por los pinchazos los dolores padecidos en la pasión. El ojo de la aguja, pues, significa las angustias de la pasión. Por la cual se dignó, en cierto modo, remendar, es decir, restaurar los desgarrados vestidos, por así decir, de nuestra naturaleza; a fin de que, reformados mejor después de la caída, nos gocemos con el testimonio del Apóstol que dice: Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo (Gál III).

Quienes se admiraban aún más, diciéndose unos a otros: ¿Y quién puede salvarse? ¿A qué se refiere esta respuesta, siendo incomparablemente mayor la multitud de los pobres, que hubiera podido salvarse aunque se perdiesen los ricos, sino porque entendieron que todos los que aman las riquezas, aunque no puedan alcanzarlas, son contados en el número de los ricos?

Y mirándolos Jesús, dijo: Para los hombres es imposible, mas no para Dios. Pues todas las cosas son posibles para Dios. No ha de entenderse esto en el sentido de que los codiciosos y los soberbios, significados bajo el nombre de aquel rico, hayan de entrar en el reino de los cielos con sus codicias y su soberbia: sino que es posible para Dios que, por su palabra —tal como vemos que ha sucedido y sucede a diario—, se conviertan de la codicia de las cosas temporales a la caridad de las eternas, y de la perniciosa soberbia a la humildad más saludable.

Comenzó Pedro a decirle: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Gran confianza: Pedro era pescador, no había sido rico, buscaba su sustento con la mano y con el oficio, y sin embargo habla con confianza: Lo hemos dejado todo. Y porque no basta con dejarlo solamente, añade lo que es perfecto: Y te hemos seguido. Hemos hecho lo que mandaste; ¿qué premio, pues, nos darás?

Respondiendo Jesús, dijo: En verdad os digo: No hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o campos por mí y por el Evangelio, que no reciba cien veces tanto ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, y hijos, y campos, con persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna. Algunos, tomando ocasión de esta sentencia, dogmatizan la fábula judaica de los mil años después de la resurrección de los justos, en la cual todo lo que hemos dejado por Dios nos ha de ser restituido con múltiple usura, y además se nos ha de otorgar la vida eterna. Y no ven los necios que, aunque en las demás cosas sea digna la promesa, sin embargo en el caso de las esposas, según los demás evangelistas, aparecería una torpeza si fueran cien, sobre todo cuando el Señor testifica que en la resurrección no ha de haber matrimonio, y asevera que las cosas que fueron dejadas por él han de recibirse en este tiempo junto con persecuciones. Y estas persecuciones, así como también las demás cosas contrarias, aquellos quiliastas afirman ciertamente que están del todo ausentes de sus mil años. El sentido,

pues, es este: el que por el Evangelio de Cristo haya dejado las cosas carnales, recibirá bienes espirituales, los cuales, en comparación y por su propio mérito, serán tales como si un pequeño número se comparara con el número cien. Porque sin duda, de los hermanos y compañeros de su propósito, que se unen a él con vínculo espiritual, recibirá, incluso en esta vida, una caridad mucho más grata. Lee los Hechos de los Apóstoles, que la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y todas las cosas les eran comunes, y no había entre ellos ningún necesitado (Hech. IV), pues habían dejado lo suyo por el Señor. De los cuales dice también el Apóstol: Como quienes nada tienen, y todo lo poseen (II Cor. VI). Ciertamente, lo que dice: Recibirá cien veces tanto ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, y hijos, y campos, con persecuciones (Marc. X), puede entenderse más profundamente por su significación. En efecto, el número cien, trasladado de la izquierda a la derecha, aunque parece conservar en la flexión de los dedos la misma figura que había tenido el diez en la izquierda, sin embargo crece sobremanera en la magnitud de su cantidad. Porque, en efecto, todos los que por el reino de Dios desprecian las cosas temporales, incluso en esta vida, colmadísima de persecuciones, gustan con fe cierta el gozo de aquel mismo reino, y en la expectación de la patria celestial (que con razón se significa en la mano derecha) disfrutan igualmente del amor sincerísimo de todos los elegidos por igual. Pero porque muchos no llevan a término su empeño

de virtudes con la misma intención de piedad con que lo comenzaron, sino que, o bien se entibian en el amor a las virtudes ya recibido, o bien recaen enteramente en el cenagal de los vicios, se añade a continuación una terrible sentencia.

Muchos empero que son primeros serán postreros, y los postreros, primeros. Pues mira a Judas convertido de apóstol en apóstata, y di que muchos que son primeros serán postreros; mira al ladrón hecho confesor en la cruz, y, en ese mismo día en que fue crucificado por sus propios pecados, gozando con Cristo en el paraíso por la gracia de la fe, y di que también los postreros serán primeros. Pero vemos también cada día que muchos, constituidos en hábito laico, sobresalen por grandes méritos de vida, y otros, fervientes desde la primera edad en el celo espiritual, al fin entorpecidos por la ociosidad, se marchitan, y por necia inercia consuman en la carne lo que habían comenzado en el espíritu.

Y estaban en el camino subiendo a Jerusalén, e iba Jesús delante de ellos, y se admiraban, y le seguían temerosos. Por eso los discípulos, dirigiéndose a Jerusalén con el Señor, se admiraban y temían, porque recordaban su palabra en la que había predicho que padecería muchas cosas de parte de los sumos sacerdotes y de los escribas, y que sería muerto, temiendo que ellos mismos fueran muertos junto con él, o al menos que aquel cuya vida y magisterio les alegraba, pereciera a manos de los enemigos.

Y tomando de nuevo a los doce, comenzó a decirles lo que le iba a suceder. Porque he aquí

que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, y lo escarnecerán, y lo escupirán, y lo azotarán, y lo matarán, y al tercer día resucitará. Nuestro Redentor, previendo que los ánimos de los discípulos habrían de turbarse por su pasión, les predijo mucho antes tanto el castigo de esa misma pasión como la gloria de su resurrección, para que, cuando lo vieran morir (tal como había sido predicho), no dudasen tampoco de que resucitaría. En esto refuta también clarísimamente la demencia de los paganos, con la que suelen escarnecer su cruz, puesto que, como conocedor de antemano de lo futuro, mostró el tiempo mismo de su próxima pasión, y, como intrépido, se dirigió al lugar de su muerte.

Y se acercaron a él Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, diciendo: Maestro, queremos que nos hagas lo que te pidamos. Y él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y dijeron: Concédenos que nos sentemos, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu gloria. Mateo escribe que la madre de los hijos de Zebedeo pidió estas cosas al Señor en favor de ellos; pero Marcos, queriendo descubrir a los lectores el deseo y el propósito de ellos mismos, calla la intervención de la madre y dice más bien que fueron ellos quienes lo pidieron, porque sabía que a petición suya se había pedido por medio de la madre. En efecto, según ambos Evangelistas, el Señor respondió no a la madre, sino a ellos:

No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo

con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. No saben lo que piden quienes solicitan del Señor un asiento de gloria que todavía no habían merecido. Pues ya les deleitaba la cumbre del honor, pero antes tenían que recorrer el camino del trabajo. Deseaban reinar sublimemente con Cristo, pero antes debían padecer humildemente por Cristo. Pues con el nombre de cáliz o de bautismo designa la pasión del martirio, por la cual convenía que tanto él mismo como ellos fueran consumados. Por lo cual también en otro lugar habla de su pasión: Tengo que ser bautizado con un bautismo, ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla (Lc XII)? Y acercándose a esa misma pasión, oraba diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz (Mc XIV).

Y Jesús les dijo: Ciertamente beberéis el cáliz que yo bebo, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado. Se pregunta de qué manera los hijos de Zebedeo, a saber, Santiago y Juan, bebieron el cáliz del martirio, o cómo fueron bautizados con el bautismo del Señor, puesto que la Escritura narra que solo el apóstol Santiago fue decapitado por Herodes, mientras que Juan terminó su vida por muerte natural. Pero si leemos las historias eclesiásticas, en las que se refiere que él también, a causa del martirio, fue arrojado en un tonel de aceite hirviendo, y de allí salió como atleta de Cristo para recibir la corona, y fue enseguida relegado al destierro en la isla de Patmos, veremos que no le faltó al martirio el ánimo, y que Juan bebió el cáliz de la confesión, el mismo que también bebieron los tres jóvenes en el horno

de fuego, aunque el perseguidor no derramó su sangre. En cuanto a lo que añade:

Pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía darlo, sino de aquellos para quienes está preparado — esto ha de entenderse así: el reino de los cielos no pertenece al que da, sino al que recibe. Pues no hay acepción de personas ante Dios (Rom II), sino que quienquiera que se haya mostrado tal que sea digno del reino de los cielos, ese recibirá lo que no está preparado para la persona, sino para la vida. Si, por tanto, sois tales que alcancéis el reino de los cielos, que mi Padre preparó para los que triunfan y vencen, vosotros también lo recibiréis. Asimismo: no es mío darlo a vosotros, sino a aquellos para quienes está preparado. No es mío darlo a los soberbios, pues esto era aún lo que ellos eran. Pero si queréis recibirlo, no seáis lo que sois. Está preparado para otros; sed vosotros otros, y estará preparado para vosotros. ¿Qué significa, sed otros? Humillaos primero, vosotros que ya queréis ser exaltados.

Y los diez, al oír esto, comenzaron a indignarse contra Santiago y Juan. Los diez apóstoles no se indignan contra la madre de los hijos de Zebedeo, ni atribuyen a la mujer la audacia de la petición, sino a los hijos, que, ignorando su propia medida, ardieron en un deseo desmedido. A quienes también el Señor había dicho: No sabéis lo que pedís.

Pero Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que parecen gobernar a las naciones se enseñorean de ellas, y sus príncipes tienen potestad sobre ellas. Pero no será así entre vosotros, etc. El maestro humilde y manso ni reprende a los dos

que pedían por deseo desmedido, ni increpa a los diez restantes por indignación y envidia, sino que propone tal ejemplo, con el que enseña que es mayor el que fuere menor, y que se hace señor el que fuere siervo de todos. En vano, pues, o aquellos buscaron cosas desmedidas, o estos se duelen por el deseo de los primeros puestos, ya que a la cumbre de las virtudes se llega no por el poder, sino por la humildad. Finalmente, propone su propio ejemplo, para que, si tenían en poco sus palabras, se avergonzaran ante sus obras. Y dice:

Porque también el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en redención por muchos. Nótese, como con frecuencia hemos dicho, que aquel que había de servir es llamado Hijo del hombre, y da su vida en redención por muchos; puesto que tomó la forma de siervo, para derramar su sangre por el mundo. Y no dijo dar su vida en redención por todos, sino por muchos, esto es, por aquellos que quisieron creer.

Y llegan a Jericó; y al salir él de Jericó, con sus discípulos y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo, ciego, estaba sentado junto al camino mendigando. Al oír que era Jesús Nazareno, comenzó a clamar, etc. Mateo, en este pasaje, dice que dos ciegos sentados junto al camino y que clamaban al Señor fueron iluminados. Lucas, en cambio, refiere que, al acercarse el Señor a Jericó, en igual orden un ciego fue iluminado por él. En esto ningún sabio ha de pensar que los Evangelistas escriben cosas contrarias entre sí, sino que uno escribe más plenamente lo que otro omitió.

Pero en cuanto a que, refiriendo Mateo que el Señor dio la vista a dos ciegos, Marcos prefirió consignar a uno solo como iluminado —sin negar, sin embargo, que el otro también estuviera presente—, ha de entenderse que uno de ellos era muy conocido. Esto se manifiesta también suficientemente por el hecho de que Marcos mencionó tanto su nombre como el de su padre, cosa que no se encuentra fácilmente entre los muchos sanados antes por el Señor, salvo cuando expresó también por su nombre a Jairo, jefe de la sinagoga, cuya hija resucitó Jesús. En esto aparece aún más claramente este mismo sentido, pues también aquel jefe de la sinagoga era, ciertamente, un noble en aquel lugar. Sin duda, pues, este Bartimeo, hijo de Timeo, derribado de alguna gran prosperidad, fue de una miseria muy conocida y muy famosa, pues estaba sentado no solo ciego, sino también mendigo. De aquí, pues, que Marcos quisiera mencionar a él solo, cuya iluminación procuró a este milagro una fama tan clara cuanto conocida era su calamidad. Los ciegos, pues, a quienes el Señor iluminó cuando clamaban a él, son hombres ignorantes de la verdadera luz (que es Cristo), pero que, por don suyo, son movidos a compunción para reconocer y confesar su propia ceguera y para pedir la luz de la verdad. Jericó, por su parte, que se dice se interpreta «luna», significa el defecto de nuestra mutabilidad y mortalidad. Esto se manifestó especialmente por aquella parábola del Evangelio, donde un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, y, herido y

despojado por ellos, fue restituido a la salud por el piadoso cuidado del samaritano; porque, sin duda, el género humano, cayendo de la visión de la suprema paz, por una ruina mortífera, en los deseos de este siglo, es reconducido por el Señor Salvador a la vida que había perdido al extraviarse. El Señor, pues, al acercarse a Jericó, devolvió la luz al ciego, porque, viniendo en la carne y acercándose a su pasión, condujo a muchos a la fe y a la confesión del conocimiento divino. Pues no en los primeros tiempos de su encarnación, sino en los pocos años antes de padecer, es decir, después de haber empezado a tener treinta años, ofreció al mundo el ministerio de la palabra con que había de ser iluminado. Pero también, al partir de Jericó, iluminó a ciegos, porque, resucitando de entre los muertos y ascendiendo al cielo, envió el Espíritu Santo a los apóstoles y los dispersó por el mundo para la iluminación de todos los pueblos. El hecho de que, acercándose a Jericó, iluminara a uno solo, y partiendo de Jericó, a dos, significó tipológicamente que antes de su pasión predicó solamente a un pueblo, el de los judíos, mientras que después de su resurrección y ascensión manifestó más claramente, por medio de los apóstoles, tanto a judíos como a gentiles, los misterios de su eterna divinidad y de la humanidad asumida por él. Pero el hecho de que Marcos escriba que uno solo fue iluminado mira especialmente a la salvación de los gentiles, que habían sido en todo desterrados de la luz de la verdad. Y por eso, cuan famosa era la ceguera de su infidelidad, tan famosa se hizo la gracia del Salvador que

los iluminó. Y con razón Marcos, que escribía su Evangelio entre los gentiles, dice que uno solo fue iluminado, para que la figura correspondiera a la salvación de aquellos a quienes instruía en la fe. Mateo, en cambio, que escribía su Evangelio para los creyentes venidos de entre los hebreos, aunque también había de llegar al conocimiento de los gentiles, dice con razón que fueron iluminados dos, para enseñar que una misma gracia de la fe pertenece a ambos pueblos. Esto mismo procuró conservar la Escritura evangélica también en la lectura siguiente acerca del asno, en el que el Señor se dignó sentarse. Pues Mateo, que evangelizaba a los fieles venidos de entre los judíos, refiere que fueron traídos al Señor tanto la asna como el pollino. En cambio, los otros tres Evangelistas, que escribieron para la Iglesia congregada de entre las naciones, hacen mención solamente del asno traído al Señor, y callan por completo acerca de la madre. Porque aquellos figuran simplemente la fe de los gentiles; este, en cambio, procuró indicar, en el orden inmediato de su relato, al pueblo fiel de los gentiles nacido de la sinagoga fiel. Al partir, pues, el Señor de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, el ciego estaba sentado junto al camino mendigando; porque, al ascender el Señor a los cielos, y siguiéndolo muchos de los fieles —más aún, todos los elegidos desde el principio del mundo, entrando con él por la puerta del reino celestial—, pronto el pueblo de los gentiles, largo tiempo ciego por su infidelidad, al oír la venida del Salvador, comenzó también él a tener esperanza de su propia

salvación e iluminación. De él se dice con razón que estaba sentado junto al camino mendigando. Pues mendiga sentado junto al camino quien, sin entrar todavía en el camino de la verdad, sin conocerlo todavía, se esfuerza por alcanzarlo con atención perseverante y con la indagación de un deseo salvífico, y persiste en investigar cuál sea el verdadero culto de la religión. Esto se manifiesta especialmente en la historia del centurión Cornelio, quien rogaba con frecuentes oraciones al Dios que veneraba que se dignara iluminarlo. Pero ¿qué es oír al pasar, y restituir la luz al estar de pie, sino que se compadeció por medio de su humanidad aquel que, por el poder de su divinidad, alejó de nosotros las tinieblas de nuestra mente? Pues aquel que por nosotros nació y padeció, que resucitó y ascendió al cielo, Jesús, por así decirlo, pasó; porque esta acción, sin duda, es temporal. Pero, de pie, iluminó al ciego, porque no pasa la eternidad del Verbo como pasa aquella dispensación temporal; ella, permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas. Pues el estar de pie de Dios es disponer todas las cosas mudables mediante un pensamiento inmutable. Aquel, pues, que al pasar oyó las voces del que pedía, de pie restituyó la luz. Porque aunque padeció cosas temporales por nosotros, sin embargo, nos otorga la luz a partir de aquello que no sabe tener tránsito de mutabilidad. Sino que rogaba al Dios que veneraba, con frecuentes oraciones, que se dignara iluminarlo.

Cuando oyó que era Jesús el Nazareno, comenzó a clamar y a decir: Jesús, Hijo de David, ten

piedad de mí. Y muchos le increpaban para que callara. Pero él clamaba mucho más, diciendo: Hijo de David, ten piedad de mí. Al oír que era Jesús, el ciego suplica que se compadezcan de él, y, aunque muchos se lo prohíben, no desiste de clamar. Porque el pueblo de los gentiles, conocida la fama del nombre de Cristo, buscaba hacerse partícipe de él; muchos se oponían, primero los judíos, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, y luego también los gentiles insistían frecuentemente con una persecución más áspera y fuerte, para que el mundo, que había de ser iluminado y sanado, no invocara a Cristo; sin embargo, el furor insano de los que se oponían no podía privar de la salvación dispuesta a aquellos que estaban preordenados para la vida eterna.

Y Jesús, deteniéndose, mandó que lo llamaran. He aquí que se detiene el que antes pasaba. En esto el Señor nos insinúa algo que puede entenderse útilmente acerca de su humanidad y de su divinidad. Pues al pasar oyó al ciego que clamaba, pero, deteniéndose, realizó el milagro de la iluminación. Y llaman al ciego, diciéndole: Ten buen ánimo; levántate, te llama. El Señor llama a sí al ciego que clama, cuando confía la palabra de la fe, por medio de los santos predicadores, al pueblo de los gentiles que desea el conocimiento de la verdad. Los que llaman al ciego sin duda le mandan tener buen ánimo y levantarse y venir al Señor, cuando, predicando la palabra a los indoctos, les mandan tener esperanza de salvación y levantarse del entorpecimiento de los vicios, y ceñirse para el ejercicio de las virtudes por las que

merezcan ser iluminados, diciendo con el Profeta: Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII); y de nuevo: Levántate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará (Ef. V). Y porque la Iglesia primitiva de entre los gentiles ardía con tanto deseo de la luz prometida en Cristo, que muchísimos, abandonadas las riquezas del mundo, seguían desnudos la vida evangélica, para merecer tener un tesoro eterno en los cielos, se añade con razón acerca del ciego que iba a ser iluminado:

El cual, arrojando su vestido, se levantó de un salto y vino a él. En efecto, arrojado el vestido, salta, para que, al llegar, sea iluminado por Cristo, él que, desechados los lazos del mundo, se apresura con paso expedito de la mente hacia el dador de la luz eterna.

Y Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le dijo: Rabboní, que vea. ¿Acaso el que podía devolver la luz ignoraba lo que quería el ciego? Pero quiere que se le pida esto, lo cual sabe de antemano que también nosotros hemos de pedir y que él ha de conceder. Pues nos exhorta insistentemente a la oración, y sin embargo dice: Porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de que se lo pidáis (Mt. VI). Por eso exige que se le pida, por eso lo exige, para excitar el corazón a la oración. Por eso el ciego añade en seguida: Rabboní, que vea. He aquí que el ciego pide al Señor, no oro, sino luz. Tiene en poco pedir cualquier cosa fuera de la luz, porque, aunque el ciego pueda poseer cualquier cosa, sin luz no puede ver lo que tiene. Imitemos, pues, a

aquel a quien hemos oído que fue salvado tanto en el cuerpo como en la mente. No busquemos del Señor riquezas falsas, ni dones terrenos, ni honores fugaces, sino la luz. Aquella luz, a saber, que podemos ver junto con los ángeles solamente, a la que ningún principio inicia, ni ningún fin limita. A esa luz, en verdad, el camino es la fe. Por lo cual con razón se responde en seguida al ciego que iba a ser iluminado.

Vete, tu fe te ha salvado. Y al punto, dice, vio, y le seguía por el camino. Ve y sigue quien obra el bien que entiende. Pero ve, mas no sigue, quien ciertamente entiende el bien, pero desdeña obrar bien. Pues sigue al Señor Jesús quien le imita. Por eso dice: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII). Consideremos, pues, por dónde camina, para que merezcamos seguirle. He aquí que, siendo Señor y creador de los ángeles, habiendo de asumir nuestra naturaleza que él mismo creó, vino al vientre de la Virgen. Sin embargo, no quiso nacer en este mundo por medio de ricos; eligió padres pobres, por lo cual faltó también el cordero que se ofreciera por él, y su madre halló pichones de palomas y un par de tórtolas para el sacrificio. Quiso prosperar en este mundo; toleró oprobios y burlas, sufrió salivazos, azotes, bofetadas, la corona de espinas, la cruz. Y porque caímos del gozo interior por el deleite de las cosas corporales, mostró con cuánta amargura se ha de volver allí.

CAPÍTULO XI.

Y cuando se acercaban a Jerusalén y a Betania, junto al monte de los Olivos, envía a dos de sus discípulos, y les dice: Id a la aldea que está frente a vosotros. Betania es una pequeña aldea o ciudad situada en la ladera del monte de los Olivos, a unos quince estadios de Jerusalén, como lo manifiesta el evangelista Juan, donde Lázaro fue resucitado de entre los muertos, cuyo sepulcro muestra ahora una iglesia allí mismo construida. Betania, por su parte, se llama «casa de la obediencia». Y adecuadamente el Señor, que iba a venir a Jerusalén, y a redimir al mundo con su sangre, ensalzó primero a Betania con la dignidad de su presencia, y allí fue ungido con místico crisma por una mujer devota, porque, sin duda, enseñando a muchos antes de su pasión, se hizo para sí una casa de obediencia, en la cual habitara por el Espíritu de la gracia, y, deleitado por la piadosa acción de estos, él mismo fue como ungido con un perfumado ungüento. Por esta razón, en efecto, se dice que esta ciudad está situada en el monte de los Olivos, para significar que la Iglesia ha de ser salvada por la gracia de su Fundador, que nos reconforta con la unción de los carismas espirituales y con la luz perpetua de la ciencia y de la piedad. De donde en otro lugar, habiendo dicho: No puede esconderse la ciudad puesta sobre el monte, añadió a continuación: Ni encienden una lámpara para ponerla debajo del celemín (Mat. V). Porque ese mismo monte de los Olivos, esto es, el supremo dispensador de las gracias espirituales, que exalta a su ciudad para que sobresalga, la unge también con el óleo de la

exultación para que pueda alumbrar, no sea que desfallezca. Y porque no quiso que esa misma luz fuera puesta debajo del celemín, envió discípulos a la aldea que estaba frente a ellos, esto es, destinó a maestros que, evangelizando, penetraran los lugares incultos y bárbaros de todo el orbe, como si fueran los muros de una aldea puesta enfrente. Y con razón se envían dos, sea a causa del conocimiento de la verdad y de la pureza de la acción, sea porque había de predicarse por todo el orbe el misterio del doble amor, es decir, de Dios y del prójimo.

Y en cuanto entréis en ella, hallaréis un pollino atado, sobre el cual ningún hombre se ha sentado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os dijere: ¿Qué hacéis? decid: Porque el Señor lo necesita, y al punto lo enviará acá. Los santos predicadores, entrando en el mundo, hallaron al pueblo de las naciones enredado en las ataduras de la infidelidad. Pues cada uno estaba atado por las cuerdas de sus propios pecados; y no solo el de las naciones, sino también el de los judíos. Porque todos pecaron, y necesitan de la gloria de Dios (Rom. III). De donde, con razón, en Mateo se encuentra también atada una asna junto con el pollino. Pues la asna, que estuvo sometida al yugo y era domada, significa a la Sinagoga, que había llevado el yugo de la ley; el pollino de la asna, indómito y libre, significa al pueblo de las naciones. Sobre el cual ningún hombre se ha sentado todavía, porque ningún maestro racional, persuadiendo cosas útiles al pueblo de los gentiles, le había conferido el freno de la corrección,

con el cual fuese obligado a contener la lengua del mal o a caminar por la angosta senda de la vida, ni las vestiduras de la salvación con las cuales pudiera entrar en calor espiritualmente. En efecto, un hombre estaría sentado sobre él, si alguien, usando de la razón, corrigiera su necedad reprimiéndola. Por lo cual, no sin razón, los dos discípulos enviados a presentar los animales al Señor pueden entenderse como dos órdenes de predicadores, uno dirigido a los gentiles y otro a la circuncisión.

Y yendo, hallaron el pollino atado a la puerta, fuera, en la encrucijada, y lo desatan. Con razón el pollino se halla fuera, junto a la puerta, en la encrucijada. Pues la puerta es él mismo, quien dice: Yo soy la puerta de las ovejas. Si alguno entrare por mí, será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos. De estos pastos de vida carecía este pollino, esto es, el pueblo de los gentiles, mientras aún permanecía atado fuera de esta puerta, en la encrucijada. Y con razón en la encrucijada, porque, errante, no seguía un solo camino cierto de vida y de fe, sino que iba tras las muchas y dudosas sendas de las sectas.

Y algunos de los que estaban allí les decían: ¿Qué hacéis desatando el pollino? En el Evangelio de Lucas está escrito así: Fueron, pues, los que habían sido enviados, y hallaron el pollino de pie, como les había dicho. Y mientras ellos desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? Y con bastante propiedad. En efecto, tenía muchos dueños, porque, no entregado a un solo dogma y superstición, el desdichado

era arrastrado a voluntad de los espíritus inmundos hacia errores varios y diversos, yendo hacia simulacros mudos según se le conducía. En fin, según cierto uso familiar de la Escritura, se dice que es común lo que es inmundo. Como también la voz del cielo dice a Pedro: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú común (Hech. X). Porque el que es santo es de Dios solo, y no es común con nadie. Pero el que es pecador e inmundo es de muchos. Porque muchos demonios lo poseen, y por eso se le llama común.

Y ellos les dijeron, como Jesús les había mandado, y se lo permitieron, y llevaron el pollino a Jesús. Los que se habían opuesto a que se desatara el pollino, al oír el nombre del Señor, callan. Porque los maestros de los errores, que se oponían a los doctores que venían para la salvación de los gentiles, defendían sus tinieblas solo hasta que, atestiguándolo los milagros, resplandeció el poder del verdadero dueño y Señor. Mas después que apareció el poder de la fe del Señor, cediendo por doquier las quejas de los adversarios, la asamblea de los creyentes era libremente conducida hacia el Dios que llevaba en el corazón.

Y le pusieron encima sus vestidos, y se sentó sobre él. Por las vestiduras de los apóstoles pueden entenderse ya la doctrina de las virtudes, ya la exposición de las Escrituras, ya en verdad las variedades de los dogmas eclesiásticos, con las cuales cubren aquellos corazones de los hombres, antes desnudos y fríos, para que se hagan dignos de tener a Cristo por jinete.

Y muchos extendieron sus vestidos en el camino. Mientras la asna lleva al Señor, muchos extienden sus vestidos en el camino, porque los santos mártires, despojándose del ropaje de su propia carne, preparan con su sangre el camino a los siervos más sencillos de Dios, para que con paso de mente sin tropiezo avancen hacia las murallas de la ciudad celestial adonde los conduce Jesús. Asimismo nuestro Salvador, sentado sobre el asno, se encamina a Jerusalén, cuando, rigiendo el alma de cada fiel, esto es, su jumento, la conduce a la visión de la paz íntima. Se sienta también sobre el jumento cuando preside universalmente sobre la santa Iglesia, y la enciende en el deseo de la paz celestial. Y muchos extienden sus vestidos en el camino, porque domeñan sus cuerpos mediante la abstinencia, para prepararle un camino hacia la mente, o para ofrecer buenos ejemplos a los que los siguen.

Y otros cortaban ramas de los árboles, y las extendían en el camino. Y los que iban delante y los que seguían clamaban diciendo: Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor. Cortan frondas o ramas de los árboles quienes, en la doctrina de la verdad, extraen las palabras y sentencias de los Padres de su elocuencia, y las depositan con humilde predicación en el camino de Dios para el ánimo del oyente que se acerca. Pero los que iban delante y los que seguían clamaban diciendo: Hosanna. Pues en efecto, el pueblo judío precedió, y el pueblo gentil siguió. Y porque todos los elegidos, ya los que pudieron estar en Judea, ya los que ahora existen en la Iglesia,

creyeron y creen en el Mediador entre Dios y los hombres, tanto los que van delante como los que siguen clamaban Hosanna. Y Hosanna en lengua latina se dice «sálvanos». Y de él tanto los de antes buscaron la salvación, como los de ahora la buscan. Y confiesan que es bendito el que viene en el nombre del Señor, porque una es la esperanza, una la fe de los pueblos que preceden y de los que siguen. Pues así como aquellos fueron sanados al contemplar su pasión y resurrección, así nosotros somos salvados por su pasión pasada y por su resurrección que permanece por los siglos. Pues a aquel que nuestros antepasados del pueblo judío creyeron y amaron que había de venir, a este mismo nosotros creemos que ha venido y lo amamos, y nos inflamamos en su deseo, para contemplarlo cara a cara.

Bendito el reino que viene de nuestro padre David, Hosanna en las alturas. Y entró en Jerusalén, en el templo, etc. Leemos en el Evangelio de Juan que las turbas, saciadas con los cinco panes y los dos peces, quisieron arrebatar a Jesús y constituirlo rey; pero para que no pudieran llevarlo a cabo, él mismo lo previno huyendo al monte. Mas ahora, cuando vino a Jerusalén a punto de padecer, no rehúye a los que lo hacen rey, que lo conducen a la ciudad regia con cortejo glorioso y con himnos dignos del Hijo de Dios y Rey; no reprime las voces de los que cantan que en él ha de restaurarse el reino del patriarca David y han de recobrarse los dones de la antigua bendición. ¿Por qué, pues, abraza ahora de buen grado esto que antes rehusó huyendo, y no niega aceptar,

ahora que está a punto de salir del mundo por la pasión de la cruz, el reino que no quiso recibir mientras todavía había de vivir en el mundo, sino para enseñar abiertamente que él era Rey no de un imperio temporal y terreno, sino eterno en los cielos? A cuyo reino ciertamente había de llegar por el desprecio de la muerte, la gloria de la resurrección y el triunfo de la ascensión. Por eso es que, apareciéndose a los discípulos después de la resurrección, dijo: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y lo demás de ese mismo pasaje. Ha de notarse ciertamente cuánta es la consonancia de la turba que alaba al Señor con la voz de Gabriel que anuncia a la Virgen Madre, el cual dijo: Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre (Lc. I). Recibió, pues, el Señor el trono o reino de David, para que a este pueblo, al cual David en otro tiempo ofreció a la vez las riendas de un reino temporal y ejemplos de justicia, y con cuyas medidas de himnos espirituales solían encenderse a la fe y al amor de su creador, él mismo, con palabras, dones, hechos y promesas dignas de tan gran mediador de Dios y de los hombres, lo llamara al reino celestial e inmortal, y lo introdujera a la misma visión de Dios Padre. A esto se añade: Hosanna en las alturas, esto es, salvación. Con lo cual se muestra claramente que la venida de Cristo es salvación no solo de los hombres, sino de todo el mundo, uniendo lo terreno a lo celestial, de modo que ante él se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y en los

infiernos. Ha de notarse ciertamente que Hosanna, palabra hebrea, está compuesta de dos, una corrompida y otra íntegra. Pues «salva», o «que salva», se dice entre ellos «Osi», mas «anna» es interjección del que suplica. Del mismo modo que entre los latinos «heu» es interjección del que se duele, y «papae» interjección del que se admira. Finalmente, en el salmo ciento diecisiete, donde los Setenta Intérpretes tradujeron «Oh Señor, sálvame», en hebreo está escrito: Anna Adonai, osi anna. Lo cual nuestro traductor Jerónimo, explicándolo con mayor diligencia, tradujo así: Te lo suplico, Señor, salva, te lo suplico. Pues «Oh Señor», mediante la interjección del que suplica, significa lo mismo que «te suplico, Señor», mediante la propia palabra de súplica. Hosanna, pues, significa «salva, te lo suplico», consumida la letra vocal i, que termina la primera palabra cuando se dice completa «osi», por la fuerza de la letra vocal con que comienza la palabra siguiente, «anna». A esto los métricos, al escandir los versos, llaman sinalefa, aunque ellos, al escandir, se limitan a pasar por alto la letra escrita; mas en esta palabra «Osanna», la letra i ni siquiera se escribe, sino que, salvo el sentido de los que hablan, se suprime del todo.

Y entró en Jerusalén, al templo. El hecho de que, habiendo entrado en la ciudad, se dirigiera primero al templo, nos muestra de antemano una forma de religión que debemos seguir. De modo que, cuando por ventura entremos en una aldea o en una ciudad, o en cualquier otro lugar en el que haya una casa de oración consagrada

a Dios, nos dirijamos primero a ella; y después de habernos encomendado al Señor mediante el empeño de la oración, entonces nos retiremos así a realizar aquellos asuntos temporales por los que vinimos. Al acercarse, pues, el tiempo de la pasión, el Señor quiso acercarse al lugar de la pasión, y permanecer cerca allí, donde, en el tiempo establecido y predeterminado antes de los siglos, pudiera ser hallado por aquellos por quienes había de cumplirse esa misma pasión. Por lo cual también quiso dar a entender por esto a todos los oyentes que no se sometía a la muerte de mala gana, como pensaron los profanos, sino por su propia voluntad. Al acercarse su hora, se dirigió sin temor al lugar en el que, tanto por sí mismo como por boca de sus profetas, había predicho mucho antes que había de padecer. Debe notarse, sin embargo, que esta entrada suya en Jerusalén tuvo lugar cinco días antes de la Pascua, en la cual había decretado cumplir el misterio de su sacratísima pasión. Pues Juan narra que seis días antes de la Pascua vino a Betania, donde le hicieron una cena, y mientras muchos estaban recostados a la mesa, María, la hermana de Lázaro, lo ungió con un ungüento místico; y al día siguiente, sentado sobre un asno, saliéndole al encuentro una gran multitud con palmas, vino a Jerusalén. No debe pasarse en silencio aquí la concordia no solo en las cosas, sino también en los tiempos, del Antiguo y del Nuevo Testamento, de la sombra y de la verdad, de la ley y del Evangelio. Pues está escrito en la ley, diciendo el Señor a Moisés y a Aarón: Este mes será para vosotros el principio de los

meses; será el primero entre los meses del año. Hablad a toda la asamblea de los hijos de Israel, y decidles: El día décimo de este mes, tome cada uno un cordero según sus familias y casas. Y poco después: Y lo guardaréis hasta el día decimocuarto de este mes, y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará al atardecer (Éxodo XII). El día décimo del primer mes, por tanto, se mandó que el cordero que había de ser inmolado en la Pascua fuese llevado a la casa, porque también el Señor, el día décimo del mismo mes, esto es, cinco días antes de la Pascua, iba a entrar en la ciudad en la que había de padecer. Y así como el cordero, escogido de todo el rebaño, esperaba el día fijado de su inmolación, así también el Señor, mientras todo el consejo de los ancianos y los príncipes conjuraba contra él, aguardaba con certeza la hora en que se ofrecería a sí mismo a Dios como oblación y víctima en olor de suavidad para la salvación del mundo. El cordero era inmolado el día decimocuarto del primer mes al atardecer, y el Señor, a esa misma hora, comiendo el cordero con sus discípulos, después de haber cumplido los preceptos de la Pascua legal, salió con ellos inmediatamente al lugar de la oración, donde, aprehendido por los judíos y atado, ya comenzaría los sacramentos de su bienaventurada inmolación.

Y habiendo mirado todo alrededor, siendo ya la hora del atardecer, salió hacia Betania con los doce. No hizo esto una sola vez; sino que durante todos los cinco días desde que había subido a Jerusalén hasta el tiempo de la pasión, solía hacer esto mismo: enseñar de día en el templo, y por

las noches salir y permanecer en el monte de los Olivos, como leemos en Lucas. Pues enseñando a los incrédulos, ejercía diligente el oficio de la corrección. Mas permaneciendo con los fieles, les mostraba propicio la gracia de su benignidad. Bien se dice, además, que, habiendo mirado todo alrededor, salió hacia Betania. En efecto, el juez interior de todos escudriña los corazones, y cuando no encuentra dónde reclinar la cabeza entre los que contradicen y resisten a la verdad, se retira hacia los fieles, y se goza en hacer morada, junto con el Padre, en aquellos que obedecen la palabra. Pues Betania se llama casa de la obediencia. Esto también debe entenderse: que el Señor fue de tan grande pobreza, y no adulaba a nadie, que en la ciudad más grande no encontró ningún huésped ni ninguna morada, sino que habitaba en un pequeño caserío con Lázaro y sus hermanas. Pues su aldea es Betania.

Y al día siguiente, cuando salían de Betania, tuvo hambre. Tuvo hambre, ya mostrando la verdad de la carne humana, ya teniendo hambre de la salvación de los creyentes, abrasándose ante la incredulidad de Israel.

Y cuando vio de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó por si acaso encontrara algo en ella. Y cuando llegó a ella, no encontró nada sino hojas. Pues no era tiempo de higos. Y respondiendo Jesús le dijo: Que nadie jamás coma fruto de ti para siempre. Así como el Señor solía decir muchas cosas en parábolas, así también solía hacer algunas cosas en parábolas. Pues ¿qué motivo había para que, teniendo hambre, buscara fruto

en la higuera, cuyo tiempo cualquier hombre sabía que aún no había llegado, y condenara al árbol con la maldición de esterilidad eterna porque no tenía fruto en aquel tiempo, sino porque al pueblo, al cual enseñaba con la palabra, también con este hecho aterrorizaba, para que nadie, teniendo hojas y no teniendo fruto, esto es, ostentando palabras de justicia sin obras, mereciera ser cortado y arrojado al fuego? Pues cada árbol se conoce no por sus flores, no por sus hojas, sino por su fruto; es decir, cada hombre se prueba no por la estimación de la fama o la pompa de las palabras, sino por el testimonio de sus propias acciones. Por tanto, el Señor, teniendo hambre, vio una higuera que tenía hojas, y vino a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Porque, deseando la salvación del género humano, vio a Judea, que tenía los oráculos de la ley y de los profetas, y vino a probar, enseñando, corrigiendo, haciendo milagros, si acaso pudiera encontrar en su corazón el fruto de la fe y de la vida. Pero porque la higuera fue hallada teniendo hojas sin frutos, es condenada, porque Judea, que resonaba con las palabras de la Escritura sin obras, fue castigada con digna venganza. Digo esto, sin embargo, no porque toda la Sinagoga haya sido rechazada, de la cual ciertamente consta que fue construida la Iglesia primitiva. Pero mereció ser condenada aquella porción de la Sinagoga que se negó a alimentar a Cristo hambriento obrando el bien, que quiso ser cubierta más bien por las hojas de las palabras espirituales que honrada por los frutos del Espíritu. A los cuales él mismo dice en otro

lugar: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado (Juan V). Concuerda ciertamente este pasaje con aquella parábola suya, donde dice: Cierto hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino buscando fruto en ella, y no lo encontró. Y dijo al cultivador de la viña: He aquí que son tres años desde que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córtala, pues; ¿para qué ocupa además la tierra? Mas él, respondiendo, le dijo: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche estiércol. Y si en verdad diere fruto, bien; pero si no, la cortarás después (Lucas XIII). El cultivador de la viña es el orden de los apóstoles y de los doctores espirituales, que se esforzaron diligentemente en llamar a la Sinagoga a la penitencia, para que no pereciera, y en suplicar al Señor por su salvación. Especialmente Santiago, hermano del Señor, que fue puesto al frente del gobierno de la Iglesia de Jerusalén. Pero porque ella no consintió en dar fruto de obediencia ni en los preceptos de la ley, ni en los testimonios proféticos, ni siquiera en la misma gracia del Evangelio resplandeciente, permaneciendo como higuera estéril durante, por así decirlo, tres años, fue rechazada por el Señor y derribada con maldición eterna. Pues no solo fue rechazada de la suerte de los elegidos, sino también cortada de la misma tierra que ocupaba en vano. Pero tú también, si no quieres oír de Cristo en el juicio: Apártate de mí, maldito, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer (Mateo XXV), guárdate de ser árbol estéril

en esta vida; antes bien, ofrece a Cristo pobre y hambriento el fruto de piedad que necesita.

Y llegan a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a expulsar del templo a los que vendían y compraban, y volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas. Lo que el Señor hizo figuradamente al maldecir la higuera infructuosa, esto mismo mostró pronto más abiertamente, al expulsar a los malvados del templo. Pues el árbol no pecó en nada, en que, teniendo hambre el Señor, no tuviera frutos, cuyo tiempo aún no había llegado; sino que pecaban los sacerdotes que en la casa del Señor trataban negocios seculares, y habían dejado de dar el fruto de la piedad que debían, y que el Señor tenía hambre de hallar en ellos. Secó el Señor el árbol con una maldición, para que los hombres, viendo u oyendo esto, entendieran mucho más que habían de ser condenados por el juicio divino, si, sin el fruto de las obras, se halagaban a sí mismos solo con el aplauso del discurso religioso, o con el susurro y el ropaje de las hojas verdeantes. Pero como no entendieron, ejerció después sobre ellos mismos el rigor de la venganza merecida. Y expulsó el comercio de las cosas humanas de aquella casa, en la cual estaba mandado que se trataran únicamente cosas divinas, que se ofrecieran a Dios víctimas y oraciones, que se leyera, se oyera y se cantara la palabra de Dios. Y ciertamente hay que creer que solo halló vendidas o compradas en el templo aquellas cosas que eran necesarias para el ministerio del mismo templo, según lo que leemos que sucedió en otra ocasión,

cuando, entrando en el mismo templo, encontró en él a los que vendían y compraban ovejas, bueyes y palomas. Porque sin duda hay que creer que todas estas cosas las compraban a los habitantes del lugar aquellos que habían venido de lejos, solo para que fueran ofrecidas en la casa del Señor. Si, pues, el Señor no quería que se vendieran en el templo ni siquiera aquellas cosas que quería que se ofrecieran en el templo, a saber, a causa del afán de avaricia o de fraude, que suele ser el delito propio de los negociantes, ¿con cuánta severidad piensas que castigaría, si hubiera hallado allí a algunos entregados a la risa o a la vana palabrería, o esclavos de cualquier otro vicio? Pues si el Señor no permite que en su casa se traten negocios temporales que en otro lugar los hombres libres podían realizar, ¿cuánto más merecen mayor ira celestial aquellas cosas que en ningún lugar es lícito hacer, si se realizan en edificios consagrados a Dios? Pero, como el Espíritu Santo apareció sobre el Señor en forma de paloma, con razón se significan por las palomas los carismas del Espíritu Santo. Pero ¿quiénes son hoy, en el templo de Dios, los que venden palomas, sino los que en la Iglesia reciben un precio por la imposición de manos? por la cual imposición, en efecto, se da desde el cielo el Espíritu Santo. Se vende, pues, la paloma, cuando la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu Santo, se ofrece a cambio de precio. Pero nuestro Redentor derriba las sillas de los que venden palomas, porque destruye el sacerdocio de tales negociantes. De aquí viene que los sagrados cánones condenan la he-

rejía simoníaca, y mandan que sean privados del sacerdocio los que buscan precio por conceder las órdenes. Se derriba, pues, la silla de los que venden palomas, porque los que venden la gracia espiritual son privados del sacerdocio, ya ante los ojos de los hombres, ya ante los ojos de Dios.

Y no permitía que nadie transportara ningún vaso a través del templo. Habla de aquellos vasos que introducían con fines comerciales. Por lo demás, lejos esté que el Señor arrojara del templo los vasos dedicados a Dios, o prohibiera que fueran introducidos en el templo, donde presenta un insigne ejemplo de su futuro juicio; sino que más bien elimina del templo los vasos inmundos y profanos, y prohíbe que sean introducidos de nuevo, pues no solo aparta y expulsa de la Iglesia a todos los réprobos, sino que también, para que no entren de nuevo a perturbar la Iglesia, los contiene con un eterno azote. Pero también en el presente esta es la verdadera casa del Señor, esto es, la purificación del corazón de los fieles, de modo que no solo la compunción divinamente infundida quite los pecados que había, sino que también la gracia divina, perseverando en ellos, los ayude para que ya no vuelvan a incurrir en ellos.

Y enseñaba, diciéndoles: ¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Para todas las gentes, dice, no para una sola nación judía, ni en un solo lugar de la ciudad de Jerusalén, sino en todo el orbe de la tierra, y de ningún modo casa de toros, machos cabríos y carneros, sino de oración.

Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. En cuanto a los que se sentaban en el templo para recibir dádivas, no había ciertamente duda alguna de que buscaban infligir daños a algunos que no las daban. La casa de oración, pues, había sido hecha cueva de ladrones, porque sabían asistir en el templo con este fin: o bien procurar perseguir corporalmente a los que no daban dádivas, o matar espiritualmente a los que las daban. También templo y casa de Dios es la misma mente y conciencia de los fieles, la cual, si alguna vez profiere pensamientos perversos para daño del prójimo, mora como en una cueva de ladrones. Y matan a los que caminan sencillamente, cuando clavan las espadas del daño en aquellos que en nada son culpables. Pues la mente de los fieles ya no es casa de oración, sino cueva de ladrones, cuando, abandonadas la inocencia y la sencillez de la santidad, se esfuerza por hacer aquello con lo cual pueda dañar a los prójimos.

Y al pasar por la mañana, vieron la higuera seca desde las raíces. No solo las ramas o los troncos de la higuera infructuosa, sino también la misma raíz, al secarse, mostró en sí la sentencia de la reprobación divina. Y Juan dice que la segur está puesta a la raíz de los árboles (Mt. III). Se secó, pues, la higuera desde las raíces, para mostrar que la nación impía no había de ser castigada por un tiempo o en parte con las incursiones de los extranjeros, y luego, por misericordia del Señor, tras haber hecho Penitencia, restituida a su antigua libertad —como refiere con frecuencia la historia sagrada—, sino que más bien había

de ser herida con la condenación eterna; se secó desde las raíces, para dar a entender que el pueblo nefando había de quedar del todo privado, no solo por fuera de la gloria humana, sino también por dentro del favor divino. Pues perdió tanto la salvación y la vida que podía recibir en los cielos, como la patria que ya había alcanzado en la tierra.

Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe de Dios. En verdad os digo, que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate al mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que cuanto dijere se hará, le será hecho. Suelen los gentiles que escribieron maledicencias contra la Iglesia, reprochar a los nuestros que no tuvieron plena fe de Dios, porque nunca pudieron trasladar montes. A quienes se ha de responder que no todas las cosas que se han hecho en la Iglesia están escritas, como también nuestra Escritura da testimonio acerca de los hechos del mismo Cristo, Dios y Señor nuestro. Por lo cual también esto pudo suceder, que un monte, arrancado de la tierra, fuese echado al mar, si la necesidad hubiese exigido que se hiciera. Como leemos que sucedió por las oraciones del beato padre Gregorio, obispo de Neocesarea del Ponto, varón insigne por sus méritos y virtudes, que el monte cediera en el terreno tanto espacio cuanto necesitaban los habitantes de la ciudad. En efecto, queriendo edificar una iglesia en un lugar apto, viendo que este era más estrecho de lo que el caso exigía, porque de una parte estaba ceñido por un peñasco del mar, de otra por un monte cercano, vino de noche al lugar, y, doblando las rodillas, amonestó al Señor acerca

de su promesa, para que apartara más lejos el monte conforme a la fe del que pedía. Y hecho de mañana, al volver, encontró que el monte había dejado a los constructores de la iglesia tanto espacio cuanto habían necesitado. Podía, pues, este, podía otro varón cualquiera del mismo mérito, si la ocasión lo hubiera exigido, alcanzar del Señor, por el mérito de la fe, que incluso un monte fuese quitado y echado al mar. Mas porque con el nombre de monte a veces se significa al diablo, a saber, por la soberbia con que se yergue contra Dios, y quiere ser semejante al Altísimo, el monte, al mandato de aquellos que son fuertes en la fe, es quitado de la tierra y arrojado al mar, cuando, predicando los santos doctores la palabra, el espíritu inmundo es rechazado del corazón de aquellos que están predestinados a la vida, y se le permite ejercer la demencia de su tiranía en las mentes turbulentas y amargas de los infieles. No porque no tuviera allí también antes asiento y reino, sino porque tanto más ásperamente se enfurece contra aquellos a quienes le es lícito, cuanto más se duele de haber sido rechazado del daño de los píos. A esto es semejante aquello del Apocalipsis: Y el segundo Ángel tocó la trompeta, y he aquí que como un gran monte ardiendo en fuego fue echado al mar (Apoc. VIII). Pues mientras el ángel tocaba la trompeta, un monte ardiendo en fuego fue echado al mar, porque, mientras el doctor de la verdad predicaba la palabra, el antiguo enemigo, encendido por las teas de la envidia, se aproximó para corromper más gravemente los ánimos de los perversos, a fin de

vengar en los pérfidos el dolor de su expulsión de los fieles.

Y cuando estéis de pie orando, perdonad si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados, etc. Ha de notarse la distinción de los que suplican. Quien tiene fe perfecta, que obra por medio de la caridad, puede, orando, o incluso mandando, trasladar montes espirituales. Como hizo Pablo con Elimas el mago, a quien privó tanto de los ojos como de su arte nefanda. Como también con la pitonisa en Filipos, de la cual expulsó al espíritu maligno, es decir, un monte soberbísimo. Mas cuánto fuego furioso le acarreó a este el mismo monte, arrojado al mar, lo enseñó plenamente la persecución de los gentiles que enseguida le sobrevino. Mas los que todavía no pueden ascender a la cumbre de tan grande perfección, pidan que se les perdonen sus pecados, para que merezcan entrar en la vida perpetua, y sin duda alcanzarán lo que piden, si ellos mismos primero perdonan a los otros que pecan contra ellos. Pero si desdeñan hacer esto, no solo no pueden obrar prodigios orando, sino que tampoco pueden alcanzar el perdón de sus propios pecados.

Y mientras andaba en el templo, se acercaron a él los sumos sacerdotes, y los escribas, y los ancianos, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad para que hagas estas cosas? De diversos modos traman la misma calumnia que antes, cuando dijeron: En Beelzebub, príncipe de los demonios, echa fuera

los demonios. Pues cuando dicen: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? dudan de la potestad de Dios, y quieren que se entienda que lo que hace es del diablo. Añadiendo también: ¿Quién te dio esta autoridad? niegan clarísimamente al Hijo de Dios, a quien piensan que hace señales no con fuerzas propias, sino ajenas.

Pero Jesús, respondiendo, dijo: Os preguntaré una palabra, y respondedme, y os diré con qué potestad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme. Podía el Señor refutar con una respuesta abierta la calumnia de los que le tentaban, pero prudentemente pregunta, para que fueran condenados por su propio silencio o por su propia sentencia.

Mas ellos pensaban entre sí, diciendo: Si dijéremos: Del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? Pues aquel a quien confesáis haber tenido la profecía del cielo, dio testimonio de mí, y de él oísteis con qué potestad hago estas cosas.

Si dijéremos: De los hombres, tememos al pueblo. Porque todos tenían a Juan por verdaderamente profeta. Vieron, pues, que respondiesen lo que respondiesen de estas dos cosas, caerían en un lazo, temiendo el apedreamiento, pero temiendo más la confesión de la verdad.

Y respondiendo, dicen a Jesús: No lo sabemos. Y respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas. No os digo lo que sé, porque no queréis confesar lo que sabéis. Rechazados muy justamente, se retiraron ciertamente confundidos. Y se cumplió lo que en el salmo dice Dios Padre por el profeta: Preparé

una lámpara para mi Cristo, es decir, al mismo Juan. Vestiré de confusión a sus enemigos (Sal. CXXXI). Ha de notarse, sin embargo, que por dos causas principalmente ha de ocultarse el conocimiento de la verdad a los que la buscan. A saber, cuando el que busca, o es menos capaz de entender lo que busca, o por odio o desprecio de la misma verdad es indigno de que se le revele lo que busca. Por causa de uno de estos motivos, dice el Señor: Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis llevarlas. Mas por causa del otro, mandó a los discípulos: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos.

CAPÍTULO XII.

Y comenzó a hablarles en parábolas: Un hombre plantó una viña, la rodeó de un vallado, cavó una cisterna, y edificó una torre. Este hombre que plantó la viña es el mismo que en otra parábola contrató a los obreros para su viña. El que plantó la viña de la cual Isaías habla muy plenamente mediante un cántico, concluyendo al final: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel. Y en el salmo dice: Trasladaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones y la plantaste. Y la rodeó con un vallado, ya sea el muro de la ciudad, ya sea el auxilio de los ángeles. Y cavó en ella una cisterna, o un lagar, o un altar, o aquellos lagares que también están señalados en el título de tres salmos: el octavo, el octogésimo y el octogésimo tercero. Y edificó una torre, sin duda el templo,

del cual se dice por medio de Miqueas: Y tú, torre nebulosa de la hija de Sión.

Y la arrendó a labradores. A los cuales en otro lugar llamó obreros de la viña, que habían sido contratados a la hora primera, tercera, sexta y novena. Y se marchó lejos, no por un cambio de lugar. Pues, ¿de dónde puede estar ausente Dios, por quien todas las cosas se llenan? Y el que dice por medio de Jeremías: ¿Acaso soy yo un Dios que se acerca, y no un Dios de lejos, dice el Señor? Pero parece alejarse de la viña, para dejar a los viñadores libre arbitrio de obrar.

Y envió a los labradores en su tiempo un siervo, para recibir de los labradores del fruto de la viña. A quien, habiéndolo apresado, golpearon y despidieron con las manos vacías. Con razón mencionó el tiempo de los frutos, no el producto. Pues no existió fruto alguno del pueblo contumaz; no se halló producto alguno de esta viña, aunque se buscó con frecuencia y con solicitud. El siervo, por tanto, que fue enviado primero, se entiende que es el mismo legislador Moisés, quien durante cuarenta años continuos buscaba de los labradores algún fruto de la ley que había dado, pero, tras golpearlo, lo despidieron con las manos vacías. Pues provocaron a Moisés en el campamento, y a Aarón, el santo del Señor. Y Moisés fue afligido a causa de ellos, porque exacerbaron su espíritu. Y este mismo siervo declara abiertamente en su cántico lo que piensa del fruto de esta viña, diciendo: Porque su viña es la viña de Sodoma, y su vid, y su sarmiento es de Gomorra. Su uva es uva de hiel, y su racimo de amargura

para ellos; su vino es el furor de los dragones, y el furor incurable de los áspides (Deut. XXXII).

Y de nuevo les envió otro siervo, y a este lo hirieron en la cabeza y lo cubrieron de afrentas. El segundo siervo significa al rey y profeta David y a los demás salmistas, que fueron enviados después de Moisés, para que, tras los preceptos legales, incitaran a los colonos de la viña al ejercicio de la buena obra mediante la melodía de la salmodia y la dulzura de la cítara. Pues el mismo David, para elevar el corazón del pueblo al deseo de los bienes celestiales, estableció que, en medio de los ritos de las víctimas carnales, se cantaran con dulce melodía las alabanzas continuas del Señor. Pero también hirieron en la cabeza con afrentas a este afecto, porque, teniendo en poco los cánticos de los salmistas que llamaban a la alabanza del Señor, rechazaron al mismo David, que en el Espíritu Santo había resplandecido como cabeza y fuente de la salmodia. Pues, diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros en David, o qué herencia en el hijo de Jesé (III Rey. XII)?, cambiaron a la vez su reino por un linaje innoble, y su religión por la impiedad. Sin embargo, él mismo oraba por esta viña, que, trasladada de Egipto, había protegido con su sombra los montes de Palestina, para que no fuera exterminada de raíz: Señor Dios de los ejércitos, vuélvete ahora, mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña, y dirige la que tu diestra plantó (Sal. LXXIX). En donde igualmente expuso quién es aquel hombre que plantó esta viña, a saber, el Señor Dios de los ejércitos.

Y de nuevo envió a otro, y lo mataron, y a muchos otros, a unos hiriéndolos, a otros matándolos. Por el tercer siervo con sus compañeros, entiende el coro de los profetas, que con continuos testimonios amonestaron al pueblo, y predijeron los males que habrían de sobrevenir a esta viña. Pero ¿a cuál de los profetas no persiguieron? Y mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Señor Salvador (Hech. VII). Y todos estos dijeron muchas cosas acerca de la esterilidad de esta viña, pero baste poner el lamento de un solo Jeremías. Pero yo, dice, te planté como viña escogida, toda de simiente verdadera; ¿cómo te has convertido en la depravación de una viña ajena (Jer. II)? Que en estos tres grados de siervos puede ciertamente comprenderse la figura de todos los doctores bajo la ley, el Señor lo declara claramente en otro lugar, diciendo: Porque es necesario que se cumplan todas las cosas que están escritas en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos, acerca de mí (Luc. XXIV).

Teniendo, pues, todavía un hijo carísimo, también a este lo envió a ellos por último, diciendo: Reverenciarán a mi hijo. El que diga: Reverenciarán a mi hijo, no proviene de ignorancia. Pues ¿qué podría ignorar el padre de familia, que en este pasaje se entiende como Dios Padre? Pero se dice que Dios duda siempre, para que se reserve al hombre el libre albedrío. Interroguemos a Arrio y a Eunomio. He aquí que se dice que el padre ignora, y modera su sentencia, y, en cuanto está de nuestra parte, se demuestra que ha mentido. Cualquier cosa que respondan en favor del Padre,

entiéndanla en favor del Hijo, que dice que ignora el día de la consumación.

Pero los labradores se dijeron unos a otros: Este es el heredero; venid, matémoslo, y nuestra será la herencia. El Señor demuestra clarísimamente que los príncipes de los judíos crucificaron al Hijo de Dios no por ignorancia, sino por envidia. Pues comprendieron que este era aquel a quien se dijo: Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya (Sal. II). Y por eso, como deliberando para sí mismos, decían: He aquí que el mundo entero va tras él. Y si lo dejamos así, todos creerán en él (Juan XII). La herencia del Hijo, pues, es la Iglesia, dada a él de entre todas las naciones, la cual no le dejó el Padre al morir, sino que él mismo la adquirió admirablemente con su propia muerte, y la poseyó al resucitar. Esta, muerto él, intentaban los malos labradores arrebatarla de antemano, ya que los judíos, al crucificarlo, trataban de extinguir la fe que viene por él, y de anteponer más bien su propia justicia, que es de la ley, e insertarla en las naciones que habían de ser imbuidas de ella.

Y prendiéndolo, lo mataron, y lo arrojaron fuera de la viña. Los señala como de malicia pertinaz, pues, aun crucificado y resucitado de entre los muertos el Señor, no quisieron creer a la predicación de los apóstoles, sino que lo arrojaron como cadáver vil. Porque, en cuanto de ellos dependía, excluyéndolo de sus propios confines, lo dieron a las naciones para que lo recibieran.

¿Qué hará, pues, el señor de la viña? Vendrá y destruirá a los labradores, y dará la viña a otros.

Este versículo el Señor mismo lo explicó luego en Mateo, diciendo: Por eso os digo que el reino de Dios os será quitado, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mat. XXI). Que esto había de suceder así lo había mostrado también figuradamente, cuando, como ejemplo de los judíos incrédulos, maldijo a la higuera infructuosa. Pero a los que, por el contrario, después creyeron, ya fuesen de los judíos, ya de los gentiles, los comparó a un árbol fructífero y excelente, diciendo: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ese da mucho fruto (Juan XV). Pero habiendo dicho que el señor de la viña, viniendo tras la perdición de los malos labradores, había de dar la viña a otros, afirmó de inmediato que esto mismo había sido dispuesto así por disposición divina, añadiendo un ejemplo profético, y diciendo:

¿No habéis leído esta Escritura: La piedra que reprobaron los que edificaban, ésa ha sido puesta por cabeza del ángulo? Esto fue hecho por el Señor, y es admirable a nuestros ojos. ¿Cómo, dice, se cumplirá esta profecía, que afirma que la piedra reprobada por los que edificaban ha de ser puesta por cabeza del ángulo, sino porque Cristo, reprobado y muerto por vosotros, ha de ser predicado a los gentiles que han de creer, para que, como piedra angular, funde en sí mismo a los dos, y edifique para sí, de ambos pueblos, una sola ciudad de fieles, un solo templo? Pues llama ahora edificadores a esos mismos maestros de la Sinagoga a quienes arriba había llamado labradores. Porque los que estaban encargados de cultivar,

como una viña, al pueblo a ellos sometido para que produjera los frutos de la vida, esos mismos recibían también el mandato de construir y adornar a ese mismo pueblo, como una casa digna de que Dios la habite. Por lo cual también el Apóstol, escribiendo a los fieles, dice: Sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III). Pero los que, como pésimos labradores, se negaban a devolver al gran padre de familia el fruto de la viña de Dios, esos mismos, como malos albañiles, se esfuerzan por sustraer de la casa de Dios la piedra preciosa y escogida que debía ser puesta ya en los cimientos, ya en el ángulo, esto es, procuraban arrebatar a sus oyentes la fe de Cristo.

Y buscaban prenderlo, pero temieron a la multitud. Pues conocieron que había dicho esta parábola contra ellos, y, dejándolo, se fueron. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban dar muerte al Señor, como si mintiera contra ellos. Pero buscando esto mismo, enseñaban que era verdad lo que había dicho. Él mismo, en efecto, es el heredero, cuya muerte injusta decía que sería vengada por el padre. Aquellos malvados labradores, que en verdad pudieron ser retenidos un poco por el temor humano de matar al Hijo de Dios, hasta que llegara su hora, pero nunca pudieron ser refrenados por el amor divino. En sentido moral, ciertamente, cuando a cada uno de los fieles se le confía el misterio del bautismo para que lo ejercite obrando, se le da en arriendo como una viña que ha de cultivar. Se envía un siervo, luego otro, y un tercero, para que reciban del fruto, cuando se leen la ley, la salmo-

dia y la profecía, cuya amonestación debe seguir obrando bien. Pero el siervo enviado, ultrajado o golpeado, es expulsado, cuando la palabra oída es despreciada, o (lo que es peor) incluso blasfemada. Además, quien haya pisoteado al Hijo de Dios y haya hecho ultraje al Espíritu de gracia por el cual fue santificado, mata, en cuanto está de su parte, al heredero que fue enviado. Perdido el mal cultivador, la viña será dada a otro, cuando cada humilde sea enriquecido con el don de la gracia que el soberbio despreció. Pero también esto, que los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, buscando poner la mano sobre Jesús, son retenidos por el temor de la multitud, sucede cada día en la Iglesia, cuando cualquiera que es hermano solo de nombre se avergüenza o teme atacar la unidad de la fe y la paz eclesiástica, que no ama, a causa de la multitud de hermanos buenos que conviven con él. Este, sin embargo, tal como el Señor dice del avestruz, la más necia de las aves, cuando llegue el momento, levanta en alto las alas, porque al perseguir a la Iglesia se gozará de haber, por así decirlo, condenado al Señor a la cruz y de tenerlo por espectáculo de burla.

Y le enviaron a algunos de los fariseos y de los herodianos, para sorprenderlo en alguna palabra. Llama herodianos a los soldados de Herodes el tetrarca, quien también él mismo se hallaba entonces en Jerusalén, y coincidía con Pilato y los judíos en despreciar y burlarse del Señor, como atestigua el evangelista Lucas. Buscando, pues, los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos

apresar al Señor, temieron a la multitud. Y por ello, como no podían hacerlo por sí mismos, intentaban llevarlo a cabo por manos del poder terreno, para parecer ellos mismos exentos de su muerte. Pues recientemente, bajo el César Augusto, Judea, sometida a los romanos, cuando se celebró el censo en todo el orbe, había sido hecha tributaria, y había en el pueblo una gran sedición, diciendo unos que se debían pagar los tributos, por la seguridad y la paz por la cual los romanos militaban en favor de todos; mientras que los fariseos, que se aplaudían a sí mismos en materia de justicia, sostenían por el contrario que el pueblo de Dios, que pagaba los diezmos, daba las primicias y lo demás que está escrito en la ley, no debía estar sujeto a las leyes humanas. El fomento de esta sedición se acrecentó de tal modo que, después de la resurrección del Señor, insistiendo los romanos, prefirieron perder la patria, la nación y el reino, y también aquel augusto templo con su culto, e incluso la luz misma, antes que pagar los tributos.

Los cuales, viniendo, le dicen: Maestro, sabemos que eres veraz, y que no te importa nadie. Pues no miras la apariencia del hombre, sino que enseñas el camino del Señor según la verdad. ¿Es lícito dar tributo al César, o no lo daremos? La pregunta halagüeña y fraudulenta provoca a quien responde a temer más a Dios que al César, y a decir que no se deben pagar los tributos, para que, oyéndolo al instante los herodianos, lo apresen como autor de sedición contra los romanos.

Pero él, conociendo su astucia, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea. Y ellos se lo trajeron. La sabiduría siempre obra sabiamente, para que los tentadores sean refutados más bien con sus propias palabras: Traedme, dice, un denario. Este es un tipo de moneda que se contaba por diez monedas, y llevaba la imagen del César.

Y les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Los que piensan que la pregunta del Salvador fue ignorancia, y no un designio, aprendan de este pasaje que Jesús ciertamente podía saber de quién era la imagen en la moneda; pero pregunta, para responder oportunamente a su discurso.

Le dicen: Del César. Y respondiendo Jesús, les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Cuando dice: Dad al César lo que es del César, entendamos moneda, tributo y dinero; y por lo que es de Dios, los diezmos, las primicias, las ofrendas y las víctimas. Como él mismo también pagó los tributos por sí y por Pedro, y rindió a Dios lo que es de Dios, haciendo la voluntad del Padre. De otro modo: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Así como el César exige de nosotros la impresión de su imagen, así también Dios, para que, del mismo modo que a aquel se le rinde la moneda, así a Dios se le rinda el alma, iluminada y sellada con la luz de su rostro. Por lo cual dice el Salmista: Sellada está en nosotros, dice, la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV).

Esta luz es también el bien entero del hombre, y el bien verdadero, que no se contempla con los ojos sino con la mente. Y dijo que está sellada en nosotros, así como el denario es sellado con la imagen del rey. Pues el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, la cual corrompió al pecar. Su bien, por tanto, es verdadero y eterno si es sellado al renacer.

Y se maravillaban de él. Los que debieron creer ante tan gran sabiduría, se maravillaron, porque su astucia no había hallado lugar para tender la trampa. Y, como escribe Mateo, dejándolo, se fueron, llevando consigo la incredulidad junto con el asombro.

Y vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección. Había dos herejías entre los judíos, una de los fariseos y otra de los saduceos. Los fariseos anteponían la justicia de las tradiciones y observancias, que ellos llaman deuterosis, de donde también eran llamados «separados» por el pueblo. Los saduceos, en cambio, cuyo nombre se interpreta «justos», también se atribuían a sí mismos lo que no eran. Mientras los primeros creían en la resurrección tanto del cuerpo como del alma, y confesaban tanto los ángeles como los espíritus, los segundos, según los Hechos de los Apóstoles, negaban todo esto.

Y le preguntaron diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguien muriere, y dejare mujer, y no dejare hijos, tome su hermano la mujer de éste, y suscite descendencia a su hermano. Había, pues, siete hermanos, y el primero tomó mujer, y murió, sin dejar des-

cendencia, etc. Aquellos que no creían en la resurrección de los cuerpos, juzgando que las almas perecen con los cuerpos, con razón fingen una fábula de este tipo, que acuse de delirio a quienes afirman la resurrección de los cuerpos. Puede suceder, sin embargo, que esto verdaderamente haya acontecido alguna vez entre su pueblo.

En la resurrección, pues, cuando hayan resucitado, ¿de cuál de ellos será esposa? Porque siete la tuvieron por esposa. Oponen la vergüenza de la fábula, para negar la verdad de la resurrección; pero místicamente estos siete hermanos, muertos sin hijos, corresponden a todos los réprobos, que durante toda la vida de este siglo, que gira en siete días, permanecen estériles de buenas obras. Arrebatados éstos uno por uno por una muerte desdichada, al final también la misma conversación mundana, que ellos habían pasado sin el fruto de la obra vital, pasará como una esposa infecunda.

Y Jesús, respondiendo, les dijo: ¿No erráis por esto, porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios? Yerran por esto, porque no conocen las Escrituras. Y porque ignoran las Escrituras, consiguientemente no conocen el poder de Dios, esto es, a Cristo, que es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I).

Pues cuando hayan resucitado de entre los muertos, ni se casan ni son dados en matrimonio, sino que son como los ángeles en los cielos. El uso latino no corresponde al idioma griego. Propiamente se dice nubere de las mujeres, y uxores ducere de los varones. Pero entendámoslo dicho

simplemente, esto es, que nubere se dice de los varones, y nubi de las esposas. Si en la resurrección ni se casan ni son dados en matrimonio, resucitarán, pues, cuerpos que pueden casarse y ser dados en matrimonio. Pues nadie dice de la piedra y del árbol, y de aquellas cosas que no tienen miembros genitales, que no se casan ni son dados en matrimonio, sino de aquellos que, aunque puedan casarse, sin embargo por alguna razón no se casan. Pero lo que se añade: Sino que son como los ángeles en los cielos, promete una conversación espiritual. Pues son como los ángeles en los cielos, quienes, renovados por la gloria de la resurrección, sin ningún temor de la muerte, sin ninguna mancha de corrupción, sin ningún acto de condición terrena, gozan de la perpetua visión de Dios. A cuya igualdad de dignidad angélica, quien desee ascender, es necesario que ahora condescienda con los hermanos más pequeños, obrando piadosamente.

Y sobre los muertos, que resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, sobre la zarza, cómo le dijo Dios, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Para probar la verdad de la resurrección pudo haber usado otros ejemplos mucho más evidentes, entre los cuales está también aquel: Serán resucitados los muertos, y resucitarán los que están en los sepulcros. Y en otro lugar: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán juntamente, unos para la vida eterna, y otros para el oprobio y la confusión eterna (Dan. XII). Se pregunta, pues, qué quiso decir el Señor al aducir este testi-

monio, que parece ambiguo, o que no pertenece suficientemente a la verdad de la resurrección. Arriba dijimos que los saduceos, no confesando ni ángeles, ni espíritu, ni la resurrección de los cuerpos, predicaban también la perdición de las almas. Éstos recibían solamente los cinco libros de Moisés, rechazando las profecías de los profetas. Necio hubiera sido, pues, aducir de allí testimonios cuya autoridad no seguían. Además, para probar la eternidad de las almas, propone el ejemplo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Y añade enseguida:

No es Dios de muertos, sino de vivos. De modo que, habiendo probado que las almas permanecen después de la muerte (pues no podía ser que Él fuera Dios de aquellos que de ningún modo subsistían), se introdujera consiguientemente también la resurrección de los cuerpos, los cuales, junto con las almas, obraron el bien o el mal.

Y se acercó uno de los escribas que los había oído disputando. Y viendo que les había respondido bien, le preguntó cuál era el primero de todos los mandamientos. Jesús, por su parte, le respondió que el primero de todos los mandamientos es: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza. Este es el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Llama al mandamiento el primero de todos y el más grande, es decir, lo que cada uno de nosotros debe, antes que todas las cosas, colocar en lo íntimo del corazón

como, por así decirlo, el único fundamento de la piedad. Esto lo mostró más claramente en la conclusión, cuando dijo: No hay otro mandamiento mayor que estos. El primero de todos y el más grande de los mandamientos es, por tanto, el conocimiento y la confesión de la unidad divina junto con la ejecución de la buena obra. La buena obra, por su parte, se perfecciona en el amor de Dios y del prójimo. El Apóstol lo recomienda brevemente con otras palabras, diciendo: Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por la caridad (Gál. V).

Y le dijo el escriba: Bien, maestro, en verdad has dicho que Dios es uno, y no hay otro fuera de él. Y que sea amado con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con toda la fortaleza, y amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Se muestra por esta respuesta del escriba que a menudo se debatía entre los escribas y los fariseos una grave cuestión acerca de cuál era el primero o el mayor mandamiento de la ley divina, unos, en efecto, alabando las víctimas y los sacrificios, y otros, con mayor autoridad, prefiriendo las obras de la fe y del amor, porque muchísimos de los padres, antes de la ley, sin costumbre alguna de víctimas y sacrificios, agradaron a Dios solo por la fe, que obra por el amor, y fueron tenidos junto a él en el lugar más alto; en cambio, nunca se halló que alguien hubiera agradado a Dios solo por holocaustos y sacrificios, sin fe ni amor.

Este escriba declaró que también él sostenía esta opinión.

Jesús, sin embargo, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. No estuvo lejos del reino de Dios, porque se probó que había sido partidario de aquella sentencia que es propia del Nuevo Testamento y de la perfección evangélica. Por lo cual hay que indagar con mayor cuidado cómo dice Mateo que este escriba o doctor de la ley (como él mismo lo llama), tentando al Señor, preguntó acerca del mandamiento primero o mayor, del cual, según este evangelista, el Señor afirma que no está lejos del reino de Dios, siendo cierto que aquellos que buscan la sabiduría tentando no pueden hallarla, y por ello tampoco pueden acercarse a la puerta del reino celestial, que solo se abre a los sabios. Pues dice la Escritura: Y buscadlo en sencillez de corazón, porque es hallado por aquellos que no lo tientan (Sab. I). A no ser que digamos que se acercó, en efecto, con intención de tentar al Señor, pero que, oída su respuesta, corregido, pronto volvió a la gracia de la piedad; y que a aquel a quien antes pensaba engañar tentándolo, después reconoció que debía ser seguido, abrazándolo. O más bien, no entendamos aquella tentación como mala, como de un enemigo que quiere engañar, sino más bien como cautelosa, como de quien quiere probar más plenamente lo que desconoce. Pues no en vano está escrito: El que fácilmente cree es liviano de corazón y será disminuido (Eclo. XIX).

Y ya nadie se atrevía a interrogarlo. Los fariseos y los saduceos, y los demás príncipes de los judíos, buscando ocasión de calumnia y algún dicho que quedara expuesto a sus asechanzas, como fueron refutados en sus discursos, ya no lo interrogan más, sino que, habiéndolo apresado abiertamente, lo entregan al poder romano. De donde entendemos que los venenos de la envidia pueden ciertamente ser vencidos, pero difícilmente aquietados.

Y respondiendo Jesús, decía enseñando en el templo: ¿Cómo dicen los escribas que Cristo es Hijo de David? Pues él mismo dice en el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Pues el mismo David lo llama Señor; ¿y cómo entonces es hijo suyo? La pregunta de Jesús nos aprovecha hasta hoy contra los judíos. Pues también aquellos que confiesan que Cristo ha de venir afirman que es un hombre simple y santo, del linaje de David. Preguntémosles, pues, enseñados por el Señor, si es un hombre simple y solo hijo de David, cómo lo llama David su Señor, no por la incertidumbre del error, ni por propia voluntad, sino en el Espíritu Santo. No son, sin embargo, reprendidos porque lo llamen hijo de David, sino porque no creen que él sea el Hijo de Dios: puesto que él mismo es tanto Señor de David, permaneciendo Dios antes de los tiempos, como apareció hijo de David, hombre nacido al fin de los tiempos. Pero que los enemigos le sean sometidos por el Padre no significa la debilidad del Hijo, sino la unidad de naturaleza, porque el

uno obra en el otro. Pues también el Hijo somete los enemigos al Padre, porque glorifica al Padre sobre la tierra.

Y les decía en su enseñanza: Guardaos de los escribas, que quieren andar con estolas, y ser saludados en la plaza, y sentarse en las primeras cátedras en las sinagogas, y ocupar los primeros puestos en los banquetes. Andar con estolas significa salir en público vestidos con ropas más ostentosas, en lo cual, entre otras cosas, se describe que aquel rico que festejaba espléndidamente cada día pecó. Ha de notarse, sin embargo, que no prohíbe ser saludado en la plaza, ni sentarse o reclinarse en los primeros lugares, a aquellos a quienes esto corresponde por el orden de su cargo, sino que enseña que aquellos que aman indebidamente estas cosas —ya las posean, ya en verdad no las posean— deben ser evitados por todos los fieles como perversos, reprendiendo con justa severidad la disposición del ánimo, es decir, no el grado; aunque esto tampoco carece de culpa, si los mismos que desean ser llamados maestros de la Sinagoga en la cátedra de Moisés se ocupan también de litigios en la plaza. Se nos manda, en efecto, por doble razón, estar atentos contra los ávidos de vanagloria: no sea que, estimando buenas y dignas de hacerse las cosas que hacen, seamos inflamados por la emulación, o nos alegremos en vano de ser alabados por bienes que solo fingen.

Los que devoran las casas de las viudas con pretexto de una oración prolongada, estos recibirán un juicio más severo. No dijo solamente:

Recibirán juicio, sino que añadió más severo, para dar a entender que no solo merecen condenación aquellos que, de pie en las esquinas, oran para ser vistos por los hombres, sino que aquellos que hacen esto de manera más prolongada, como si fueran más religiosos, buscando no solo alabanzas de los hombres, sino también dinero, han de ser castigados con un juicio más grave. Pues hay quienes, fingiéndose justos y de gran mérito ante Dios, no dudan en aceptar dinero de ciertos humildes turbados por la conciencia de sus pecados, como si fueran a ser sus patronos en el juicio; y aunque la mano tendida suele ayudar a las oraciones del pobre, ellos pasan la noche en oraciones sobre todo por esto, para quitarle al pobre su dinero. A quienes no inmerecidamente conviene aquella maldición de Judas: Cuando sea juzgado, salga condenado, y su oración se convierta en pecado (Sal. CVIII). Pues en verdad sale condenado cuando es juzgado, y recibe su oración convertida en pecado, aquel que, ahora tenido en gran estima entre los hombres, descubre entonces, en el examen divino, que no solo no puede interceder por otros, sino que ni siquiera sus propios méritos le bastan a sí mismo; más aún, paga la pena, entre sus crímenes, por aquellas mismas oraciones con las cuales había engañado el juicio humano.

Y Jesús, sentado frente al gazofilacio, miraba cómo la turba echaba dinero en el gazofilacio. Porque en lengua griega φυλάττειν significa «guardar», y en lengua persa gaza se llama «riquezas», el lugar donde se guardan las riquezas suele llamarse gazofilacio. Con este nombre lla-

maban tanto al arca en la que se recogían los donativos del pueblo, para los usos necesarios del templo, como a los pórticos en que se guardaban. Tienes un ejemplo acerca de los pórticos en el Evangelio. «Estas palabras», dice, «habló Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo» (Jn. VIII). Tienes acerca del arca en el libro de los Reyes: «Y tomó Joiada el pontífice un gazofilacio, e hizo un agujero en la parte de arriba, y lo puso junto al altar, a la derecha de los que entraban en la casa del Señor». «Y los sacerdotes que guardaban las puertas ponían en él todo el dinero que se traía al templo del Señor». «Y cuando veían que había mucho dinero en el gazofilacio, subía el escriba del rey y el pontífice, y lo vaciaban y contaban el dinero que se hallaba en la casa del Señor» (IV Re. XII). Así pues, el Señor, que había advertido que se debía evitar a los que buscan el primer lugar y la vana gloria, que había predicho que por las oraciones fingidas se había de rendir un juicio más riguroso, discierne también con examen certero a los que traen dones a la casa del Señor, para retribuir a cada uno según su corazón y sus obras, porque de igual modo ese mismo juez interior no cesa de obrar siempre en la Iglesia.

Y muchos ricos echaban mucho. Pero habiendo venido una viuda pobre, echó dos pequeñas monedas, que es un cuadrante. Los calculistas llaman «cuadrante» a la cuarta parte de cualquier cosa, ya sea de espacio, de tiempo o de dinero. Quizá, pues, en este lugar significa la cuarta parte de un siclo, esto es, cinco óbolos.

Y convocando a los discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que echaron en el gazofilacio». Este pasaje nos manifiesta moralmente que es aceptable a Dios cuanto ofreciéremos con buen ánimo, pues Él no pesa la sustancia de los que ofrecen, sino la conciencia, ni considera cuánto hay en su sacrificio, sino de cuánto se ofrece. Pero según las leyes de la alegoría, los ricos que echaban dones en el gazofilacio designan a los judíos ensoberbecidos por la justicia de la ley, y la viuda pobre designa la sencillez de la Iglesia. La cual es llamada con razón pobre, porque arrojó de sí el espíritu de soberbia y las concupiscencias de las cosas temporales, como si fueran las riquezas del mundo. Y es viuda porque su esposo padeció la muerte por ella, y ahora, oculto a sus ojos en los penetrales del cielo, vive como en la región de otra tierra. Esta echa dos pequeñas monedas en el gazofilacio, porque ante la vista de la divina Majestad —donde se guardan las ofrendas de nuestra devota acción como inscritas y selladas con un número cierto— lleva el don del amor de Dios y del prójimo, o de su fe y oración. Las cuales, pequeñas por la consideración de su propia fragilidad, pero acepta por el mérito de su piadosa intención, superan a todas las obras de los soberbios judíos.

«Porque todos echaron de lo que les sobraba». «Pero ella, de su indigencia, echó todo lo que tenía, todo su sustento». El judío echa de su abundancia en los dones de Dios, él que, presumiendo de su propia justicia, ora así dentro de sí: «Dios, te doy gracias porque no soy como

los demás hombres, ladrones, injustos», etc. (Lc. XVIII). Pero la Iglesia echa todo su sustento en los dones de Dios, porque entiende que todo aquello por lo que vive no es de su propio mérito, sino de un don divino, diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Ibíd.). Y de nuevo: «Guardaré para ti mi fortaleza, porque tú, oh Dios, eres mi protector; Dios mío, su misericordia me previno» (Sal. LVIII).

LIBRO C

UARTO.

CAPÍTULO XIII.

Y saliendo del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué edificios. Y respondiendo Jesús le dijo: ¿Ves todas estas grandes edificaciones? No quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida. Según la historia, el sentido es manifiesto. Pues, al retirarse el Señor del templo, todos los edificios de la ley y la estructura de los mandamientos quedaron de tal modo destruidos, que nada podía ser cumplido por los judíos; y quitada la cabeza, todos los miembros combaten entre sí. Y porque, fundada ya la fe entre los gentiles, y la Iglesia de Cristo, Judea había de pagar las penas dignas de su perfidia, oportunamente el Señor, después de haber alabado en la pobre viuda la devoción de la Iglesia, sale del templo, y predijo que su futura ruina, y los edificios entonces admirados, serían poco después arrasados. Fue, pues, dispuesto divinamente que,

manifestada por todo el orbe la gracia de la fe evangélica, el templo mismo, en otro tiempo augusto, fuese suprimido junto con sus ceremonias, no fuera que alguno todavía pequeño y lactante en la fe, si viera permanecer aquellas cosas que fueron hechas por los santos profetas, que fueron instituidas por el Señor, admirando lo santo de manera mundana, se deslizara poco a poco desde la sinceridad de la fe que está en Cristo Jesús hacia el judaísmo carnal. Proveyendo, pues, a nuestra flaqueza, y deseando que su Iglesia se multiplicara, Dios hizo que todas aquellas cosas fueran subvertidas y enteramente quitadas, a fin de que, cesando la sombra y la figura, la verdad misma, ya declarada por todo el orbe, obtuviera la palma más verdadera.

Y cuando estaba sentado en el monte de los Olivos frente al templo, le preguntaban aparte Pedro, Santiago, Juan y Andrés. Dinos cuándo sucederán estas cosas, y qué señal habrá cuando todas estas cosas comiencen a cumplirse. Porque, alabando algunos las edificaciones del templo, el Señor había respondido abiertamente que todas estas cosas serían destruidas, los discípulos preguntan en secreto el tiempo y las señales de la predicha destrucción. El Señor está sentado en el monte de los Olivos frente al templo, cuando disputa acerca de la ruina del templo y la destrucción de la nación, para que también por la misma postura de su cuerpo concuerde con las palabras que dice, designando místicamente que, permaneciendo quieto en los santos, detesta la locura de los soberbios. ¿Quién, en efecto, no ve que el

monte de los Olivos designa la fructífera altura de la santa Iglesia, en la cual el Señor siempre se complace en habitar? Porque, en efecto, aquel monte no solía tener árboles infructuosos ni un bosque estéril, sino que producía olivos, con los cuales se alimenta la luz para repeler las sombras de las noches, se disuelven las enfermedades y se otorga descanso a los cansados. Todo lo cual ella misma prueba que sucede especialmente en la Iglesia, cuando dice: Mas yo, como olivo fructífero en la casa del Señor, esperaré en la misericordia de mi Dios (Sal. LI).

Y respondiendo Jesús comenzó a decirles: Mirad que nadie os seduzca. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy, y seducirán a muchos. Al aproximarse la destrucción de Jerusalén, surgieron muchos caudillos que decían ser cristos, y anunciaban que el tiempo de la libertad estaba ya, ya cerca. Muchos heresiarcas surgieron en la Iglesia, incluso en los mismos tiempos de los apóstoles, quienes, entre otras muchísimas cosas contrarias a la verdad, predicaban que el día del Señor estaba inminente. A estos condena el Apóstol en la Epístola a los Tesalonicenses. Muchos anticristos han venido en el nombre de Cristo, de los cuales el primero es Simón Mago: a quien, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, escuchaban todos los que estaban en Samaria, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este es el poder de Dios que se llama grande, porque durante mucho tiempo los había enloquecido con sus artes mágicas (Hech. VIII).

Mas cuando oigáis guerras y rumores de guerras, no temáis. Porque es necesario que estas cosas sucedan, pero aún no es el fin. Las guerras pertenecen a los enemigos, las sediciones a los ciudadanos. Consta suficiente y abundantemente que ambas cosas abundaron, desde el tiempo de la pasión del Señor, en el pueblo de los judíos, que eligió para sí, en lugar de Cristo Salvador, a un ladrón sedicioso. Pero, al sobrevenir estas cosas, se advierte a los apóstoles que no se aterren, ni abandonen Jerusalén y Judea, es decir, para que no piensen que el fin seguiría inmediatamente —fin que más bien ha de diferirse hasta el año cuadragésimo, esto es, la desolación de la provincia y la última destrucción de la ciudad y del templo.

Se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá terremotos por los lugares, y pestilencias y hambres. Éstas son el principio de los dolores. En el Evangelio de Lucas está escrito así: «Y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestilencias y hambres» (Lc. XXI). Consta, sin embargo, que esto sucedió literalmente antes de los últimos y más acerbos dolores, por los cuales toda la provincia fue devastada, más aún, borrada, es decir, en el tiempo de la sedición judía. Pero «reino contra reino», y la pestilencia de aquellos cuya palabra se extiende como un cáncer, y el hambre de oír la palabra de Dios, y la conmoción de toda la tierra, y la separación de la verdadera fe, pueden entenderse más bien de los herejes, quienes, combatiendo entre sí, procuran la victoria a la Iglesia. Que con justicia habían de

infligirse a Jerusalén y a toda la provincia de los judíos tantas adversidades, el Señor lo manifiesta al añadir cuando dice:

Mirad, pues, por vosotros mismos, porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas seréis azotados, y ante reyes y gobernadores compareceréis por causa mía, en testimonio para ellos. Pues ésta fue, en efecto, la causa única o principal de su ruina para el pueblo judío: que, después de la muerte del Señor Salvador, hostigaba con impía crueldad tanto a los heraldos como a los confesores de su nombre y de su fe.

Y es preciso que primero se predique el Evangelio de Dios a todas las naciones. Que esto se cumplió así lo atestiguan las historias eclesiásticas, en las cuales se refiere que todos los apóstoles, mucho antes de la destrucción de la provincia de Judea, fueron dispersados por todo el orbe para predicar el Evangelio, excepto Santiago hijo de Zebedeo y Santiago hermano del Señor, quienes ya habían derramado su sangre en Judea por la palabra del Evangelio. Por tanto, como el Señor sabía que los corazones de los discípulos habían de entristecerse por la destrucción y ruina de su propia nación, los alivia con este consuelo, para que supiesen que, aun rechazados los judíos, no les faltarían compañeros del gozo y del reino celestial; antes bien, que habían de reunirse muchos más, de entre todas las naciones de todo el orbe, de los que perecerían de Judea.

Y cuando os lleven para entregaros, no penséis de antemano qué habéis de decir, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad. Porque

no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. Cuando somos llevados ante los jueces a causa de Cristo, sólo debemos manifestar nuestra voluntad en favor de Cristo. Por lo demás, es Cristo mismo, que habita en nosotros, quien habla, y la gracia del Espíritu Santo se otorga al responder.

Y entregará el hermano al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir. Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre. «Pero el que...», etc. Hemos visto que esto sucede con frecuencia en las persecuciones, y no hay afecto fiel entre aquellos cuya fe es diversa.

Pero cuando veáis la abominación de la desolación puesta donde no debe estar, el que lee, entienda. En lugar de lo que dice Marcos: «puesta donde no debe estar», en Mateo está escrito: «puesta en el lugar santo» (Mt. XXIV); lo cual significa en todo lo mismo, puesto que ciertamente la abominación de la desolación no debe estar en lugar santo. Pero cuando somos llamados a la inteligencia, se muestra que lo que se dijo es místico. Puede entenderse simplemente, o bien del Anticristo, o bien de la imagen del César que Pilato colocó en el templo, o bien de la estatua ecuestre de Adriano, que estuvo largo tiempo en el mismo lugar del Sancta Sanctorum. También según la antigua Escritura, el ídolo es llamado abominación. Y por eso se añade «de la desolación», porque el ídolo fue colocado en el templo estando desolado y desierto.

Entonces los que estén en Judea huyan a los montes. Y el que esté sobre el tejado, no descienda

a la casa, ni entre a tomar algo de su casa. Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su vestido. Consta que estas cosas se cumplieron según la letra, cuando, acercándose la guerra romana y el exterminio de la nación judía, todos los cristianos que había en la provincia, advertidos por un oráculo, se retiraron lejos, como narra la Historia eclesiástica, y, asentándose al otro lado del Jordán, permanecieron por un tiempo en la ciudad de Pella bajo la protección de Agripa, rey de los judíos, del cual se hace mención en los Hechos de los Apóstoles, el cual, junto con aquella parte de los judíos que quería obedecerle, actuaba siempre como sometido al imperio de los romanos. Pero según los sentidos espirituales, cuando hayamos visto la abominación de la desolación estar donde no debe, esto es, reinar las herejías y los crímenes entre aquellos que parecían estar consagrados a los misterios celestiales, cuando hayamos considerado que los que obran la iniquidad, hablan mentira, los varones de sangre y engañosos, a quienes el Señor aborrecerá, turban la paz de los fieles, entonces todos los que perseveramos en Judea, esto es, en la confesión de la verdadera fe, no debemos quedar atados a obras terrenas y débiles, sino que debemos ascender tanto más alto a la cumbre de las virtudes, cuanto más numerosos vemos que son los que siguen los caminos anchos y errantes de los vicios. Entonces el que está sobre el tejado, esto es, el que, trascendiendo con el ánimo las cosas carnales, vive espiritualmente como en el aire libre, no descienda a los actos más bajos de

su antigua conducta, ni retome los deseos del mundo o de la carne que había dejado. Pues por casa nuestra ha de entenderse este mundo, o bien nuestra propia carne en la que habitamos, de la cual dice el Apóstol: Porque sabemos que si se disolviere esta nuestra casa terrestre de esta habitación, tenemos un edificio de Dios (I Cor. V). Y el que trabaja en la Iglesia, y, como Pablo y Apolo, planta y riega (I Cor. III), no vuelva la mirada a la esperanza secular a la que renunció, ni presuma incautamente retomar las ataduras de una vida caduca, de las que ya se había despojado para seguir a Cristo desnudo.

Mas ¡ay de las que estuvieren encinta y de las que criaren en aquellos días! ¡Ay, en la presente cautividad, de las que están encinta y de las que crían, cuyos vientres o manos, agravados por la carga de sus hijos, entorpecen no poco la necesidad de la huida! Lee la historia de los Reyes, donde la esposa de Jonatán, evitando el mal de la cautividad con una huida demasiado apresurada, recibió a su hijo, caído de su regazo, cojo para siempre.

Orad, pues, para que no sucedan en invierno. En Mateo está escrito: Orad, pues, para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado. Si quisiéramos entender esto de la cautividad de Jerusalén, cuando fue tomada por Tito y Vespasiano, debían orar para que su huida no fuese en invierno ni en sábado, porque en el uno, la dureza del frío impide marchar a la soledad y esconderse en los montes y desiertos; en el otro, hay o bien transgresión de la ley, si quisieran huir, o muerte

inminente, si permanecieren. Pero si se entiende de la consumación del mundo, esto ordena que no se enfríe nuestra fe y nuestra caridad hacia Cristo, y que no nos entorpezcamos ociosos en la obra de Dios en el sábado de las virtudes. Pues este discurso del Señor pertenece en parte a la cautividad judía que fue hecha por los romanos, y en parte al día del juicio. Pues también en Mateo se lee que los discípulos, cuando el Señor iba a decir estas cosas, le interrogaron así: Dinos cuándo sucederán estas cosas, y cuál será la señal de tu venida y de la consumación del siglo.

Pues aquellos días serán de tribulación tal, cual no ha existido desde el principio de la creación que Dios estableció hasta ahora, ni existirá. Esto corresponde propiamente a los tiempos del Anticristo, cuando no solo tormentos más frecuentes que los acostumbrados antes han de infligirse a los fieles, sino que (lo que es más grave) también acompañará a quienes infligen los tormentos la operación de signos: como atestigua el Apóstol, que dice: Cuya venida es según la operación de Satanás, con toda seducción, señales y prodigios mentirosos (II Tes. II). Pues cuántos milagros, cuántos prodigios hicieron a menudo los santos mártires ante sus perseguidores, y sin embargo ellos no quisieron ni creer ni cesar de perseguir. ¿Quién, pues, siendo incrédulo, se convierte a la fe, cuya fe, aun ya creyente, no se atemoriza y se conmueve, cuando el perseguidor de la piedad se hace también obrador de prodigios, y ese mismo que se ensaña con tormentos para que se niegue a Cristo, provoca con milagros

para que se crea en el Anticristo? ¿Qué refugio, pues, en estas cosas, qué esperanza quedará a los elegidos, sino que la gracia celestial, que otorga a los piadosos la virtud de la paciencia, quite más pronto a los impíos el poder de perseguir y de atribular? Por lo cual, con providente piedad, se añade.

Y si el Señor no hubiese abreviado los días, ninguna carne se habría salvado. Pero por causa de los elegidos que ha elegido, ha abreviado los días. Pues esta tribulación, cuanto más grave ha de ser por el peso de sus opresiones que las demás que la precedieron, tanto más moderada será por la brevedad de su tiempo. Pues se cree, en cuanto se puede conjeturar por la profecía de Daniel y el Apocalipsis de San Juan, que combatirá a la Iglesia por todo el orbe durante tres años y medio.

Y entonces, si alguien os dijere: He aquí que aquí está el Cristo, he aquí que allí, no lo creáis. Pues se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y darán señales y prodigios para seducir, si fuera posible, aun a los elegidos. Algunos refieren esto al tiempo del cautiverio judío, cuando muchos, diciendo que eran cristos, arrastraban tras de sí a engañadas muchedumbres del pueblo. Pero ha de notarse que en aquel sitio de la desdichada y miserable ciudad no había ningún fiel al cual debiera dirigirse la exhortación divina de que no siguiera a maestros perversos; sino que todos por igual, tanto menores como mayores, tanto sitiados como sitiadores, permanecían ajenos a Cristo. Por lo cual es mejor entenderlo de los herejes, que, viniendo contra la Iglesia, mentirían

ser cristos. El primero de ellos fue Simón Mago, mas el último, aquel mayor que los demás, es el Anticristo.

Mas en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas del cielo estarán cayendo. Los astros parecerán oscuros en el día del juicio, no por sobrevenir disminución de su luz, sino por la sobreviniente claridad de la verdadera luz, esto es, del sumo juez, cuando venga en su majestad, y en la del Padre, y en la de los santos ángeles; aunque nada impide entender verdaderamente que el sol entonces y la luna, junto con las demás estrellas, serán privados por un tiempo de su luz, tal como consta que sucedió con el sol en el tiempo de la pasión del Señor. Pues la luna en aquel tiempo, aunque estaba llena, se ocultaba bajo lo escondido de la tierra. Por lo cual permanece incumplida hasta hoy aquella profecía de Joel, quien, habiendo dicho: El sol se convertirá en tinieblas, añadió: Y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto (Joel. II). Y lo que dice Isaías, hablando del día del juicio: Y se avergonzará (dice) la luna, y se confundirá el sol, cuando el Señor de los ejércitos reinare en el monte Sión y en Jerusalén, y fuere glorificado a la vista de sus ancianos (Isa. XXIV). Pero, cumplido el día del juicio y resplandeciendo la gloria de la vida futura, cuando hubiere un cielo nuevo y una tierra nueva, entonces se cumplirá lo que el mismo profeta dice en otro lugar: Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces como la luz de siete días.

Y las virtudes que están en los cielos serán conmovidas. ¿Qué de extraño tiene que los hombres, que son terrestres tanto por naturaleza como por sentido, se turben ante este juicio, ante cuya vista tiemblan las mismas virtudes de los cielos, esto es, las potestades angélicas? Como atestigua también el bienaventurado Job, que dice: Las columnas del cielo tiemblan, y se espantan ante su señal (Job. XXVI). ¿Qué harán, pues, las tablas, cuando tiemblen las columnas? ¿Qué sufre la varilla del desierto, cuando es sacudido el cedro del paraíso?

Y entonces enviará a sus ángeles, y congregará a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. Por los cuatro vientos entiende las cuatro regiones del mundo: Oriente, Occidente, Aquilón y Austro. Y para que nadie pensara que los elegidos habían de ser congregados solamente de las cuatro regiones de la tierra, y no más bien de todos sus confines junto con las regiones del interior, añadió oportunamente: Desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo, es decir, desde los últimos confines de la tierra en línea recta, hasta sus términos extremos, donde, para quienes miran desde lejos, el círculo del cielo parece tocar la tierra. Por tanto, en aquel día no quedará ningún elegido que no salga al encuentro del Señor que viene al juicio en el aire, ya sea hallado todavía viviendo en el cuerpo, ya resucitado de la muerte a la vida. También los réprobos vienen al juicio, unos hallados viviendo en el cuerpo, otros resucitados de la muerte a la vida. Pero con

esta diferencia, sin duda, que los justos son congregados en el gozo de su Señor; en cambio, sus enemigos, terminado el juicio, son dispersados y perecen de la faz de Dios.

Aprended, pues, del árbol de la higuera la parábola: cuando ya su rama está tierna y han brotado las hojas, conocéis que el verano está cerca. Así también vosotros, etc. Bajo el ejemplo del árbol, enseñó la venida de la consumación. Así como, dice, cuando los brotes en el árbol de la higuera se vuelven tiernos, y el capullo estalla en flor, y la corteza produce hojas, entendéis la venida del verano y la entrada del favonio y de la primavera; así también, cuando hayáis visto todas estas cosas que están escritas, no penséis que ya está presente la consumación del mundo, sino que vienen, por así decir, ciertos preámbulos y precursores, para mostrar que está cerca y a las puertas. Pero esta fructificación de la higuera puede entenderse más profundamente según sentidos místicos, a saber, sobre el estado de la Sinagoga, la cual, cuando el Señor vino a ella en otro tiempo, porque no tenía el fruto de la justicia, fue condenada a esterilidad eterna en aquellos que entonces eran incrédulos. Pero puesto que dijo el Apóstol que la ceguera en parte ha sobrevenido a Israel, hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel se salvará (Rom. XI). Cuando llegue ese tiempo, en que, quitada la prolongada ceguera de la incredulidad, todo Israel reciba la luz y la salvación, ¿qué otra cosa hará el árbol de la higuera, largo tiempo estéril, sino devolver el fruto que había negado? según aquello del bien-

aventurado Job: El árbol tiene esperanza; si es cortado, reverdece de nuevo, y sus ramas retoñan. Si su raíz ha envejecido en la tierra, y su tronco ha muerto en el polvo, al olor del agua germinará, y producirá follaje, como cuando fue plantado por primera vez. Cuando veas que esto sucede, no dudarás de que el día del juicio final, y el verano de la verdadera paz y luz, están cerca.

En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que sucedan todas estas cosas. Con el nombre de generación se significa o bien todo el género de los hombres, o especialmente el de los judíos. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Debemos entender que el cielo que ha de pasar no es el etéreo o sidéreo, sino el aéreo, del cual se denominan tanto las «aves del cielo» como las «nubes del cielo», según atestigua Pedro, que dice: Que los cielos existían desde antiguo, y la tierra, del agua y por el agua, subsistiendo por la palabra de Dios; por las cuales aquel mundo de entonces, anegado por el agua, pereció. Pero los cielos que ahora existen, y la tierra, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos (II Pedro III), enseñando abiertamente que no son otros los cielos que han de perecer por el fuego que los destruidos por el agua, es decir, estos vacíos y nebulosos espacios del aire ventoso. Pues no se ha de creer que el agua del diluvio, que solo sobrepasó en quince codos las cumbres de los montes, llegase más allá de los confines del aire y del éter. Y adondequiera que pudo llegar, hasta allí

ciertamente, según la sentencia antes citada del bienaventurado Pedro, llegará también el fuego del juicio. Pero si el cielo y la tierra han de pasar, puede plantearse cómo dice el Eclesiastés: Una generación pasa, y otra generación viene, mas la tierra permanece para siempre (Ecl. I). Pero con clara razón, el cielo y la tierra pasan en cuanto a la apariencia que ahora tienen, mas en cuanto a su esencia subsisten sin fin. Pues pasa la figura de este mundo (I Cor. VII). Y a Juan le dice el ángel: Habrá, dice, un cielo nuevo y una tierra nueva (Apoc. XXI); las cuales, en verdad, no han de crearse otras, sino que han de renovarse estas mismas. Por tanto, el cielo y la tierra tanto pasan como serán, porque son purificados por el fuego de la apariencia que ahora tienen, y sin embargo se conservan siempre en su propia naturaleza. Por lo cual también se dice por el Salmista: Los mudarás, y serán mudados (Sal. CI). Y en verdad, este su último cambio nos lo anuncian ya ahora mediante esas mismas vicisitudes con las que se alternan sin cesar para nuestro uso. Pues la tierra pierde su aspecto por la aridez del invierno, y reverdece por la humedad de la primavera. El cielo se cubre a diario con la oscuridad de la noche, y se renueva con el resplandor divino. De aquí, pues, de aquí, que todo fiel colija tanto que estas cosas perecen como que, sin embargo, se restauran mediante la renovación, puesto que consta que ahora se reparan continuamente, como a partir de la decadencia.

Mas de aquel día o de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.

Se regocijan Arrio y Eunomio, como si la ignorancia del maestro fuese la gloria de los discípulos; y dicen: No puede ser igual quien sabe y quien ignora. Pero puesto que Jesús, esto es, el Verbo de Dios, hizo todos los tiempos (pues todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada), y puesto que entre todos los tiempos se halla también el día del juicio, ¿cómo podría, en consecuencia, ignorar una parte de aquello cuyo todo conocía? Por tanto, ha de darse la razón de por qué se dice que ignora. El Apóstol escribió acerca del Salvador: En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. II). ¿Por qué escondidos? Después de la resurrección, preguntado por los apóstoles acerca del día del juicio, respondió más claramente: No os toca a vosotros conocer los tiempos o los momentos, que el Padre ha puesto en su propia potestad (Hch. I). Cuando dice: no os toca a vosotros saber, muestra que él mismo lo sabe, pero que no conviene a los apóstoles conocerlo, para que, siempre inciertos acerca de la venida del Juez, vivan cada día como si en aquel mismo día hubieran de ser juzgados. Finalmente, también el discurso siguiente del Evangelio obliga a entender esto mismo. Además, al enseñar que solo el Padre sabe, incluye en el Padre también al Hijo. Pues todo padre es el nombre de un hijo.

Ved, velad y orad. Porque no sabéis cuándo es el tiempo. Como un hombre que, partiendo de viaje, dejó su casa y dio a sus siervos potestad, etc. El Señor muestra claramente por qué dijo: Mas de aquel día o de aquella hora nadie sabe, ni los

ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Porque no conviene que los apóstoles lo sepan, para que, en la incertidumbre de una espera suspendida, crean siempre que ha de venir aquel de quien ignoran cuándo ha de venir. Y no dijo: porque no sabemos a qué hora ha de venir el Señor, sino: no sabéis. Y habiendo antepuesto el ejemplo del padre de familia, enseña más claramente por qué calla el día de la consumación, diciendo:

Velad, pues; porque no sabéis cuándo vendrá el Señor, al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o por la mañana. No sea que, viniendo de repente, os halle dormidos. El hombre que, partiendo de viaje, dejó su casa, sin duda es Cristo, quien, ascendiendo victorioso al Padre tras la resurrección, dejó a la Iglesia corporalmente; mas nunca la privó de la protección de su presencia divina, permaneciendo en ella todos los días hasta la consumación del siglo. Pues el lugar propio de la carne es la tierra, la cual fue como conducida a tierra extraña, cuando por nuestro Redentor fue colocada en el cielo. Dio, pues, a sus siervos poder sobre cada obra: porque a sus fieles, concedida la gracia del Espíritu Santo, les otorga la facultad de dedicarse a las buenas obras. También mandó al portero que velase: porque manda al orden de los pastores y rectores espirituales dedicar con solícita observancia el cuidado de la Iglesia que les fue encomendada.

Y lo que os digo, a todos lo digo: Velad. No solo a los apóstoles y a sus sucesores, es decir, a los rectores de la Iglesia, sino a todos se nos manda velar. A todos se nos manda guardar con

empeño las puertas de nuestros corazones, no sea que el enemigo antiguo irrumpa sugiriendo males. Cada uno de nosotros debe precaverse con diligencia, no sea que el Señor, al venir, nos halle dormidos. Porque cada uno rendirá cuentas a Dios por sí mismo. Vela, pues, quien mantiene abiertos los ojos de la mente para la contemplación de la luz verdadera. Vela quien guarda obrando lo que cree. Vela quien aparta de sí las tinieblas del sopor y la negligencia. Por esto dice Pablo: Despertad, justos, y no pequéis (I Cor. XV). Por esto también dice: Ya es hora de que nos levantemos del sueño (Rom. XIII).

CAPÍTULO XIV.

Y la Pascua y los ázimos eran después de dos días. Pascua, que en hebreo se llama phase, se denomina no por la pasión, como muchos piensan, sino por el paso, porque el exterminador, viendo la sangre en las puertas de los israelitas, pasó de largo y no los hirió; o porque el mismo Señor, prestando auxilio a su pueblo, caminó por encima, pasando de largo. Exponiendo más sublimemente el misterio de este nombre, el evangelista Juan dice: «Y antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora, para pasar de este mundo al Padre» (Jn. XIII). Donde declara claramente que el día de esta solemnidad fue místicamente llamado, según la ley, paso, porque en él el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo había de pasar de este mundo, ya fuera él mismo pasando, ya conduciéndonos a nosotros con un tránsito saludable, como sacán-

donos de la servidumbre de Egipto. Esta es, en verdad, según la Escritura del Antiguo Testamento, la diferencia entre la Pascua y los ázimos: que Pascua se llama solamente aquel día en que se inmolaba el cordero al atardecer, esto es, en la luna decimocuarta del primer mes. Mas en la luna decimoquinta, cuando se produjo la salida de Egipto, sucedía la fiesta de los ázimos, solemnidad establecida por siete días, esto es, hasta el día veintiuno del mismo mes, al atardecer. Pero los evangelistas suelen usar estos términos indistintamente, poniendo el día de los ázimos por Pascua, y Pascua por los días de los ázimos. Pues dice Marcos: «Y era la Pascua y los ázimos después de dos días» (Mc. XIV). Dice Lucas: «El día festivo de los ázimos, que se llama Pascua» (Lc. XXII). Asimismo Juan, aunque el hecho ocurría en el primer día de los ázimos, esto es, en la luna decimoquinta, dice: «Y ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse, sino para poder comer la Pascua» (Jn. XVIII). Hicieron esto porque el día de la Pascua fue mandado celebrarse con panes ázimos, y nosotros, como celebrando una Pascua perpetua, somos exhortados a pasar siempre de este mundo. Pues inmolado el cordero en un solo día al atardecer, siguen en orden siete días de ázimos, porque Cristo Jesús, habiendo padecido una sola vez por nosotros en la carne en la plenitud de los tiempos, mandó que durante todo el tiempo de este siglo (que se computa por siete días) se viva en los ázimos de sinceridad y verdad (1 Cor. V), y amonesta a que, con todo esfuerzo siempre, huyamos de los deseos terrenos

como de las ataduras de Egipto, y emprendamos, como en una soledad apartada de la conversación mundana, el camino de las virtudes.

Y los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo prenderlo con engaño y matarlo. Pero decían: No en día de fiesta, no sea que se produzca tumulto en el pueblo. Ellos, que debiendo, cercana la Pascua, preparar las víctimas, pulir las paredes del templo, barrer los pavimentos, limpiar los vasos y purificarse según el rito de la ley, para hacerse dignos de comer el cordero, se congregan tomando consejo sobre cómo matar al Señor, no temiendo la sedición, como muestra el sentido literal de las palabras, sino cuidando de que no les fuera arrebatado de las manos con el auxilio del pueblo.

Y estando en Betania, en casa de Simón el leproso, y estando recostado a la mesa. Habiendo de padecer por todo el mundo, y habiendo de redimir con su propia sangre a todas las naciones, se detiene en Betania, en la casa de la obediencia, que en otro tiempo fue de Simón el leproso; no porque en aquel tiempo permaneciera leproso, sino porque, habiendo sido antes leproso, después fue purificado por el Salvador, permaneciendo su nombre antiguo, para que apareciera el poder de quien lo curó. Pues también en el catálogo de los apóstoles, Mateo es llamado el publicano, con su antiguo vicio y oficio, aunque ciertamente había dejado de ser publicano. Algunos quieren entender a Simón el leproso como aquella parte del pueblo que creyó en el Señor y

fue curada por él. Simón, además, se interpreta como obediente.

Vino una mujer que tenía un vaso de alabastro de ungüento de nardo espigado precioso, y quebrando el vaso de alabastro, lo derramó sobre su cabeza. Esta mujer era María Magdalena, hermana de Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos, como abiertamente recuerda Juan, quien también atestigua que este hecho se realizó seis días antes de la Pascua, el día antes de que, sentado sobre un asno, viniera a Jerusalén con palmas y la alabanza de las multitudes. Es ella misma, y no otra, quien en otro tiempo (como escribe Lucas), siendo todavía pecadora, viniendo, regó los pies del Señor con lágrimas de penitencia, y los ungió con el ungüento de la piadosa confesión, y porque amó mucho, mereció del piadoso juez el perdón de muchos pecados. Mas ahora, justificada y hecha familiar del Señor, derramó óleo santo no solo sobre sus pies (como narra el mismo Juan) sino también sobre su cabeza (como relatan Mateo y Marcos). El alabastro es un tipo de mármol blanco, teñido de diversas manchas, que suele ahuecarse para hacer vasos de ungüentos, porque se dice que los conserva óptimamente incorruptos. Se produce en torno a Tebas de Egipto, y en torno a Damasco de Siria más blanco que los demás, pero el más acreditado se produce en India. El nardo, en cambio, es un arbusto aromático, de raíz pesada (según dicen) y gruesa, pero corta, negra y quebradiza, aunque rica, que huele a seno, o a ciprés, de sabor áspero, de hoja pequeña y densa, cuyas puntas se extien-

den en espigas. Y por eso los perfumistas celebran las espigas y las hojas del nardo por esta doble dote. Y esto es lo que dice Marcos: «De ungüento de nardo espigado, precioso». Porque evidentemente aquel ungüento que María llevó al Señor no estaba confeccionado solamente con la raíz del nardo, sino que, para que fuese más precioso, la gracia de su olor y virtud se había acrecentado también con la adición de sus espigas y hojas. Los naturalistas cuentan del nardo que ocupa el primer lugar entre los ungüentos. Por lo cual fue ofrecido con razón para la unción de la cabeza y los pies del Señor. Hay ciertamente muchas clases de él, pero todas son inferiores excepto la india, que es más preciosa. Pero místicamente, esta devoción de María sirviendo al Señor designa la fe y la piedad de la santa Iglesia, que habla en el cántico de amor diciendo: «Mientras el rey estaba en su reposo, mi nardo dio su olor» (Cant. I). Estas palabras, sin duda, las cumplió una vez según la letra por las manos de María, y no cesa de cumplirlas cada día espiritualmente en todos sus miembros, los cuales, difundidos por todo el orbe, se glorían y dicen: «Mas gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo Jesús, y manifiesta por nosotros el olor de su conocimiento en todo lugar». Porque somos para Dios el buen olor de Cristo (II Cor. II). Cuando confiesa, alaba y predica con digna reverencia el poder de su virtud divina, que le pertenece juntamente con el Padre, unge sin duda su cabeza con ungüento precioso. Mas cuando con igual digna reverencia contempla los misterios de la humanidad asumi-

da, derrama sobre los pies del Señor el ungüento de nardo pístico, es decir, fiel y verdadero, porque con piadosa predicación encomienda, y con devoto homenaje venera, aquella naturaleza suya por la cual se dignó tocar la tierra, esto es, conversar entre los hombres.

Pero había algunos que lo llevaban con indignación dentro de sí, y decían: «¿Para qué se ha hecho este derroche de ungüento?» Pues este ungüento podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y darse a los pobres. También Marcos, como Mateo, habla aquí por sinécdoque, poniendo evidentemente el número plural por el singular. Pues Juan, hablando más distintamente, atestigua que fue Judas quien dijo estas cosas, y esto por causa de la codicia, porque era ladrón, y teniendo la bolsa, llevaba lo que en ella se echaba. Puede entenderse también que los demás discípulos o bien sintieron esto, o lo dijeron, o quedaron persuadidos de ello al decirlo Judas, y que Mateo y Marcos expresaron con palabras la voluntad de todos; pero lo dijo de Judas por esta razón, porque era ladrón, mientras que los demás [Al. caeteri] se alegraban en cambio por el cuidado de los pobres; mas quiso Juan recordar esto solamente de aquel, cuya costumbre de robar creyó que debía darse a conocer con ocasión de esto. Mas lo que sigue:

«Y murmuraban contra ella», no creería yo en modo alguno que se dijo de los buenos apóstoles que amaban a Cristo; sino más bien de aquel, bajo número plural, que resulta probado que no se

adhirió fielmente ni al Señor ni a sus discípulos, ni tuvo cuidado de los pobres.

Pero Jesús dijo: Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ha obrado en mí una buena obra. Pues a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y cuando queráis, podéis hacerles bien; pero a mí no siempre me tendréis. Surge otra cuestión: por qué Jesús, después de la resurrección, dijo a los discípulos: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII); y ahora dice: Mas a mí no siempre me tendréis. Pero me parece que en este lugar habla de la presencia corporal: porque de ningún modo iba a estar con ellos después de la resurrección de la manera en que ahora está, en toda convivencia y familiaridad. Recordando esto, dice el Apóstol: Y si conocimos a Jesucristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así (II Cor. V).

Lo que tenía, eso hizo; se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura. Lo que vosotros pensáis que es un derroche del ungüento, es un servicio para la sepultura. Y no es extraño que me haya dado el buen olor de su fe, puesto que yo voy a derramar mi sangre por ella.

En verdad os digo que dondequiera que se predicare este Evangelio en todo el mundo, se contará también lo que ella ha hecho, en memoria suya. Adviértase el conocimiento de las cosas futuras, pues, habiendo de padecer dentro de pocos días, sabía que su Evangelio había de ser celebrado en todo el orbe. Hay que notar, además, que así como María alcanzó gloria por todo el orbe, dondequiera que se ha difundido la santa

Iglesia, por el obsequio de piadosa devoción que mostró al Señor, así, por el contrario, aquél que con lengua temeraria no temió denigrar su obsequio, marcado por doquier con la nota de la perfidia, se hizo con razón odioso a la vez a Dios y a los hombres. Pero el Señor, remunerando la buena obra con digna alabanza, pasó en silencio las futuras injurias del impío.

Y Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los sumos sacerdotes, para entregárselo. ¡Desdichado Judas! El daño que creía haberse causado con el derramamiento del ungüento, quiere compensarlo con el precio de su maestro, y ni siquiera pide ya una suma fija, para que al menos la traición pareciera lucrativa, sino que, entregándole como si fuera un esclavo vil, dejó en poder de los compradores dar cuanto quisieran. El hecho de que diga: Fue al sumo sacerdote para entregárselo, muestra que él no fue invitado por los jefes, ni constreñido por necesidad alguna, sino que por propia voluntad, de su mente criminal, tomó tal resolución.

Al oír esto, se alegraron, y le prometieron darle dinero. Y buscaba cómo entregarlo oportunamente. Muchos hoy se horrorizan del crimen de Judas, que vendió por dinero a su Señor, maestro y Dios, como algo monstruoso y nefando, y sin embargo no se guardan de ello. Pues cuando por causa de mujeres dan falso testimonio contra alguien, ciertamente, porque niegan la verdad por dinero, venden a Dios por dinero. Pues él mismo dijo: Yo soy la verdad. Cuando manchan la sociedad de la fraternidad con alguna peste

de discordia, traicionan al Señor, porque Dios es caridad. Los que, pues, desprecian los mandatos de la caridad y de la verdad, traicionan sin duda a Dios, que es caridad y verdad, sobre todo cuando no pecan por debilidad o ignorancia, sino que, a semejanza de Judas, buscan la ocasión de cómo, ausentes los testigos, cambiar la verdad por la mentira, la virtud por el crimen.

Y el primer día de los ázimos, cuando inmolaban la pascua, le dicen los discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la pascua? Llama primer día de los ázimos al catorce del primer mes, cuando, desechada la levadura, solían inmolar la pascua, esto es, matar el cordero, al atardecer. Explicando esto, dice el Apóstol: Pues Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado (I Cor. V). El cual, aunque fue crucificado al día siguiente, esto es, en la luna decimoquinta, sin embargo, en esta misma noche en que se inmolaba el cordero, tanto entregó a sus discípulos los misterios de su carne y su sangre para que fueran celebrados, como, siendo prendido y atado por los judíos, consagró el comienzo de su propia inmolación, esto es, de su pasión.

Y envía a dos de sus discípulos y les dice: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Es en verdad indicio de la presciencia de la divinidad, pues, hablando con los discípulos, sabe lo que ha de suceder en otro lugar. Y con toda propiedad, mientras los discípulos se disponían a preparar la pascua, sale a su encuentro un hombre que lleva un cántaro, o según otro evangelista, un ánfora de

agua, para mostrar que el misterio de esta pascua debía celebrarse para la purificación perfecta de todo el mundo. Pues el agua significa el lavacro de la gracia, y el cántaro designa la fragilidad de aquellos por quienes esa misma gracia había de ser ministrada al mundo. Por lo cual dicen: Tenemos empero este tesoro en vasos de barro (2 Cor. 4). Preparan, pues, los discípulos la pascua allí donde se introduce el cántaro de agua, para dar a entender que ya llega el tiempo en que a los cultores de la verdadera Pascua se les quitará la sangre figurativa del umbral y las jambas, y se consagrará el bautismo de la fuente vivificadora para quitar los pecados del mundo.

Seguidle, y allí donde entrare, decid al dueño de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala de refección, donde pueda comer la pascua con mis discípulos? Deliberadamente se omiten los nombres tanto del que lleva el agua como del dueño de la casa, para significar que ha de darse la posibilidad a todos los que quieran celebrar la verdadera pascua, esto es, ser imbuidos de los sacramentos de Cristo, y buscan recibirlo como huésped en el aposento de su mente.

Y él os mostrará un gran cenáculo dispuesto, y allí preparad para nosotros, etc. El gran cenáculo es la ley espiritual, que, saliendo de las estrecheces de la letra, recibe al Salvador en un lugar elevado. Pues quien aún se atiene a la letra que mata, quien no entiende en el cordero otra cosa que una res, ese, sin duda, celebra una pascua menor, porque todavía no ha aprendido a comprender la majestad del espíritu en las palabras

de Dios. Mas quien hubiere seguido al que lleva el agua, es decir, al heraldo de la gracia, hasta la casa de la Iglesia, este, trascendiendo por el espíritu que ilumina la superficie de la letra, prepara a Cristo el refrigerio en el elevado solario de la mente, porque reconoce que todos los sacramentos de la pascua, o los demás preceptos de la ley, son sacramentos suyos.

Y llegada la tarde, vino con los doce. Y estando ellos reclinados a la mesa y comiendo, dijo Jesús: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará, el que come conmigo. El que había predicho la pasión predice también al traidor, dando lugar a la penitencia, para que, al entender que se conocían sus pensamientos y lo oculto de su conciencia, se arrepintiese de su acción. Y sin embargo no lo designa en particular, para que, convicto manifiestamente, no se hiciese más desvergonzado. Envía la acusación dentro del número, para que el consciente de ella haga penitencia.

Mas ellos comenzaron a entristecerse y a decirle uno por uno: ¿Acaso soy yo? Y sin duda sabían los once apóstoles que no pensaban nada semejante contra el Señor, sino que confiaban más en el Maestro que en sí mismos; y temiendo su propia fragilidad, preguntaban entristecidos por un pecado del cual no tenían conciencia.

Él les dijo: Uno de los doce, el que moja conmigo la mano en el plato. ¡Oh admirable poder del Señor! Primero había dicho: uno de vosotros me entregará; persistiendo el traidor en el mal, lo acusa más abiertamente, y sin embargo no designa propiamente su nombre. Mientras los

demás se entristecían y retiraban la mano, y negaban el alimento a su propia boca, Judas, con la misma temeridad e impudencia con que había de traicionar al Maestro, mete también la mano en el plato junto con el Maestro, para que con su audacia fingiera una buena conciencia.

Y el Hijo del hombre en verdad va, como está escrito de él. Pero ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado. Ni corregido la primera vez, ni la segunda, por su traición, retira el pie, sino que alimenta su desvergüenza con la paciencia del Señor, y atesora para sí ira para el día de la ira. Predice el castigo, para que corrijan los suplicios anunciados a quien el pudor no había vencido. Pero también hoy, y para siempre, ay de aquel hombre que se acerca malignamente a la mesa del Señor, que con asechanzas urdidas en la mente, que con el corazón manchado por algún crimen, no teme participar de las sacrosantas ofrendas de los misterios de Cristo. Pues también él, a ejemplo de Judas, entrega al Hijo del hombre, no ciertamente a pecadores judíos, pero sí a pecadores, a saber, a sus propios miembros, a quienes presume profanar aquel inestimable e inviolable sacramento del cuerpo y la sangre del Señor. Vende a Dios aquel que, descuidado el temor y el amor de él, es convicto de amar y procurar en su lugar cosas terrenas y caducas, e incluso criminales.

Bueno le sería si aquel hombre no hubiera nacido. No se ha de pensar por ello que existió antes de nacer, porque a nadie le puede ir bien sino a quien ha existido. Sino que se dice simplemente

que es mucho mejor no subsistir que subsistir mal.

Y mientras ellos comían, tomó Jesús el pan, y bendiciéndolo, lo partió, y se lo dio, y dijo: Tomad, esto es mi cuerpo. Terminadas las solemnidades de la antigua Pascua, que se celebraban en conmemoración de la antigua liberación del pueblo de Dios de Egipto, pasó a la nueva, que quiso que la Iglesia frecuentara en memoria de su propia redención, a saber, para que en lugar de la carne y la sangre del cordero sustituyera el sacramento de su propio cuerpo y sangre, y mostrara que él mismo era aquel a quien el Señor juró y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX). Él mismo parte el pan que entrega a los discípulos, para mostrar que el quebrantamiento de su cuerpo no había de venir sin su propia voluntad y disposición, sino que, como dice en otro lugar, tiene poder para dar su vida, y poder para tomarla de nuevo. Y este pan, ciertamente, lo bendijo también antes de partirlo, en razón de un cierto sacramento, porque él mismo, junto con el Padre y el Espíritu Santo, llenó de la gracia del poder divino la naturaleza humana que asumió para padecer. Bendijo el pan y lo partió, porque se dignó someter así a la muerte al hombre que había asumido, para mostrar que en él residía verdaderamente el poder de la inmortalidad divina, y enseñar así que había de ser resucitado de la muerte más pronto.

Y tomando el cáliz, dando gracias, se lo dio, y todos bebieron de él. Cuando se dice que se acerca a la pasión, se refiere que, tomado el pan, dio

gracias. Da gracias, pues, quien recibe los azotes de la iniquidad ajena. Y quien nada mostró digno de ser golpeado, bendice humildemente al ser golpeado, para mostrar así lo que cada uno debe hacer bajo el azote de su propia culpa, si él mismo soporta con ecuanimidad los azotes de la culpa ajena; para mostrar así qué debe hacer el súbdito en la corrección, si él, siendo igual al Padre, puesto bajo el azote, da gracias.

Y les dijo: Esta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos. Porque el pan fortalece el cuerpo, mientras que el vino produce sangre en la carne: aquel se refiere místicamente al cuerpo de Cristo, este a su sangre. Pero porque conviene que tanto nosotros permanezcamos en Cristo, como Cristo en nosotros, se mezcla agua con el vino del cáliz del Señor. Pues, según el testimonio de Juan, las aguas son los pueblos. Y a nadie le es lícito ofrecer ni el agua sola, ni el vino solo, así como tampoco es lícito ofrecer el solo grano de trigo sin la mezcla del agua y su transformación en pan, no sea que tal oblación signifique, por así decir, que la cabeza ha de separarse de los miembros, y suceda que Cristo hubiera podido padecer sin el amor de nuestra redención, o que nosotros pudiéramos ser salvados y ofrecidos al Padre sin su pasión. Y cuando dice: Esta es mi sangre del nuevo testamento (Mat. XXVI), mira a la distinción respecto del antiguo testamento, que fue dedicado con la sangre de machos cabríos y de becerros, diciendo el legislador mientras rociaba: Esta es la sangre del testamento que Dios os ha mandado (Hebr.

IX). Pues es necesario que las figuras de las cosas verdaderas sean purificadas con estas, pero las cosas celestiales mismas con mejores víctimas que estas; conforme a lo que el Apóstol declara a lo largo de toda la Epístola a los Hebreos, distinguiendo entre la Ley y el Evangelio, con hermosísima exposición y razón cumplida.

En verdad os digo, que ya no beberé del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios. Que la Sinagoga es llamada la vid o la viña del Señor, lo atestigua toda la Escritura dispersamente, y más abiertamente lo atestigua Isaías en el cántico compuesto acerca de ella: La viña, dice, del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaí. V). De esta viña, en verdad, bebió el Señor por mucho tiempo, aunque muchas de sus ramas se habían convertido en la amargura de una vid extraña, porque aunque muchos en aquel pueblo se desviaban del recto camino de la fe, no faltaron durante todo el tiempo de la Ley muchísimos cuyos piadosos pensamientos y elevadísimas virtudes deleitaban a Dios. Pero, habiendo padecido el Señor en la carne y resucitado de entre los muertos, llegó el tiempo en que aquella observancia legal y figurativa cesara, y en que las cosas que se practicaban según la letra, trasladadas a un sentido espiritual, se guardaran mejor en el nuevo testamento, con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo. Por tanto, el Señor, a punto de ir a su pasión, dijo: Ya no beberé del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios. Como si dijera abiertamente: Ya no me deleitaré más en las ceremonias carnales de

la Sinagoga, entre las cuales también estos ritos sagrados del cordero pascual ocupaban el lugar principal. Pues llegará el tiempo de mi resurrección, llegará aquel día, en que yo mismo, colocado en el reino de Dios, esto es, ensalzado a la gloria de la vida inmortal, sea inundado de nuevo gozo con vosotros por la salvación de ese mismo pueblo, regenerado por la fuente de la gracia del Espíritu.

Y, dicho el himno, salieron hacia el monte de los Olivos. Esto es lo que leemos en el salmo: Comerán los pobres y se saciarán, y alabarán al Señor los que le buscan (Sal. XXI). Pero también puede entenderse aquel himno que el Señor, según Juan, entonaba dando gracias al Padre, en el cual, con los ojos alzados hacia lo alto, oraba tanto por sí mismo, como por sus discípulos, como por aquellos que habían de creer por medio de la palabra de ellos. Y con razón lleva a sus discípulos, imbuidos de los sacramentos de su cuerpo y sangre, y encomendados al Padre por el himno de piadosa intercesión, hacia el monte de los Olivos, para significar tipológicamente que nosotros, mediante la recepción de sus sacramentos y con la ayuda de su intercesión, debemos ascender a los más altos dones de las virtudes y a los carismas del Espíritu Santo, con los cuales somos ungidos en el corazón.

Y Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis esta noche. Predice lo que han de padecer, para que, cuando lo hayan padecido, no desesperen de la salvación, sino que, haciendo penitencia, sean liberados. Y añadió significativamente: esta noche

os escandalizaréis, porque así como los que se embriagan, se embriagan de noche, así también los que padecen escándalo, lo soportan en la noche y en las tinieblas. Digamos nosotros más bien: La noche pasa, y el día se acerca (Rom. XIII).

Porque está escrito: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán. Esto está escrito con otras palabras en el profeta Zacarías; y, si no me equivoco, se dice en persona del profeta a Dios: Hiere al pastor, y las ovejas se dispersarán (Zac. XIII). También en el salmo sexagésimo octavo, que es cantado enteramente por el Señor, concordando con este sentido: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron. Pero el buen pastor es herido, para que ponga su vida por sus ovejas, y de los muchos rebaños de errantes se haga un solo rebaño y un solo pastor.

Pedro, sin embargo, le dijo: Y aunque todos se escandalicen, yo no. No es temeridad ni mentira, sino que es la fe del apóstol Pedro, y el ardiente afecto hacia el Señor Salvador.

Y Jesús le dijo: En verdad te digo que hoy, en esta noche, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y Pedro prometía por el ardor de su fe, y el Salvador, como Dios, conocía lo que había de venir. Y nótese que Pedro niega de noche, y niega tres veces. Pero después de que el gallo cantó, y, disminuyendo las tinieblas, se anunció la cercana luz, volviéndose lloró amargamente, lavando con lágrimas la mancha de la triple negación. No debe ciertamente pensarse que sea una contradicción que, mientras Marcos dice: Antes de que el gallo dé su voz dos veces,

me negarás tres veces, los demás evangelistas dijeran simplemente: Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. Pues toda la negación de Pedro es una negación triple. Pues permaneció en la misma negación, con el ánimo y el propósito de la mentira, hasta que, advertido de lo que le había sido predicho, fue sanado con amargo llanto y dolor de corazón. Pero esta totalidad, es decir, la negación triple, si comenzara después del primer canto del gallo, parecerían haber dicho algo falso los tres que dijeron que el Señor había dicho que, antes de que el gallo cantara, Pedro lo negaría tres veces. A su vez, si hubiera completado toda la negación triple antes de que el gallo comenzara a cantar, se encontraría que Marcos dijo superfluamente, en persona del Señor: En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo dé su voz dos veces, me negarás tres veces. Pero porque aquella negación triple comenzó antes del primer canto del gallo, aquellos tres atendieron no a cuándo Pedro había de completarla, sino a cuán grande había de ser, cuando quiera que comenzara, es decir, que sería triple antes del canto del gallo, aunque pueda entenderse como total en su ánimo incluso antes del primer canto del gallo. Pues aunque aquella negación triple comenzó en las palabras del que negaba antes del primer canto, y se completó antes del segundo canto del gallo, sin embargo, por el afecto del ánimo y el temor de Pedro, fue concebida toda entera antes del primero. Ni importa con cuántos intervalos de demora fue enunciada de palabra la negación triple, puesto que su corazón la poseía por entero incluso antes

del primer canto del gallo, imbuido, en efecto, de tan gran temor que, interrogado, podía negar al Señor no solo una vez, sino una segunda y una tercera; de modo que —para quienes atienden más recta y diligentemente— así como ya cometió adulterio con la mujer en su corazón quien la miró para codiciarla, así también Pedro, cada vez que expresara con palabras el temor que había concebido en su ánimo tan vehementemente que pudo perdurar hasta la tercera negación del Señor, toda la negación triple debe atribuirse a aquel momento en que le invadió un temor suficiente para la triple negación.

Y llegan a una heredad, cuyo nombre era Getsemaní. Se muestra hasta el día de hoy el lugar de Getsemaní, en el que el Señor oró, al pie del monte de los Olivos, con una iglesia edificada ahora encima. Getsemaní, en efecto, se interpreta como valle de los gordos, o de la gordura. Que en verdad no solo los dichos u obras de nuestro Salvador, sino también los lugares y tiempos en que actúa y habla, están llenos, como muchas veces se ha dicho, de figuras místicas, se muestra en esto: que cuando el Señor ora en el monte, nos amonesta como en silencio que orando se han de buscar solo las cosas sublimes, y que se debe suplicar por los bienes celestiales. Pero cuando ora en un valle, y esto en el valle de los gordos o de la gordura, nos insinúa igualmente que en las oraciones se ha de guardar siempre la humildad, junto con la interior gordura del amor, no sea que alguien, orando a Dios, ose jactarse de sus méritos a imitación del fariseo soberbio, sino que más

bien proclame con voz y mente humildes: Dios, sé propicio a mí, pecador (Luc. XVIII). No sea que, llevando un corazón árido de amor al prójimo, doble la rodilla para aplacar en su favor la gracia del Creador, como aquel que, no queriendo perdonar a su hermano los cien denarios que este le debía, en vano suplicaba al señor que le remitiera a él los diez mil talentos. No sea que, teniendo un pecho vacío del amor al Creador, busque en la oración más bien cualesquiera bienes temporales que su visión, siendo contado entre aquellos de quienes él mismo dice: Porque ya recibieron su recompensa (Mat. VI). Pues poner el pensamiento en lo bajo, ¿qué es sino cierta aridez de la mente? Mas los que, por el entendimiento de las cosas celestiales, ya son alimentados por santos deseos con el manjar de la íntima delectación proveniente de las cosas de arriba, engordan, por así decirlo, con un alimento más abundante. Pues el Salmista había deseado ser engordado con esta gordura, cuando decía: Sea colmada mi alma como de grosura y de gordura (Sal. LXII). En cuanto atañe a la dispensación misma de la pasión del Señor, este, aproximándose convenientemente a la muerte, oró en el valle de la gordura, porque por el valle de la humildad y la gordura de la caridad padeció por nosotros la muerte. Pues se humilló a sí mismo, hecho obediente al Padre hasta la muerte (Filip. II). Y nadie tiene mayor amor que este, que alguien ponga su vida por sus amigos (Juan XV).

Y toma consigo a Pedro, y a Santiago, y a Juan, y comenzó a atemorizarse y a hastiarse. Y les dice:

Triste está mi alma hasta la muerte. Teme Cristo, mientras que Pedro no teme. Cristo teme; Pedro dice: Pondré mi vida por ti (Juan XIII). Cristo dice: Mi alma está turbada. Ambas cosas son verdaderas, y ambas están llenas de razón, porque el que es inferior no teme, y el que es superior lleva el afecto de quien teme. Pues aquel, en cuanto hombre, ignora la fuerza de la muerte. Pero este, en cuanto Dios constituido en un cuerpo, expone la fragilidad de la carne, para que fuera excluida la impiedad de quienes abjuran del misterio de la Encarnación. En fin, dijo también esto, y Manes no lo creyó, Valentín lo negó, Marción lo juzgó un fantasma. Y hasta tal punto igualaba en el afecto al hombre que mostraba con la verdad del cuerpo, que dijo: Pero no como yo quiero, sino como tú quieres (Mat. XXVI). Asumió, pues, mi voluntad; asumió mi tristeza. Confiadamente nombro la tristeza, porque predico la cruz. Mía es la voluntad, que él llamó suya. Porque como hombre asumió mi tristeza, como hombre habló

Y por eso dice: No como yo quiero, sino como tú quieres (Ibid.). Mía es la tristeza, que asumió con mi propio afecto. Por eso se dolió por mí, él que no tenía nada propio de qué dolerse; y, apartada la delectación de la divinidad eterna, es afectado por el hastío de mi flaqueza. Triste está, dice, mi alma hasta la muerte. No está triste el Señor a causa de la muerte, pues es la condición del afecto corporal, y no el temor a la muerte, lo que lo afecta. Pues quien asumió un cuerpo debió padecer todo lo que es propio del cuerpo, para tener hambre, tener sed, angustiarse, entristecerse.

Pero la divinidad no sabe ser mudada por estos afectos.

Quedaos aquí, y velad. Y habiendo avanzado un poco, cayó sobre la tierra. Al mandar: «Quedaos aquí, y velad», no prohíbe el sueño, cuyo tiempo no era este, estando inminente el peligro, sino el sueño de la infidelidad y el sopor de la mente. Dado, pues, el precepto de que permanecieran y velaran con él, avanzando un poco cayó sobre su rostro, y mostró con la postura de la carne la humildad de la mente.

Y oraba para que, si fuera posible, pasara de él aquella hora, y dijo: Abba, etc. ¿Qué era aquella voz, sino el sonido de nuestra debilidad? Muchos, todavía débiles, se entristecen ante la muerte futura; pero tengan el corazón recto, eviten la muerte cuanto puedan; mas si no pueden, digan lo que el mismo Señor dijo, no por sí mismo, sino por nosotros. Pues ¿qué dijo? Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. He aquí expresada la voluntad humana. Mira ya el corazón recto.

Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú. No he venido, dice, a hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan V). Habló de su propia voluntad, que asumió temporalmente de la virgen; en cambio, con la voluntad de aquel que lo envió designó, a saber, aquella que, eterno, tuvo en común con el Padre atemporalmente. Ora para que pase el cáliz, a fin de mostrar verdaderamente que también era hombre. Pero recordando también para qué fue enviado, cumple la dispensación para la cual fue enviado, y exclama: Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú. Si muere la

muerte sin que yo muera, es decir, según la carne, pase, dice, este cáliz. Pero porque esto no sucederá de otro modo, dice: No lo que yo quiero, sino lo que tú. El hecho de que, invocando al Padre, diga con doble nombre: Abba, Padre, muestra que él es Dios y Salvador de ambos pueblos, a saber, del judío y del gentil. Pues abba significa también lo mismo que padre. Pero abba es hebreo; padre es griego y latino. Para enseñar, pues, que ambos pueblos habrían de creer en él, y que él había de ser invocado por ambos, él mismo lo invoca primero en ambas lenguas. Pues él mismo es el buen pastor, que, dando su alma por sus ovejas, hace un solo redil de dos rebaños. Y por ello implora el auxilio del Padre con la voz de ambos rebaños, para que nosotros, instruidos por su ejemplo en ambos casos, cuando sintamos que se avecinan adversidades, invocando nosotros a Dios Padre, y los hebreos a Abba, busquemos con una sola devoción de fe y caridad el amparo celestial. Por lo cual el egregio doctor, tomando del Señor la forma de enseñar, así se dirige a sus oyentes: Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba Padre (Rom. VIII). Abba, sin duda, aquellos que provienen del pueblo israelita; Padre, nosotros, que venimos a la fe de Cristo desde los gentiles.

Y viniendo, los encontró durmiendo, y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar una hora? Aquel que antes había dicho: Aunque todos se escandalicen, yo jamás me escandalizaré, ahora, por la magnitud de la tristeza, no puede vencer el sueño.

Velad y orad, para que no entréis en tentación. Es imposible que el alma humana no sea tentada. Por lo cual también en la Oración Dominical decimos: Y no nos dejes caer en la tentación (Mat. VI), la cual no podemos soportar: no rechazando del todo la tentación, sino implorando fuerzas para resistir en las tentaciones. Por tanto, en este caso no dice: Velad y orad, para que no seáis tentados, sino: para que no entréis en tentación. Esto es, para que la tentación no os venza finalmente, y os retenga dentro de sus redes. Por ejemplo, el mártir que derramó su sangre por la confesión del Señor fue ciertamente tentado, pero no quedó atado por las redes de la tentación. Pero el que niega, cae en las trampas de la tentación.

El espíritu ciertamente está pronto, pero la carne es débil. Esto se dijo contra los temerarios, que piensan que pueden lograr todo lo que hayan creído. Por tanto, cuanto confiamos en el ardor de la mente, tanto debemos temer por la fragilidad de la carne. Pero, sin embargo, según el Apóstol, mortifiquemos por el espíritu las obras de la carne. Este pasaje sirve también contra los eutiquianos, que dicen que en el mediador de Dios y de los hombres, nuestro Señor y Salvador, hubo una sola operación, que hubo una sola voluntad. Pues cuando dice: El espíritu ciertamente está pronto, pero la carne es débil, muestra dos voluntades: la humana, a saber, que es de la carne, y la divina, que es de la deidad. En la cual la voluntad humana, ciertamente, a causa de la debilidad de la carne, rehúsa la pasión. Pero la divina de él es prontísima. Porque temer, ciertamente, en la

pasión, es propio de la fragilidad humana; pero asumir la dispensación de la pasión es propio de la voluntad y del poder divinos.

Y yéndose de nuevo, oró diciendo las mismas palabras; y al volver otra vez, los halló durmiendo. Él solo ora por todos, así como también él solo padece por todos. Los ojos de los apóstoles desfallecían y se les cerraban, estando próxima la negación.

Y vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad; basta, etc. Habiendo dicho: Dormid ya, y descansad, y añadiendo: Basta, y después añadiendo: Ha llegado la hora, he aquí que el Hijo del hombre será entregado, y lo demás, ciertamente se entiende que, después de lo que les fue dicho, Dormid y descansad, el Señor calló durante algún tiempo, para que sucediera lo que había anunciado, y entonces añadió: He aquí que se acerca la hora, o bien, ha llegado la hora. Por eso, después de aquellas palabras se puso «basta», es decir, que ya basta con que hayáis descansado. Pero como no se ha mencionado esa misma interposición del silencio del Señor, por eso restringe el entendimiento, de modo que en aquellas palabras se requiera otra pronunciación.

Levantaos, vamos. He aquí que el que me entregará está cerca. Después de haber orado por tercera vez, y de haber mandado corregir el temor de los apóstoles, siguiendo la penitencia, seguro de su pasión avanza hacia los perseguidores, y se ofrece espontáneamente a ser muerto, y dijo a los discípulos: Levantaos, vamos. He aquí que el que me entregará está cerca. Que no nos halle

como temiendo y retrocediendo; avancemos espontáneamente hacia la muerte, para que vean la confianza y el gozo de los que van a padecer.

Pero el traidor les había dado una señal, diciendo: A quien yo besare, etc. Desvergonzada, en verdad, y criminal confianza, llamar maestro y darle un beso a aquel a quien entregaba. Sin embargo, todavía conserva algo del pudor de discípulo, puesto que no lo entregó abiertamente a los perseguidores, sino mediante la señal del beso. Pero el Señor recibió el beso del traidor, no para enseñarnos a fingir, sino para no parecer que huía del traidor, cumpliendo al mismo tiempo aquello de David: «Con los que odiaban la paz, yo era pacífico» (Sal. CXIX).

Y uno de los circunstantes, desenvainando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja. Esto lo hizo Pedro, como declara el evangelista Juan, sin duda con el mismo ardor de ánimo con que había hecho las demás cosas. Sabía, en efecto, cómo Finees, al castigar a los sacrílegos, había recibido la recompensa de la justicia de un sacerdocio perpetuo. Pero Lucas añade que el Señor, tocando la oreja del siervo, lo sanó. Nunca, pues, olvida el Señor su piedad, él que ni siquiera permite que sus enemigos sean heridos. Ellos infligen la muerte al justo; él mismo sana las heridas de sus perseguidores. Enseñando místicamente que también aquellos que habían contraído herida del alma al consentir en su muerte podrían merecer la salvación, si produjeran fruto digno de penitencia.

Y respondiendo Jesús, les dijo: Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme, etc. Es necio, dice, buscar con espadas y garrotes a quien se entrega espontáneamente en vuestras manos; y perseguir, mediante un traidor, como si se ocultara de noche y evitara vuestros ojos, a quien enseña cada día en el templo. Pero por eso os reunís contra mí en las tinieblas, porque vuestro poder está en las tinieblas.

Entonces sus discípulos, abandonándolo, huyeron todos. Se cumple la palabra del Señor que había dicho, que todos los discípulos se escandalizarían de él en aquella misma noche. Pues aunque, permitiéndolo la turba, huyeron a petición del Señor, como escribe Juan, sin embargo mostraban el pavor y la timidez de su ánimo, porque se mostraron más prontos para el amparo de la huida que para la confianza de padecer con Cristo.

Pero un joven cierto lo seguía, vestido de una sábana sobre su cuerpo desnudo, y lo prendieron. Mas él, dejando la sábana, huyó de ellos desnudo. En cuanto a lo que dice, vestido de una sábana sobre su cuerpo desnudo, se sobreentiende la palabra cuerpo, es decir, cuerpo sobre desnudo, porque no tenía otra vestidura sino solamente la sábana. Pero quién fue este joven, el evangelista no lo dice. Pero quienquiera que haya sido, prueba que en él permaneció un amor del Señor mayor que en los demás, pues, cuando ellos ya huían, él mismo, atado por el vínculo de la caridad, no dejó de seguirlo hasta que fue prendido por los

enemigos. Aunque todavía no tenía caridad perfecta, pues, aun siendo prendido, pudo huir de la compañía del Salvador. Porque así como la caridad perfecta expulsa el temor (I Juan IV), así el temor que asedia la mente denuncia una caridad imperfecta.

Pero hay que notar con mayor cuidado que el evangelista, al escribir sobre este joven, no dice que huyó de la compañía, ni que huyó de seguir al Señor, sino que dice: dejando la sábana, huyó de ellos desnudo. Pues huyó de los enemigos, cuya presencia y cuyas obras detestaba; no huyó del Señor su Salvador y Maestro, cuyo amor, aun ausente en cuerpo, conservó fijo en el corazón. Y nada impide entender que este joven fue Juan, el discípulo amado por el Maestro por encima de los demás. Pues que él también era joven en aquel tiempo lo indica su larga vida en la carne después de estos hechos. Pues pudo suceder que, escapado por un momento de las manos de quienes lo sujetaban, pronto, retomada la vestidura, regresara, y bajo la luz incierta de la noche se mezclara con las turbas que conducían a Jesús, como uno de ellos, hasta llegar al atrio del pontífice, a quien era conocido. Según lo que él mismo relata en su propio Evangelio. Pero así como Pedro, que lavó la culpa de su negación con lágrimas de penitencia, y la extirpó de raíz mediante la confesión del amor al Señor, muestra la recuperación de los que caen en el martirio, así los demás discípulos, que huyendo se habían adelantado al momento del arresto, enseñan la cautela de la huida a los que se sienten menos idóneos para soportar

los suplicios. Para quienes es mucho más seguro buscar el amparo de los escondites que exponerse al riesgo de los combates. Así también este joven, que, dejando la sábana, huyó desnudo de los impíos, designa tanto la obra como el ánimo de aquellos que, para estar más seguros de los ataques de los enemigos, desechan cuanto parecen poseer en este mundo, y han aprendido a servir al Señor desnudos antes que, adhiriéndose a las cosas del mundo, dar a los adversarios materia para tentarlos y apartarlos de Dios: a ejemplo del bienaventurado José, que, dejando el manto en manos de la adúltera, saltó afuera, prefiriendo servir a Dios desnudo antes que, vestido de las codicias del mundo, servir a una meretriz.

Y llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote. Por sumo sacerdote se significa a Caifás, quien (como escribe el evangelista Juan) era el pontífice de aquel año. Acerca del cual da testimonio concordante Josefo, pues compró para sí el pontificado, sin mérito de dignidad, al príncipe romano. No es, pues, de extrañar que un pontífice inicuo juzgue inicuamente.

Pero Pedro lo seguía de lejos, etc. Con razón lo seguía de lejos quien pronto iba a negarlo. Pues no habría podido negarlo, si se hubiera mantenido unido de cerca a Cristo. Pero en esto ha de ser venerado por nosotros con la mayor admiración, en que no abandonó al Señor aun cuando tenía miedo. Pues que tema pertenece a la naturaleza; que siga, a la devoción; que niegue, a la sorpresa; que se arrepienta, a la fe. De otro modo: que Pedro siga de lejos al mismo Señor hacia la pasión

significaba que la Iglesia lo seguiría ciertamente, esto es, imitaría la pasión del Señor, pero de manera muy diferente. Pues la Iglesia padece por sí misma, mas él padeció por la Iglesia.

Y estaba sentado con los criados, y se calentaba al fuego. Hay fuego de amor, y hay también fuego de codicia. De este se dice: Fuego he venido a poner en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda (Lc. XII)? Pero de aquel otro: Todos los adúlteros, sus corazones son como un horno (Os. VII). Este, descendiendo sobre los creyentes en el cenáculo de Sión, les enseñó a alabar a Dios en diversas lenguas. Aquel, encendido en el atrio de Caifás por instigación del espíritu maligno, armaba las lenguas nocivas de los pérfidos para negar y blasfemar al Señor. Pues lo que la asamblea maligna hacía dentro, en la casa del príncipe de los sacerdotes, eso lo prefiguraba tipológicamente el fuego encendido materialmente fuera, en el atrio, entre los fríos de la noche. Quienquiera, pues, que extinga en sí el incendio vicioso y nocivo, puede decir con el Profeta al Señor: Porque he sido hecho como un odre en la helada, no he olvidado tus justificaciones (Sal. CXVIII). Pero en aquellos en quienes los turbios ríos de los vicios han sofocado la llama de la caridad, oyen del Señor: porque abundó la iniquidad, se enfría la caridad de muchos (Mt. XXIV). Entorpecido por un tiempo con este frío, el apóstol Pedro deseaba calentarse, como junto a las brasas de los criados de Caifás, porque buscaba el consuelo de una ventaja temporal en la compañía de los pérfidos. Pero sin demora, mirado por el Señor, dejó a la vez el fuego

de los malvados en el cuerpo y la infidelidad en el corazón. Y, después de la resurrección del Señor, restaurado por el fuego santo, purgó de raíz el exceso de su triple negación con una triple confesión de amor. Pues entonces, terminada aquella memorable pesca de peces, habiendo venido al Señor con sus condiscípulos, viendo en seguida las brasas puestas, y el pescado colocado encima y el pan, encendió en lo secreto de su corazón las brasas del amor.

Y levantándose algunos, daban falso testimonio contra él, diciendo: Nosotros lo hemos oído decir: Yo destruiré este templo hecho por mano, y después de tres días edificaré otro no hecho por mano. ¿Cómo son falsos testigos, si dicen aquello que leemos que el Señor dijo? Pero es falso testigo quien no entiende lo dicho en el mismo sentido en que se dijo. Pues el Señor había hablado del templo de su propio cuerpo. Pero también calumnian en las mismas palabras, y añadiendo o cambiando unas pocas, hacen como una calumnia justa. El Salvador había dicho: Destruid este templo. Estos lo cambian y dicen: Yo destruiré este templo hecho por mano. Destruidlo vosotros, dice, no yo. Porque es ilícito que nosotros mismos nos infligamos la muerte. Luego ellos tergiversan: y después de tres días edificaré otro no hecho por mano, para que parezca que habló propiamente del templo judío. Pero el Señor, para mostrar que el templo era un ser vivo y que respiraba, había dicho: Y yo en tres días lo resucitaré. Una cosa es edificar, otra resucitar.

Y levantándose el sumo sacerdote en medio, interrogó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada a lo que estos te objetan? Pero él callaba, y no respondió nada. La ira impetuosa e impaciente, al no hallar lugar para la calumnia, sacudió al pontífice de su trono, para que mostrara la insania de la mente con el movimiento del cuerpo. Cuanto más callaba Jesús ante los falsos testigos y los sacerdotes impíos, indignos de su respuesta, tanto más el pontífice, vencido por el furor, lo provocaba a responder, para que de cualquier ocasión de palabra hallase lugar de acusación. Sin embargo, Jesús callaba. Pues sabía, como Dios, que cualquier cosa que respondiera sería torcida hacia la calumnia.

Otra vez el sumo sacerdote lo interrogaba, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy. En Mateo está escrito que, al pontífice que lo interrogaba y lo conjuraba si era el Cristo, respondió: Tú lo has dicho (Mt. XXVI). En lugar de lo cual Marcos puso: Yo soy, para mostrar, es decir, que lo que Jesús le dice, Tú lo has dicho, vale tanto como si dijera: Yo soy.

«Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder, y viniendo con las nubes del cielo.» Si, pues, para ti, oh judío, pagano y hereje, el desprecio, la debilidad y la cruz son una afrenta en Cristo, mira que por estas mismas cosas el Hijo del hombre, que ha de sentarse a la diestra de Dios Padre, y que nació hombre del parto de la Virgen, ha de venir en su majestad con las nubes del cielo. De donde también el Apóstol, habiendo descrito el abatimiento de la cruz, diciendo que

se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, añadió y dijo: Por lo cual también Dios lo exaltó, y le dio un nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los celestiales, de los terrestres y de los infernales, y toda lengua confiese que Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. II).

Mas el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Habéis oído la blasfemia. Lo que la furia había sacudido del solio sacerdotal, esa misma rabia lo impulsa a rasgar las vestiduras. Rasga sus vestiduras, para mostrar que los judíos han perdido la gloria sacerdotal, y que la sede del pontífice está vacía. Pero es también costumbre de los judíos, cuando oyen algo de blasfemia y como contra Dios, rasgar sus vestiduras. Leemos que también Pablo y Bernabé hicieron esto, cuando en Licaonia eran honrados con culto de dioses. Herodes, en cambio, porque no dio honor a Dios, sino que consintió al favor desmedido del pueblo, fue inmediatamente herido por un ángel. Mas sucedió por un misterio más profundo que, en la pasión del Señor, el pontífice de los judíos rasgara él mismo sus vestiduras, mientras que la túnica del Señor no pudo ser rasgada ni siquiera por los mismos soldados que lo crucificaron. Se figuraba, en efecto, que el sacerdocio de los judíos había de ser rasgado por los crímenes de sus propios pontífices, y disuelto del todo del estado de su integridad; mas que la solidez de la santa Iglesia universal, que suele llamarse vestidura de

su Redentor, nunca pudiera ser desgarrada. Antes bien, aunque los judíos, aunque los gentiles, aunque los herejes, aunque los malos católicos desprecien la humildad del Señor Salvador, con todo, su castidad permanecerá inviolada hasta la consumación del siglo, en aquellos que él hallare fuera, pertenecientes a su elección.

Y comenzaron algunos a escupirle, y a cubrirle el rostro, y a golpearlo con puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los ministros lo golpeaban con bofetadas. Aquí se cumplió la profecía que dice: Di mis mejillas a los que me herían, y no aparté mi rostro de la confusión de los escupitajos (Isaí. L). Pero el que entonces fue golpeado con los puñetazos o bofetadas de los judíos, es golpeado también ahora por las blasfemias de los falsos cristianos.

El que entonces fue escupido con las salivas de los infieles, es también ahora deshonrado e irritado con oprobios por los insensatos que solo de nombre son fieles. Le velaron el rostro, no para que él no viese los crímenes de ellos, sino para esconder de sí mismos, como en otro tiempo hicieron con Moisés, la gracia del conocimiento de él. Porque si creyeran a Moisés, creerían tal vez también al Señor. Cuyo velo permanece hasta hoy no revelado sobre su corazón. Mas para nosotros que creemos en Cristo, ha sido quitado. Pues no en vano, al morir él, el velo del templo se rasgó por la mitad, y los sagrados arcanos del Santo de los Santos, que habían permanecido ocultos durante todo el tiempo de la Ley, y habían estado escondidos al Israel carnal, fueron manifestados a los adoradores del Nuevo Testamento. Mas el

hecho de que le digan: Profetiza, y según los otros evangelistas: Profetiza, quién es el que te golpeó; lo hacen como en afrenta de aquel que había querido ser tenido por los pueblos como profeta. Pero disponiéndolo él mismo, cuanto padece se hace todo por nosotros, como exhorta Pedro: Habiendo padecido Cristo en la carne, armémonos también nosotros del mismo pensamiento, y preparémonos a soportar, por su nombre, los oprobios de la burla.

Y estando Pedro abajo en el atrio, vino una de las criadas del sumo sacerdote. Y habiéndolo visto calentarse, mirándolo dijo: Tú también estabas con Jesús Nazareno, etc. ¿Qué significa que sea una criada la primera en delatarlo, siendo que los varones más bien habrían podido reconocerlo? Sino para que también este sexo pareciese haber pecado en la muerte del Señor, y también este sexo fuese redimido por la pasión del Señor. Y por eso una mujer es la primera en recibir el misterio de la resurrección, y guarda los mandatos, para borrar el antiguo error de la prevaricación.

Y salió afuera, ante el atrio, y cantó el gallo. Sobre este canto del gallo callan los demás evangelistas, mas no por eso niegan que haya sucedido, así como también otros muchos hechos que unos pasan en silencio, otros los narran.

Y de nuevo, cuando la criada lo vio, comenzó a decir a los que estaban alrededor: «Este es uno de ellos». Mas él negó de nuevo. No ha de creerse que sea esta la misma que antes lo acusaba. Pues Mateo dice clarísimamente: «Al salir él por la puerta, lo vio otra, y dijo a los que estaban allí»

(Mat. XXVI), etc. Pero en esta negación de Pedro aprendemos que no solo niega a Cristo quien dice que él no es el Cristo, sino también aquel que, siéndolo, niega ser cristiano. Mas el Señor no dijo a Pedro: «Negarás que eres mi discípulo», sino: «Me negarás a mí». Negó, pues, a él mismo, cuando negó ser su discípulo.

Y poco después, los que estaban presentes volvieron a decir a Pedro: «Verdaderamente tú eres uno de ellos». Pues también eres galileo. No porque los galileos hablasen otra lengua que los jerosolimitanos, siendo ambos hebreos, sino porque cada provincia y región tiene sus propiedades, y no puede evitar el sonido vernáculo de su habla. Por lo cual en los Hechos de los Apóstoles, cuando aquellos sobre quienes se había posado el Espíritu Santo hablaban en las lenguas de todos los pueblos, entre los demás que habían llegado de diversas regiones del mundo, se refiere que también los que habitaban en Judea dijeron: «¿No son acaso galileos todos estos que hablan?» «¿Y cómo hemos oído nosotros, cada uno, la lengua propia en que hemos nacido?» (Hech. II). Y Pedro, hablando a los hermanos en Jerusalén, dice: «Y fue conocido de todos los que habitan en Jerusalén, de manera que aquel campo fue llamado en su lengua Haceldama» (Hech. I). ¿Por qué «en su lengua», sino porque el mismo nombre sonaba de una manera entre ellos, esto es, en Jerusalén, y de otra entre los galileos?

Mas él comenzó a anatematizar y a jurar: «No conozco a ese hombre de quien habláis». Y al instante cantó de nuevo el gallo. Suele la Escritura

designar el sacramento de las causas mediante el estado de los tiempos. Por eso Pedro, que negó en medio de la noche, se arrepintió al canto del gallo. El cual, después de la resurrección del Señor, bajo la luz del día, profesó igualmente tres veces que amaba a aquel a quien tres veces había negado. Porque, sin duda, lo que erró en las tinieblas del olvido lo corrigió mediante el recuerdo de la luz ya esperada, y, alcanzada la presencia de esa misma luz verdadera, restableció plenamente cuanto había vacilado. Pienso que este gallo debe entenderse como algún doctor, que, despertándonos cuando yacemos, y reprendiéndonos adormilados, dice: «Velad, justos, y no queráis pecar».

Y se acordó Pedro de la palabra que le había dicho Jesús: «Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces». Y comenzó a llorar. ¿Cuán nocivas son las conversaciones de los perversos? El mismo Pedro, entre infieles, negó siquiera conocer como hombre a aquel a quien, entre sus condiscípulos, ya había confesado ser el Hijo de Dios. Pero tampoco, retenido en el atrio de Caifás, podía hacer penitencia. Sale afuera, como narran los demás evangelistas, para que, apartado del concilio de los impíos, lave con libres lágrimas la mancha de su temerosa negación.

CAPÍTULO XV.

Y luego por la mañana, celebrando consejo los sumos sacerdotes con los ancianos y los escribas y todo el concilio, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. No solo fue llevado a Pilato, sino también a Herodes, para que ambos

se burlaran del Señor. Y observa la solicitud de los sacerdotes en el mal. Toda la noche velaron para cometer un homicidio, y lo entregaron atado a Pilato. Tenían, en efecto, esta costumbre: que a quien hubiesen condenado a muerte, lo entregaban atado al juez. Sin embargo, ha de notarse que no lo ataron entonces por primera vez, sino que, según declara Juan, lo ataron tan pronto como fue apresado de noche en el huerto, y así lo llevaron primero a Anás.

Y le preguntó Pilato: ¿Eres tú el rey de los judíos? Al no preguntar Pilato sobre otro crimen sino si era rey de los judíos, quedan los judíos acusados de impiedad, porque ni siquiera falsamente pudieron hallar algo que objetar contra el Salvador.

Mas él, respondiendo, le dijo: Tú lo dices. Respondió así para decir la verdad y para que su palabra no quedara expuesta a la calumnia. Y nota que respondió en alguna parte a Pilato, que a su pesar pronunciaba la sentencia, pero no quiso responder a los sacerdotes y a los príncipes, juzgándolos indignos de su palabra.

Y Pilato le preguntó de nuevo, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. Pero Jesús no respondió nada más. En efecto, es un pagano el que condena a Jesús, pero remite la causa al pueblo de los judíos: Mira de cuántas cosas te acusan. Pero Jesús no quiso responder nada, para que, disolviendo el cargo, no fuera dejado libre por el gobernador, y se difiriera así el provecho de la cruz.

Pero los pontífices incitaron a la multitud para que les soltara más bien a Barrabás. Su petición, que con tanto esfuerzo consiguieron, se adhiere a los judíos hasta el día de hoy. Pues como, dada la opción, prefirieron a Jesús un ladrón, al Salvador un homicida, al dador de la vida un quitador de ella, merecidamente perdieron la salvación y la vida, y se entregaron tanto a los latrocinios y sediciones, que perdieron su patria y su reino, que amaron más que a Cristo, y hasta hoy no han merecido recobrar aquella libertad, ya del alma, ya del cuerpo, que vendieron.

Y Pilato, respondiendo de nuevo, les dijo: ¿Qué queréis, pues, que haga con el rey de los judíos? Mas ellos gritaron de nuevo: Crucifícalo. Pero Pilato les decía: Pues ¿qué mal ha hecho? Pilato dio muchas ocasiones de liberar al Salvador: primero comparando al ladrón con el justo, luego añadiendo: ¿Qué queréis, pues, que haga con el rey de los judíos? Y cuando respondieron: Sea crucificado, no asintió enseguida, sino que, siguiendo la sugerencia de su esposa, que le había mandado decir, como escribe Mateo: Nada tengas que ver con ese justo (Matth. XXVII), él mismo, respondiendo seriamente [Al. quoque], dijo: Pues ¿qué mal ha hecho? Al decir esto, Pilato absolvió a Jesús.

Pero ellos gritaban más: Crucifícalo. Para que se cumpliera lo que había dicho en el salmo veintiuno: Me rodearon muchos perros, me cercó la congregación de los malignos (Sal. XXI); y aquello de Jeremías: Mi heredad se me hizo como un león en el bosque, alzaron su voz contra mí (Jer. XII).

Concordando también Isaías en esta sentencia: Y esperé que hicieran juicio, pero hicieron iniquidad, y no justicia, sino clamor (Isaí. V).

Pero Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, azotado con látigos, para que fuera crucificado. Y ha de entenderse que Jesús fue azotado por nadie más que por el mismo Pilato. Pues Juan escribe abiertamente: Gritaron de nuevo todos, diciendo: No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era un ladrón. Entonces, pues, Pilato tomó a Jesús y lo azotó (Juan XVIII). Y luego añade: Y los soldados, trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, etc. (Juan XIX). Y ha de creerse que hizo esto, y que por eso lo entregó a los soldados para que fuera escarnecido, a fin de que, saciados con sus penas y oprobios, dejaran por su propia voluntad de ansiar su muerte. Y esto se hizo para que, puesto que estaba escrito: Muchos son los azotes de los pecadores (Sal. XXXI), siendo él azotado, nosotros fuéramos librados de los azotes, diciendo la Escritura: No se acercará el azote a tu morada (Sal. XC).

Los soldados, pues, lo llevaron al atrio del pretorio, y convocan a toda la cohorte, y lo visten de púrpura, y le imponen, trenzándola, una corona de espinas, y comenzaron a saludarlo: Salve, rey de los judíos. Los soldados, en efecto, porque había sido llamado rey de los judíos, y los escribas y sacerdotes le habían imputado este crimen, que usurpaba para sí el imperio entre el pueblo de Israel, hacen esto por burla: que, despojado de sus vestiduras anteriores, lo visten de púrpura,

de la que usaban los antiguos reyes; que en lugar de diadema le impongan una corona de espinas; que en lugar del cetro real le den una caña, como escribe Mateo; y que lo adoren como a un rey. Nosotros, en cambio, entendamos todo esto místicamente. Pues del mismo modo que Caifás dijo: Conviene que un solo hombre muera por todos (Jn. XVIII), sin saber lo que decía (Lc. IX), así también estos, cualquier cosa que hicieron, aunque lo hicieron con otra intención, no obstante nos proporcionaban misterios a nosotros que creemos. Ha de notarse, además, que en lugar de lo que dice Marcos: Y lo visten de púrpura, Mateo puso así: Y desnudándolo, le pusieron alrededor una clámide escarlata (Mt. XXVII). De donde se entiende que lo que Mateo dice, Le pusieron alrededor una clámide escarlata, es lo mismo que dijo Marcos, Vestido de púrpura. Pues aquella clámide escarlata fue aplicada por los que se burlaban en lugar de la púrpura real, y es una cierta púrpura roja muy semejante a la grana. También puede suceder que Marcos haya mencionado igualmente la púrpura que tenía la clámide, aunque fuese escarlata. Místicamente, pues, en la púrpura con que fue vestido el Señor, se significa su misma carne, que expuso a los padecimientos. Acerca de la cual había predicho antes la profecía: ¿Por qué, pues, es rojo tu vestido, y tus vestiduras como las de los que pisan en el lagar (Is. LXIII)? En la corona de espinas, en cambio, que llevaba, se muestra la asunción de nuestros pecados, por la cual se dignó hacerse mortal. Conforme a esto, su precursor, dando testimonio de él, dice: He

aquí el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Jn. I). Pues el mismo Señor atestigua que las espinas suelen ponerse en significación de los pecados, él que dijo al primer hombre formado, cuando cayó en el pecado: Tu tierra te producirá espinas y abrojos (Gén. III). Lo cual es decir abiertamente: Tu conciencia no cesará de engendrarte las punzadas y los aguijones de los vicios. En cuanto a que, según el Evangelio de Lucas, el Señor es vestido con una vestidura blanca ante Herodes, mientras que en los demás evangelistas se refiere que fue escarnecido por los soldados de Pilato bajo un atuendo escarlata o púrpura, comparando ambos relatos, en uno se expresa la inocencia y castidad de la humanidad asumida, y en el otro, en cambio, la verdad de la pasión, por la cual había de llegar a la gloria del reino inmortal. Pues así como la púrpura imita el color de la sangre que fue derramada por nosotros, así también insinúa el atuendo del reino en el que entró después de la pasión, y que se muestra abierto para que nosotros también entremos. Pero porque dice el Apóstol: Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo (Gál. III); e Isaías dice al Señor acerca de todos los elegidos: Con estos, dice, te vestirás como de un ornamento (Is. XIL), en este doble atuendo del Señor —vergonzoso, ciertamente, según el juicio de los enemigos, pero gloriosísimo por la elección del mismo Señor— puede designarse muy aptamente toda la multitud de sus elegidos, que se distingue en los venerables mártires y el resto del pueblo fiel. Pues es vestido con vestidura blanca

cuando es rodeado por la pura confesión de los justos.

Es vestido de púrpura o de grana cuando se gloría en el triunfo de los mártires victoriosos.

Y le golpeaban la cabeza con una caña, y lo escupían. Y doblando las rodillas, lo adoraban. Esto hicieron entonces los soldados de Pilato; esto mismo hacen hasta hoy los herejes y los paganos, soldados sin duda del diablo. Pues, ya que la cabeza de Cristo es Dios, golpean su cabeza quienes niegan que él es Dios verdadero. Y porque la escritura suele realizarse por medio de una caña, quienes, contradiciendo su divinidad, intentan confirmar su error con la autoridad de la sagrada Escritura, hieren la cabeza de Cristo como con una caña. Escupen en su rostro quienes rechazan la presencia de su gracia con palabras execrables concebidas por la locura de una mente interiormente ciega, y niegan que Jesucristo vino en la carne.

Y en verdad los soldados, burlándose de él como de quien falsamente se hubiera dicho Dios a sí mismo, lo adoraban. Pero hay hoy —lo cual es una locura más grave— quienes lo adoran con fe cierta como Dios verdadero, pero con actos perversos pronto desprecian sus palabras como si fueran fabulosas, y posponen ampliamente las promesas de su reino a los halagos temporales.

Y lo sacaron para crucificarlo. Y obligaron a cierto Simón de Cirene, que pasaba, viniendo del campo, padre de Alejandro y de Rufo, a llevar su cruz. Este Simón parece haber sido entonces de gran reputación, puesto que también sus hijos

son designados por su nombre como ya conocidos de todos. Pero hay que evitar que a alguien le parezca contradictorio lo que Juan escribe, que el Señor mismo llevó la cruz para sí, mientras que los demás evangelistas refieren que este Simón de Cirene la llevó.

Pues primero fue llevada por el Señor, y después fue impuesta para llevarla a Simón, a quien, saliendo, encontraron casualmente. Y esto según un orden bastante congruente con el misterio. Porque en verdad él mismo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas.

Y porque se dice que este Simón no era jerosolimitano, sino cireneo (pues Cirene es una ciudad de Libia, como leemos en los Hechos de los Apóstoles), por él se designan con razón los pueblos de las naciones, que en otro tiempo peregrinos y extraños a los testamentos, ahora por la obediencia son ciudadanos y domésticos de Dios, y, como se dice en otro lugar, herederos de Dios, y coherederos de Cristo (Rom. VIII). Por lo cual, adecuadamente, Simón se interpreta «obediente», y Cirene, «heredero». Tampoco debe pasarse por alto que se dice que este mismo Simón vino del campo. Pues «campo» se dice en griego πάγος. Por lo cual llamamos «paganos» a aquellos que vemos ajenos a la ciudad de Dios, y como carentes de trato urbano. Pero Simón, saliendo del campo, lleva la cruz tras Jesús, cuando el pueblo de las naciones, abandonados los ritos paganos, abraza obedientemente las huellas de la pasión del Señor.

Y lo condujeron al lugar del Gólgota, que se interpreta, lugar del Calvario. Fuera de la puerta de la ciudad hay lugares en los que se cortan las cabezas de los condenados, y tomaron el nombre de «Calvario», es decir, «de los decapitados». Pero el Señor fue crucificado allí por esta razón, para que donde antes había un campo de condenados, se erigieran los estandartes del martirio.

Y así como por nosotros se hizo maldición de la cruz, y fue azotado y crucificado; así, para la salvación de todos, es crucificado como culpable entre culpables.

Y le dieron a beber vino mirrado, y no lo aceptó. Dios habla a Jerusalén: «Yo te planté como mi verdadera viña; ¿cómo te has convertido en la amargura de una vid extraña?» (Jer. II)? La vid amarga hizo vino amargo, que se ofrece al Señor Jesús, para que se cumpla lo que está escrito: «Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Sal. LXVIII). Pero lo que se dice: «Y no lo aceptó», o según Mateo: «Habiéndolo probado, no quiso beberlo» (Mat. XXVII), esto indica que ciertamente probó por nosotros la amargura de la muerte, pero al tercer día resucitó.

Pues lo que dice Marcos: «no lo aceptó», se entiende: no lo aceptó para beberlo. Sin embargo, lo probó, como Mateo lo atestigua, de modo que lo que el mismo Mateo dice, «No quiso beber», Marcos lo expresó como «No lo aceptó», pero calló que lo había probado. Pero también lo que dice Marcos, «vino mirrado», debe entenderse como lo que Mateo dijo, «mezclado con hiel» (Mat. XXVII). Pues ciertamente puso «hiel» por

«amargura». Y el vino mirrado es amarguísimo, aunque podría suceder que el vino se hiciera amarguísimo tanto por la hiel como por la mirra.

Y crucificándolo, se repartieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, sobre quién tomaría qué. El Evangelista Juan expone esto más plenamente: a saber, que los soldados, dividiendo lo demás en cuatro partes según su propio número, echaron suertes sobre la túnica, que era sin costura, tejida de arriba abajo en toda su extensión.

La vestidura cuadripartita del Señor prefiguró su Iglesia cuadripartita, a saber, difundida por todo el orbe de las tierras (que consta de cuatro partes), y distribuida igualmente entre todas esas mismas partes, esto es, concordemente. Pero aquella túnica, sorteada para todas las partes, significa la unidad, que se mantiene por el vínculo de la caridad. Pues si la caridad, según el Apóstol, tiene un camino más excelente, y sobrepasa a la ciencia, y está por encima de todos los preceptos, con razón se dice que la vestidura por la que se significa está tejida desde arriba. Pero ¿qué se encomienda en la suerte sino la gracia de Dios? Pues así en uno llega a todos, cuando la suerte agradó a todos, porque también la gracia de Dios llega a todos en la unidad. Y cuando se echa la suerte, se atribuye no a la persona de nadie ni a sus méritos, sino al juicio oculto de Dios. Y porque, como dice el Apóstol, nuestro hombre viejo ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruido el cuerpo del pecado, a fin de que ya no sirvamos al pecado (Rom. VI),

mientras nuestras obras hacen esto, que se destruya el cuerpo del pecado, y mientras el hombre exterior se corrompe, para que el interior se renueve de día en día, es tiempo de cruz. Estas son ciertamente buenas obras, sin embargo todavía laboriosas, cuya recompensa es el descanso. Pero por eso se dice: Gozosos en la esperanza (Rom. XII), para que trabajemos con alegría en medio de los trabajos hacia el descanso futuro. Esta alegría la significa la anchura de la cruz en el madero transversal donde se fijan las manos. Pues por las manos entendemos las obras, por la anchura la alegría del que obra, porque la tristeza produce angustias. Pero por la altura, a la cual se une la cabeza, se significa la expectación de la retribución de la sublime justicia de Dios, que dará a cada uno según sus obras (Mt. XVI): a estos, en efecto, que según la constancia en la buena obra buscan gloria, honor e incorrupción, la vida eterna. Así también la longitud, por la que se extiende todo el cuerpo, significa esa misma constancia, de donde se llaman longánimes los que soportan. Pero la profundidad, que está fijada en la tierra, prefigura el secreto del misterio. Recuerdas, si no me equivoco, que las palabras del Apóstol se explican en esta designación de la cruz, donde dice: Arraigados y fundados en la caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la longitud, la anchura, la altura y la profundidad (Ef. III).

Y era la hora tercia, y lo crucificaron. Hay quienes piensan que el Señor fue ciertamente crucificado a la hora tercia, pero que las tinieblas se hi-

cieron desde la hora sexta hasta la nona, de modo que se entiendan consumadas tres horas desde que fue crucificado hasta que se hicieron las tinieblas. Y esto ciertamente podría entenderse muy rectamente, si Juan no dijera que hacia la hora sexta Pilato se sentó en el tribunal en el lugar llamado Litóstrotos, y en hebreo Gábata (Jn. XIX). Pues sigue: Era la Parasceve de la Pascua, hacia la hora sexta. Y dice a los judíos: He aquí vuestro rey, etc. Si, pues, hacia la hora sexta, estando Pilato sentado en el tribunal, fue entregado a los judíos para ser crucificado, ¿cómo fue crucificado a la hora tercia, como algunos, no entendiendo las palabras de Marcos, han pensado? Pues ya había dicho Marcos: Y crucificándolo, se repartieron sus vestidos. Si, pues, quiso solamente recordarles el tiempo del suceso, habría bastado decir: Y era la hora tercia; ¿por qué entonces añadió: Y lo crucificaron, sino porque quiso, recapitulando, significar algo que, buscado, se hallara, puesto que la misma Escritura se leía en aquellos tiempos en que era conocido de toda la Iglesia a qué hora el Señor fue colgado del madero, de donde pudiera corregirse este error, o refutarse la mentira? Pero porque sabía que el Señor había sido crucificado por los soldados, no por los judíos, quiso mostrar de modo oculto que más bien crucificaron aquellos que clamaron para que fuera crucificado, que aquellos que prestaron servicio a su jefe según su cargo. Se entiende, pues, que era la hora tercia cuando los judíos clamaron para que el Señor fuera crucificado. Y se demuestra con toda verdad que ellos lo crucificaron entonces, cuando clama-

ron, sobre todo porque no querían parecer haber hecho esto, y por eso lo habían entregado a Pilato, lo cual indican suficientemente sus palabras según Juan. Por tanto, lo que sobre todo no querían parecer haber hecho, Marcos muestra que lo hicieron a la hora tercia, indicando con toda verdad que fue más bien la lengua de los judíos, y no las manos de los soldados, la que dio muerte al Señor.

Y estaba inscrito el título de su causa: Rey de los judíos. El título puesto sobre su cruz, en el que estaba escrito: Rey de los judíos, muestra esto: que ni siquiera matándolo pudieron lograr no tenerlo por rey a aquel que, según sus obras, había de mostrárseles con potestad clarísima y eminentísima. Por lo cual se canta en el salmo: Mas yo he sido constituido rey por él sobre Sión, su monte santo (Sal. II). Convenientemente también, puesto que es a la vez rey y pontífice, al ofrecer al Padre la excelsa víctima de su carne en el altar de la cruz, mostró también, mediante el título, la dignidad de rey de que estaba investido, para insinuar a todos los que quisieran leer, esto es, oír y creer, que por el patíbulo de la cruz no había perdido su imperio, sino que más bien lo había confirmado y corroborado.

Y con él crucifican a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los ladrones que son crucificados con el Señor, uno a un lado y otro al otro, significan a aquellos que, bajo la fe y confesión de Cristo, emprenden ya el combate del martirio, ya cualesquiera prácticas de una continencia más estrecha. Pero todos los que hacen

esto únicamente por la gloria eterna y celestial, éstos ciertamente son designados por el mérito y la fe del ladrón de la derecha. En cambio, los que renuncian al mundo ya sea por consideración a la alabanza humana, ya por cualquier otra intención menos digna, no sin razón imitan la mentalidad y los actos del ladrón blasfemo y de la izquierda.

De ellos dice el Apóstol: Si entregare mi cuerpo para ser quemado, si diere todos mis bienes para el sustento de los pobres, si pareciere hacer otras muchas obras de piedad, o haber recibido los dones de la gracia espiritual, mas no tuviere caridad, de nada me aprovecha (I Cor. XIII). Bienaventurados, en cambio, los que dejan lo suyo por el Señor y por el Evangelio. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V).

Asimismo también los sumos sacerdotes, burlándose entre sí con los escribas, decían: A otros, etc. Aun sin quererlo, confiesan los escribas y los pontífices que salvó a otros. Así pues, os condena vuestra propia sentencia. Pues quien salvó a otros, ciertamente, si hubiera querido, habría podido salvarse a sí mismo.

Baje ahora de la cruz Cristo, el rey de Israel, para que veamos y creamos. Promesa fraudulenta. ¿Qué es más: descender de la cruz estando aún vivo, o resucitar del sepulcro habiendo muerto? Resucitó, y no creéis; por tanto, aunque hubiera descendido de la cruz, igualmente no creeríais.

Y los que estaban crucificados con él lo injuriaban. ¿Cómo es que los que estaban crucificados

con él lo injuriaban, cuando en realidad, según el testimonio de Lucas, uno de ellos lo injurió, mientras que el otro lo reprendió y creyó en Dios? A no ser que entendamos que Mateo y Marcos, resumiendo brevemente, pusieron aquí el número plural por el singular, como leemos en la Epístola a los Hebreos dicho en plural: «Cerraron las bocas de los leones» (Hebr. XI), aunque se entiende que solo se significa a Daniel. Y se dice en plural: «Fueron aserrados» (Ibid.), aunque se refiere solamente a Isaías. Pero, ¿qué hay más usual, por ejemplo, que decir alguien: «Y los campesinos me insultan», aunque solo uno lo insulte? Pues entonces sería contrario lo que Lucas manifestó acerca de uno solo, si ellos hubieran dicho que ambos ladrones injuriaron al Señor, ya que bajo el número plural no podría entenderse uno solo. Pero cuando se dice «los ladrones», o «los que estaban crucificados con él», y no se añade «ambos», esto podría decirse no solo si ambos lo hubieran hecho, sino también, porque uno lo hizo, pudo significarse mediante el número plural según el modo usual de hablar. Pero que, según testimonio de Lucas, un ladrón blasfema contra el Señor diciendo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros» (Luc. XXIII), mientras que el otro lo reprende con justa invectiva e implora al Señor con fiel súplica diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Ibid.), vemos que esto se realiza hasta hoy en la Iglesia, cuando, tocados por las aflicciones mundanas, los cristianos verdaderos y a la vez los falsos — estos últimos, quienes con ánimo fingido llevan

los sacramentos de la pasión del Señor— desean ser liberados por el Señor para los gozos de la vida presente. Pero los que con intención sencilla, junto con el Apóstol, no se glorían sino en la cruz de nuestro Señor, desean más bien ser librados de las presentes tribulaciones de tal manera que encomienden su espíritu en las manos de su Autor, y desean ser partícipes juntamente con él del reino celestial. De donde con razón aquel que rogaba al Señor con fe dudosa fue totalmente despreciado por el Señor, y no fue tenido por digno de respuesta alguna. Mas las oraciones de aquel que buscaba para sí la salvación eterna, el Señor pronto se dignó acoger con piadosa escucha. Porque sin duda, todos los que, puestos en tribulaciones, piden del Señor solamente consuelos temporales, se privan igualmente de los gozos temporales y de los eternos. Pero los que verdaderamente suspiran por los bienes de la patria celestial, llegan a ellos sin duda alguna por la misericordia de Cristo.

Y llegada la hora sexta, se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona. La luz más clara del mundo retiró sus rayos, para no ver al Señor pendiente, o para que los impíos blasfemos no gozaran de su luz. Y es de notar que el Señor fue crucificado a la hora sexta, esto es, cuando el sol estaba por retirarse del centro del mundo; en cambio, al amanecer, esto es, cuando ya el sol salía, celebró los misterios de su resurrección. Pues por la condición del tiempo significó lo que manifestó por el efecto de la obra. Porque murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justifi-

cación. Pues también de Adán pecador está escrito que oyó la voz del Señor Dios que se paseaba en el paraíso a la brisa después del mediodía (Gén. III). Después del mediodía, es decir, cuando la luz de la fe declinaba; y a la brisa, cuando se enfriaba el fervor de la caridad. Y se le oía pasear, porque se había alejado del hombre pecador. El orden de la razón, o más bien de la piedad divina, exigía, pues, que en el mismo instante del tiempo en que entonces había cerrado la puerta del paraíso a Adán prevaricador, ahora el Señor la abriera al ladrón penitente, y que a la hora en que el primer Adán, pecando, había introducido la muerte en este mundo, a esa misma hora el segundo Adán, muriendo, destruyera la muerte.

Y a la hora nona Jesús exclamó con gran voz, diciendo: Heloí, Heloí, lamá sabactani, que interpretado significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Se sirvió del principio del salmo vigésimo primero. Aquello que se lee en medio del versículo: «Mira hacia mí», es superfluo. Pues en el hebreo se lee: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y no te asombres de la humildad de las palabras, de las quejas de quien ha sido abandonado, pues, conociendo la forma de siervo, ves el escándalo de la cruz. Pues así como padecer hambre, y sed, y fatiga no eran propios de la divinidad, sino pasiones corporales, así también lo que se dice: «¿Por qué me has abandonado?», era propio de una voz corporal, porque el cuerpo, según su naturaleza, suele no querer en absoluto ser privado de la vida a él unida. Pues aunque el mismo Salvador decía esto,

propiamente mostraba la fragilidad del cuerpo, permaneciendo él la virtud y la sabiduría de Dios. Así pues, habla como hombre, llevando consigo mis propios sentimientos, porque, colocados en los peligros, pensamos que somos abandonados por Dios; como hombre se turba, como hombre llora, como hombre es crucificado.

Y algunos de los que estaban alrededor, al oírlo, decían: He aquí que llama a Elías. No todos, sino algunos. A quienes juzgo que fueron soldados romanos, que no entendían la propiedad del habla hebrea, sino que, por lo que dijo: Heloí, Heloí, pensaban que él invocaba a Elías. Pero si quisieres entender que fueron los judíos quienes dijeron esto, ellos hacen también esto según su costumbre habitual, para difamar al Señor con la acusación de debilidad, como a quien suplica el auxilio de Elías.

Y uno de ellos, corriendo, y llenando una esponja de vinagre, y poniéndola alrededor de una caña, le daba de beber, diciendo: Deja, veamos si viene Elías a bajarlo. Por qué causa se le dio al Señor vinagre para beber, Juan lo muestra más plenamente, diciendo: Después, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, para que se cumpliese la Escritura, dice: Tengo sed. Y había allí puesto un vaso lleno de vinagre. Ellos, entonces, poniendo una esponja llena de vinagre alrededor de un hisopo, la ofrecieron a su boca. Vio, pues, que se habían consumado todas las cosas que era necesario que sucedieran, antes de recibir el vinagre y entregar el espíritu, y que también se cumpliese esto que dice: «Y en mi sed me dieron

a beber vinagre» (Sal. CXVIII); dice: Tengo sed. Como si dijera esto: Esto es lo que os falta hacer; dad lo que sois. En efecto, los judíos mismos eran el vinagre, degenerados del vino de los patriarcas y de los profetas; teniendo, como de un vaso lleno de la iniquidad de este mundo, un corazón fraudulento a modo de esponja, con escondrijos en cierto modo cavernosos y tortuosos. Al hisopo, en torno al cual pusieron la esponja llena de vinagre, ya que es una hierba humilde, y purga el pecho, entendemos convenientemente la humildad del mismo Cristo, a la cual rodearon, y pensaron haber burlado. De donde aquello del salmo: «Me rociarás con hisopo, y seré purificado» (Sal. L); pues por la humildad de Cristo somos purificados, porque, si no se hubiera humillado a sí mismo, hecho obediente al Padre hasta la muerte de cruz (Filip. II), ciertamente su sangre no habría sido derramada para la remisión de los pecados, esto es, para nuestra purificación. Por la caña, en cambio, en la que se puso la esponja, se significa la Escritura, que se cumplía con este hecho. Pues así como se dice «lengua» griega, o latina, o cualquier otra, significando el sonido que se profiere con la lengua, así también «caña» puede decirse de la letra que se escribe con la caña. Pero más significativamente llamamos con suma frecuencia «lenguas» a los sonidos de la voz humana; en cambio, que la escritura se llame «caña», cuanto menos usual es, tanto más está figurado místicamente.

Y Jesús, habiendo emitido una gran voz, expiró. Lo que el Señor dijo con esta gran voz, Lucas lo

indica abiertamente, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, dice, expiró (Luc. XXIII). Pero lo que escribe Juan, que, habiendo recibido Jesús el vinagre, dijo: Consumado está, y, inclinada la cabeza, entregó el espíritu (Juan XIX), entre lo que dice: Consumado está, y aquello: Y, inclinada la cabeza, entregó el espíritu, fue emitida aquella gran voz, que Juan pasó en silencio, pero los otros tres recordaron.

Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Se rasga el velo del templo, para que el arca de la alianza y todos los sacramentos de la ley, que estaban cubiertos, aparezcan, y pasen al pueblo de las naciones. Pues antes se había dicho: Dios es conocido en Judea, en Israel es grande su nombre (Sal. LXXVI). Pero ahora: Exáltate, oh Dios, sobre los cielos, dice, y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. LXVI). Y en el Evangelio primero dijo: No vayáis por el camino de los gentiles (Mt. X). Pero después de su pasión: Id, dice, enseñad a todas las naciones (Mt. XXVIII).

Pero el centurión, que estaba enfrente, viendo que había expirado clamando así, dijo: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios. Se expone la causa manifiesta de la admiración del centurión: que, viendo al Señor expirar así, esto es, entregar el espíritu, dijo: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios. Pues nadie tiene el poder de entregar el espíritu, sino quien es el creador de las almas. Y esto ha de considerarse: que el centurión ante la cruz, en el mismo escándalo de la pasión, confiesa que es verdaderamente Hijo

de Dios, y que Arrio en la Iglesia predica que es una criatura. Por lo cual, con razón, se designa por el centurión la fe de la Iglesia, la cual, abierto por la muerte del Señor el velo de los misterios celestiales, confirma sin demora que Jesús es verdaderamente hombre justo y verdaderamente Hijo de Dios, mientras calla la Sinagoga.

Y había también mujeres que miraban de lejos, entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Jacobo el menor, y de José, y Salomé. Y cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían. Por Jacobo el menor entiende a Jacobo de Alfeo, que también era llamado hermano del Señor, porque era hijo de María, tía materna del Señor, de la cual hace mención Juan en su Evangelio, diciendo: Estaba, pues, junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás (Jn. XIX). Y parece que se la llama María de Cleofás por su padre, o por su parentesco. Se le llamaba Jacobo el menor para distinguirlo de Jacobo el mayor, a saber, el hijo de Zebedeo, que fue llamado entre los primeros apóstoles, y elegido por el Señor. Fue, en cambio, costumbre judía, y no se tenía por culpa según la antigua práctica de aquel pueblo, que las mujeres suministraran a sus maestros alimento y vestido de su propia hacienda; esta práctica, que podía causar escándalo entre las naciones, recuerda Pablo que él rechazó: ¿Acaso no tenemos potestad de llevar con nosotros una hermana mujer, como también hacen los demás apóstoles (I Cor. IX)? Le servían, pues, al Señor de su propia hacienda, para que él segara sus bienes carnales, cuyos bienes espi-

rituales ellas segaban. No porque el Señor de las criaturas necesitase alimentos, sino para mostrar un modelo para los maestros: que debían contentarse con el sustento y el vestido provenientes de los discípulos. Pero veamos qué compañeras tuvo. A saber, María Magdalena, de la cual había expulsado siete demonios, y María, madre de Jacobo y de José, tía materna suya, y otras, de las cuales leemos en los demás Evangelios.

Y cuando ya se había hecho tarde, porque era la parasceve, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, noble decurión. Se le llama decurión porque pertenece al orden de la curia, y desempeña el oficio de la curia. El cual también suele llamarse curial, por procurar los cargos civiles. Arimatea es la misma Ramataim, ciudad de Elcaná y de Samuel, en la región de Tamnítica, junto a Diospolis. Y Παρασκευὴ en griego se llama en latín «preparación». Con este nombre los judíos que vivían entre los griegos llamaban al día sexto respecto del sábado, porque en él solían preparar las cosas necesarias para el descanso del sábado. Conforme a lo que en otro tiempo se mandó acerca del maná: «Mas el día sexto recogeréis el doble», etc. Puesto que, pues, el hombre fue hecho el día sexto, y toda la creación del mundo quedó perfecta, y el séptimo el Creador descansó de su obra —por lo cual quiso que este día se llamara Sábado, es decir, descanso—, con razón el Salvador, crucificado en ese mismo día sexto, cumplió el misterio de la restauración humana. Y por eso, cuando hubo recibido el vinagre, dijo: «Consumado es», es decir, ya está del todo

cumplida la obra del día sexto que asumí para la restauración del mundo. Y descansando en el sepulcro durante el sábado, esperaba el acontecimiento de la resurrección, que había de suceder al octavo día. En lo cual resplandece a la vez el ejemplo de nuestra devoción y de la bienaventurada retribución, pues es necesario que nosotros, en esta sexta edad del mundo, padezcamos por el Señor y seamos, por así decir, crucificados al mundo. Mas en la edad séptima, esto es, cuando alguien paga la deuda de la muerte, conviene que los cuerpos permanezcan en los sepulcros, y las almas en secreta paz con el Señor, y descansen después de las buenas obras, hasta que, llegando por fin la edad octava, también los cuerpos mismos, glorificados por la resurrección, reciban junto con las almas la incorrupción de la herencia eterna.

«Vino, dice, José de Arimatea, noble decurión, que también él mismo esperaba el reino de Dios.» Y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. Se elogia que este José fue de gran dignidad para el siglo, pero de mayor mérito ante Dios. Convenía, en efecto, que fuese tal quien había de sepultar el cuerpo del Señor: que, por la justicia de sus méritos, fuese digno de tal ministerio, y que, por la nobleza de su poder secular, pudiese obtener la facultad de ministrar. Pues no cualquier hombre desconocido o de condición mediocre podía acercarse al gobernador y conseguir el cuerpo del crucificado.

José, pues, compró una sábana de lino, y bajándolo, lo envolvió en la sábana. Y por la

sencilla sepultura del Señor se condena la ambición de los ricos, que ni siquiera en los sepulcros pueden prescindir de las riquezas. Podemos, sin embargo, entender esto según el sentido espiritual: que el cuerpo del Señor debía envolverse no en oro, ni en piedras preciosas, ni en seda, sino en lienzo puro, aunque esto también signifique que envuelve a Jesús en sábana limpia quien lo ha recibido con mente pura. De aquí procede la costumbre de la Iglesia de que el sacrificio del altar se celebre no en seda, ni en paño teñido, sino en lino terreno, así como el cuerpo del Señor fue sepultado en sábana limpia, conforme a lo que leemos que fue establecido por el bienaventurado papa Silvestre en las actas pontificales.

Y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en la roca, y rodó una piedra a la puerta del sepulcro. Acerca del sepulcro del Señor cuentan los que en nuestra época vinieron de Jerusalén a Britania que era una casa redonda excavada en la roca subyacente, de tal altura que un hombre puesto de pie dentro apenas podía tocar el techo con la mano extendida; tiene su entrada por el oriente, a la cual fue rodada y colocada aquella gran piedra. En la parte septentrional de este sepulcro, el sepulcro mismo, esto es, el lugar del cuerpo del Señor, fue hecho de la misma roca, teniendo siete pies de longitud, y sobresaliendo sobre el resto del pavimento con una medida de tres palmos de altura. Este lugar, ciertamente, está abierto no por arriba, sino por todo el lado meridional, por donde se introducía el cuerpo. Y se dice que el

color de este mismo sepulcro y del nicho es una mezcla de rojo y blanco.

Y María Magdalena, y María madre de José, miraban dónde era puesto. En Lucas leemos que estaban de pie a lo lejos todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido. Estos, pues, conocidos de Jesús, después de depuesto su cuerpo, regresando a sus casas, solo las mujeres, que le amaban más entrañablemente, habiendo seguido el cortejo fúnebre, procuraban observar cómo era puesto, para poder ofrecerle en tiempo oportuno el don de su devoción. Pero también hasta hoy las santas mujeres hacen lo mismo el día de la Parasceve, es decir, de la preparación, pues, siendo almas humildes —y cuanto más conscientes son de su propia fragilidad, tanto más ferviente es su amor al Salvador—, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este siglo, en el cual ha de prepararse el descanso futuro, y, si acaso pueden imitarla, consideran con piadosa curiosidad en qué orden se cumplió esa misma pasión.

CAPÍTULO XVI.

Y cuando hubo pasado el sábado, María Magdalena, y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas, para venir a ungir a Jesús. En el Evangelio de Lucas está escrito que, al volver del sepulcro, prepararon aromas y ungüentos, y en el sábado guardaron silencio a causa del mandamiento. El mandamiento de la ley era, pues, que el silencio del sábado se guardara de tarde a tarde; y por ello las piadosas mujeres, sepultado el Señor, estuvieron ocupadas en pre-

parar ungüentos mientras fue lícito trabajar, esto es, hasta la puesta del sol, como escribe Lucas. Y porque entonces, por la estrechez del tiempo, no pudieron llevar a término la obra, se apresuraron, en cuanto hubo pasado el sábado, esto es, al ponerse el sol, cuando había vuelto la licencia de trabajar, a comprar aromas, como refiere Marcos, para venir por la mañana y ungir su cuerpo. Pues no quisieron acercarse al sepulcro al atardecer del sábado, estando ya cercano el punto de la noche.

Y muy de mañana, el primer día de la semana, vienen al sepulcro, habiendo ya salido el sol. El «primer día de la semana» es el primer día a partir del día de los sábados, esto es, de los descansos, al cual la costumbre eclesiástica llama ahora día del Señor, a causa de la resurrección del Señor Salvador. Y es lo mismo cuando leemos «uno del sábado», o «uno de los sábados», esto es, un día a partir del día de los sábados, es decir, de los descansos que se guardaban en los sábados. Las santas mujeres, pues, que habían seguido al Señor, vinieron al sepulcro con los aromas, y a aquel a quien habían amado vivo, aun muerto le rinden obsequio con el afecto de la humana devoción. Así también nosotros, creyendo en aquel que murió, si, colmados del aroma de las virtudes, buscamos al Señor con la buena fama de las obras, venimos ciertamente a su sepulcro con aromas. Y en cuanto a que las mujeres vinieron muy de mañana al sepulcro, habiendo ya salido el sol, esto es, cuando el cielo ya blanqueaba por la parte de Oriente, lo cual ciertamente no sucede sino por la cercanía del sol naciente, según la

historia se muestra sin duda un gran fervor de caridad en buscar y hallar al Señor. Pero según el sentido místico, se nos da el ejemplo de que, iluminado el rostro y sacudidas las tinieblas de los vicios, ofrezcamos al Señor el aroma de las buenas obras y la suavidad de las oraciones.

Y se decían unas a otras: ¿Quién nos removerá la piedra de la puerta del sepulcro? Y mirando, vieron que la piedra estaba removida. Pues era, en verdad, muy grande. Cómo fue removida la piedra por el ángel, lo expone Mateo suficientemente. Pero la remoción de la piedra insinúa místicamente la revelación de los misterios de Cristo, que estaban cubiertos por el velo de la letra de la ley. Pues la ley fue escrita en piedra, y quitada su cubierta, mostrada la gloria de la resurrección, y la abolición de la muerte antigua, y la vida perpetua que hemos de esperar, comenzaron a predicarse por todo el orbe.

Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una vestidura blanca, y se asombraron. Entrando desde el oriente en aquella casa redonda, excavada en la roca, vieron a un ángel sentado en la parte meridional de aquel lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús, pues esto estaba a la derecha. Porque el cuerpo, yaciendo boca arriba con la cabeza hacia el occidente, tenía necesariamente el lado derecho hacia el mediodía. Escribe Mateo que primero vieron al ángel que apartó la piedra de la puerta del sepulcro sentado sobre la misma piedra, el cual les mandó entrar en el lugar donde había sido puesto el Señor, y ver que ya había

resucitado de entre los muertos. Escribe Lucas que, entrando en el sepulcro, hallaron allí a dos ángeles de pie. Así pues, aquellas mujeres que vinieron con aromas ven a los ángeles, porque en verdad aquellas almas que, con las virtudes, se dirigen a Dios mediante santos deseos, contemplan a los ciudadanos celestiales. Debemos notar qué significa que el ángel se ve sentado a la derecha. Pues ¿qué se significa por la izquierda sino la vida presente? Y ¿qué se significa por la derecha sino la vida perpetua? Por lo cual está escrito: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cant. II). Pues la Iglesia ha puesto la izquierda de Dios, es decir, la prosperidad de la vida presente, como bajo su cabeza, la cual estrecha con la intención del sumo amor. Mas la derecha de Dios la abraza, porque ella está contenida con toda devoción bajo su eterna bienaventuranza. Puesto que, pues, nuestro Redentor ya había pasado la corrupción de la vida presente, con razón el ángel que había venido a anunciar su vida perpetua estaba sentado a la derecha. Apareció cubierto con una vestidura blanca, porque anunció los gozos de nuestra festividad. Pues la blancura de la vestidura anuncia el esplendor de nuestra festividad. ¿Diremos que es nuestra, o suya? Pero, para confesarlo con más verdad, digamos que es suya y también nuestra. Pues aquella resurrección de nuestro Redentor fue nuestra festividad, porque nos hizo volver a la inmortalidad, y también fue la festividad de los ángeles, porque, al llamarnos de nuevo a las cosas celestiales, completó su número. En su propia festividad, pues, y en la nuestra,

el ángel apareció en vestiduras blancas, porque, mientras nosotros somos conducidos a lo alto mediante la resurrección del Señor, se reparan las pérdidas de la patria celestial. Pero oigamos ya al que se dirige a las mujeres que habían venido.

No temáis; buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí. He aquí el lugar donde lo pusieron. No temáis, dice. Como si dijera abiertamente: Teman aquellos que no aman la venida de los ciudadanos celestiales. Teman quienes, oprimidos por los deseos carnales, desesperan de poder llegar a su compañía. Mas vosotras, ¿por qué teméis, que veis a vuestros conciudadanos? Por lo cual también Mateo, describiendo la aparición del ángel, dice: Su aspecto era como el relámpago, y su vestidura como la nieve (Matth. XXVIII). Pues en el relámpago hay el terror del temor, mas en la nieve el halago de la blancura. Puesto que Dios omnipotente es a la vez terrible para los pecadores y benigno para los justos, con razón el ángel, testigo de su resurrección, se muestra con el rostro como el relámpago y el hábito de blancura, para que por su misma apariencia atemorizara a los réprobos y confortara a los píos. Buscáis a Jesús Nazareno. Jesús, en lengua latina, se interpreta como «saludable», es decir, salvador. Pero, en verdad, muchos podían entonces llamarse con este nombre, no ya sustancialmente, sino de nombre. Y por eso se añade el lugar, para que se manifieste de qué Jesús se hablaba: Nazareno; y al punto añade la causa, crucificado, y añadió: ha resucitado, no está aquí. Se dice no está aquí en cuanto a la presencia de

la carne, aunque nunca faltaba en cuanto a la presencia de su majestad.

Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro que os precederá a Galilea. Debemos preguntarnos por qué, habiendo sido nombrados los discípulos, Pedro es designado por su nombre. Pero si el ángel no lo expresara nominalmente, quien había negado a su maestro no se atrevería a venir entre los discípulos. Es llamado, pues, por su nombre, para que no desesperara a causa de su negación. En este punto debemos considerar por qué Dios omnipotente permitió que aquel a quien había dispuesto anteponer a toda la Iglesia temiera la voz de una sierva y se negara a sí mismo. Reconocemos, sin duda, que esto se hizo por una disposición de gran misericordia, para que aquel que había de ser pastor de la Iglesia aprendiera, en su propia culpa, de qué manera debía compadecerse de los demás. Por eso primero se lo mostró a sí mismo, y luego lo antepuso a los demás, para que por su propia flaqueza conociera con cuánta misericordia debía soportar las flaquezas ajenas. Bien se dice de nuestro Redentor: Él os precederá a Galilea; allí lo veréis, como os dijo. Pues Galilea se interpreta como una migración realizada. Pues, en efecto, nuestro Redentor ya había migrado de la pasión a la resurrección, de la muerte a la vida, de la pena a la gloria, de la corrupción a la incorrupción. Y por eso es visto primero por los discípulos en Galilea después de la resurrección, porque después veremos gozosos la gloria de su resurrección, si ahora migramos de los vicios a la altura de las virtudes. Aquel, pues, que es anun-

ciado en el sepulcro, se muestra en la migración, porque quien se reconoce en la mortificación de la carne se ve en la migración de la mente.

Mas ellas, saliendo del sepulcro, huyeron (pues el temblor y el pavor se habían apoderado de ellas), y no dijeron nada a nadie. Pues tenían miedo. Con razón surge la pregunta de cómo escribe Marcos: Y no dijeron nada a nadie. Puesto que Lucas dice: Y regresando del sepulcro, anunciaron todo esto a los once y a todos los demás. De igual modo Mateo: Y salieron, dice, rápidamente del sepulcro con temor y gran gozo, corriendo a anunciarlo a sus discípulos (Matth. XXVIII). A no ser que entendamos que no se atrevieron a decir nada a ninguno de los mismos ángeles, es decir, a responder a lo que de ellos habían oído; o ciertamente a los guardias a quienes vieron tendidos en el suelo. Pues aquel gozo que Mateo menciona no se opone al temor del que habla Marcos. Pues debemos entender que ambas cosas se produjeron en el ánimo de ellas, aunque el mismo Mateo nada dijera acerca del temor.

Pero Jesús, resucitando temprano en el primer día de la semana, apareció primero a María Magdalena. Cómo y dónde tuvo lugar esta aparición del Señor, Juan lo enseña muy cumplidamente. Pero el Señor resucitó temprano del sepulcro, en el cual había sido depositado cuando ya había caído la tarde, para que se cumpliera aquello del Salmista: Al atardecer morará el llanto, y a la mañana la alegría (Psal. XXIX). Sepultado, pues, el sexto día de la semana, que se llama Parasceve, hacia la hora de la tarde, y puesto en el sepulcro

durante la noche siguiente y el día del sábado junto con la noche subsiguiente, resucitó así al tercer día, esto es, por la mañana del primer día de la semana. Y no sin razón yació en el sepulcro un día y dos noches, porque, evidentemente, unió la luz de su única muerte a las tinieblas de nuestra doble muerte. Pues, en efecto, vino a nosotros, que estábamos retenidos en la muerte del espíritu y de la carne. Trajo hacia nosotros una muerte suya, esto es, la de la carne, y disolvió las dos nuestras que encontró. Pues si él mismo hubiera asumido ambas, no nos habría liberado de ninguna de las dos. Pero misericordiosamente aceptó una, y justamente condenó ambas. Unió su muerte sencilla a nuestra doble muerte, y muriendo sometió nuestra doble muerte.

Apareció, dice, primero a María Magdalena, de la cual había expulsado siete demonios. Ella, yendo, lo anunció a los que habían estado con él, que lloraban y se lamentaban. Así como en el principio la mujer fue la autora de la culpa para el varón, y el varón el ejecutor del error, así ahora la que primero había traído la muerte y la había gustado, primero vio la resurrección. Y para que no sufriera ante los varones el oprobio de una culpa perpetua, la que había transfundido la culpa al varón, transfundió también la gracia. Por lo cual, con razón esta mujer, que anunció primero a los varones que lloraban y se lamentaban la alegría de la resurrección del Señor, se recuerda que fue curada de siete demonios, para que se signifique que había estado llena de todos los vicios, pero que de todos ellos fue purificada por un don

divino, y se muestre que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Pues el número siete suele colocarse místicamente por la totalidad. Así pues, la que había sido curada de siete demonios, es decir, liberada de todos los crímenes, fue la primera en ver al Señor que resucitaba de entre los muertos, para que nadie que se arrepintiese dignamente desesperara del perdón de lo cometido, al ver que aquella que en otro tiempo había estado sometida a vicios tan numerosos y tan grandes fue promovida de repente a tal culmen por el mérito de la fe y del amor, que fue ella la primera en anunciar a los mismos evangelistas y apóstoles de Cristo el milagro de la resurrección consumada.

Y ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. El que los discípulos creyeran tardíamente en la resurrección del Señor no fue tanto flaqueza de ellos cuanto, por así decirlo, futura firmeza nuestra. Pues la misma resurrección les fue mostrada a ellos, que dudaban, mediante muchas pruebas, y cuando nosotros, al leerlas, las conocemos, ¿qué otra cosa hacemos sino afirmarnos a partir de la duda de ellos? Pues María Magdalena, que creyó más rápidamente, me ha aprovechado menos que Tomás, que dudó por largo tiempo. Pues él, dudando, tocó las cicatrices de las heridas, y cortó de nuestro pecho la herida de la duda.

Después de esto, se mostró en otra figura a dos de ellos que caminaban, yendo a la aldea. Y ellos, yendo, lo anunciaron a los demás, pero no les creyeron. Cómo sucedió esto, Lucas lo

expone más ampliamente. Pero lo que dice Marcos, que se mostró en otra figura, Lucas lo dice más claramente, a saber, que los ojos de ellos estaban retenidos para que no lo reconociesen, hasta que, llegando con él a la aldea adonde iban, y poniéndole la mesa como a un peregrino, finalmente lo reconocieron en la fracción del pan (Lc. XXIV). Los cuales, como el mismo Lucas añade a continuación, levantándose en esa misma hora, regresaron a Jerusalén. Y encontraron reunidos a los once, y a los que estaban con ellos, diciendo que el Señor había resucitado verdaderamente, y se había aparecido a Simón. Y ellos contaban lo que había sucedido en el camino, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan (Ibíd.). Pero en cuanto a lo que dice Marcos, que lo anunciaron a los demás, y no les creyeron, mientras que Lucas dice que ya entonces decían que había resucitado verdaderamente y se había aparecido a Simón, ¿qué debe entenderse sino que había allí algunos que no querían creer esto? Pero ¿a quién no le resulte evidente que Marcos omitió lo que Lucas explicó al narrar? Es decir, lo que Jesús les dijo antes de que lo reconocieran, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan, puesto que, tan pronto como dijo que se les había aparecido en otra figura mientras iban a la aldea, añadió inmediatamente: «Y ellos, yendo, lo anunciaron a los demás, pero no les creyeron». Como si pudieran anunciar a quien no habían reconocido, o pudieran reconocer a aquel cuya otra figura se les había aparecido. Cómo, pues, lo reconocieron para poder anunciarlo, Marcos sin duda lo omitió. Esto

debe encomendarse a la memoria por esta razón, para que nos habituemos a advertir la costumbre de los Evangelistas, quienes así omiten lo que no relatan, y unen lo que relatan, de modo que para quienes carecen de práctica en esta consideración, el error nace principalmente de ninguna otra causa sino de esta, por la cual piensan que ellos no concuerdan entre sí.

Por último se apareció a los once mientras estaban recostados a la mesa, y reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a quienes lo habían visto resucitado. ¿Cómo «por último», como si ya no lo hubieran visto después de eso? Pues aquella es en verdad la última vez que los apóstoles vieron al Señor en la tierra, cuando ascendió al cielo, lo cual sucedió el día cuadragésimo después de su resurrección. ¿Acaso iba entonces a reprocharles que no hubieran creído a los que lo habían visto resucitado, cuando ellos mismos ya lo habían visto tantas veces después de la resurrección? Entendamos, pues, esto: que después de las muchas manifestaciones con las que se presentó a sus discípulos durante cuarenta días, se apareció también, por último, a los once mientras estaban recostados a la mesa, es decir, en el mismo día cuadragésimo. Y como ya estaba a punto de ascender de entre ellos al cielo, quiso reprocharles aquel día precisamente esto: que no habían creído a los que lo habían visto resucitado antes de verlo ellos mismos, cuando ciertamente, después de su ascensión, al predicar ellos el Evangelio, las gentes,

que no lo habían visto, habrían de creer. Pues tras aquel reproche, el mismo Marcos prosigue y dice:

Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, se condenará. Estando ellos, pues, a punto de predicar esto, que el que no creyere será condenado, siendo así que precisamente no cree lo que no ha visto, ¿no debían ellos mismos ser reprendidos primero, porque antes de haber visto al Señor, no habían creído a aquellos a quienes el Señor se había aparecido? En cuanto a lo que les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura»: ¿acaso el santo Evangelio había de predicarse también a las cosas insensibles, o a los animales brutos, para que se dijera de él a los discípulos: «Predicad a toda criatura»? Pero con el nombre de «toda criatura» puede designarse toda nación de gentiles. Pues antes se había dicho: «No vayáis por el camino de los gentiles»; mas ahora se dice: «Predicad a toda criatura», es decir, para que la predicación de los apóstoles, rechazada primero por Judea, se convirtiera entonces en ayuda para nosotros, una vez que aquella, en su soberbia, la hubo rechazado como testimonio de su propia condenación. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no creyere, se condenará. Quizá cada uno diga dentro de sí: Yo ya he creído, me salvaré. Dice verdad, si mantiene la fe con las obras. Pues verdadera fe es aquella que, en lo que dice con palabras, no se contradice con las costumbres. Por eso dice Pablo de ciertos falsos fieles: «Confiesan conocer a Dios, mas con

las obras lo niegan» (Tit. I). Aquí dice Juan: «El que dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso» (1 Juan II). Mas puesto que se dice: «El que no creyere, será condenado», ¿qué decimos aquí de los párvulos que, por su edad, todavía no son capaces de creer? Pues acerca de los adultos no hay cuestión alguna. En la Iglesia, pues, los párvulos creen en el Salvador por medio de otros, así como de otros contrajeron aquellos pecados que en el bautismo les son remitidos.

Y estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará. Impondrán las manos sobre los enfermos, y se sanarán. ¿Acaso porque no hacemos estas señales, no creemos en absoluto? Pero estas cosas fueron necesarias en los comienzos de la Iglesia. Pues para que creciera hacia la fe, era preciso que fuese nutrida con milagros. Porque también nosotros, cuando plantamos arbustos, les vertemos agua durante tanto tiempo, hasta que vemos que han arraigado firmemente en la tierra. Pero una vez que han fijado la raíz, cesará el riego. De ahí que Pablo diga: Las lenguas son para señal, no a los fieles, sino a los infieles (I Cor. XIV). ¿Acaso no tenemos, acerca de estas señales y virtudes, cosas que aún debemos considerar más sutilmente? En efecto, la santa Iglesia hace cada día espiritualmente lo que entonces hacía corporalmente por medio de los apóstoles. Pues cuando sus sacerdotes, mediante la gracia del exorcismo, imponen las

manos a los creyentes y prohíben al espíritu maligno habitar en su mente, ¿qué otra cosa hacen sino echar fuera demonios? Y todos los fieles que ya abandonan las palabras seculares de la vida antigua, pero pronuncian en cambio los sagrados misterios, narrando, en cuanto pueden, las alabanzas y el poder de su Creador, ¿qué otra cosa hacen sino hablar en nuevas lenguas? Mientras con sus buenas exhortaciones quitan la malicia de los corazones ajenos, toman serpientes. Y mientras oyen persuasiones perniciosas, pero no son en modo alguno arrastrados a la acción depravada, lo que beben es ciertamente mortífero, pero no les dañará. Cuantas veces ven que sus prójimos flaquean en la buena obra, mientras acuden en su ayuda con toda su fuerza y con el ejemplo de su propio proceder fortalecen la vida de aquellos que vacilan en su propia acción, ¿qué otra cosa hacen sino imponer las manos sobre los enfermos, para que se sanen? Estos milagros, sin duda, son tanto mayores cuanto más espirituales son. Son tanto mayores cuanto que por ellos no se resucitan cuerpos, sino almas.

Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue llevado al cielo, y está sentado a la diestra de Dios. Debemos considerar qué significa que Marcos diga: Está sentado a la diestra de Dios, y Esteban diga: Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios (Hech. VII). ¿Qué significa que Marcos testifique que lo ve sentado, mientras que Esteban testifica que lo ve de pie? Pero sabemos que sentarse es propio de quien juzga, mientras que estar de pie es

propio de quien combate o ayuda. Puesto que, pues, nuestro Redentor, elevado al cielo, tanto ahora juzga todas las cosas como al final vendrá como juez de todos, Marcos lo describe sentado después de su asunción, porque después de la gloria de su ascensión será visto al final como juez. Esteban, en cambio, puesto en el combate de su lucha, lo vio de pie, a quien tenía como ayudador. Pues para que este venciera en la tierra la infidelidad de sus perseguidores, la gracia de aquel combatió por él desde el cielo. Sigue:

Ellos, pues, habiendo partido, predicaron por todas partes, cooperando el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. ¿Qué ha de considerarse en esto, qué ha de encomendarse a la memoria, sino que la obediencia siguió al precepto, y las señales siguieron a la obediencia? Entre estas cosas ha de notarse que Marcos, cuanto más tarde comenzó su Evangelio que los demás, tanto más extendió su escritura hacia tiempos más largos. Pues sin conmemorar nada de la natividad del Señor mismo ni de su precursor, ni de la infancia o niñez de ninguno de ellos, ni escribiendo más atrás acerca de la natividad del Salvador, excepto que lo nombra Hijo de Dios al inicio de su Evangelio, comenzó desde el principio de la predicación evangélica, que se hizo por medio de Juan, y llegó narrando hasta aquel tiempo en que los apóstoles, predicando, diseminaron por todo el orbe esa misma palabra entera del Evangelio. Queda, sin duda, una cuestión no pequeña: cómo este mismo evangelista escribió que el ángel dijo a las mujeres: Id, decid a sus dis-

cípulos y a Pedro que él os precede a Galilea; allí lo veréis, como os dijo, y sin embargo en ningún lugar posterior de su Evangelio refirió que el Señor fuera visto allí por los discípulos. Y en verdad Mateo dice que los discípulos se fueron a Galilea, y que allí vieron al Señor y lo adoraron, y recibieron de él el precepto de ir, enseñar y bautizar a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Sin embargo, examinado el escrito de los demás evangelistas, se enseña que él fue visto por los discípulos con mayor frecuencia antes de esto: sobre todo el mismo día de su resurrección en Jerusalén, y en la aldea de Emaús. ¿Por qué, pues, predijo específicamente que él los precedería a Galilea, y que allí sería visto por los discípulos, cuando ni solamente allí, ni allí primero fue visto? Veamos, pues, por gracia de qué misterio, resucitando, mandó así según Mateo y Marcos: Os precederé a Galilea, allí me veréis. Lo cual, aunque se cumplió, sin embargo se cumplió después de muchas cosas, siendo que el mandato era tal (aunque sin perjuicio de la necesidad) que se esperaba que debiera suceder, o esto solo, o esto en primer lugar. Sin duda, pues, dado que esa voz no es del evangelista que narra que así se hizo, sino del ángel por mandato del Señor y del Señor mismo, mientras que el evangelista narra solo que así fue dicho por el ángel y por el Señor, debe ser recibido como un dicho profético. Pues Galilea se interpreta ya como «transmigración», ya como «revelación». Primero, pues, según la significación de «transmigración», ¿qué otra cosa se presenta para entender,

«Él os precederá a Galilea; allí lo veréis, como os dijo» —¿qué significa esto, sino que la gracia de Cristo estaba a punto de emigrar del pueblo de Israel a los gentiles, a quienes los apóstoles, predicando el Evangelio, de ningún modo serían creídos, si el mismo Señor no les hubiera preparado el camino en los corazones de los hombres? Y esto entendemos por: Él os precederá a Galilea. Pero aquello que, gozosos, admiran —que, rotas y vencidas las dificultades, se les abre una puerta en el Señor mediante la iluminación de los fieles — esto se entiende por: «allí lo veréis», es decir, allí encontraréis sus miembros. Allí reconoceréis su cuerpo vivo en aquellos que os hubieren recibido. Pero según aquello en que Galilea se interpreta como revelación, no ha de entenderse ya en la forma de siervo, sino en aquella en la que es igual al Padre, la cual prometió, según Juan, a quienes lo aman, cuando dijo: «Yo lo amaré y me manifestaré a él» (Juan XIV). No ciertamente según aquello que ya veían, y que, al resucitar con las cicatrices, mostró después no solo para ser visto, sino también para ser tocado; sino según aquella luz inefable con la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, según la cual brilla en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron (Ibid.). Nos precedió hacia aquel lugar del cual, al venir a nosotros, no se apartó, y al cual, precediéndonos, no nos abandonó. Aquella será la revelación, como verdadera Galilea, cuando seamos semejantes a él; allí lo veremos tal como es. Esa será también la más bienaventurada transmigración de este siglo a aquella eternidad,

si de tal modo abrazamos sus preceptos que merezcamos ser agregados a su diestra. Pues entonces los de la izquierda irán al fuego eterno, mas los justos a la vida eterna. De aquí emigrarán allá, y allí lo verán como no lo ven los impíos. Pues el impío será quitado para que no vea la claridad del Señor, y los impíos no verán la luz. Pero esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste (Ibid. XVII), tal como es conocido en aquella eternidad, a la cual conducirá a los suyos por la forma de siervo, para que, libres, lo contemplen por la forma de Señor.